00101845

BOMBAY BRANCH

OF THE

Royal Asiatic Society.

CLASS

Digitized with financial assistance from the
Government of Maharashtra
on 26 June, 2018

101845

00101845

POESÍAS ESCOGIDAS

NUESTROS CANCIONEROS

Y ROMANCEROS ANTIGUOS.

CONTINUACION

DE LA COLECCION DE D. RAMON FERNANDEZ.

TOMO XVII.

CONTIENE

S ROMANCES HEROYCOS, LOS JOCOSOS
Y LAS LETRILLAS.

LIBRARY OF THE BOMBAY BRANCH ROYAL ASIATIC SOCIETY

MDCCXCVI.

EN MADRID EN LA IMPRENTA REAL.

PARTE TERCERA

DEL ROMANCERO.

ROMANCES HEROYCOS.

I.

Estos veinte primeros Romances están sacados del Romancero del Cid.

Cuidando Diego Lainez
En la mengua de su casa
Fidalga, rica y antigua
Antes que Iñigo y Abarca;
Y viendo que le fallecen
Fuerzas para la venganza,
Porque por sus luengos dias
Por si no puede tomalla;
No puede dormir de noche,
Nin gustar de las viandas,
Ni alzar del suelo los ojos
Ni osar salir de su casa;
Ni fablar con los amigos
Antes les niega la fabla,
Temiendo que les ofenda

El aliento de su infamia.
Estando pues combatiendo
Con estas honrosas bascas,
Quiso hacer esta experiencia,
Que no le salió contraria.
Mandó llamar sus tres hijos,
Y sin decilles palabra,
Les fué apretando uno á uno
Las fidalgas tiernas palmas:
No para mirar en ellas
Las quirománticas rayas,
Que este fechicero abuso
No era nacido en España.
Mas prestando al honor fuerzas
A pesar del tiempo y canas,
A la fria sangre y venas
Nervios y arterias heladas;
Les apretó de manera,
Que dixéron, Señor, basta;
¿Qué intentas ó qué pretendes?
Suéltanos ya, que nos matas.
Mas quando llegó á Rodrigo,
Casi muerta la esperanza
O el fruto que pretendia,
Que á do no piensan se halla;
Encarnizados los ojos

Qual furiosa tigre hircana,
Con mucha furia y denuedo
Le dice aquestas palabras:
Soltedes, padre, en mal hora,
Soltedes en hora mala,
Que á no ser padre, no hiciera
Satisfaccion de palabras;
Antes con la mano mesma
Vos sacára las entrañas.
Faciendo lugar el dedo
En vez de puñal ó daga.
Llorando de gozo el viejo
Dixo: fijo de mi alma,
Tu enojo me desenoja,
Y tu indignacion me agrada.
Esos brios, mi Rodrigo,
Muéstralos en la demanda
De mi honor, que está perdido,
Si en tí no se cobra y gana.
Contóle su agravio, y dióle
Su bendicion, y la espada
Con que dio al Conde la muerte,
Y principio á sus fazañas.

II.

Pensativo estaba el Cid
Viéndose de pocos años,
Para vengar á su Padre
Matando al Conde Lozano.
Miraba el bando temido
Del poderoso contrario,
Que tenia en las montañas
Mil amigos Asturianos.
Miraba como en las Cortes
Del Rey de Leon Fernando
Era su voto el primero,
Y en guerras mejor su brazo.
Todo le parece poco,
Respecto de aquel agravio,
El primero que se ha fecho
A la sangre de Laìn Calvo.
Al cielo pide justicia,
Y á la tierra pide campo,
Y al viejo padre licencia,
Y á la honra esfuerzo y brazo.
Non cuida de su niñez,
Que en naciendo, es costumbrado
A morir por casos de honra

El valiente fijodalgo.
Descolgó una espada vieja,
De Mudarra el Castellano,
Que estaba vieja y mohosa
Por la muerte de su amo.
Y pensando que ella sola
Bastaba para el descargo,
Antes que se la ciñese
Así le dice turbado:
Faz cuenta, valiente espada,
Que es de Mudarra mi brazo,
Y que con su brazo riñes
Porque suyo es el agravio.
Bien sé que te correrás
De verte así en la mi mano,
Mas no te podrás correr
De volver atras un paso.
Tan fuerte como tu acero
Me verás en campo armado;
Tan bueno como el primero
Segundo dueño has cobrado;
Y quando alguno te venza,
Del torpe fecho enojado
Fasta la cruz en mi pecho
Te esconderé muy airado.
Vamos al campo, que es hora

De dar al Conde Lozano
El castigo, que merece
Tan infame lengua y mano.
Determinado va el Cid;
Y va tan determinado,
Que en espacio de una hora
Quedó del Conde vengado.

III.

Non es de sesudos homes,
Ni de infanzones de pro
Facer denuesto á un fidalgo,
Que es tenudo mas que vos.
Non los fuertes barraganes
Del vueso ardid tan feroz
Prueban en homes ancianos
El su juvenil furor.
Non son buenas fechorias
Que los homes de Leon
Fieran en el rostro á un viejo,
Y no el pecho á un infanzon.
Cuidárais que era mi padre
De Lain Calvo sucesor,
Y que no sufren los tuertos
Los que han de buenos blason.
¿Mas cómo vos atrevisteis,

A un home, que solo Dios,
Siendo yo su fijo, puede
Facer aquesto, otro non?
La su noble faz ñublasteis
Con nube de deshonor,
Mas yo desfaré la niebla,
Que es mi fuerza la del sol.
Que la sangre dispercude
Mancha, que finca en la honor,
Y ha de ser, si bien me lembro,
Con sangre del malhechor.
La vuesa, Conde tirano,
Lo será, pues su furor
Os movió á desaguisado
Privandovos de razon.
Mano en mi padre pusisteis,
Delante el Rey con furor,
Cuida que lo denodasteis
Y que soy su fijo yo.
Mal fecho ficisteis, Conde,
Yo vos reto de traidor,
Y catad si vos atiendo
Si me causareis pavor.
Diego Lainez me fizo
Bien cendrado en su crisol,
Yo probaré en vos mis fuerzas

Y en vuesa mala intencion.
Non vos valdrá el ardimiento
De mañero lidiador:
Pues para me combatir
Traigo mi espada y troton.
Aquesto al Conde Lozano
Dixo el buen Cid Campeador
Que despues por sus fazañas
Este nombre mereció.
Dióle la muerte y vengóse,
La cabeza le cortó,
Y con ella ante su padre
Contento se afinojó.

IV.

Grande rumor se levanta
De gritos, armas y voces
En el Palacio de Búrgos
Donde son los ricos homes.
Baxa el Rey de su aposento
Y con él toda la Corte,
Y á las puertas de Palacio
Hallan Ximena Gomez,
Desmelenado el cabello
Llorando á su padre el Conde,

Y á Rodrigo de Vivar
Ensangrentado el estoque.
Viéron al soberbio Mozo
El rostro airado que pone,
De Doña Ximena oyendo
Lo que dicen sus clamores.
Justicia, buen Rey, te pido
Y venganza de traidores,
Así la logren tus fijos
Y de sus fazañas goces:
Que aquel que no la mantiene
De Rey no merece el nombre,
Nin comer pan en manteles,
Nin que le sirvan los nobles.
Mira, buen Rey, que desciendo
De aquellos claros varones
Que á Pelayo defendiéron
Con Castellanos pendones.
Y quando no fuera así,
Tu brazo ha de ser conforme
Dando venganza á los chicos
Con rigor de los mayores.
Y tú, matador rabioso,
Tu espada sangrienta corre
Por esta humilde garganta
Sujeta á su duro golpe.

Mátame, traidor, á mí,
Por muger no me perdones,
Mira que pide justicia
Contra tí Ximena Gomez.
Pues mataste un Caballero
El mejor de los mejores,
La defensa de la fe,
Terror de los Almanzores,
No es mucho, rapaz villano,
Que te afrente y te deshonre:
La muerte, traidor, te pido
No me la niegues y estorbes.
En esto viendo Ximena
Que Rodrigo no responde,
Y que tomando las riendas
En su caballo se pone;
El rostro volviendo á todos
Por obligallos da voces,
Y viendo que no le siguen,
Dice: ¡venganza, Señores!

V.

Sentado está el Señor Rey
En su sillla de respaldo,
De su gente mal regida

Desaveniencias juzgando.
Dadivoso y justiciero
Premia al bueno, y pena al malo,
Que castigos y mercedes
Hacen seguros vasallos.
Arrastrando luengos lutos
Entráron treinta Fidalgos,
Escuderos de Ximena
Fija del Conde Lozano.
Despachados los maceros,
Quedó suspenso el Palacio,
Y así comenzó sus quejas
Humillada en los estrados:
Señor, hoy hace seis meses,
Que murió mi padre á manos
De un muchacho, que las tuyas
Para matador criáron.
Quatro veces he venido
A tus pies, y todas quatro
Alcance prometimientos,
Justicia jamas alcanzo.
Don Rodrigo de Vivar
Rapaz, orgulloso y vano,
Profana tus justas leyes,
Y tú amparas un profano.
Tú le zelas, tú le encubres,

Y despues de puesto en salvo,
Castigas á tus Merinos,
Porque no pueden prendallo.
Si de Dios los buenos Reyes,
La semejanza y el cargo,
Representan en la tierra
Con los humildes humanos;
No debiera de ser Rey
Bien tenido y bien amado,
Quien fallece en la justicia,
Y esfuerza los desacatos.
Mal lo miras, mal lo piensas:
Perdona si mal te fablo,
Que la injuria en la muger
Vuelve el respeto en agravio.
No haya mas, gentil doncella,
Respondió el primer Fernando,
Que ablandarán vuestras quejas
Un pecho de acero y mármol.
Si yo guardo á Don Rodrigo
Para vueso bien leguardo,
Tiempo vendrá que por él
Convirtais en gozo el llanto.
En esto llegó á la sala
De Doña Urraca un recado,
Asióla del brazo el Rey,

Donde está la Infanta entráron.

VI.

En los solares de Búrgos
A su Rodrigo aguardando,
Tan en cinta está Ximena
Que muy cedo aguarda el parto.
Quando ademas dolorida,
Una mañana en disanto
Bañada en lágrimas tiernas,
Tomó la pluma en la mano;
Y despues de haberle escrito
Mil quejas á su velado,
Bastantes á domeñar
Unas entrañas de Mármol;
De nuevo tomó la pluma,
Y de nuevo tornó al llanto,
Y de esta guisa le escribe
Al noble Rey Don Fernando:
A vos, mi Señor, el Rey,
El bueno, el aventurado,
El magno, el conqueridor,
El agradecido, el sabio;
La vuesa sierva Ximena,
Fija del Conde Lozano,

A quien vos marido disteis,
Bien así como burlando;
Desde Búrgos os saluda,
Donde vive lacerando
Las buesas andanzas buenas,
Llevevoslas Dios al cabo.
Perdonadme, mi Señor,
Sino os fablo muy en salvo,
Que si mal talento os tengo
Non puedo disimulallo.
¿Qué ley de Dios os enseña,
Que podais por tiempo tanto,
Quando afincais en las lides,
Descansar á los casados?
Que buena razon consiente,
Que á un garzon bien domeñado,
Falagüeño y humildoso,
Le mostreis á ser leon bravo?
¿Y que de noche y de dia
Le traigais atraillado,
Sin soltalle para mí,
Sino una vez en el año?
Y esa que me le soltais,
Fasta los pies del caballo,
Tan teñido en sangre viene,
Que pone pavor mirallo.

Y quando mis brazos toca,
Luego se duerme en mis brazos;
En sueños gime, y forceja,
Que cuida que está lidiando.
Y apénas el alba rompe,
Quando lo están acuciando
Las esculcas y adalides,
Para que se vuelva al campo.
Llorando vos lo pedí,
Y en mi soledad cuidando
De cobrar padre, y marido,
Ni uno tengo, ni otro alcanzo.
Que como otro bien no tengo,
Y me lo habedes quitado,
En guisa le lloro vivo,
Qual si estuviera enterrado.
Si lo faceis por honralle,
Mi Rodrigo es tan honrado,
Que no tiene barba, y tiene
Cinco Reyes por vasallos.
Yo finco, Señor, en cinta,
Que en nueve meses he entrado,
Y me podrán empecer
Las lágrimas que derramo.
Non permitais se malogren
Prendas del mejor vasallo,

Que tiene cruces bermejas,
Ni á Rey ha besado mano.

VII.

Pidiendo á las diez del dia
Papel á su Secretario
A la carta de Ximena
Responde el Rey por su mano.
Despues de facer la cruz
Con quatro puntos y un rasgo,
Aquestas palabras finca
Aguisa de Cortesano.
A vos, Ximena la noble,
La del marido envidiado,
La humildosa, la discreta,
La que cedo espera el parto;
El Rey que nunca vos tuvo
Talante desmesurado,
Vos envia sus saludes
En fe de quereros tanto.
Decisme que soy mal Rey
Y que descaso casados,
Y que por los mios provechos
No cuido de vuestros daños;
Que estais de mi querellosa

Decis en vuesos despachos,
Que no vos suelto el marido
Sino una vez en el año,
Y que quando vos lo suelto
En lugar de falagaros,
En vuesos brazos se duerme
Como viene tan cansado.
Si supierades, Señora,
Que vos quitaba el velado
Por mis enamoramientos
Fuera con razon quejaros:
Mas si solo vos lo quito
Para lidiar en el campo
Con los Moros convecinos,
No vos fago mucho agravio.
A non vos tener en cinta,
Señora, el vueso velado,
Creyera de su dormir
Lo que me avedes contado.
Pero si os tiene, Señora,
Con el brial levantado,
No se ha dormido en el lecho
Si espera en vos mayorazgo.
Y si en el parto primero
Un marido os ha faltado,
No importa que sobra un Rey,

Que os fará cien mil regalos.
Non le escribades que venga:
Porque aunque esté á vueso lado,
En oyendo el atambor,
Será forzoso dexaros.
Si non hubiera yo puesto
Las mis huestes á su cargo;
Ni vos fuerais mas que dueña,
Ni él fuera mas que fidalgo.
Decis que vueso Rodrigo
Tiene Reyes por vasallos,
¡Oxalá como son cinco,
Fueran cinco veces quatro!
Porque teniéndolos él
Sujetos á su mandado,
Mis castillos y los vuesos
No hubieran tantos contrarios.

VIII.

Despues del lamento triste
De la muerte de Fernando,
Y despues de sucederle
El Rey su hijo Don Sancho;
En medio de mil contrastes
Ordena el Cid Castellano

Con mil ofertas y ruegos
Ir al pueblo Zamorano,
A rogar á Doña Urraca
De parte del Rey su hermano,
Que á Zamora dé y entregue
A su potestad y mando.
Y partiendo el de Vibar
A hacer del Rey el mandado,
Llegado al postigo viejo,
Que está con órden guardado;
Como prohiben la entrada
Al que honra al pueblo Hispano,
Intenta romper la guardia
Por cumplir del Rey el mando.
A la defensa del muro
La guarda que está guardando
Procura la resistencia:
Y al rumor del Castellano
La oprimida Doña Urraca
Vestida de negros paños
Pone el pecho sobre el muro,
Y moviendo el rostro y manos,
Humedeciendo los ojos
Le dice á Rodrigo el bravo:
¿Por qué por puertas agenas
Vencidas con tus victorias

Llamas, pues con ello ordenas,
Que este viva á vivas penas,
Y muerta para las gloris?
Y pues el trato de amigo
Depusiste y das de mano
Sin ver que justicia sigo,
A fuera á fuera Rodrigo
El soberbio Castellano.

A fuera, pues que quebraste
La palabra y jura á aquella
En cuya alma te enterraste,
Y al fin se la lastimaste
Por no querdar dentro de ella.
Mas quando tu mano fiera
Firmó en mi daño ordenado;
Aunque el Rey te lo impidiera,
Acordársete debiera
De aquel buen tiempo pasado.

Yo soy muger, y pasion
No me da lugar que pida
Al cielo tu perdicion,
Que si es mi alma ofendida
Asi lo es mi corazon.
Y aunque por tu causa muero,
No te quiero dar mal pago,
Porque yo me acuerdo, fiero,

Quando te armé Caballero
En el Altar de Santiago.
Lo que no consideraste
Consideran las mugeres;
Mas quando al trato te hallaste
De lo que eras te acordaste
Y olvidaste lo que eres.
Esta disculpa te hallo,
Pues ya qual Fidalgo de armas....,
Mas sin serlo, aunque vasallo,
Mi padre te dió las armas,
Mi madre te dió el caballo.
Al estado te subiéron,
Que por tu medio perdí:
Tu bien y mi mal hiciéron,
Pues quanta honra te diéron
Tanta me quitaste á mí.
Y guardándole el decoro
Del gusto á mi padre amado
Yo que por tu causa lloro,
Yo te calce espuela de oro,
Porque fueses mas honrado.

IX.

Fablando estaba en el claustro

De San Pedro de Cardeña
El buen Rey Alfonso al Cid
Despues de Misa una fiesta.
Trataban de las conquistas
De las mal perdidas tierras
Por pecados de Rodrigo,
Que amor disculpa y condena.
Propuso el buen Rey al Cid
El ir á ganar á Cuenca;
Y Rodrigo mesurado
Le dice de esta manera:
Nuevo sois, el Rey Alfonso,
Nuevo sois Rey en la tierra;
Antes que á guerras vayádes
Sosegad las vuesas tierras.
Muchos daños han venido
Por los Reyes que se ausentan,
Y á penas han calentado
La corona en la cabeza.
Y vos no estais muy seguro
De la calumnia propuesta
De la muerte de Don Sancho
Sobre Zamora la Vieja.
Que aun hay sangre de Bellido,
Maguer que en fidalgas venas,
Y el que fizo aquel venablo,

Si le pagan, hará treinta.
Bermudo en lugar del Rey,
Dice al Cid: si vos aquejan
El cansancio de las lides,
O el deseo de Ximena,
Idvos á Vibar, Rodrigo,
Y dexadlle al Rey la empresa,
Que homes tiene tan Fidalgos,
Que no volverán sin ella.
¿Qnién vos mete, dixo, el Cid
En el Consejo de Guerra,
Frayle honrado, á vos agora
La vuesa cogulla puesta?
Subid vos á la Tribuna
Y rogad á Dios que venzan,
Que non venciera Josué
Si Moyses no lo ficiera.
Llevad vos la capa al coro,
Yo el pendon á las fronteras,
Y el Rey sosiegue su casa
Antes qne busque la agena;
Que no me farán cobarde,
El mi amor y la mi queja,
Que mas traigo siempre al lado
A Tizona que á Ximena.
Home soy dixo Bermudo,

Que ántes que entrara en la regla
Si no vencí Reyes Moros,
Engendré quien los venciera;
Y agora en vez de cogulla
Quando la ocasion se ofrezca
Me calaré la celada
Y pondré al caballo espuelas.
Para fugir, dixo, el Cid
Podrá ser, padre, que sea,
Que mas de aceyte que sangre
Manchado el hábito muestra.
Calledes, le dixo el Rey,
En mal hora que no en buena,
Acordarsevos debia
De la jura y la ballesta.
Cosas tenedes, el Cid,
Que farán fablar las piedras,
Pues por qualquier niñería
Faceis campaña la Iglesia.
Pasaba el Conde de Oñate
Que llevaba la su dueña,
Y el Rey por facer mesura
Acompañóla á la puerta.

X.

Si atendeis que de los brazos
Vos álze, atended primero,
Si no es bien que con los mios
Cuide subiros al cieló.
Bien estais afijonado
Que es pavor veros enhiesto,
Asiento es asaz debido
Al suelo de los soberbios.
Descubierto estais mejor,
Despues que se han descubierto
De vuesas altanerías
Los mal guisados excesos.
¿En qué os habeis empachado
Que dende el pasado invierno
Non vos han visto en las Cortes,
Puesto que Cortes se han fecho?
¿Por qué siendo cortesano,
Traeis la barba y cabello
Descompuesta y desviada,
Como los padres del yermo?
Pues aunque vos lo pregunto,
Asaz que bien os entiendo,
Bien conozco vuesas mañas

Y el semblante falagueño.
Quereis decir que cuidando
En mis tierras y pertrechos,
Non cuidades de aliñarvos
La barba y cabello luengo.
Al de Alcalá contrariasteis
Mis treguas, paz y concierto,
Bien como si el querer mio
Tuvierades por muy vueso.
A los fronterizos Moros
Diz que teneis por tan vuesos,
Que os àdoran como á Dios;
Grandes algos habreis dellos.
Quando en mi jura os hallasteis
Despues del triste suceso
Del Rey Don Sancho, mi hermano,
Por Bellido traydor muerto;
Todos besáron mi mano
Y por Rey me obedeciéron;
Solo vos me contrallasteis
Tomándome juramento;
En Santa Gadea lo fice
Sobre los quatro Evangelios,
En el balleston dorado,
Teniendo el quadrillo al pecho.
Matarades á Bellido

Si ficierais como bueno,
Que no ha faltado quien dixo
Que tuvisteis asaz tiempo.
Fasta el muro lo seguisteis,
Y al entrar la puerta adentro
Bien cerca estaba quien dixo,
Que non osasteis de miedo.
Y nunca fuéron los mios
Tan astutos y mañeros,
Que cuidasen que Don Sancho
Muriese por mis consejos.
Murió porque á Dios le plugo
En su juicio secreto,
Quiza porque de mi padre
Quebrantó sus mandamientos.
Por estos desaguisados
Desaveniencias y tuertos
Con título de enemigo
De mis Reynos vos destierro.
Yo tendré vuesos Condados,
Fasta saber por entero
Con acuerdo de los mios
Si confiscarvos los puedo.
Non repliquedes palabra,
Que vos juro por San Pedro
Y por San Millan bendito,

Que vos enforcaré luego.
Estas palabras les dixo
El Rey Don Alonso el Sexto
Inducido de traydores,
Al Cid, honor de sus Reynos.

XI.

Tengovos de replicar,
Y de contrallarvos tengo,
Que no han pavor los valientes,
Ni los non culpados miedo.
Si finca muerta la honra
A manos de los denuestos,
Ménos mal será enforcarme
Que el mal que me habedes fecho:
Yo seré en tierra humildoso
A guisa de vueso siervo,
Que teniendo los mis brazos
Cuido alzarme sin los vuesos,
Cúbranse y no vos acaten
Los ociosos falagüeños,
Que maguer yo no lo soy,
Me puedo cubrir primero.
Dos vegadas hubo Cortes,
Dende antaño por invierno;

Diz que por la pro comun
O por los vuesos provechos.
Vos en Leon las ficisteis,
Pero yo en los campos yermos,
Faciendo las mias, desfice
Del contrario los pertrechos.
Lo fecho en Alcalá vedes
Non lo que fice primero,
Y es mal juzgador quien juzga,
Sin notar todo el proceso.
Folgá que el Moro de allende
Respete mis fechos buenos;
Que si non me los respeta,
Non vos guardarán respeto.
Asaz me semejas blando,
Porque de tiempo tan luengo
De apretarvos en la jura
Vos duele el escocimiento.
Mentirá el que me achacáre
Del traidor Dolfos el tuerto,
Que sabedes lo que fué
Y lo que fice en el reto.
Ademas que sin espuelas
Cavalgue entónces por yerro:
Vencen pesadas falsias
Al noble y sencillo pecho.

Y pues gasté mis haberes
En prez del servicio vueso,
Y de lo que hube ganado
Vos fice Señor y dueño;
Non me lo confiscaredes
Vos ni vuesos Consejeros,
Que mal podredes tollerme
La facienda que no tengo.
De hoy mas seré facendoso,
Pues hoy de vos me destierro;
Y de hoy para mí me gano
Pues hoy para vos me pierdo.
Estas palabras decia
El noble Cid, respondiendo
A las querellas injustas
Del Rey Don Alfonso el Sexto.

XII.

Mentirosos adalides,
Que de las vidas agenas
Guisais plato para el gusto
De muchas sordas orejas;
Fidalgos de Villalon,
Caballeros de Valuerna,
Homes buenos de Villada

Y Christianos de Sansueña;
Escuchadme, si fincaredes.
Con memoria que mis quejas
Son fixas de vueso agravio
Y de vuestra culpa nietas.
»Yo soy el Cid Campeador,
Que finco sobre Consuegra,
Tan humilde al Rey Alfonso
Quanto á mi Doña Ximena.
Yo soy aquel que mis armas,
Toda la semana entera
No se quitan dos vegadas
Del cuerpo que las sustenta.
Y el que en las batallas crudas
Con mi lanza y mi ballesta
Soy el primero de todos,
Y que non duermo en las tiendas.
Non fago tuerto á los mios
Maguer facerlo pudiera,
Antes les entrego junto
Los haberes y tenencias.
Peleo con la Tizona,
Non ofendo con la lengua,
Por non con ella imitar
A las mal fabladas fembras.
Como en el suelo por falta

De las levantadas mesas;
Y por postre tengo asaltos,
Que son frutas que me alegran.
Non desentierro las vidas
De home bueno ó muger buena,
Nin digo si fué fidalgo,
Nin si ha pechado ó si pecha.
Non trato sobre comida
De facer á nadie ofensa,
Sinon de si han apretado
Bien las chinchas á Babieca.
Non me acuesto imaginando
Con mentiras quitar tierras;
Si acaso puedo las gano
Y sinon, finco sin ellas.
Y conquistando al castillo,
Fago pintar en sus piedras
Las armas del Rey Alfonso
Y yo humillado par de ellas.
Lloro quando estoy á solas
La mi consorte Ximena
Que finca qual tortolilla
Sola y triste en tierra agena;
Que maguer es tierra suya
Tiene enemigos muy cerca,
Que pues lo son de su esposo,

¿Quién duda lo serán de ella?
Pido justicia y mis voces
Cuido que hasta el cielo llegan,
Que como son voces justas
No dudo que llegar puedan.
Aquesto escribe Rodrigo
A los Condes de Consuegra
A los fidalgos y ricos,
Sin honor y sin facienda.

XIII.

Ceñid los membrudos brazos
Al cuello que bien os quiere,
Por ser asaz de tal dueño
Que el mundo otro par no tiene.
No rehuyais de abrazarme,
Que brazos de home tan fuerte
Desentollecen mis tierras
Y las de Moros tollecen.
Facedlo que bien podeis,
E cuidá non me manchedes,
Que aun finca en las vuesas armas
La sangre Mora reciente.
No atendais tuertos que os fice
Pues tan buen prémio merecen,

Que non quise en mi servicio
Home á quien le sirven Reyes.
Si vos desterré, Rodrigo,
Fué porque á Moros, que crecen,
Desterreis sus fechorías,
Y las vuesas alto vuelen.
Non vos eché de mi Reyno
Por falsos que vos mal quieren,
Si porque en tierras agenas
Por vos mi valor se muestre.
De Alvar Fañez vuestro primo
Recibí vuestro presente,
No en feudo vueso, Rodrigo,
Sino como de pariente.
Las banderas que ganasteis
A Sarracenos de allende
Por vuesa mandadería
En San Pedro las veredes.
La vuesa Ximena Gomez
Que tanto vos quiso siempre,
Porque la desmaridé
Mil pleytos contra mí tiene.
Non escucheis sus querellas
Quando á mí las enderece,
Que á las fembras mas astutas
Qualquier enojo las vence.

Atended en su presencia
Que cuido que vos atiende
Mas ganosa de vos ver,
Que vos venides de verme.
Que si malos Consejeros
Facen oficios que suelen,
En cambio de saludarme,
Atenderedes mi muerte.
Non atendais, home bueno,
Así os valga San Llorente,
Y riñas de por San Juan
Sean paz que dure siempre.
Prended al cuello mis brazos
Que vuesos brazos bien pueden
Prender en paz vueso Rey,
Pues en guerra cinco prenden.
El Rey Don Alfonso el Sexto
Le dice esto al Cid valiente,
Que de lidiar con los Moros
Victorioso á su Rey vuelve.

XIV.

Al cielo piden justicia
De los Condes de Carrion
Ambas las fijas del Cid

Doña Elvira y Doña Sol.
A sendos robles atadas
Dan gritos que es compasion,
Y no las responde nadie
Sino el eco de su voz.
El menosprecio y afrenta
Sienten, que las llagas non,
Que es dolor á par de muerte
En la muger un baldon.
Tal fuerza tienen consigo
La verdad y la razon,
Que hallan en los montes duros
Y en las fieras compasion.
A los lamentos que hacen
Por allí pasó un Pastor,
Por donde no puso pie
Cosa humana, si ahora no.
Danle voces que se acerque
Y él non osa de pavor;
Que son hijos de ignorancia
El empacho y el temor.
Por Dios te rogamos, home,
Que hayas de nos compasion,
Así tu ganado vaya
Siempre de bien en mejor.
Nunca les falten las aguas

En el estío y calor,
Las yerbas no se le sequen
Con la helada y con el sol.
Tus tiernos fijuelos veas
Criados en bendicion,
Y peines tus blancas canas
Sin dolencia y sin lesion;
Que desates nuestras manos,
Pues que las tuyas no son
Como las que nos atáron
Con malicia y con traicion.
Ellas en estas palabras,
Don Ordoño que llegó
En hábito de Romero
De órden del Cid su Señor.
Prestamente las desata
Disimulando el dolor;
Ellas que lo conociéron
Juntas lo abrazan las dos.
Llorando les dice, primas,
Secretos del Cielo son,
Cuya voz y cuya causa
Está reservada á Dios.
No tuvo la culpa el Cid,
Que el Rey se lo aconsejó;
Mas buen padre teneis, dueñas,

Que vuelva por vueso honor.

XV.

Años hace, Rey Alfonso,
Que solo en vueso servicio
El arambre de Tizona
Apénas lo he visto limpio:
Y que mi pobre Ximena,
Nacida en contrario signo,
Fué por mí sola de padre,
Como por vos de marido.
Ella en mi ausencia ha llorado
El medio lecho vacio,
Miéntras que yo derribaba
Mil estandartes Moriscos.
Testigos tengo presentes,
Y vos Rey, sois buen testigo
Que he atropellado mas lunas
Que el sol ha durado siglos.
Fuí en mi juvenil discurso
Rayo en vuesos enemigos,
Como agora son mis canas
Terrero de mal nacidos.
Todo lo gobierna el cielo
Con su nivel y destino

Desde la tierra á su altura,
Y desde el cielo á su abismo.
Al pavon le dió sus pies,
Al aguila el corbo pico,
Y al leon la calentura
Porque esten ménos altivos.
Dos fijas tengo, Señor,
Y porque robé al serviros
El tiempo del engendrarlas,
Las engendré con delito.
Agraviáronlas traidores,
Y por haberse atrevido,
Aunque mi brazo pudiera
Solo al vueso lo remito;
Dos alevosos cobardes
Cuyos corazones tibios
Al temor hacen altares
Y le ofrecen sacrificios.
Carrion les da tributos
Como la fama al olvido,
Y como yo me querello
De tal injuria ofendido.
Levante vuesa justicia
El peso con el cuchillo,
Que aunque suyo sea el peso,
El pesar ha de ser mio.

Si la justicia en las armas
Falló el natural abrigo;
Ya sirvo yo con las mias,
Faced justicia y castigo.

XVI.

Lloraba Doña Ximena
A sus solas con el Cid
La afrenta de sus dos fijas
Y así comenzó á decir:
¿Cómo es posible, Señor,
Siendo temido en la lid,
Que os afrentasen dos homes,
No siendo bastantes mil?
Y si aquesto no vos duele,
Ved que á mi padre perdí,
Por ser vos tan vengativo
En las cosas que sentis.
Considerad vuesas fijas
Aquesas que yo parí,
Que no son fijas prestadas
Sinon de vos y de mí.
Es bien que aquesto miredes,
Y que esa gente ruin
No se atreva á facer tal;

Sabiendo que sois el Cid.
Pues no faltará salida
Para poderse exîmir,
Es bien que aquesto sintades:
Farto os he dicho, sentid.

XVII.

Asida está del estribo
La noble Ximena Gomez,
Y en tanto que al Cid le habla
El Cid su gaban compone.
Mirad le dice, Señor,
Que la sangre de aquel Conde
Que matasteis bueno á bueno,
Que la vengueis como noble.
A las Cortes vais, buen Cid,
Y lo que os lleva á la Corte
Ha de dar corte á la espada
Porque no tiene otro corte.
Al Rey habrán prevenido
Ya sus amigos los Condes,
Que es de cobardes muy propio
Socorrerse de invenciones.
No aceteis del Rey Alfonso
Excusas, ruegos ni dones,

Que mal se cubre una injuria
Con afeyte de razones.
Considerad vuesas fijas
Amarradas á dos robles,
De quienes tiemblan las hojas
Condolidas de sus voces.
Y mirad, que aquella ofensa
Contra mí fecha en el monte
Descubre en vos las señales
Y en mis fijas los azotes.
Dios os guarde donde vades,
Que son los competidores
Crueles como cobardes,
Como cobardes traidores.
Yo bien sé que vais seguro
Sino fuere de traiciones
Que atrevidos con mugeres
Nunca lo son con los hombres.
No entreis, Señor, en batalla,
Que menguais vuesos blasones,
Honrando con vuesa espada
Una sangre tan enorme.
El que venció á tantos Reyes
No se iguale aquestos homes,
Que relinchos de Babieca
Han vencido otros mejores.

Cobrad vuesas dos espadas
Para Bermudo y Ordoñez,
Que ellos pondrán en sus filos
El uso de vuesos golpes.
Por mi aviso y vuesa mano
Que á mi venganza se oponen,
Desde luego la esperanza
Me promete alegres dones.
Así suceda, Ximena,
El famoso Cid responde,
Y abaxando la cabeza,
Picó á Babieca, y partióse.

XVIII.

Erguios, no esteis postrado,
Que no es justo ni razon,
Que esté ante mí definojos
Quien Reyes afinojó.
Cubrid las canas honradas
De grande prez y valor,
Y del mas leal vasallo
Que tuvo Rey ni Señor.
Quedaos á yantar conmigo,
Que me fareis gran fovor,
Y me tendrán las viandas

De este yantar mejor pro.
Y desque hayamos yantado
Vos quiero facer favor,
De contaros de la enmienda
Del tuerto de Carrion.
Mas quiero facerlo luego:
Sabed que le plugo á Dios
De guardarles sendos Reyes
A Elvira y á Doña Sol.
Seré en las bodas padriño
Pues casamentero soy:
Porque para fijas vuesas
Los Reales padrinos son.
Alvar Fañez de Minaya
Vueso presente nos dió,
Yo y Nusco le recibimos
Con gran talento y amor.
Y por primeras mercedes,
Bien dignas de quien vos sois,
Mando que no haya cadera
En vuesa comparacion,
Sino fuere qual yo Rey
O Dignidad superior.
Esto dice el Rey Alfonso
A ese buen Cid Campeador.

XIX.

En Búrgos nació el valor,
Gloria y amparo de España,
Que es costumbre en la cabeza
Poner la insignia mas alta.
Aquel que victorias suyas
De eterna memoria estampa;
Está en los Polos su nombre
Y el cielo da gloria y alma.
De quien Españoles Reyes
Tienen de su sangre santa,
Que si duermen los despierta
A la guerra y las hazañas
El que á los fijos de Agar
Destruyéron sus espadas,
Y á siete Reyes venció
Despues de muerto en batalla.
El valeroso y leal
A su Señor y su Patria,
Que hizo famosa á Hisperia
Y á las estrellas levanta.
A quien prudentes varones
Ponen solo entre las armas,
Y por sus grandes proezas,

Príncipe de ellas le llaman:
Y Moros sus enemigos
Por excelencia llamaban
El invencible Rodrigo
Y Señor de la campaña:
Y siendo quan bueno fué
Tiró la envidia su lanza;
Mas las armas de virtud
El hierro suyo no pasan,
Que como sucede siempre
Quien mal anda mal acaba,
Golpes de ánimo traidor
A su mismo dueño matan.
No pudiéron las traiciones
De muchos manchar su fama,
Que con la infamia de aquellos
El cielo se la limpiaba.
En San Pedro de Cardeña
Su cuerpo la tierra ensancha;
Que como lo hizo en vida
Allí tampoco le falta.

XX.

De Castilla iba marchando
A Navarra con su gente,

Don Sancho, á quien diéron nombre
Por sus hechos de valiente.
Delante lleva el despojo
Que ganó su brazo fuerte,
En las tierras de Castilla
Sin que nadie lo impidiese.
Triunfante, rico y contento
Por sus jornadas se vuelve,
Dexando á los Castellanos
Despojados de sus bienes.
Por San Pedro de Cardeña
Mandó que el curso enderecen,
La escolta y la cavalgada
Para que por allí fuesen.
Como llegase la fama
Al Abad, que en guarda tiene
El santo cuerpo del Cid,
Aguardó que el Rey se acerque.
Aderezóse entre tanto
Como en procesion solemne
Y con la insignia del Cid
Sale para quando llegue.
Al son de las roncas caxas
Marchando de siete en siete
Al Rey que llevan en medio
Miran ufanos y alegres.

Tremolando las banderas,
Junto al Rey, que alegremente
En ellas ponia los ojos
Como en su mayor deleyte.
Yendo el valiente Don Sancho
Marchando con sus ginetes,
Llegó donde el Santo Abad
Le aguardaba alegremente.
Puso en tierra las rodillas
Diciendo: Rey, no desprecies
Mi razon, ni á la voz mia
Tu justo oido le cierres.
Bien sabes, valiente Rey,
Y quantos estais presentes,
Que esa presa es de Christianos,
Y no es justo que la lleves.
Las guerras que traen contigo,
Son causa para ponerte,
Siempre la espada en la mano
Por su daño, y con sus muertes.
Muy bien pudiera escusarse
La sangre que de ellos viertes,
Y que volvieras la espada
A los Moros que nos vencen.
Mira, buen Rey, esta insignia,
Que es del Cid de quien desciendes,

Y pongotela delante
Para que la presa dexes.
Conociendo el Rey la insignia,
Del caballo se desciende,
Y en el suelo de rodillas,
La saluda de esta suerte:
¡O Estandarte poderoso
De aquel varon excelente,
Que fué muro de Castilla,
Y cuchillo de la muerte!
De quien tembló la Morisma,
Quien deshizo sus poderes,
Quien venció muerto al Rey Bucar
Y tuvo vasallos Reyes:
A quien hablaban los Santos
Y le acompañaban siempre,
Y le alcanzáron de Dios
Que vencido no se viese.
A vos, y ante vos consagro
Como á quien tambien se deben
Estos despojos de guerra,
Y en vuestro templo se cuelguen.
Y diciendo estas razones
Mandó que los presos suelten,
Y toda la presa junta
Al bendito Abad se entregue.

Por amor y reverencia
Del Cid á quien se la ofrece,
Reconociéndole muerto
Que nunca su nombre muere.

XXI.

La belleza de Helena.

Desde una soberbia torre,
De aquellas, que al fuerte Alcazar
De la inexpugnable Troya
Sirven de adorno y de guarda;
Los mas ancianos varones
Sobre cuyos hombros carga
Todo el peso de la guerra,
Que es mayor que el de las armas,
Estaban mirando un dia
Una reñida batalla,
Que fuera del ancho muro
Troyanos y Griegos traban.
Ven que de una parte y otra
La tierra en su sangre bañan,
Y que alaridos y polvo
Hasta el Cielo se levantan:
Que unos se encuentrán furiosos
De tal suerte, que las hastas

En piezas al ayre suben,
Y ellos á la tierra baxan:
Que otros firmes en la silla
Ponen mano á las espadas,
Y dan y reciben golpes
Hasta dar tambien las almas:
Que los caballos sin dueño
Relinchan, corren y saltan,
Y á muchos de los de á pié
Atropellan, hieren, matan:
Y que dentro en la Ciudad
Las miserables Troyanas,
Cuyos maridos pelean
En defensa de la patria,
Con ansia mortal se afligen,
Rostro y cabellos maltratan,
Y los ojos en el cielo
Le piden justa venganza.
Hijas por sus padres lloran,
Por sus hermanos hermanas,
Cuyas lamentables voces
Lastiman duras entrañas.
Todo es confusion y estruendo,
Alaridos, golpes, rabia,
Al fin como en cruda guerra
Del tirano amor causada.

Viendo tan triste tragedia
Los que tristes la miraban,
Y de ver buen fin teniendo
Poca ó ninguna esperanza;
Bañan lágrimas sus ojos,
El dolor su pecho rasga,
Y á voces llaman la muerte
Que los libre de ver tantas.
Un rayo á Júpiter piden
Contra la que ha sido causa
De una guerra tan prolixa
Por hermosa y por liviana.
En esto viéron que Helena,
Principio de estas desgracias,
A la misma torre sube,
A ver los males que causa.
Y viendo que su hermosura
Es mas divina que humana,
Pues con ser tal la de Venus
Le hace notable ventaja;
Juzgándola poderosa
Para rendir libres almas,
Sin que desden aproveche
Ni otras prevenciones valgan;
A una voz dicen llevados
De una fuerza extraordinaria

Que tiene en sí la belleza,
Contra quien fuerzas no bastan:
¡Dichoso el que en esta guerra
Alcanza ventura tanta,
Que por tu defensa muere
Para que viva su fama!
Si yerros de amor nacidos
Es justo el perdon que alcanzan;
¿Quién á Páris se le niega
Siendo su ocasion tan alta?
Grecia y Troya en esta empresa
Ambas están disculpadas,
Con razon te pide aquella,
Y esta con razon te guarda.
Los que teniéndote ausente
Con injuriosas palabras
De tí al cielo dimos quejas,
Presente le damos gracias.
No caigamos de la tuya,
Que si tanto nos levantas
Ni Marte podrá ofendernos,
Ni ser fortuna contraria.
Diosa de hermosura, vive,
Y con tu vista regala
A este Troyano pueblo,
Que te defiende y ampara.

Esto diciendo, advirtiéron
Que el Rey Priamo los llama,
Para oir los no creidos
Pronosticos de Casandra.

XXII.

Hecuba y Policena.

Turbados los ojos bellos,
Pálido el color rosado,
Bien apretados los dientes,
Un poco abiertos los labios;
Despidiendo por sus venas
La columna de alabastro
Aquel rosicler hermoso
De su cutis delicado,
De cuyas carnes se aparta
El alma, ya palpitando
Y vuelto en ceniza fria
El cuerpo bello y gallardo;
Hecuba, la Reyna, mira
Degollada en su regazo
A su amada Policena,
Diciendo con triste llanto:
Ví de Troya con mis ojos
Derribar los muros altos

Por el engaño de Ulises,
O quizá por mis pecados:
Por donde entráron los Griegos
En el fingido caballo,
Y despues á media noche
Dar el riguroso asalto.
Viéron mis ojos la muerte
De Hector y de sus hermanos,
De Paris y Polifemo,
Y del viejo Rey Priámo:
No me espantó ver ardiendo
Los edificios dorados,
Los mármoles y columnas
De pórfido y de alabastro,
Los filabres de oro fino,
Famosos anfiteatros,
Los homenages Reales
Por el suelo derribados.
Con prudencia resistí
Aquel doloroso trago,
Consoláronme tus ojos
Con solamente mirallos:
Sola tu muerte ha podido
Dar principio á mis cuidados,
Abriendo puerta á la muerte,
Y á los ojos para el llanto.

XXIII.

Aquiles y Hector.

Miraba el famoso Aquiles
Caudillo del campo Griego
En lo roxo de las armas
El valor y brazo de Hector.
Miraba el templado escudo
De aquel consagrado acero
Por mil partes abollado,
Desembrazado y deshecho.
Miraba sus Mirmidones,
Su amigo Patroclo muerto,
Menelao y Agamenon
Sin vigor, fuerza ni esfuerzo.
Dice al mirarse sin armas,
¿Quién con ellas tanto ha hecho?
Y el rostro mira que hizo
Rostro á tanto caballero.
Mil cosas revuelve y mira
De aquel su contrario fiero,
Que son en los casos de honra
Profundos los pensamientos.
Con la ocasion de las treguas,
Halló en el Troyano templo

De aquella sangrienta Palas
Aquel vencedor sangriento.
El semblante tiene altivo,
El rostro largo y moreno,
Estando alegre, hermoso,
Estando enojado, feo.
La frente espaciosa y ancha,
Los labios roxos y belfos,
Los dientes juntos y blancos,
El cabello corto y crespo.
Conoce por las señales
Quien se señala entre ciento,
Porque las muestras de fuera
Conciertan con lo de dentro.
Sosiega el pecho alterado
El fiero semblante de Hector,
Que al soberbioso contrario
Templa el corazon soberbio.

XXIV.

Pompeyo y Julia.

Ya las mayores estrellas
Su escasa luz escondian,
Y el matutino lucero
Huye del vecino dia;

Quando engolfado Pompeyo
Dexa á Italia, y se retira,
Que el rigor de Julio Cesar
A executarlo le obliga.
Va á juntar diversas gentes
De las provincias amigas,
Para dar principio triste
A las civiles fatigas.
Y aunque para guerra sale
Lleva su casa y familia,
Tiende por el mar los ojos,
Y á la amada Hesperia mira.
Dulce nido y patria dulce,
Como postrimera vista:
Ya comtempla de las cumbres
Nevadas las altas cimas,
Ya los pedregosos montes
Que desparciendo se iban,
Ya los agradables puertos
Que denuncian su ruina.
Mas de vacilar cansado,
Por sus miembros se esparcia
Un regalado licor,
Que suspendió su fatiga.
Y en aquesta coyuntura
La eburnea puerta se abria,

Por donde los sueños vanos
Salen y sombras fingidas.
Al mundo con apariencias
Que lo cierto certifican,
Los sentidos le entorpecen;
Mas luego á la fantasía.
Varias formas se le ofrecen
Conforme al humor que cria,
Donde se le representa
De Julia la horrenda vista.
Que fué su muger primera
Y de Julio amada hija,
Cuya falta denunció
Mil sanguinosas ruinas.
Que de tierra le parece
Por una boca salia,
Con visage descompuesto
Y que llorosa decia:
Del Elisio campo echada
Vine á las negras lagunas,
Do á las furias importunas
Vi amenazar tu jornada.
Ví que andaban sacudiendo
Sus hachas sobre tu arnes;
Preven el daño, pues ves
Que Julia te está advirtiendo.

Con quien mil triunfos tuviste
Quando te fui compañera;
Mas ya en mi combleza fiera
Mi adversa suerte consiste:
Ya se mudó con mi ausencia
De tu lecho la fortuna:
Julia y Cornelia no es una
Que hay notable diferencia.
Que Cornelia condenada
Está á derribar maridos
De estados altos subidos,
Julia á no quitarles nada.
Ande asida á tu bandera
Que Cesar me vengará,
Y Julia la impedirá
Gozarte quando lo quiera.
Y no pienses me desvio
Pompeyo de tu presencia,
Que esta civil diferencia
Te hará sin duda mio.
Desparecióse con esto
Aquella sombra amarilla,
De que el Capitan quedó
Lleno de melancolía.
Y aunque con algun temor
Ningun ánimo le quita,

Antes dice, que á turbar
No bastan sombras fingidas
Su gloria y triunfos futuros
Ni la carcomida envidia,
Gran indicio el no temer
De que el daño se avecina.
Que casi por las señales
Los sucesos se adivinan,
Y gritando guerra, guerra
A la amiga costa arriba.

XXV.

Ciceron muerto.

En la alborotada Roma
Un sordo rumor se oia,
Bien como quando en las sierras
Los pinos el cierzo humilla,
Y con proceder violento
Abate al tronco la cima,
En varias partes haciendo
Mil disonancias distintas,
Así en confusos montones
Por las calles discurrian
La gente en tropel discorde,
De quien nada se entendia.

Sin haber autor, temiendo
El daño que se fingia
En su pecho cada qual,
Cosa que el temor confirma.
Y no solo el vulgo rudo
Teme, que tambien temian
Cónsules y Senadores
Alguna comun ruina.
Desamparan el Senado,
Y las respetadas sillas,
Soltando las riendas todos
A su perplexa huida.
En sus propias casas temen,
Que es do los flacos se animan,
Detras de sus muros tiemblan
Y entre sus murallas mismas.
Van á la plaza, do ven
Cosa que á todos lastima,
La mano de Ciceron
De su tronco dividida.
Y la cabeza tambien
Que lo fué del mundo en vida
Asi en gobernarle todo,
Como en loable doctrina.
Miran la eloqüente lengua
Ya sin vigor muda y fria,

A quien con aplauso grato
Como á Apolo el mundo oia.
No les pareciendo ciencia
La que della no salia.
Ven las venerables canas
De cuajada sangre tintas,
Que en el Romano Senado
Con magestad presidian.
No hay quien á Roma consuele
En tan profunda desdicha.
Todos con áspero llanto
Su muerte en comun sentian,
Culpando de Octaviano
La rigurosa injusticia.

XXVI.

Mario y Cartago.

Dos exemplos de fortuna
De bien y mal los mas altos,
Mudos de su gran caida
Sin lengua se estan hablando:
La gran Cartago es el uno,
Y otro Mario desterrado,
Seis veces Romano Cónsul,
Y gran Capitan Romano.

Mirando está las ruinas
De aquel Imperio Africano,
Y de fortunas tan ricas
Entierra los desengaños,
Y la patria que engendró
Tantos animos gallardos,
Como ahora engendra espinas,
Y la pueblan Leopardos.
Revolviendo estas memorias
La suya se ha despertado,
Y tras largo suspirar
Dixo mirando á Cartago:

Cartago, que un tiempo al cielo
Te subió el alegre hado,
Iguales hemos quedado,
Tu postrada por el suelo,
Yo en tu suelo desterrado.

Y aun nunca se satisface,
Siempre el hado te importuna,
Que contino seas le place
Teatro de la fortuna,
Donde sus tragedias hace.

Murio en ti Dido primero,
Anibal fue en ti vencido,
Tú moriste á hierro fiero,
Y ahora en tu tragedia he sido

Yo Mario el acto postrero.
¡Quán en valde y con despecho
Cartago, este bien tenemos!
Que fuimos tan de provecho
Que á fortuna rica hacémos,
Aunque ella nos ha deshecho.
Que la que nos dió tal pago
Que es la fortuna envidiosa;
No hiciera tal estrago,
Ni fuera tan poderosa
A no haber Mario y Cartago.
Mas ¡ay! que en manera alguna,
Cartago, este bien tuviste;
Que si te acabó fortuna
Tierra en que morir tuviste;
Mas yo no tengo ninguna.

XXVII.

El Rey Rodrigo.

Quando las pintadas aves
Mudas están, y la tierra
Atenta escucha los rios,
Que al mar su tributo llevan;
Al escaso resplandor
De qualque luciente estrella,

Que en el medroso silencio
Tristemente centellea;
Teniendo por mas segura
De trage humilde la muestra,
Que la acechada corona,
Ni la envidiada riqueza;
Sin las insignias reales
De la magestad soberbia,
Que amor y temor de muerte
Junto á Guadalete dexan;
Bien diferente de aquel,
Que ántes entró en la pelea
Rico de joyas, que al Godo
Dió la victoriosa diestra;
Tintas en sangre las armas
Suya alguna y parte agena,
Por mil partes abolladas,
Y rotas algunas piezas;
La cabeza sin almete,
La cara de polvo llena,
Imágen de su fortuna
Que en polvo se ve deshecha;
En Orelia su caballo
Tan cansado ya, que apénas
Mueve el presuroso aliento,
Y á veces la tierra besa;

Por los campos de Xerez
Gelboé llorosa y nueva,
Huyendo va el Rey Rodrigo
Por montes, valles y sierras.
Tristes representaciones
Ante los ojos le vuelan;
Hiere el temeroso oido
Confuso estruendo de guerra.
No sabe donde mirar,
De todo teme y rezela;
Si al Cielo, teme su furia,
Porque hizo al Cielo ofensa;
Si á la tierra, ya no es suya,
Que la que pisa es agena:
¿Pues qué si dentro en sí mismo
Con sus memorias se encierra?
Mayor campo de batalla
Dentro el alma le apareja.
Y entre sollozo y suspiros
Así el Rey Godo se queja.
Desventurado Rodrigo,
Si esto en otro tiempo hicieras,
Y huyeras de tus deseos
Al paso que agora llevas;
Y á los asaltos de amor
No mostraras la flaqueza,

Tan indigna de hombre Godo,
Y mas de Rey que gobierna;
Gozára su gloria España,
Y aquella fuerte defensa;
Que ya por el suelo yace,
Y el color cambia á las yerbas.
Amada enemiga mia,
De España segunda Elena,
¡O si yo naciera ciego!
¡O tú sin beldad nacieras!
Maldito sea el punto y hora
Que al mundo me dió mi estrella,
Pechos que me diéron leche
Mejor sepulcro me dieran.
Pagára á la tierra el censo,
Y en su soledad durmiera
Con los Cónsules y Reyes
O con los plebeyos de ella.
Quitárale á la fortuna
Carro en que triunfar pudiera,
Y un Rodrigo para España
Materia de tantas quejas.
Traydor Conde Don Julian,
Si uno solo es el que yerra;
¿Por qué tan injustamente
Hiciste comun la pena?

No ofendí yo al Africano,
¿Por qué Africano te venga?
¡Oh! si este agudo puñal
Rasgára tus falsas venas!
Mas iba á decir Rodrigo,
Pero las palabras medias
Las arrebató el enojo,
Y entre los dientes las quiebra,
Y diciendo; á Dios España,
Que el Barbaro señorea;
Junto á su Orelia querida
La luz enemiga espera.

XXVIII.

Muerte de Roldan.

El invencible Frances
Fuerte Senador Romano,
Aquel que al bravo Agrican
Le venció, y tornó Christiano;
Y ganó del fiero Almonte
El rico cuerno preciado,
Con que hizo desafios,
Que al mundo puso en espanto;
Aquel que en Abraca solo
Venció todo un campo armado,

Y nunca siendo vencido
Venció las hadas y el hado.
Qual suele mostrar mas luz
La luz que se está acabando,
Está en la guerra postrera
Postrera fuerza mostrando.
Y no le basta el orgullo,
La buena espada y caballo;
Que lo ha el Señor de Brava
Con el que nació en el Carpio.
El qual habiendo ya hecho
De sangre Francesa un lago;
Y que al fin de aquella empresa
Estaba el Roldan gallardo;
El gran sobrino de Alfonso
Furioso busca al de Cárlos,
Hállale en sangre teñido,
Y él viene en ella bañado:
Los mas bravos corazones,
Que humano pecho ha encerrado,
Juntos á batalla vienen
Con fuerza y ánimo osado.
Para verla se suspende
La del uno y otro campo,
Entre la esperanza y miedo
Los corazones temblando.

El cielo que á Orlando espera,
Fortuna que se ha cansado,
Dan y quitan la victoria
De un Frances á un Castellano.

XXIX.

Detente, buen mensagero,
Que Dios de peligros guarde,
Si acaso eres Albanes,
Como lo muestra tu trage;
Y dime de aquel tu dueño,
Que perdido en Roncesvalles,
Los Moros de Zaragoza
Presentáron á Amurates.
¿En qué entretiene los dias
De la mañana á la tarde?
Aunque todo le es de noche
Para quien vive en la cárcel.
Y dime si está muy triste,
Que no es posible que baste
Su valor y su paciencia
Para destierro tan grande.
Y si es verdad, como dicen,
Que libertad quieren darle,
Para que vuelva otra vez

A cautivar libertades:
Que despues que aquí se trata
Su libertad y rescate,
Dos mil albas han salido,
Y nunca la suya sale.
No sé que tiene de bueno,
Que en toda Alemania y Flándes
No hay muger que no le adore,
Ni hay hombre que no le alabe.
Siendo su sangre tan buena,
Que nadie iguala su sangre;
Vale mas él por sí solo,
Que por su nobleza vale.
Yo soy á quien no conoce,
Y quien de solo miralle
Matar los toros un dia,
No hay gusto que no me mate.
Y con saber que en viniendo
Ha de acabar de matarme;
Ruego á Dios que presto sea
Aunque él me remedie tarde.
Ese cautivo, Madama,
Que fué de los Doce Pares,
Le responde el mensagero,
Cerca está de rescatarte.
Bravas galas se aparejan

De vestidos y plumages,
Para de España salir,
Y entrar en Francia galanes.
Pero no espero, Señora,
Vuestro remedio ni aun tarde,
Que aunque ahora libre el cuerpo,
Tiene el alma en otra parte.
Muchos tiempos ha que adora
A la hermosa Bradamante,
Tan justamente perdido,
Que llama gloria á sus males.
La Francesa que esto oyó,
Sin que mas razon aguarde,
Cerró la ventana, y fuese
Rompiendo á voces los ayres.

XXX.

Continuacion.

Criábase el Albanes
En la Corte de Amurates,
No como prendas cautivas
En rehenes de su padre;
Sino como se criara
El mejor de los Sultanes,
Del Gran Señor regalado,

Querido de los Baxáes;
Gran Capitan en las guerras,
Gran cortesano en las paces,
De los soldados escudo,
Espejo de los galanes.
Recien venido era entónces
De vencer, y de ganalles.
Al Húngaro dos banderas,
Y al Sofí quatro estandartes.
¿Mas qué aprovecha domar
Invencibles Capitanes,
Y contraponer el pecho
A mil peligros mortales
Si un niño ciego le vence
No mas armado que en carnes,
Y en el corazon le dexa
Dos harpones penetrantes?
Dos penetrantes harpones,
Que son los ojos suaves
De las dos mas bellas Turcas,
Que tiene todo el Levante.
Que no hay Turquesas tan finas,
Que á sus ojos se comparen,
Discretas en todo extremo,
Y de gracias singulares.
No le defendió el escudo

Hecho de finos diamantes;
Porque el amoroso fuego
Es al rayo semejante.
Fué tan desdichado en paz
Quanto en la guerra triunfante,
Rendido en paz de mugeres,
Siendo en guerra un fiero Marte.
Bien conoció su valor
Amor, pues para enlazalle
Un lazo vió que era poco,
Y quiso con dos vendalle.

XXXI.

Regalando el tierno bello
De la boca de Medoro,
La bella Angélica estaba
Sentada al tronco de un olmo.
Los bellos ojos le mira
Con los suyos piadosos,
Y con sus hermosos labios
Mide sus labios hermosos.
¡ Ay Moro venturoso,
Que á todo el mundo tienes envidioso!
Convaleciente del cuerpo
Estaba el dichoso Moro,

Y tan enfermo del alma,
Que al cielo pide socorro.
Enternecida á las quejas
Angélica de Medoro,
Le cura con propia mano,
Y queda sano del todo.
¡Ay Moro venturoso,
Que á todo el mundo tienes envidioso!
A las quejas y dulzuras,
Que los dos se dicen solos,
Descubriéndoles el eco
Orlando llegó furioso;
Y viendo á su yedra asida
Del mas despreciado tronco,
Pone mano á Durindana
Lleno de zelos y enojo.
¡Ay Moro venturoso,
Que á todo el mundo tienes envidioso!

XXXII.

Aquí gozaba Medoro
De su bella deseada,
A pesar del Paladino
Y de los Moros de España:
Aquí sus hermosos brazos

Como yedra que se enlaza,
Ciñéron su cuello y pecho,
Haciendo un cuerpo dos almas.
Estas palabras de fuego
Escritas con una daga
En el mármol de una puerta
El Conde Orlando miraba;
Y apénas leyó el renglon
De las postreras palabras,
Quando con voces de loco
Echó mano á durindana.
Y dando sobre las letras
Una y otra cuchillada,
Con el encantado acero
Piedras y centellas saltan.
Que de palabras de amor
No solamente en las almas,
En las piedras entra el fuego,
Y de ellas sale la llama.
La columna dexa entera,
Como lo está su esperanza,
Que confiesa ser mas firme,
Que no el valor de sus armas.
Entrando la casa adentro,
Vió pintada en una quadra
La amarilla y fiera muerte,

Que á los pies de un niño estaba.
Conoció que era el amor
En las flechas y la aljaba,
Y unas letras que salian
De las manos de una Dama.
Lo que decian repite,
Como quien no entiende nada,
Que en males que vienen ciertos
Es gloria engañar al alma:
Las letras dicen: *Medoro*;
El grande amor de tu esclava,
Ha de vencer á la muerte,
Que aun muerto vive quien ama.
No tiene el Conde paciencia;
Que alborotando la sala,
Despedaza quanto mira,
¡De amor injusta venganza!

XXXIII.

Don Pedro el Cruel.

A los pies de Don Henrique
Yace muerto el Rey Don Pedro,
Mas que por su valentía
Por voluntad de los cielos.
Al envaynar el puñal

El pie le puso en el cuello,
Que aun allí no está seguro
De aquel invencible cuerpo.
Riñéron los dos hermanos,
Y de tal suerte riñéron,
Que fuera Cain el vivo
A no haberlo sido el muerto.
Los Exércitos movidos
A compasion y contento,
Mezclados unos con otros
Corren á ver el suceso.
Y los de Henrique
Cantan, repican y gritan,
Viva Henrique.
Y los de Pedro
Clamorean, doblan, lloran
Su Rey muerto.
Unos dicen que fué justo,
Otros dicen que mal hecho,
Que no es Rey cruel, si nace
En tiempo que importa serlo.
Y que los yerros de amor
Son tan dorados y bellos,
Quanto la hermosa Padilla
Ha quedado por exemplo.
Que nadie verá sus ojos,

Que no tenga al Rey por cuerdo,
Miéntras como otro Rodrigo
No puso fuego á su Reyno.
Los que con ánimos viles
O por linsonja ó por miedo
Siendo del bando vencido,
Al vencedor siguen luego;
Valiente llaman á Henrique,
Y á Pedro tirano y ciego;
Porque amistad y justicia
Siempre mueren con el muerto.
La tragedia del Maestre,
La muerte del hijo tierno,
La prision de Doña Blanca;
Sirven de infame proceso.
Algunos pocos leales
Dan voces pidiendo al cielo,
Justicia pidiendo al Rey,
Y miéntras que dicen esto;
Los de Henrique &c.

Llora la hermosa Padilla
El desdichado suceso
Como esclava del Rey vivo,
Y como viuda del muerto.
¡Ay Pedro! que muerte infame
Te han dado malos consejos,

Confianzas engañosas,
Y atrevidos pensamientos!
Salió corriendo á la tienda,
Y vió con triste silencio
Llevar cubierto su esposo
De sangre y de paños negros.
Y que en otra parte á Henrique
Le dan con aplauso el cetro;
Campanas tocan los unos,
Y los otros instrumentos.
Como acrecienta el dolor
La envidia del bien ageno,
Y el ver á los enemigos
Con favorable suceso;
Así la triste Señora
Llora y se deshace, viendo
Cubierto á Pedro de sangre,
Y á Henrique de oro cubierto.
Echó al cabello la mano
Sin tener culpa el cabello,
Y mezclando perlas y oro,
De oro y perlas cubrió el cuello.
Quiso decir, Pedro, á voces,
Villanos, vive en mi pecho,
Mas poco le aprovechó;
Y miéntras lo está diciendo;

Los de Henrique &c.
Rasgó las tocas, mostrando
El blanco pecho encubierto,
Como si fuera cristal
Por donde se viera Pedro.
Desmayóse ya vencida
Del poderoso tormento,
Cubriendo los bellos ojos,
Muerte, amor, silencio y sueño.
Entre tanto el campo todo
Aquí y allí van corriendo,
Vencedores, y vencidos,
Soldados, y caballeros.
Y los de Henrique &c.

XXXIV.

Levantando blanca espuma,
Galeras de Barbaroxa,
Ligeras le daban caza
A una pobre galeota,
En que alegre el mar surcaba
Un Mallorquin con su esposa,
Dulcísima Valenciana,
Bien nacida, si hermosa.
Del amor agradecido

Se la llevaba á Mallorca,
Tanto á celebrar las Pascuas,
Quanto á festejar las bodas.
Y quando á los sordos remos
Mas se humillaban las olas,
Mas se ajustaba á la vela
El blando viento que sopla;
Esperándola detrás
De una cala insidiosa,
Estaba el fiero terror
De las playas Españolas.
Sobresaltóla en un punto,
Que por una parte y otra
Sus quatro enemigos leños
Tristemente la coronan.
Crece en ellos la codicia,
Y en estotros la congoja,
Miéntras se queja la dama,
Derramando tierno aljofar.
Favorable y fresco viento,
Si eres el galan de Flora,
Valeme en este peligro
Por el regalo que gozas.
Tú que embravecido puedes,
Dos baxeles que te enojan
Embestillos en la arena,

Con mas daño que en las rocas;
Tú que con la misma fuerza
Quando al humilde perdonas,
Sueles de armadas reales
Escapar barquillas rotas.
Salga esta vela á lo ménos
Destas manos rigurosas,
Qual de garras del alcon
Blancas alas de paloma.

XXXV.

Amarrado al duro banco
De una galera turquesca,
Ambas manos en el remo,
Y ámbos ojos en la tierra,
Un forzado de Dragut
En la playa de Marbella
Se quejaba al ronco son
Del remo y de la cadena.
¡O sagrado mar de España!
Famosa playa serena,
Teatro donde se han hecho
Cien mil navales tragedias!
Pues eres tú el mismo mar
Que con tus crecientes besas

Las murallas de mi patria
Coronadas y soberbias;
Traeme nuevas de mi esposa,
Y dime si han sido ciertas
Las lágrimas y suspiros,
Que me dice por sus letras.
Dame ya, sagrado mar,
A mis demandas respuesta,
Que bien puedes, si es verdad
Que las aguas tienen lengua.
Pero pues no me respondes,
Sin duda alguna que es muerta,
Aunque no lo debe ser
Pues que yo vivo en su ausencia.
Pues he vivido diez años
Sin libertad y sin ella,
Siempre al remo condenado,
A nadie matarán penas.
En esto se descubriéron
De la Religion seis velas,
Y el comitre mandó usar
Al forzado de su fuerza.

XXXVI.

Continuacion.

La desgracia del forzado,
Y del corsario la industria,
La distancia del lugar,
Y el favor de la fortuna.
Que por la boca del viento
Les daba á soplos ayuda
Contra las Christianas luces,
A las Otomanas lunas;
Hiciéron que de los ojos
Del forzado á un tiempo huyan
Dulce patria, amigas velas,
Esperanzas y ventura.
Vuelve pues los ojos tristes
A ver como el mar le hurta
Las torres, y le da nubes
Las velas, y las espumas.
Y viendo mas aplacada
En el cómitre la furia,
Vertiendo lágrimas, dice,
Tan amargas como muchas:
¿De quién me quejo con tan grande estremo,
Si ayudo yo á mi daño con mi remo?
Ya no esperen ver mis ojos,

Pues ahora no le viéron;
Sin este remo las manos,
Y los pies sin estos hierros.
Que en esta desgracia mia
Fortuna me ha descubierto,
Que quantos fueren mis años
Tantos serán mis tormentos.
De quien me quejo &c.
Velas de la Religion,
Enfrenad vuestro denuedo;
Que mal podreis alcanzarnos
Pues tratais de mi remedio.
El enemigo se os va,
Y favorecele el tiempo
Por su libertad, no tanto
Quanto por mi cautiverio.
De quien me quejo &c.
Quedaos en aquesa playa,
De mis pensamientos puerto,
Quejaos de mi desventura,
Y no echeis la culpa al viento.
Y tú, mi dulce suspiro,
Rompe los ayres ardiendo;
Visita á mi esposa bella,
Y en el mar de Argel te espero.
De quien me quejo &c.

XXXVII.

En un pastoral alvergue
Que la guerra entre unos robles
Lo dexó por escondido,
O lo perdonó por pobre:
Dó la paz viste pellico,
Y conduce entre pastores
Ovejas del monte al llano,
Y cabras del llano al monte;
Mal herido y bien curado
Se alverga un dichoso jóven,
Que sin clavarle amor flecha
Se coronó de favores.
Las venas con poca sangre,
Los ojos con mucha noche,
Lo halló en el campo aquella
Vida y muerte de los hombres.
Del palafren se derriba,
No porque al Moro conoce,
Sino por ver que la yerba
Tanta sangre paga en flores.
Limpiale el rostro, y la mano
Siente el amor que se esconde,
Tras las rosas que la muerte

Va violando sus colores.
  Ya le regala los ojos,
Ya le entra, sin ver por donde,
Una piedad mal nacida
Entre dulces escorpiones.
  Yerbas le aplica á sus llagas,
Que si no sanan entónces,
En virtud de tales manos
Lisonjean los dolores.
  Amor le ofrece su venda,
Mas ella sus velos rompe
Para ligar sus heridas:
Los rayos del sol perdonen.
  Los últimos nudos daba
Quando el cielo la socorre
De un villano en una yegua,
Que iba penetrando el bosque.
  Enfrenanle de la bella
Las tristes piadosas voces,
Que los firmes troncos mueven,
Y las sordas piedras oyen.
  Y la que mejor se halla
En las selvas que en la Corte,
Simple bondad, al pio ruego
Cortesmente corresponde.
  Humilde se apea el villano,

Y sobre la yegua pone
Un cuerpo con poca sangre,
Pero con dos corazones.
A su cabaña los guia,
Que el sol dexa su horizonte,
Y el humo de su cabaña
Les va sirviendo de norte.
Llegáron temprano á ella,
Do una labradora acoge
Un mal vivo con dos almas,
Una ciega con dos soles.
Blando heno en vez de pluma
Para lecho les compone,
Que será tálamo luego
Do el garzon sus dichas logre.
Las manos pues, cuyos dedos
De esta vida fuéron dioses,
Restituyen á Medoro
Salud nueva, fuerzas dobles:
Y le entregan, quando ménos,
Su beldad, y un Reyno en dote,
Segunda envidia de Marte,
Primera dicha de Adonis.
Corona un lascivo enxambre
De cupidillos menores
La choza, bien como abejas,

Hueco tronco en alcornoque,
¡Qué de nudos le está dando,
A un aspid la envidia torpe,
Contando de las palomas
Los arrullos gemidores!
¡Qué bien la destierra amor
Haciendo la cuerda azote,
Porque el caso no se infame,
Y el lugar no se inficione!
Todo es gala el Africano,
Su vestido espira olores,
El lunado arco suspende,
Y el corvo alfange depone.
Tórtolas enamoradas
Son sus roncos atambores,
Y los volantes de Venus
Sus bien seguidos pendones.
Desnudo el pecho anda ella,
Vuela el cabello sin órden,
Si lo abrocha es con claveles,
Con jazmines si los coge.
Todo sirve á los amantes:
Plumas les baten veloces
Ayrecillos lisonjeros,
Si no son murmuradores.
Los campos les dan alfombras,

Los árboles pabellones,
La apacible fuente sueño,
Música los ruiseñores:
Los troncos les dan cortezas,
En que se guarden sus nombres
Mejor que en tablas de mármol,
O que en láminas de bronce.
No hay verde fresno sin letra,
Ni blanco chopo sin mote:
Si un valle Angélica suena,
Otro Angélica responde.
Cuevas do el silencio apénas
Dexa que sombras las moren,
Profanan con sus abrazos
A pesar de sus horrores.
Choza pues, tálamo y lecho,
Testigos de estos amores,
El cielo os guarde, si puede,
De las locuras del Conde.

PARTE QUARTA.

ROMANCES CORTOS Y LETRILLAS.

I.

Sol resplandeciente,
Que con luz dorada
Doras y matizas
Mi querida patria;
Tú, que de jazmines,
Y de perlas sacas
El rubio cabello
Y la frente ornada;
Y el lecho oriental
De la esposa amada
Dexas viudo y solo,
Lleno de esmeraldas;
Pues ahora sales,
Y dexas sus faldas,
Del precioso aljofar,
Que llora bordadas;
Y el concierto dulce
De los que bien aman

Alegre lo miras,
Y triste lo apartas:
Las torres soberbias,
Que ya fuéron guardas
De amorosos hurtos
Victorioso asaltas,
Y el lecho que tiene
Dos cuerpos y un alma,
Que tiempo los junta,
Y amor los enlaza;
Tú rompes sus treguas,
Y escalas la casa,
Quando las dos bocas
Se beben las almas.
Alegras el mundo
Y las aves cantan
De tu luz divina
Gloriosa alabanza.
Los montes de yelo,
Que al cielo se ensalzan
En cristales puros,
Te rinden sus parias.
Y con rayos de oro
De las sierras altas
Desnudas la nieve,
Porque vean tu cara.

Al pie de una de ellas
Vive una Serrana
Mas helada que ellas,
Y que ellas mas alta.
En su blando pecho
Hay como en montaña
Mármoles cubiertos
De la nieve blanca.
Cuidados produce,
Libertades mata,
Atropella glorias,
Y huella esperanzas.
De verde vestida,
De belleza armada,
Persigue las fieras,
Y prende las almas.
Así goces, sol,
Del oro y la plata
Que en las venas crias
De la rica Arabia;
Y el copioso censo
Que la mar te paga
De varias riquezas
En sus conchas varias;
Que si vieres hoy
A mi amada ingrata,

Tus rayos ardientes
Su yelo deshagan.
Pero no podrá
Tu fuego ablandarla,
Porque con su fuerza
Es la tuya flaca;
Pues no han sido parte
Para deshelarla
De mi ardiente pecho
Las ardientes llamas.

II.

Del tiempo infinito
La imágen anciana
Contempla Riselo,
Y aquesto le canta.
Oye mis endechas,
Inventor de usanzas,
Que lo crias todo,
Y todo lo acabas.
De tus alas libres
Pinceles se sacan
Para el desengaño,
Que es pintor de faltas.
Tu guadaña afilas

Entre las pizarras
De nuestros descuidos
Y de sus mudanzas.
Y luego con ella
Tan sin duelo talas
'Arboles humildes,
Como altivas palmas.
Fugitivas sombras
De prisa señalan
Las noches que olvidas,
Los dias que gastas.
A la muerte entregas
Las desdichas largas,
Quando el curso tuyo
No pudo estorvarlas.
Por los males nuestros
Vagaroso pasas,
Por el bien apénas,
El ayre te alcanza.
Del Indio remoto
Margaritas caras
Ceñirán tus sienes,
Lucirán tus alas:
Los metales ricos
Te dieran medallas,
Los pobres comunes

Eternas estatuas:
En tus aras vieras
Las jamás halladas
Preñeces ocultas
Y partos de Arabia:
El colmado cuerno
De sus abundancias,
Fabor de la tierra,
Tesoro del agua,
Venerablemente
Amaltea sacra
Por mí le vertiera
En tus nobles canas;
Con tal que tu industria
Le diese á mi alma
Soltura en mi pecho,
Prision en quien ama.
Para el pensamiento
No te pido nada,
Que yo le castigo
Sino me regala.
No será posible,
Tiempo, que me valgas,
Duros son mis hierros
Mas que tu guadaña.
Si la vida sobra,

Si la muerte falta,
Si penas consuelan,
Si consuelos cansan;
Que me otorgues quiero
Tus horas menguadas,
Y que de mi vida
Volando te vayas.

III.

La niña mòrena,
Que yendo á la fuente
Perdió sus zarcillos,
Gran pena merece:
Dierame mi amado,
Antes que se fuese,
Zarcillos dorados,
Hoy hace tres meses.
Dos candados eran,
Para que no oyese
Palabras de amores,
Que otros me dixesen.
Perdilos lavando:
¿Qué dirá mi ausente,
Sino que son unas
Todas las mugeres?

Dirá que no quise
Candados que cierren,
Sino falsas llaves
Mudanza y desdenes.
Dirá que me hablan
Quantos van y vienen,
Y que somos unas
Todas las mugeres.
   Dirá que me huelgo
De que no parece
En Misa el Domingo
Ni en mercado el Juéves.
Que mi amor sencillo
Tiene mil dobleces,
Y que somos unas
Todas las mugeres.
   Dirame: traidora,
Que con alfileres
Prendes de tu cofia,
Lo que mi alma prende:
Quando esto me diga,
Direle que miente,
Y que no son unas
Todas las mugeres.
   Diré que me agrada
Su pellico el verde

Muy mas que el brocado,
Que visten Marqueses.
Que su amor primero
Primero fué siempre,
Que no somos unas
Todas las mugeres.
Direle que el tiempo,
Que el mundo revuelve,
La verdad que digo
Verá si quisiere.
Amor de mis ojos,
Burlada me dexes,
Si yo me mudase
Como otras mugeres.

IV.

Mal hayan mis ojos,
Madre, que los puse
En otros que abrasan
Negando su lumbre.
Fuérame yo, madre,
Al mercado un Lúnes,
Miento, Mártes era,
Mil azares tuve.
Comprome mi Pedro

101845

Un dorado estúche,
Echele mal grado
Cordones azules.
Sin mirar en ello
Del mercado truxe
Con yerros dorados
Zelos que me apuren.
Topóme el hidalgo,
Aquel que le rugen
Mucho los greguesos,
Y tañe laúdes.
Díxome, Serrana,
Los rayos ilustres
De tus bellos ojos
Mil bienes descubren.
Permite si mandas,
Que mi fe se apure,
Con las esperanzas,
Que en la tuya puse.
Habló tan ñublado,
Que aguardando estuve
Quando me mojaran
Sus preñadas nubes.
Respondile á tiento,
En otras procure
Emplear sus galas,

Y en mí no se ocupe.
Asióme la mano,
Soltar no me pude,
Que me adormeciéron
Sus palabras dulces.
Pedro que nos via
Maldades presume,
Que burlas en veras
Diz que no las sufre.
Llaméle yo triste,
Respondió, no busques
Voluntad villana,
Que la noble injurie.
De mis esperanzas
Ya llegó el Octubre,
No quieras Pastores,
Si atropellas Duques.
De mi vista, madre,
Con esto escabulle
El que en mis entrañas
Tan de asiento tuve.
¡Ay de mí que muero!
¡Ay que me destruyen
Sospechas de agravios,
Que hacer yo no supe!
Plegue á Dios, cuidado,

Pues tan mal me luces,
Que porque te acabes
Viva me sepultes,
Y al hidalgo malo
Pues por él me arguyen,
Que cautivo muera
En Argel ó en Tunez.
Madre, la mi madre,
No es justo que duren
Mis ansias que tienen
Mortales vislumbres.
Busquen los mis ojos,
Quien su llanto enxugue,
Sin que lloren tanto,
Que mi vida enturbien.
¡Ay malvados hombres
De ingratas costumbres!
El mejor de todos
Muera de arcabuces.

V.

Blanca y bella niña
De los ojos bellos,
Huye los peligros
Del hijo de Venus.

Los oidos tapa
A sus mensageros,
Como el aspid libio
Al sabio hechicero.
No digas: soy libre
Resistille puedo,
Que muchas cautivas
Lo mismo dixéron.
Eres delicada;
Y él fuerte en extremo:
No están del seguros
Los muros del cielo.
Mira como siguen
Su triunfo soberbio
Salomones sabios
Davides guerreros.
Y el que solo mata
Los mil Filistéos,
Un rapaz desnudo
Le corta el cabello.
Ante el carro suyo
En mil formas puesto,
Va el supremo Jove
Aherrojado y preso.
Danle las coronas
Vasallage y sueldo,

Y sus leyes siguen
Los que las hiciéron.
Cierrale la vista,
Que ella es el comienzo
Por donde á las almas
Camina su fuego.
Que amor, como Ulises
A los Polifemos,
La luz de los ojos
Les ciega primero.
Son los gustos suyos
Quando los comtemplo
Engañosas aguas,
Dorado veneno.
Miranse sus daños
Los ojos abiertos,
Sus dichas y glorias
Pasan entre sueños.
Víbora en el vientre
Son sus pensamientos,
Matan á la madre
Que los tuvo dentro.
Traen sus bienes alas,
Partense ligeros,
Y sus males plomo
Para estar de asiento.

Mil placeres suyos,
Dixo un sabio de ellos,
A montar no llegan
Un solo tormento.
¿Pues qué si á tu alma
Martirizan zelos?
Librete amor, niña,
De tan duro infierno.
Coge el labrador
Del arado suelo
El fruto del grano,
Que escondió en su seno.
Si recibe trigo,
Trigo da á su tiempo;
Y si flor, da flores
El campo risueño.
¡Mal haya semilla
Que da el fruto avieso,
Y mal haya fruto
Della tan ageno!
Acá sembrarás
Amor verdadero,
Cogerás olvido
De un ingrato pecho.
A la niña hermosa
Del rubio cabello

Una escarmentada
Le da este consejo.
Ella de ser libre
Le hizo juramento;
Y amor que la escucha
Se queda riendo.

VI.

Niña de mis ojos,
Que por gloria tienes
Crecer mis cuidados
En tus años trece;
Traviesa mirabas
Al soldado Alferez;
Mira que te engaña
Con sus plumas verdes.
Parecesle bien,
El bien te parece,
Alegre le miras
Y él te mira alegre:
¡Mal hayan colores,
Que quitarte pueden
Las de la vergüenza,
Que con ellos pierdes!
El es fuerte en armas,

ROYAL ASIATIC SOCIETY BOMBAY BRANCH LIBRARY

Mirasle mil veces:
Y quando le mires,
Y muerta te quedes,
Como eres tan tierna
En ellas tropiezes,
Y no te levantes
Hasta nueve meses.
Guarda que la caxa
Y el pífano suenen,
Pues ha de dexarte
Quando no te pienses.
Y al fin no es posible
Quando no le dexes,
Que quien mata á hombres
Regale á mugeres.
Al menor enojo
Que sin culpa dieres,
Desnuda la daga
Te dará mil muertes.
¿A do quiéres ir
Caminando siempre,
Tú desconocida
Conociendo gente?
Dormirás en tierra,
Comerás á veces,
No estarás mañana

Donde agora duermes.
Daráte una lanza
Sobre que te acuestes,
Y quando se canse
Te hará que la lleves.

VII.

La moza Gallega,
Que está en la posada
Subiendo maletas,
Y dando cebada,
Llorosa se sienta
Encima de un arca,
Por ver á su huesped,
Que tiene en el alma:
Mocito espigado
Con trenza de plata,
Que canta bonito
Y tañe guitarra.
Con lágrimas vivas,
Que al suelo derrama,
Con tristes suspiros
Y quejas amargas,
Del rabioso pecho
Descubre las ansias:

¡Mal haya quien fia
De gente que pasa!
Pensé que estuviera
Dos meses de estancia,
Y que al cabo de ellos
Con él me llevara.
Pensé que el amor
Y fe que cantaba,
Supiera rezado
Tenella y guardalla;
Pensé que eran firmes
Sus falsas palabras:
¡Mal haya quien fia
De gente que pasa!
Diérale mi cuerpo
Mi cuerpo de grana,
Para que sobre él
La mano probara,
Y jugará á medias
Perdiera ó ganara:
Hámelo rasgado,
Y henchido de manchas,
Y de los corchetes,
El macho le falta:
¡Mal haya quien fia
De gente que pasa!

¿Qué pude hacer mas
Que dalle polaynas,
Ponelle en sus puntas
Encaxe de Holanda,
Cocelle su carne,
Hacelle su salsa,
Encender su vela
De noche sin llama,
Y dándole gusto
Soplar y matalla?
¡Mal haya quien fia
De gente que pasa!
Llévame contigo
Servirte he de gracia,
Solo por no verme
Fuera de tu alma:
En esto ya el huesped
Sus cuentas remata,
El pie en el estrivo
Furioso cavalga:
Y ella que le vido
Volver las espaldas,
Con mayores llantos,
Que la vez pasada
Dice sin poder
Refrenar sus ansias:

¡Mal haya quien fia
De gente que pasa!

VIII.

Riñó con Juanilla
Su hermana Miguela,
Palabras le dice,
Que mucho le duelan.
Ayer en mantillas
Andabas pequeña,
Hoy andas galana
Mas que otras doncellas:
Tu voz son suspiros,
Tus cantos endechas,
Al alba madrugas,
Al gallo te acuestas:
Quando estás labrando
No sé en que te piensas,
Que al dechado miras,
Y los puntos yerras.
Dícenme que haces
Amorosas señas;
Si madre lo sabe,
Habrá cosas nuevas.
Clavará ventanas,

Cerrará las puertas;
Para que baylemos,
No dará licencia.
Mandará que tia
Nos lleve á la Iglesia,
Porque no nos hallen
Las amigas nuestras.
Quando fuera salga,
Diràle á la dueña,
Que con nuestros ojos
Tenga mucha cuenta.
Que mire quien pasa,
Si miró á la reja;
Y á quien de nosótras
Volvió la cabeza.
Por tus libertades
Seré yo sujeta;
Pagaremos justos
Lo que malos pecan.
¡Ay Miguela hermana,
Que mal que sospechas!
Mis males presumes,
Mas no los aciertas.
A Pedro el de Juana,
Que se fué á la sierra,
Aficion le tuve,

Y escuché sus quejas.
Mas visto que es vario
Despues de su ausencia,
De su fe fingida
Ya no se me acuerda.
Fingida la llamo,
Porque quien se ausenta
Sin fuerza y sin gusto,
No es bien que le quieran.
Ruégale tú á Dios,
Que Pedro no vuelva,
Responde burlando
Su hermana Miguela;
Que el amor comprado
Con tan ricas prendas,
No saldrá del alma
Sin salir con ella.
Creciendo tus años
Crecerán tus penas,
Y si no lo sabes
Escucha esta letra.

Si eres niña y has amor,
¿Qué te harás quando mayor?
Si al niño Dios te ofreciste
Desde niña, con la edad
Le darás mas facultad

De la que le prometiste:
Si pequeña te atreviste
En tenerle por Señor,
¿Qué te harás quando mayor?
 Como estás hecha á querer
Desde que sabes amar,
En faltando á quien amar,
Te verás aborrecer:
Segun esto, podrás ver
Si eres niña y has amor,
¿Qué te harás quando mayor?

IX.

 Elisa dichosa,
Haga larga el cielo
La corta madexa
De tus años tiernos.
Goza siglos largos
Ese rostro bello,
De la vista flecha,
Y de amor terrero.
Crezcan, niña hermosa,
De uno en otro extremo
Las trenzas doradas
Del vírgen cabello:

Si á la Iglesia fueres,
Compóngante versos,
A quien rinda parias
Y se humille el viento.
Quando al bayle fueres,
Al son del pandero
Tu donayre encienda
Libres pensamientos.
Tenga tu ganado
Próspero suceso,
La lana en verano,
La leche en invierno.
Aquel que bien quieres
Goce de tu lecho
Con blandos abrazos,
Y amorosos besos.
Al son de los ramos
Esos ojos bellos
Reposen la siesta
Vencidos del sueño.
Quando salga el alba
De Apolo correo,
Encuentre tus soles,
Y tórnese dentro.
Tras todo, Señora,
Vivas en el suelo

Mil siglos dichosos
A pesar del tiempo.
Niñez, hermosura;
Amores, extremos,
Las trenzas doradas,
La Iglesia, y el viento;
Abrazos, amores,
Ramos, ojos, lecho,
Alba, sierra, soles,
Sueño, siglo y tiempo
Todo me falte junto en este suelo
Sino eres tú dichosa Elisa un cielo.

X.

Eran dos Pastoras
Libres de aficion,
Una blanca y rubia
Mas bella que el sol;
La una morena
De alegre color,
Con dos ojos claros
Que dos soles son.
Y viéndose libres
Del tirano amor,
Hacen burla de él

Emtrambas á dos.
Dicen que no temen
Su furia y rigor,
Pues en mil encuentros
Nunca las venció.
Y viendo que en muchos
Las acometió,
Júzganlo por flaco
Y sin municion.
Cuenta la morena,
Que en una ocasion
La tiró mil flechas,
Y nunca la hirió.
Y que viendo el niño
Que no aprovechó,
Sus lazos y redes
De secreto armó.
Ella con sus ojos
Todo lo abrasó,
Y el niño corrido
La empresa dexó.
Dice la que es blanca,
Que lo deslumbró,
Y que estando ciego
No tiene valor.
Y burlando de él,

Como así lo vió,
Quitándole el arco
Se lo desarmó.
La morena un dia
Esto me contó,
Y yo agradecido
Consejos les doy.
Y aunque para darlos
Me falta valor,
Fiado en su gracia
Soltaré mi voz.
Pastoras hermosas,
Pues el cielo os dió
Tantas gracias juntas,
Tened discrecion.
No fieis, Pastoras,
De lo que pasó,
Que contra el rapaz
No hay reparo, no.
Su sosiego incierto
Suele dar pasion,
Su quietud mil penas,
Su gusto dolor.
Estad sobre aviso,
Pues que yo os le doy,
Que sobre el descuido

La ruina es peor.
Tu blancura hermosa
Busca con razon,
Y quando no pienses,
Verás su traicion.
De tus hebras de oro
Texerá un cordon,
Y con él al mundo
Lo pondrá en prision.
Tus ojos, morena,
De claro arrebol
Guardate no sean
Tu mismo dolor.
Que podrá en su centro
Meterte el traidor,
Y de allí encender
Fuego al corazon.

LETRA I.

No lloreis, casada
De mi corazon,
Que pues yo soy vuestro,
Lloraré por vos.
No cubrais el suelo
De tristes despojos

De esos bellos ojos
Del sereno cielo:
Dad el desconsuelo
A mi corazon,
Que pues yo soy vuestro,
Lloraré por vos.

Guardad esas perlas
Que á amor enriquecen,
Pues que no merecen
Otros ojos verlas:
No querais verterlas
Tan sin ocasion,
Que pues yo soy vuestro,
Lloraré por vos.

Si sabeis que siento
Con vos igualmente
Qualquier accidente
Que os cause tormento;
Dadme el sentimiento
De ese corazon,
Que pues yo soy vuestro,
Lloraré por vos.

II.

Lo que me quise, me quise, me tengo,

Lo que me quise, me tengo yo.
Ya que por mi suerte
El cielo ordenó,
Siendo flor de niñas,
Casarme en mi flor;
Porque mis madexas
Gozase mejor,
Y urdiese con ellas
Mil telas de amor;
Me ha dado un marido
Muy á mi sabor,
Pintado á mi gusto
Qual le pinto yo.
Lo que me quise &c.
Hombre bien sufrido,
Nada gruñidor,
Bien contentadizo,
Mejor condicion:
No es escrupuloso,
Ni le da pasion,
Saber que mi casa
Visita el Prior.
Como sin traello;
Piensa que á los dos
Nos los trae un cuervo,
Como á San Anton.

Lo que me quise &c.
Tengo tres galanes,
Y con ellos doy
Sustento á mi casa.
Y recreacion.
Para mis pendencias
Tengo un Escipion,
Bravo pendenciero
Y acuchillador.
Un Naval Carmelo
Para provision,
Y para mi gusto
Tengo un Absalon.
Lo que me quise &c.

III.

Galeritas de España,
Parad los remos,
Para que descanse
Mi amado preso.
Galeritas nuevas,
Que en el mar soberbio
Levantais las olas
De mi pensamiento,
Pues el viento sopla,
Navega sin remos,

Para que descanse
Mi amado preso.

En el agua fria
Encendeis mi fuego,
Que un fuego amoroso
Arde aun entre yelos:
Quebrantad las olas,
Y volad con viento,
Para que descanse
Mi amado preso.

Plegue á Dios que deis
En peñascos recios
Defendiendo el paso
De un lugar estrecho;
Y que esteis paradas
Sin tener encuentro,
Para que descanse
Mi amado preso.

Plegue á Dios que os manden
Pasar el invierno,
Ocupando el paso
De un lugar estrecho;
Y que quebrantadas
Os volvais al puerto,
Para que descanse
Mi amado preso.

IV.

Fertiliza tu vega,
Dichoso Tormes,
Porque viene mi niña
Cogiendo flores.
De la fértil vega,
Y el esteril bosque
Los vecinos campos
Maticen y broten
Lirios y claveles
De varios colores,
Porque viene mi niña
Cogiendo flores.
Vierta el alba perlas
Desde sus balcones,
Que prados amenos
Maticen y broten:
Y el sol envidioso
Pare el rubio coche,
Porque viene mi niña
Cogiendo flores.
El zefiro blando
Sus yerbas retoce,
Y en las frescas ramas

Claros ruiseñores
Saluden el dia
Con sus dulces voces,
Porque viene mi niña
Cogiendo flores.

V.

Miéntras duerme mi niña,
Zéfiro alegre,
Sopla mas quedito
No la recuerdes.
Sopla el manso viento
Al sueño suave,
Que enseña á ser grave
Con su movimiento:
Dale el dulce aliento,
Que entre perlas finas
A gozar caminas,
Y ufano te vuelves,
Sopla mas quedito
No la recuerdes.
Mira no despierte
Del sueño que duerme,
Que temo que el verme
Causará mi muerte:

¡Dichosa tal suerte!
¡Venturosa estrella!
Si á niña tan bella
Alentar mereces,
Sopla mas quedito
No la recuerdes.

VI.

En la cumbre, madre,
Tal ayre me dió,
Que el amor que tenia
Ayre se volvió.
Madre allá en la cumbre
De la gentileza
Miré una belleza
Fuera de costumbre,
Cuya nueva lumbre
Ciega me dexó,
Que el amor &c.
Quísolo mi suerte
Fragua de mis males,
Que con ansias tales
Llegase á la muerte,
Mas un ayre fuerte
Así me trocó,

Que el amor &c.

Dulce ausente mio,
No te alejes tanto,
Mueva ya mi llanto
Ese pecho frio,
¿Mas ay! que un desvio
Tal pena me dió,
Que el amor &c.

VII.

Como estoy alegre
Tristezas temo,
Porque vienen mil penas
Tras un contento.

El sol de mis ojos
Se muestra sereno,
Mis pasos alumbra
Con sus rayos bellos;
Mas no hay sol ni sombra
Ni bien sin miedo,
Porque &c.

De lo que me mata
El helado pecho
Se muestra piadoso
Para mi remedio:

Mas como es muger
Su firmeza temo
Porque &c.
El amor procura
Quitar mis rezelos,
Y luego el temor
Da voces diciendo;
Que no hay fe segura
Ni amor sin zelos,
Porque vienen mil penas
Tras un contento.

VIII.

Pensamientos me quitan
El sueño, madre,
Desvelada me dexan,
Vuelan y vánse.
Tristes pensamientos
De alegres memorias,
Con escuras glorias
Y claros tormentos
Vienen por momentos
A verme, madre,
Desvelada &c.
Cada qual procura,

Que mi lecho sea
Campo á la pelea
Y paz mal segura:
Sueños sin ventura
Me espantan, madre,
Desvelada &c.

Mis ojos despiertos
Las noches y dias
Lloran mis porfias
Por bienes inciertos:
Ya vivos ya muertos
Mis males, madre,
Desvelada &c.

¡Dichoso el sentido,
Que desengañado
Despierta el cuidado,
Del pecho ofendido!
¡Ay que me han vencido
Desdichas, madre!
Desvelada &c.

IX.

Alamos del prado,
Fuentes de Madrid,
Como estoy ausente

Murmurais de mí.
Todos van diciendo
Mis tristes congojas,
El viento en las hojas,
Las fuentes corriendo:
A todos diciendo,
Lisonjera os ví,
Como estoy &c.
Con razon me espanto,
Dando al despediros
Las plantas suspiros,
Y las aguas llanto;
Que fingierais tanto
Nunca lo creí,
Como estoy &c.
Estando en presencia
Música me hicistes,
Luego me vendistes,
Que vistes mi ausencia:
Dios me dé paciencia
Miéntras peno aquí,
Como estoy &c.

X.

Romped, pensamientos,
El ayre sutil,

Y á mi bella ingrata
Mi mal le decid.

De todas sus señas
Os quiero advertir
Que es en forma humana
Bello serafin:
Y para si acaso
Se olvida de mí,
A mi bella ingrata
Mi mal le decid.

Decidla que quedó
Cerca de morir,
Y de mí muy léjos
Despues que la ví.
Y aunque se resista
Y no os quiera oir,
A mi bella ingrata
Mi mal le decid.

Hallareisla en medio
De su verde Abril,
Esparciendo rosas,
Clavel y jazmin:
Y aunque os espantase
El hallarla ansi,
A mi bella ingrata
Mi mal le decid.

XI.

Madre, un Caballero,
Que á las fiestas sale,
Que mata á los toros
Sin que ellos le maten
Mas de quatro veces
Paseó mi calle,
Mirando mis ojos,
Porque le mirasen:
Rabia le dé, madre
Rabia que le mate.
Músicas me daba
Para enamorarme,
Papeles y cosas,
Que las lleva el ayre;
Siguióme en la Iglesia,
Siguióme en el bayle,
De dia y de noche
Sin querer dexarme.
Rabia le dé, madre,
Rabia que le mate.
Viéndome tan dura,
Procuró ablandarme
Por otro camino

Mas dulce y suave.
Dióme unos anillos
Con unos corales,
Zarcillos de plata,
Botillas y guantes:
Dióme unos corpiños
Como unos cristales;
Negros fuéron ellos,
Pues negros me salen.
Rabia le dé, madre,
Rabia que le mate.
  Perdí el desamor
Con las libertades,
Quísele bien luego,
Bien le quise, madre.
Empecé á quererle,
Empezó á olvidarme,
Muerome por él,
No quiero olvidarle.
Rabia le dé, madre,
Rabia que le mate.
  Pensé enternecerle,
¡Mejor mala landre!
Halléle mas duro
Que unos pedernales.
Anda enamorado

De otra de buen talle,
Que al primer billete
Le quiso de balde.
Rabia le dé, madre,
Rabia que le mate.
  Nunca yo le fuera,
Madre, miserable,
Pues no hay interes
Que al fin no se pague.
¡Mal haya el presente
Que tan caro sale!
¡Y mal haya el
Que tanto mal sabe!
Rabia le dé, madre,
Rabia que le mate.
  Y al correr los toros
Mañana en la tarde,
No haga las suertes,
Que mi alma sabe.
Fáltele la lanza,
Y el rejon le falte,
Con que antaño hizo
Tan vistosos lances:
Y quando en las cañas
Mas gallardo ande,
Cañazo le dén

Que le descalabren.
Rabia le dé, madre,
Rabia que le mate.
  Y al correr la plaza
Con otros galanes,
Caida dé él solo
Que no se levante.
Salga de las fiestas
Tal que otros le saquen,
Y quando estas cosas,
Madre, no le alcancen;
Rabia le dé, madre,
Rabia que le mate.

XII.

  Ebro caudaloso,
Fértil ribera,
Deleytosos prados,
Fresca arboleda,
Decidle á mi niña
Que en vosotros huelga,
Si entre sus contentos
De mí se acuerda.
  Aljofar precioso,
Que la verde yerba

Bordas y matizas
Con el alba bella,
Fresca y verde juncia,
Peces, plantas, piedras;
Decidle á mi niña
Que en vosotros huelga,
Si entre sus contentos
De mí se acuerda.

Alamos frondosos
Y blancas arenas,
Por donde mi niña
Alegre pasea;
Decidla, si acaso
Topareis con ella,
Si entre sus contentos
De mí se acuerda.

Parlerillas aves,
Que á la Aurora bella
Haceis dulce salva
Con harpadas lenguas,
Decidla á mi niña
Flor de esta ribera,
Si entre sus contentos
De mí se acuerda.

XIII.

De tu vista me privas
Con tu resplandor,
¡Quién aguila fuera
Que mirara al sol!
Despides tus rayos
Con tanto furor,
Que á los que te miran
Ciega tu arrebol:
Tus hermosos ojos
Dos luceros son,
Que llenan el mundo
De su resplandor.
¡Quien aguila fuera
Que mirara al sol!
Bendígate el cielo,
Gloria de las que hoy
Renombre de hermosas
Las concede amor.
Qualquier criatura,
Puesta en parangon
De aquesa belleza,
Pierde su valor.
¡Quién aguila fuera &c.

Luces mas que el oro
Puesto en el crisol,
Pues naturaleza
No hizo qual tú dos.
Los cielos te alaben,
Bendígate Dios,
Honra de este siglo,
Que por tí es mejor.
¡Quién águila fuera
Que mirara al sol!.

XIV.

Con el viento murmurán,
Madre, las hojas,
Y al sonido me duermo
Baxo su sombra.
Sopla un manso viento
Alegre y suave,
Que mueve la nave
De mi pensamiento.
Dame tal contento
Que me parece,
Que el cielo me ofrece
Bien á deshora,
Y al sonido me duermo

Baxo su sombra.
  Si acaso recuerdo,
Me hallo entre las flores,
Y de mis dolores
Apénas me acuerdo,
De vista los pierdo
Del sueño vencida,
Y dame la vida
El son de las hojas,
Y al sonido me duermo
Baxo su sombra.

XV.

  Que me maten, la dice,
Si no es hermosa;
Y ella dixo, morena,
Pero graciosa.
  Riberas del rio,
Do las aguas doran
El prado, dexando
Márgen arenosa,
Me topé una niña,
Mas ¿qué digo? Diosa,
Que sin duda lo era
Por ser tan graciosa.

La cara cubierta
Llevaba á deshora,
Mas daba su brio
Muestras de su gloria.
Deseoso de ver
Patente su aurora
Me allegué y la dixe,
Sin duda es hermosa:
Respondió, morena,
Pero graciosa.

Aunque esté encubierta
Esa luz, que adora
Mi alma ya rendida
Que hoy os da victoria,
No presumo, Reyna,
Ni es razon, mi diosa,
Que piense que encierra
Cosa alguna impropia.
Que el ir encubierta
En vos no denota
Sino que lo bueno
Muy caro se goza.
Por do tengo, Reyna,
Por muy cierta cosa,
Que aunque disfrazada,
Debeis ser hermosa:

Respondió, morena,
Pero graciosa.

XVI.

Una niña hermosa
Que entre varias gentes
Escogí por Reyna
De todos mis bienes,
Prometió de darme
Mil favores siempre,
Entregóme algunos
Para entretenerme.
Díle en cambio el alma,
Que el alma me debe,
Pido que me pague;
Y ella se adormece.
La niña se duerme,
Si lo hace adrede,
Tiene tantas guardas
Que encanto parece.
Y me la gobierna
Una fiera sierpe,
Una madre ingrata
Que injustos desdenes
La tiene enseñada

Como no lo siente.
Velo en mi cuidado
Por ver si me quiere,
Dame un si dormido
¡Ay Dios si me miente!
La niña &c.
No sabe de almas,
Pues ella no vence
Las dificultades,
Los inconvenientes;
Con mostrar deseos
Pasiones la vencen,
Y la voluntad
Obras le parecen,
Y mil circunstancias
Con que me alimente.
Y pues no las oye,
No quiere, ó no entiende,
La niña &c.
Póngome á culparla,
Mas tanto me duele,
Que en mí la disculpo,
Porque no se queje.
Dormido el remedio
Despierta mi muerte;
Paso en confusion

El tiempo presente.
Si finjo esperanzas,
Que algo me sustenten,
En mi pecho nacen,
Y en mi pecho mueren.
La niña se duerme
Si lo hace adrede.

XVII.

Trúxome á la muerte,
Madre, un disfavor,
Porque siempre zelos
Engendran dolor.
De favorecida
Vine á desdeñada,
Quanto ante encumbrada
Despues abatida;
Viéndome perdida
Creció mi temor,
Porque siempre zelos
Engendran dolor.
Fué sordo á mi llanto,
Y á mis tristes quejas
Cerró las orejas
Qual sierpe al encanto.

Creció mi mal tanto
Quanto el disfavor,
Porque siempre celos
Engendran dolor.

XVIII.

Dexad que me alegre, madre,
Antes que me case.
Una niña bella
Cuyo rostro y talle
Que excediera entiendo
A Vénus y á Dafne,
Picaña en extremo
Y aun por tal remate,
Que ántes de las doce
Le dió el sexto alcance;
Cebada al gustillo
Que en sus paladares
Posesion tenia
Desde el primer lance;
Viéndose reñida
De su vieja madre,
Habló de esta suerte,
Porque se aplacase.
Dexad &c.
Ruegoos madre mia,

Si en tu piedad cabe,
No mateis el gusto
De mis mocedades.
Dexad que me goce,
Así Dios os guarde,
Pues en vuestros tiempos
Tambien os holgasteis.
Corren á porfía,
Madre, las edades,
Y la flor mas bella
Suele marchitarse.
No guardeis mi gusto
Para quando case,
Pues no seré mia
Desde aquese trance.
Dexad &c.
   Decis que el mancebo
Que ronda mi calle
Busca mi deshonra;
No así Dios os guarde.
Solo darme gusto
Pretende, y Dios sabe,
Si como le adoro,
Quisiera obligalle.
Dexad que me alegre, madre,
Antes que me case.

XIX.

Dexa las flores del huerto, niña,
Dexa las flores, que te prenderán.
Dexa el jazmin oloroso
Cerca del clavel preciado,
Dexa el laurel consagrado
Con el trebol amoroso,
Que saldrá Febo envidioso,
Y hallarte ha entre el arrayan.
Dexa las flores &c.
Ya sabes que tiene pena,
Quien coge de lo vedado;
Mira que el primer bocado
Fué del hombre la cadena;
No seas de razon agena,
Porque te arrepentirás,
Dexa las flores &c.
¿Qué dirán los que te vean
Llevar las flores hurtadas?
Mira que hay lenguas malvadas,
Que quizá tu mal desean;
Darás ocasion que crean,
Que estás vezada á robar:
Dexa las flores &c.

XX.

A coger el trebol, Damas,
La mañana de San Juan,
A coger el trebol, Damas,
Que despues no habrá lugar.
Salid con la aurora,
Quando el campo dora,
Y vereis bordado
De aljofar el prado;
Cogereis las flores
De varios colores,
De que en vuestras faldas
Texereis guirnaldas,
Con que al niño ciego
Podreis coronar.
A coger el trebol &c.
Vereis como el alba
Hace al mundo salva,
Y cantan las aves
Con voces suaves:
Cristal trasparente
Que por mil soslayos
Le hicieren los rayos,
A donde del fresco

Podreis bien gozar.
A coger el trebol &c.
Cogereis la rosa
La violeta hermosa,
El jazmin preciado,
Y el lirio morado,
Los roxos claveles
Con los mirabeles,
Y á vueltas de grama
Pagiza retama,
Con otras mil flores
Dignas de loar.
A coger el trebol &c.

XXI.

Morenica, no seas boba
No se te acabe el pan de la boda.
Entre tanto que el Abril
De tu primavera adorna
Los jardines de tu casa
De azucenas y de rosas,
No se te pasen los dias
En presunciones de loca,
Que la vejez corta es larga,
La mocedad larga es corta.

La muger moza no es fea,
La que es vieja no es hermosa,
Que quien tiene pocos años
No tiene hermosura poca.
Emplea bien tus cabellos,
Antes que tus trenzas roxas
En la batalla de canas
Se las gañe el tiempo á Roma.
Morenica no seas boba &c.
Todas las cosas se mudan;
Y la muger mas que todas,
Que no es árbol la hermosura
Que vuelve á dar nuevas hojas:
La vida no vuelve atras;
El curso que lleva goza;
Que es rio que va á la muerte,
Y de la muerte no torna:
El mas gallardo caballo
Si escapa de alguna noria,
O viene de silla á albarda,
O muere corriendo posta:
Goza, morena, tu gusto,
Entre tanto que eres moza;
Porque solo á la primera
Son buenas las setentonas.
Morenica no seas boba &c.

Si la mocedad es feria,
Do nadie alcabala cobra,
No se te vaya en palabras
Lo que fuere justo en obras.
Come la flor de tu harina
Agora que el pan es roscas,
Que si te faltan los dientes
¿Cómo es posible que comas?
Quando al espejo te mires
Y digas, aquí fué Troya,
No quisieras ser nacida,
Ni ver de tu sol la sombra.
¿Pues qué harás con las arrugas
Quando la color te pongas
Con la mano de mortero
Porque se estire la boca?
Morenica no seas boba &c.

XXII.

Caracoles me pide la niña,
Y pidemelos cada dia.
De una vez que la tacaña
Los caracoles probó,
Tal gusto el manjar le dió,
Que por él se desentraña,

Y con inquietud extraña
Diversas veces repite,
Que no hay cosa que así quite
Toda la melancolía,
Y pidelos cada dia.

Si ella viese quando estriba
En su concha el caracol,
Y saca suspenso al sol
Los cuernos, y frente altiva,
Y dando espuma y saliva
Se despega y desañuda,
Para mí no tengo duda
De que lo aborreceria,
Y pidelos cada dia.

Yo no sé que nuevo efecto
Puede hacer este manjar,
Que al gusto del paladar
De la niña es tan aceto.
Ella sabe este secreto,
Pues quando le persuado
Que no es carne ni pescado,
Ella que es carne porfia,
Y pidelos cada dia.

XXIII.

En el almoneda
Ten la barba queda.
Mancebo orgulloso,
Que aunque barbas peynas
Es tu edad tan corta
Como tu experiencia,
Ni en amor confies,
Ni en mugeres creas,
Que su fe es fingida,
Y su ley es secta.
Olvidadas quieren,
Queridas desprecian,
Lo bueno aborrecen,
Lo malo desean.
Son Julio en calor,
Octubre en tibieza,
Febrero en mudanza,
Y Marzo en las vueltas:
Son quien de ellas hace
Amor almoneda:
Con lascivo engaño
A verlas te lleva.
En el almoneda

Ten la barba queda.
  Hallarás figuras
En damasco hechas,
Quiero decir Damas,
Que es un asco vellas;
Verás transformada
En blanca una negra,
Que lo que parece
No darás por ella.
Verás convertidas
En rubias mil trenzas,
Que las martirizan
Porque se conviertan.
Hallarás de dientes
Algunas haceras
Con vecinos menos,
Que el arte las puebla.
Advertido de esto
Mira lo que mercas;
Y porque despues
No te quejes de ella,
En el almoneda
Ten la barba queda.
  Doncella hallarás,
Que ya ha sido suegra,
Y con todo aqueso

Quiere ser doncella.
Casada hay que libra
En sí misma letras
Para el mismo dia,
Que á casar la llevan.
Viudas de Siqueo
Hay que á quien las ruega
Solamente el sí,
Tienen de Siqueas.
Hallarás allí
Mil sueltas solteras,
Que si el mal es patria,
Son finas Francesas.
Estas y otras cosas
Símiles á estas
Verás por el tiempo,
Que durare el verlas.
Y en el almoneda
Ten la barba queda.

XXIV.

Que no quiero amores
En Inglaterra,
Pues otros mejores
Tengo yo en mi tierra.

No quiero ni estimo
Ser favorescido;
De amores me exîmo,
Que es tiempo perdido
Seguir á Cupido
En Inglaterra,
Pues otros mejores
Tengo yo en mi tierra.
¿Qué favores puede
Darme la fortuna,
Por mucho que ruede
El sol y la luna?
Ni muger alguna
En Inglaterra,
Pues otros mejores
Tengo yo en mi tierra.
Que quando allá vaya,
A fe yo lo fio,
Buen galardon haya,
Del servicio mio:
Que son desvario
En Inglaterra,
Pues otros mejores
Tengo yo en mi tierra.

XXV.

¡Ay Dios de mi alma!
Saqueisme de aquí,
¡Ay! que Inglaterra
Ya no es para mí.
¡Ay Dios de alta parte
La mejor del suelo,
Con quien se reparte
Gran parte del cielo!
Mira el desconsuelo,
Que yo paso aquí,
¡Ay¡ que Inglaterra
Ya no es para mí.
¡Ay Dios! que pecados
He yo cometido,
Que tan bien pagados
Y tan presto han sido;
Mas he merecido,
Pues que me partí
¡Ay! que &c.
¡Ay, ay! que mi mal
Con mil males viene,
Es pena infernal,
Que ningun fin tiene.

Morir me conviene,
Pues grosero fuí:
¡Ay! que Inglaterra
Ya no es para mí.
Que el seso no pierda
Ningun hombre habrá,
Del bien que se acuerda
Y el mal en que está;
¡Ay Dios! baste ya,
Saqueisme de aquí;
¡Ay! que Inglaterra
Ya no es para mí.

XXVI.

¡Ay ojuelos verdes!
¡Ay los mis ojuelos!
¡Ay! hagan los cielos,
Que de mí te acuerdes.
El último dia
Quedastes muy tristes
Y os humedecistes,
En ver que partia
Con el agonia
De tantos pesares.
Quando te acostares,

Y quando recuerdes,
¡Ay! hagan los cielos,
Que de mí te acuerdes.
Tengo confianza
De mis verdes ojos,
Que de mis enojos
Parte les alcanza;
Ojos de esperanza,
Y de buen agüero,
Por quien amo y quiero
Los colores verdes,
¡Ay! hagan los cielos,
Que de mí te acuerdes.
¡Ay Dios! quien supiese,
A que parte miras,
Y quando sospiras,
La causa entendiese,
Y si te sintiese
Un cierto dolor,
De que un servidor
Verdadero pierdes,
¡Ay! hagan los cielos
Que de mí te acuerdes.
Un solo momento
Jamas vivir supe,
Sin que en tí se ocupe

Todo el pensamiento.
Mis ojos, si miento,
Dios me dé el castigo,
Y si verdad digo,
Mis ojuelos verdes,
¡Ay! hagan los cielos,
Que de mí te acuerdes.

XXVII.

Si muero en tierras agenas
Léjos de donde nací,
¿Quién habrá dolor de mí?
Si muero en este destierro,
A que yo fuí condenado,
No merece tan gran yerro
Ser plañido ni llorado;
Pues si yo lo he procurado
Y toda la culpa fuí,
¿Quién habrá dolor de mí?
Tú tarde podrás dolerte,
Que estás muy léjos si muero:
Yo tan cerca de la muerte,
Que cada rato la espero
En aquel punto postrero,
Pues tú no estarás allí,

¿Quién habrá dolor de mí?
Si muero como está cierto,
De vos, mis ojos, ausente,
¿Quién sentirá el verme muerto
Y tan miserablemente,
En tierra tan diferente
De aquella donde nací?
¿Quién habrá dolor de mí?
Quien no la tuvo consigo
¿A dónde busca piedad?
Quien asi se fué enemigo,
¿Para qué quiere amistad?
Pues hice tal necedad
Y tan majadero fuí,
¿Quién habrá dolor de mí?

XXVIII.

Ventecico murmurador,
Que lo gozas y andas todo,
Hazme el son con los hojas del olmo,
Miéntras duerme mi lindo amor.
Hoy, ventecico suave,
Has de dar reposo á quien
Sabe desvelar mi bien,
Y dormir mi mal no sabe.

Procura tu mi favor,
Pues lo gozas y andas todo,
Hazme el son con las hojas del olmo,
Miéntras duerme mi lindo amor.
Tú que entre las verdes hojas
Andas alegre, y murmuras
De mis pasadas venturas,
De mis presentes congojas;
Fresco manso y bullidor,
Que lo gozas y andas todo;
Hazme el son con las hojas del olmo,
Miéntras duerme mi lindo amor.

XXIX.

Ten, amor, el arco quedo,
Que soy niña, y tengo miedo.
Dicen que amor ha vencido
A las deidades mayores,
Y què de sus pasadores,
Cielo y tierra está ofendido;
Y habiendo aquesto sabido,
No es mucho temer su enredo,
Que soy niña, y tengo miedo.
Unos dicen el estrago,
Que en Piramo y Tisbe hiciste,

Otros quan tirano fuiste
Con la Reyna de Cartago;
Y viendo que das tal pago,
Atemorizada quedo,
Que soy niña, y tengo miedo.
No es, amor, mi condicion
Para sufrir tus temores,
Tus engaños, tus errores,
Tus zelos, y tu pasion,
Y en esta jurisdiccion
No me cogeras si puedo,
Que soy niña, y tengo miedo.

XXX.

Aunque con semblante ayrado
Me mirais, ojos serenos,
No me negareis al ménos,
Ojos, que me habeis mirado.
Por mas que querais mostraros
Ayrados para ofenderme,
¿Qué ofensa podreis hacerme,
Que iguale al bien de miraros?
Que aunque de mortal cuidado
Dexeis mis sentidos llenos,
No me negareis al ménos,

Ojos, que me habeis mirado.
Pensando hacerme despecho
Me mirastes con desden,
Y en vez de quitarme el bien,
Doblado bien me habeis hecho.
Que aunque los hayais mostrado
De toda clemencia agenos,
No me negareis al ménos,
Ojos, que me habeis mirado.

XXXI.

Lágrimas que no pudiéron
Tanta dureza ablandar,
Yo las volvere á la mar,
Pues que de la mar saliéron.
Heme en lágrimas deshecho,
Que la mar de amor me ha dado,
Y habré de salir á nado,
Pues mar del amor se han hecho:
Lágrimas que así creciéron,
Sin poder á vos llegar,
Yo las volveré á la mar,
Pues que de la mar saliéron.
Hiciéron en duras peñas
Mis lágrimas sentimiento,

Tanto que de mi tormento
Diéron unas y otras señas:
Pero pues ellas no fuéron
Bastantes á os ablandar,
Yo las volveré á la mar,
Pues que de la mar saliéron.

XXXII.

La muger que tal sueño sueña,
Coces y palos y golpes en ella.
La que su fuego amoroso
Ha soñado mitigarse,
Y la que sueña vengarse
Del marido si es zeloso:
La que uno y otro vicioso
Gusta que vayan á vella,
Coces y palos &c.
La que durmiendo en la cama
Con su marido á su lado
Soñaba verle ahorcado,
Y en su lugar al que ama,
Y la que galanes llama,
Que vayan á entretenella,
Coces y palos &c.
La que sueña que en su casa

Entran muchos Caballeros,
Y que en el darla dineros
Ninguno no tiene tasa,
Y sueña que se descasa
Su marido por no vella;
Coces y palos y golpes en ella.

XXXIII.

A la feria galanes,
Que no hay tal Flándes.
Galanes de España,
Que á dificultades
Nacisteis sujetos.
Andando en los ayres,
Amor hace ferias,
Y al tiempo le place,
Que en ellas se vendan
Sus quita pesares.
Barato de joyas,
Cintas y collares
Hace quien las tuvo
Tan costosas ántes.
Comprad, amadores,
Estos diamantes,
Finos de deseos,

Altos en quilates.
A la feria &c.
   Favores que á Reyes
Solian negarse
Un arrastra picas
Los halla de valde.
Ya para venderse
Quieren humanarse,
Pues ya que no vuelan,
Vuelven gabilanes.
Las garzas altivas
Dexan alcanzarse,
Para dar garzotas
A vuestros plumages.
Todas adivinan,
Que ha de trastornarse
El mundo, y procuran
Hombres que las salven.
A la feria &c.
   Juntarse procuran
A quien las ampare,
Como yedras quieren
Al tronco enredarse.
Temen la fortuna,
Que altera los mares,
Que turba del cielo

Los claros celages;
Temen de andar solas
Por estrañas partes,
En donde hablen niñas
Y razones callen.
Donde la cabeza
De Mendoza alcance,
A tornar en hombres
Bárbaros salvages.
Acudan de presto
Nobles mercadantes,
Venturosos ricos
Llegen y no tarden.
A la feria &c.
¡O si á rio revuelto
A mí me tocase
Alguna riqueza
En feria tan grande!
¡Si por dicha en suerte
Me cupiese un ángel,
A quien yo en mi alma
Le elevase altares!
¡Si en tantos peligros
Pudiese salvarme
Llevando conmigo
Tan divina imágen!

Pero no es posible,
Que en mi vida alcance
Entre desventuras
Aventuras tales.
¿Flandescos paises
Sin gusto que valen,
Si es que mueren glorias
Donde penas nacen?
Antes que la feria
De punto se pase,
Compremos las puntas
De nuestros encages.
Estas son las ferias,
Este es el remate,
Que lloran mis bienes,
Y cantan mis males.
A la feria galanes,
Que no hay tal Flándes.

XXXIV.

Ojos bellos no os fieis
Del buen tiempo que gozais;
Porque si hoy de mí os burlais,
Mañana me llorareis.
Como estais acostumbrados

A alcanzar siempre victoria,
Desterrais de la memoria
Mis dolores y cuidados.
La vida me acabareis,
Si en mi daño porfiais,
Y quando así me perdais,
De veras me llorareis.
Con tanta seguridad
Vivis de vuestra belleza,
Que ese rigor y aspereza
Es igual con la beldad:
Si con estar qual me veis,
Del remedio no curais,
Advertid que os condenais,
A que muerto me lloreis.
De esta burla habrá mudanza,
Al tiempo que el tiempo acierte
A descubriros mi muerte,
En la qual no habrá tardanza.
Entónces vos perdereis
Ese rigor que mostrais,
Y aunque de burlas matais,
De veras me llorareis.
Al compas del disfavor
Va creciendo mi tormento;
Mis suspiros lleva el viento,

Y mi esperanza el dolor.
¿Que suceso pretendeis,
Pues siempre en calma os estais,
Sino que vivo querais
Enterrarme, y vos lloreis?

XXXV.

El alba nos mira,
Y el dia amanece;
Antes que te sientan
Levántate y vete.
Dexa los blandos regazos,
Aunque el sueño te detenga,
Antes que á la tierra venga
El sól desparciendo abrazos.
No hay gusto sin embarazos,
No hay contento sin pasion,
Y á los cuerdos la ocasion
Jamas les negó el copete.
Levántate, y vete.
Si mi amor tu pecho inflama
Con honroso intento justo,
Por darle á mi alma gusto
Olvida los de la cama;
Que mi fama esta en tu fama,

Y mi honor esta en tu honor;
Levántate, que el temor
Ya que aquí estes no consiente,
Levántate, y vete.
Aunque con el sueño luchas,
Es justo que fin le des,
Porque el gusto de una vez
Podamos gozarle en muchas:
Y así por lo que me escuchas
Es gran razon que te acuerdes,
Que el gusto que ahora pierdes
Mayor gusto nos promete;
Antes que te sientan,
Levántate, y vete.

LETRILLA SATIRICA.

Y aquesto lo digo yo.
Sube el otro pobreton
Hasta el cuerno de la luna,
Porque le dió la fortuna
Con su muger ocasion:
Ciégale la presuncion,
Y aunque es noble tan moderno,
No ve que subió hasta el cuerno,
Por alguno que subió,

Y aquesto lo digo yo.
Hácenle la puerta franca
A algun rico los vasallos,
Que ayer agenos caballos
Halagaba por el anca,
Y sin darsele una blanca
De su devota nobleza,
Pone sobre su cabeza,
Lo que de muchas quitó,
Y aquesto lo digo yo.
El Mercader avariento
Compra y vende, presta y fia,
Creciendo en él cada dia
La ganancia y el contento;
Echanle el treinta por ciento,
Y rebienta de corage,
Que se perdió su linage,
Quando con treinta compró,
Y aquesto lo digo yo.
Algun oficio pretende
Con las leyes que ha leido;
Que ántes de ser proveido,
Estreñir la bolsa entiende;
Mas miéntras mas la defiende,
Le dan camaras sin tiento,
Creciendo en sentimiento

Al paso que ella menguó;
Y aquesto lo digo yo.
Y tal vez el Abogado,
Que informaciones despacha,
Pretende que una garnacha
Pague lo que le han pagado;
Dicen que Oidor le han jurado,
Y verdad se murmuraba,
Porque era que sordo estaba
Y con un unguento oyó;
Y aquesto lo digo yo.
Sale él Medico valiente
Sobre su mula y gualdrapa,
Mas largo en la barba y capa,
Que en las letras diligente;
Y el vulgo que le consiente,
Pagalle las muertes trata,
Y al que con ruibarbo mata
Piensa que Dios le mató,
Y aquesto lo digo yo.
Viene el soldado arrogante,
Que hubo menester no mas
La cuera para detras
Cargado de cuera de ante;
No hay valiente á quien no espante
Quando sus heridas nota,

Y fuéron de una pelota,
Que en el bagage llevó,
Y aquesto lo digo yo.
El Escribano que en suma
Lo que pretende atropella,
Suele darse sin tenella
Con su nombre y con la pluma;
No hay verdad que no consuma
Renta, donde no haga estrago,
Dando una carta de pago,
Por la que el otro la dió,
Y aquesto lo digo yo.
Hurta callando el caxero
Al astuto Ginoves
Las sobras de cada mes
Con las faltas del dinero:
Da la cuenta por entero,
Y sin muchas romerias
Gana perdon de cien dias
Por hurtar á quien hurtó,
Y aquesto lo digo yo.
Hay mil Poetas diversos,
Que cantan agenas glorias,
Siendo como las historias,
Agenos tambien los versos,
Y son, estando tan tersos,

Voz de cisne que no espanta,
Porque aunque dicen que canta
Jamas ninguno lo vió,
Y aquesto lo digo yo.

Tambien el músico llena
Los fuelles de la garganta
Con el ayre que levanta,
Quando la guitarra suena;
Canta su amorosa pena,
Y habrá quien pueda jurar
Que fué responso el cantar;
Por lo que ayer no comió,
Y aquesto lo digo yo.

PARTE QUINTA.

ROMANCES JOCOSOS.

I.

Hubo un cierto mercader,
Que en Valladolid vivia,
El qual mercader tenia
Hermosísima muger,
Y un criado muy querido,
Que siempre salia con ella,
Mas sujeto al amor de ella,
Que al servicio del marido.
Y como vido ocasion
De poderselo decir,
Ella comenzó á fingir
Gran desden y alteracion.
Dixole con mil baldones;
Dime, enemigo traydor,
En casa de tu Señor
¿Intentas tales trayciones?
El mozo por muy gran pieza
Arrepentido y turbado,
Queda como enamorado

Abaxada la cabeza,
Y dixo con voz serena;
Yo me hallo sin disculpa,
El amor tiene la culpa,
Mas yo me ofrezco á la pena.
La Dama que era hermosa
Y no ménos avisada,
Aunque ántes se mostró ayrada,
A esto no dixo cosa.
Antes viéndole afligido
Replicó: no estes así,
Que sin duda has visto en mí,
Por donde te has atrevido.
Yo te quiero preguntar,
¿Qué es lo que en mí te enamora?
Y el mozo alegre á la hora
La comenzó de mirar;
Y dixo: aquesos cabellos,
Que en su menor resplandor
No tiene el oro valor
Para competir con ellos;
Y esos soles que te juro
Segun lo que mi alma siente,
Que el sol que nace en Oriente
Está su presencia oscuro;
Y esa boca tan sin par,

Y esas mexillas de rosa;
Y esa mano poderosa
Para matar y sanar.
El amor que no dormia,
Y entre mozo y ama andaba,
Miéntras él mas la alababa,
Ella mas se enternecia.
No darle mucho favor
Le parece ya que es mengua;
Y así desató la lengua
Guiándola el mismo amor.
Y dixo; pues que es así,
Que amor nos fuerza á los dos,
Yo quiero hacer por vos,
Lo que no pensé de mí.
Esta noche quando el ama
Veas que se va á acostar,
Y me viene de dexar
Con tu Señor en la cama,
Pues que todo queda abierto,
Por hacer tanto calor,
Y sabes que tu Señor
Duerme como cuerpo muerto,
Entónces tú muy aina
A mi aposento te irás,
Y en camisa te entrarás

Detrás de aquella cortina.
Y allí contigo haré
Como la que bien te amo,
Mas por causa de tu amo
Asienta quedito el pie.
Hablando de esta manera
Al amo vido llegar,
Y el mozo sin mas tardar
Luego se salió allá fuera.
Y con humildad bendita
Con que su maldad atapa,
Llegó á quitarle la capa
El que la muger le quita.
Sentóse á la mesa el ama,
Y al que pena no le pesa,
Que esté fiel en la mesa,
Quien no lo estará en la cama.
Al Señor daban placer
Mostrando falsos indicios,
El mozo con sus servicios,
Con regalos la muger.
Y acabados de cenar
La Dama sueño fingió,
Y al inocente pidió,
Que se fuesen á acostar.
El respondió que le place.

Desnúdanse, y van al lecho,
Que si amor anda derecho,
Todo con gusto se hace.
Y aunque el mozo se traspasa
Como si ya tarde fuese,
Aguardó que se durmiese
Toda la gente de casa.
Luego entró contento y ledo,
Aunque perdido el color,
Que si tiembla el amador
Es de amor y no de miedo.
Como quien va con gran tiento
Por tablas mal enclabadas,
Va midiendo las pisadas
Por el escuro aposento;
Y en llegando al pabellon
Topó en una ratonera,
Y fué el golpe de manera,
Que quisiera ser raton.
Un pie en el ayre esperó,
Si su amo despertaba,
Y como vió que roncaba,
Trás la cama se metió.
La Dama que le ha sentido
Juntico á la cabezera
Sacando la mano fuera,

De la camisa le ha asido.
Despertó al marido luego
Con los pies y la otra mano;
Despertad, le dice, hermano,
Escuchad un poco, os ruego.
Dixo el marido: muger,
¿No me dexareis dormir?
Y ella comenzo á decir
Con donayre y con placer:
Sabed que vuestro criado
Hoy me requirió de amores,
Y me dixo mas primores,
Que pudiera un avisado.
Y porque sin buen castigo
No se vaya, le hicé cierto,
Que aquesta noche en el huerto
Podia verse conmigo.
Así que importa que vais
Al huerto, Señor marido,
Y para ir desconocido,
De mis ropas os vistais.
El entónces como un viento
Se vistió luego á la hora
Las ropas de la Señora,
Y salió del aposento.
Y de modo se apartó

De lo que sale á buscar,
Que en dexando su lugar,
El que busca le ocupó.
Y en amistad tan estrecha,
Segun yo de entrambos creo,
El satisfizo el deseo
Y ella quedó satisfecha.
Estaba el mozo afligido
En medio de su placer,
Viendo como la muger
Habló tan claro al marido;
Y en negocio tan estrecho
Como el remedio dudaba,
Lo que tal gusto le daba
No le entraba en buen provecho.
La confusion del cuidado
Ella vió, y como discreta
Otra astucia y nueva treta
Para el remedio ha buscado.
Dícele de esta manera:
Toma ese palo en la mano,
Y ve á tu Señor que en vano
Allá en el huerto te espera;
Y en siendo juntos los dos,
Dile: tacaña, ya sé
La poca lealtad y fe,

Que mi Señor tiene en vos?
Y sin que bueno ni malo
El te pueda responder,
Te llega, y le dá aplacer
Con lo mas gordo del palo.
El mozo que por buen medio
Tomára qualquier partido;
Aqueste le ha parecido
Sutilísimo remedio.
Y tomando el parecer
Fué á donde le vió sentado
Con las ropas disfrazado
De su malvada muger.
Llegóse y hablóle así
Con la voz algo alterada:
Desleal, desvergozada:
¿Qué estais aguardando aquí?
Si vinisteis por mi amor,
Tales requiebros oireis,
Pues en tan poco teneis
La honra de mi Señor.
Y sin otro parecer
Con el garrote le dió,
Lo que no quisiera yo
Por mozo, amo ni muger.
Y así cumplido su intento

Quedó el amo desdichado,
Aunque el cuerpo magullado,
En el alma muy contento
De la muger que le dió
Tan gran muestra de bondad
Del amor y lealtad,
Que el criado le mostró.
De esta manera fué hecho
De la muger y el criado
Cornudo y apaleado,
Y de entrambos satisfecho.

II.

Llegó á una venta Cupido
A la mitad del invierno,
Las alas todas mojadas,
Roto el arco, y muerto el fuego.
Viéndole tan destrozado,
Dixo el bueno del Ventero,
Hermanito, no hay posada,
Pique, que cerca está el pueblo.
Bien quisiera su venganza
Ponella luego en efecto;
Mas como se vió sin armas,
Probó palabras y ruegos.

Díxole, como era hijo
De la bella diosa Venus;
A cuyo cetro y corona
Todo el mundo está sujeto.
Mas como la cortesía
Jamas cupo en baxo pecho,
Haciendo burla del niño
Responde con menosprecio:
Para ser hijo de Reyna,
El trae muy bellaco pelo,
Y aquí no hacemos nada
Por amor y sin dinero:
Sepa, si tuvo poder,
Que ya se pasó aquel tiempo,
Quando cantaban sus triunfos
Con discantes á lo viejo:
Quando por ver á su Dama
Iba el otro majadero
Hecho pez á media noche
Nadando de Abido á Sexto;
Aunque mejor que tanta agua
Fuera una azumbre de añejo,
Y echarse en su cama á nado,
Y saliera salvo á puerto,
Aunque en medio de las ondas
Halló de su alma remedio,

Pues bebió tal parte de ellas,
Que apagó de amor el fuego.
  Y tambien el otro bobo
Del Babilónico suelo,
Que porque halló roto el manto,
Rompió con su espada el pecho:
  Y luego la necia Tisbe,
Añadiendo yerro á yerro,
Se mató, queriendo echar
La soga tras el caldero.
  Y sino ve aquestas cosas,
Sepa que es, porque está ciego,
Desatápese los ojos,
Verá la razon que tengo.
  Cupido entre aquestas burlas
Fué las veras conociendo,
Y de aquí adelante puso
Nueva ley, y otro uso nuevo.
  Y es tan discreto que tiene
Ménos costa y mas provecho,
Y tambien manda á las Damas,
Que en su amor hagan concierto:
  Y que tengan sus medidas
Conformes á cada precio,
Y que al amante que diere,
No le envien descontento.

Y al que no diere, le digan
Lo que le dixo el Ventero;
Hermanito, no hay posada,
Pique, que zerca está el pueblo.

144.

Dexad los libros ahora,
Señor Licenciado Ortiz,
Y escuchad mis desventuras,
Que á fe que son para oir.
Yo soy aquel gentilhombre,
Digo aquel hombre gentil,
Que por su Dios adoró
A un cieguezuelo ruin.
Sacrifíquele mi gusto
No una vez sino cien mil
En las aras de una moza,
Tal qual os la pinto aquí.
El cabello es de un color,
Que ni es quarto ni es florin,
Y la relevada frente
Ni azavache ni marfil.
La ceja entre parda y negra
Muy mas larga que sutil,
Y los ojos mas compuestos,

Que son los de quis vel qui.
Entre cuyos bellos rayos
Se derriba la nariz,
Terminando las dos rosas,
Frescas señas de su Abril.
Cada labio colorado
Es un precioso rubí,
Y cada diente el aljofar,
Que el alba suele reir.
El aliento de su boca
Todo lo que no es pedir,
Mal haya yo, si no excede
Al mas suave jazmin.
Con su garganta y su pecho
No tienen que competir
El nacar del mar del Sur
La plata del Potosí.
La blanca y hermosa mano
Hermoso y blanco Alguacil
De libertad y de bolsa
Es de nieve y de neblí.
Lo demas, Letrado amigo,
Que yo os pudiera decir,
Por mi fe que me ha negado,
Que lo calle el faldellin.
Aunque por brúxula quiero

Si estamos solos aquí,
Como á la sota de bastos
Descubriros el botin.
Cinco puntos calza estrechos
Este Señor, hasta al fin,
Si hay serafines trigueños,
La moza es un serafin.
Pudo conmigo el color,
Porque una vez que la ví
Entre mas de cien mil blancas
Ella fué el maravedí.
Y porque no sin razon
El discreto en el jardin
Coge la negra violeta,
Y dexa el blanco alelí:
Dos años fué mi cuidado,
Lo que llaman por ahí
Los jacarandos respeto,
Los modernos tahalí.
En cuyos alegres años
Desde el ave al peregil
Por esta negra odisea
La bucolica le dí.
Sus piezas en el invierno
Vistió flamenco tapiz,
Y en el verano sus piezas

Andaluz guadamecí,
Hoy desechaba lo blanco,
Mañana lo carmesí,
Hasta que en la peña pobre
Quedó hermitaño Amadís.
Preguntadlo á mi vestido,
Que riéndose de mí,
Si no habla por la boca
Habla por el bocací.
Iba ya quedando en cueros,
A la lumbre de un candil,
Casi paseando el estrecho
De no tener y pedir,
Quando Dios en hora buena
Me fué preciso prtir
A la Ciudad de la Corte,
A la Corte de Madrid.
Comenzó á mentir congojas,
Y á suspirar y gemir,
Mas que viuda en el Sermon
De su Padre Fray Martin.
Dixo, que acero seria
En esperar y sufrir,
Fué despues cera, y si acero,
Ella se tomó de orin.
Ternisima me pidió,

Que ya que quedaba así
La ovejuela sin pastor,
No la dexe sin mastin.
Y así la dexe un Mulato
Por espia y adalid,
Que á mí me espió en saliendo,
Y se le vino á decir.
Dexéle en su antiguo lustre,
Y luego que me partí,
Echó la carnaza á fuera,
O maldito borceguí.
Púsome el cuerno un traydor
Mercadante sorchapin,
Que tiene bolsa en Oran,
E ingenio en Mazalquivir.
Rico es y mazacote
De los mas lindos que vi
Precioso, pero pesado
Como palo de Brasil.
¡O interes! y como eres
O por fuerza ó por ardid
Para los diamantes sangre,
Para los bronces buril.
Deme Dios tiempo, en que pueda
Tus proezas escribir,
Y quitemelo en buen hora

Para los hechos del Cid.
Y vos tronco, á quien abraza
La mas luxuriosa vid,
Que este lagrimoso valle
Ha sabido producir,
Vivid en sabrosos ñudos,
En dulces treguas vivid,
Siempre juntos á pesar
De algun loco paraldin.

IV.

Cierta Dama cortesana
De las de arandela y toldo,
De las de buen talle y pico,
Y picaras sobre todo,
Picola con sus saetas
Amor de amores de un mozo,
Mas que Narciso galan,
Y mas que galan zeloso.
Gozó de ella algunos dias
Sin pechar, que no fué poco,
Porque es la primer franqueza,
Que en sus archivos conozco.
Cobrola el ninfo aficion,
Y puso en su bolsa cobro;

Porque con sola su gala
Pensó conquistallo todo.
Pidióla zelos un dia,
Y á vueltas del alboroto
Algo enojado el galan
La dió un puntapie en el rostro.
Ella que nunca habia visto
Semejantes terremotos
En el cielo de su cara,
Tocó á ñublo y conjurólos.
Y fué la conjuracion,
Que en yéndose de allí á un poco,
Le escribió aqueste papel,
De que yo doy testimonio.
Dexe zelosas sospechas,
Que vive Dios que es un tonto,
Quien no dando todo el gusto,
No piensa pasar por todo.
Huélguese pues que le dexan,
Y juegue, pues vamos horros,
Y aunque encuentre mil encuentros,
No me baraje uno solo:
Y sepa vuesa merced,
Que calzo; que visto y como
A costa de mis costillas,
Por ser tan flacos sus lomos:

Y entienda que es necedad
Pretender con sus adornos,
No siendo el Marques del Gasto,
Ser Conde de Puñonrostro.
Sepa que ya con las Damas
Un metal que llaman oro,
Es el discreto, el galan,
El gentil hombre, el gracioso:
Por este metal que digo,
Habla el mudo, y anda el coxo,
Alcanza el que está sin brazos,
Y es de pluma el que es de plomo.
Por aqueste hábitos verdes,
Y descendientes de Godos
Dan su lado á quien los tiene
En campo amarillo roxos;
Por este amable metal
En maridable consorcio
De bien diferentes sangres
He visto yo hacer mondongo.
Por este arbola bandera,
Quien en su vida vio Moro;
Ni sabe que es centinela
Rebellin, trinchera o foso:
Pues si este por quien se alcanza
Qualquiera premio dichoso,

Le falta á vuesa merced
Y yo en el mundo no sobro,
¿Por qué se mete en honduras,
A donde el mar es tan hondo,
Que suele anegarse en él
Un hombre aunque sea de corcho?
Con las Damas de este tiempo
Es muy sabido el negocio,
Que por un Magno Alexandro
Trocaran catorce Apolos.
Pasó ya el dorado siglo,
Que Angelica con Medoro
Se gozaban en la selva,
Pagando un amor con otro.
Belerma muy afligida,
Hechos fuentes los dos ojos,
Lloraba cinco ó seis años
Sobre el corazon mohoso.
Gastaba la gran Cleopatra
Sus tesoros con Antonio,
Dábase Tisbe la muerte,
Y llevábala el demonio.
Catalina por Pascual
Andaba catorce Agostos,
Y al fin de ellos sus amores
Paraban en matrimonio.

Ya está tan mudado el tiempo,
Que aun Negras de monicongo
Se van tras el interes,
Y dan al amor de codo:
Yo por un poco fuí necia,
Mas basta la burla un poco;
Busque, si encuentra otra [illegible],
Con quien él sea ménos bobo:
Y con ella su merced
Sea mudo, ciego y sordo;
Que á todo aquesto se obliga,
Quien quiere mucho y da poco.
Leyó el Galan el papel,
Y dixo entre risa y lloro;
Quien zelos no tiene es simple,
Y quien los pide es un loco.

V.

Pues vuesa merced se casa,
Por muchos años y buenos
Goce el nuevo desposado,
Que mejor dixera viejo:
Unas canas venerables
Valen mucho en este tiempo,
Que son honra de la patria,

Y madres de los consejos.
No le faltará que hacer,
Llevando tal sobrehueso,
Para sudar en verano,
Y para helarse en invierno.
Desde aquí se lo perdono
Aunque no á mi persamiento,
Que pues le ha dado materia,
Que la encone con mis versos.
Mis quejas, y sus querellas,
Mi castigo, y su tormento,
Su grave culpa, y mi pena
Muy buen monipodio han hecho.
Las de mi parte se acaban
Como el humo sin el fuego;
Las de la suya comienzan
Como el frio con el yelo.
Dese un verde este verano,
Que el que viene será Enero,
Y me podré yo alabar,
Que fuí pronóstico cierto.
Verificaráse agora
Su tibieza y mi rezelo,
Pues no me podrá negar,
Que come, mas no pan tierno.
Sus holgadas libertades,

Que andaban ayer en pelo,
Agora andarán en canas,
En fin castigo del cielo.
Quien todo lo menosprecia,
Siempre topa su desprecio,
Y en equívoco sentido
Se suele quedar en seco.
Su nuevo Galan, Señora,
Ni es hermoso, ni discreto,
Ni gentil hombre, ni afable,
Dexado el no ser mancebo.
Afórrese su merced
Con esa carga de huesos,
Que si ayer la llamé gloria,
Hoy la llamo cementerio.
Quien la viere, y quien le viere,
Ella moza, y el tan viejo,
Con razon podrá decir,
Que es el mundo grande necio.
Si fuera para dos dias,
Era tolerable el yerro,
Aunque doblado en tal parte,
Si habia de llegar á medio.
Un consuelo quiero darla,
Y agradezcame el consuelo,
Que junto con el marido

Lleve padre y escudero.
Mugeres tan prevenidas,
Dignas son de tan buen premio,
Y que tantos servidores
Tengan en solo un sugeto.
Bien á fe se ha prevenido;
Aqueso no se lo niego;
De esposo para su gusto,
Padre para su gobierno.
Será el aficion doblada,
Será doblado el contento,
En secreto de marido;
Y en lo público de abuelo.
Dichosa vuestra merced,
Pues la quiere tanto el tiempo,
Que satisface con canas
A sus tocas de respeto.
Virtud es y harta virtud
Llevarlo tan por lo cuerdo,
Que por un anciano honrado
Dexe mil mozos traviesos.
Pero ¿para qué me canso,
Si ya no tiene remedio,
Y el yugo del matrímonio,
Miéntras se vive, es eterno?
Esto es lo que á mi me venga

Y quien la da el pago es esto;
Pues que se acaba mi pena
Sin acabarse su yerro.

VI.

Ventanazo para mí
Despues de un año de ausencia,
Mal año para mis ojos,
Si os vieren á vos, ni á ella.
Quebraránseme las manos,
Hermosa niña de á treinta,
Primero que á la ventana
Subieran á ver las vuestras.
Por nuestro Señor que estuve
Por daros con una teja,
A no saber que hay en casa
Un majadero de piedra.
Que necio y favorecido
Yo no dudo que saliera
A vengar el tuerto hecho
A la vuestra delantera.
Mas respetando los picos
De vuestra honrada chinela,
Acogime á San Miguel
A rezar en vuestras cuentas.

Y de todo aquel recibo
De fe falsa y obras muertas
Hallo que os tengo alcanzada,
Y que os alcanza qualquiera.
Y si de esto estais quejosa,
Y estuvistes satisfecha,
¿Por qué os cierran ventanas,
A quien se abriéron las puertas?
  Hame dicho cierto amigo,
Que me hicistes harta afrenta,
Porque habeis dado en beata,
Y decis que sois doncella.
Beata con lechuguillas,
Y que á media noche reza
Amorosas devociones,
No quiera Dios que lo crea.
Que de su vida y milagros,
Los que la tratan, se quejan,
De haber llevado á hartas partes
Brazos y piernas de cera.
Respondeis que hicisteis voto,
Estando ociosa una fiesta,
De castidad incurable,
De que siempre andais enferma:
¡O voto lleno de filos,
O por ventura de mellas!

Pues ya no hay sangre que corra,
Cortad deseo y vergüenza:
Que si dan tormento á indicios,
Yo sé muchos que confiesan,
Que orillas de Guadiana
Apacentáron sus yeguas,
Y si entre tantos testigos
Se conociere mi letra,
¿Por qué se cierran ventanas,
A quien se abriéron las puertas?
No importa, hermosa beata,
Huelguese su reverencia,
Que yo sé, que dixe Prima,
Quando ella rezó Completas.
Que el zapato que desecho,
Yo me huelgo que la venga;
Pues ya ni será tan justo,
Aunque piense que le aprieta.
Ya he sabido que es bonete;
Para bien, Señora, sea,
Y tan lozano de cola,
Que en vos deshace su rueda.
Que contento quedaria,
Pues no ha sido cosa nueva
De verme cerrar el cielo,
Donde ví vuestras estrellas.

Que como yo no soy niña,
Que de mañana soy vieja,
Al que espera vuestra gloria
No quisistes darle pena;
Colérico estoy por Dios;
El ponga tiento en mi lengua.
Que aunque allá distes el golpe,
Dentro del alma me suena:
No quiero ser vuestro Paris,
Ni que vos seais mi Elena
Aunque tuviera mas fuego,
Que Troya tuvo por esta.
Ya, enemiga; me declaro;
Que la sangre se me altera,
Y el son de aquellas ventanas
Me toca al arma en las venas.
Desengaños de palabras
O de papel buenos fueran,
Pero sabed, que son malos
Desengaños de madera;
Y pues lo estabades vos
De que yo era mal Poeta,
¿Por qué se cierran ventanas,
A quien se abriéron las puertas?

VII.

Cortesanas de balcon,
Apretadas de cintura:
Las que teneis á la puerta
Por centinela una bruja,
Que es ramo de la taberna
Donde se vende la zupia;
Escuchadme atento un rato
Que cuento mis aventuras.
Yo nací en la calle larga:
Que tiene el mundo por sucia,
En las redes de Getafe,
Entre pardas caperuzas.
Enseñáronme á labrar
Unas niñas cejijuntas;
Pero yo con las mas bellas
Despuntaba mis agujas.
Echáronme por travieso,
Despues de darme una mula,
En que anduve nueve meses,
Durmiendo en pie como grulla.
En ella fuí á la Corte,
A donde amansé su furia,
Donde encontré un abadejo,

Que se me vendió por trucha.
Con aquesta me enredé,
Y fué la causa sin duda,
Que como nací entre redes,
Siempre las redes me buscan.
Mas poco duré en su tienda;
Porque [illegible]mera astuta
Por momentos discantaba
Da nobis hodie pecunias.
Y yo como soy moreno,
Y canto bien en ayunas,
Este responso cantaba
Al rededor de su tumba.
A la mosca que es verano,
Alon, que pinta la uva,
Que aquí se rompen las capas,
Y se chamusca la pluma.
De allí me fuí por el mundo
Guiado de mi ventura,
Donde encontré con un ángel
Cuya belleza era mucha.
Esta me quiso, y la quise,
Mas que el pez al agua suya,
Y mas que á la dura concha
La encarcelada tortuga.
Mas que á mi vida la amé,

Y mas que al alma sin duda,
Pero fortuna voltaria,
Que siempre sus ruedas cursa,
Se me quiso alzar con ella;
Y para doblar su furia,
Contra su gusto y el [illegible]
Me la quitó de las uñas.
Y pues aquesta perdí,
No quiero mas garatusa,
Ni andar de noche aguardando
A que se ponga la luna.
No puedo ver ademanes
De una Genízara Turca,
Que si la llego á hablar
Hija se me hará del Fucar.
Estoy ahito de toldos
Y de cabelleras rubias,
Que publican santidad,
Y brindan para luxuria.
Si dos veces visitáre,
Planta que no me dé fruta,
Plegue á Dios, que en el carnal
Coma huevos sin la bula.
Y si quisiere á doncella
Que tuviere toldo y punta,
Quando quisiere beber,

Se me aclare el agua turbia.
Y si en casada pusiere
Aficion que al alma suba,
Con una piedra de mármol
Despues de muerto me cubran.
Y si quisiere á fregona
De las que el cántaro cursan,
A las galeras me lleven
Por General de la chusma.
Y si á freno de soltura
Hiciese á darme de espuma,
Quando mas seguro esté,
Caiga un rayo en cas del Cura.

VIII.

Paseándome una noche
Con ferreruelo y espada,
Yendo libre y descuidado,
Atravesé cierta plaza:
Y en ella ví una tendera
Que con su hermosa cara
Las tinieblas de la noche
De la calle desterraba.
Y parte con el candil,
Y parte con su luz clara

Ví, que sueltos y sin órden
Unos cabellos mostraba,
Que no se les da un ardite
Por el oro de la Arabia:
Una frente que al cristal
Mas fino no tiene en nada;
Unos ojazos rasgados,
Que los corazones rasgan:
Una nariz pequeñuela,
Pulidilla y bien sacada;
Unas mexillas que exceden
A las rosas coloradas;
Con dos hileras de perlas
Que afrentan á las mas blancas,
Y dos corales por labios,
Que aquestas perlas engastan.
Una barba con un hoyo,
Donde ¡ojalá me enterraran!
Un pecho que al alabastro
Le puede dar quince y falta:
Do puso naturaleza
El plus ultra de la gracia,
Y de donde la columna
Imperial se levanta.
Las manos, por no mentir,
Nieve son, pero pisada;

Porque el vender del carbon
No consiente manos blancas.
Allleguéme hácia su tienda
Por proponer mi demánda;
Mas estaba allí su madre,
Una muger gorda y alta;
Y así no le pude hablar
En mi amor una palabra,
Temiendo no alborotase
Con voces toda la plaza.
Como es propio de tenderas
Quando se ven agraviadas,
Quise tomar ocasion
De tomar unas manzanas;
Pero buscando la bolsa
Metí la mano en las calzas.
Y halléla sola y desierta,
Huerfana, viuda y sin blanca;
Aguardé que no estuviese
Su madre otro dia en casa.
Y teniendo coyuntura,
Le dixe aquestas palabras:

Señora, en aquesta plaza,
Y en esta tienda amor tiende
Las redes con que nos prende
Y los lazos con que enlaza? Y

Querria, con tal que quieras
Darme sin tomar pasion
A peso de un corazon
Lo que pesáre de peras.
Sácamelo de este pecho,
Pues que lo tienes aquí,
Mas tómalo, veslo hay
Para peras te lo echo.
No te está bien ser cruel,
Que es de tu beldad exceso:
Pues quando tienes el peso,
Pareces un San Miguel.
Pesa bien mi amor sencillo,
Y mi firme voluntad,
Con toda fidelidad,
No jugando de dedillo.
No uses de tales mañas,
Que es treta, que se me alcanza;
Sino ajusta la balanza;
Mira que no es fruta entrañas,
Ni será bien, Angel tierno,
Segun lo que se me ofrece
Que quien del cielo parece,
Tenga obras de un infierno.
Ea, seamos amigos,
Y por mi amistad inmensa

No me des en recompensa
Las madres de aquestos higos.
¿Por qué tan suspensa estás,
Que en eso mi amor ofendes,
Y con el carbon que vendes,
Enciendes mi fuego mas?
Ella pues, que no podia
Sufrir ya tantas palabras,
Porque con ceño mortal
Todas me las escuchaba;
Con gran capote en los ojos
Y capote de dos haldas,
Así dió injusta respuesta
A mi tan justa demanda:
Señor, acorte razones,
Y dexese dese afan,
Que yo como carne y pan,
Y no almas ni corazones.
Acabe, no sea pesado,
Y en sus pretensiones cese,
Que no es posible que pese
Un corazon tan pesado.
Y si San Miguel he sido
Galan á su parecer,
El parece Lucifer,
Que á sus pies está tendido.

Váyase, no sea molesto;
Ni mas de necio despunte,
No me dé ocasion que junte
Un cesto con otro cesto.
Esto dixo, y asió luego
Un cestillo de manzanas,
Y creo, con él me diera,
Si de allí no me apartara.
Tras el qual venir veia
El peso con que pesaba,
Y por tanto temeroso
De que me descalabrara,
Al fin la dexé entre dientes,
Echando mil noramalas,
Contra ella y contra su madre,
Y para quien fuese á hablarla.

IX.

Mariana, Francisca y Paula,
Ines, Constanza, y Elvira,
Heridas de aquella vira,
Que cuenta Amadis de Gaula;
Con pensamientos conformes
Y con deseos forzados
Tienden sus paños lavados

Sobre el arena del Tormes:
¡Ay Tormes como te ensanchas,
Dixo Elvira, en ondas claras,
Solo con mi pecho avaras,
Pues no le quitan las manchas!
Pero no tengo razon
En decir tal desatino,
Pues no son telas de lino
Las telas del corazon.
Volvió Juana su canasta;
Y sobre ella mal sentada
Con la ventura empeñada
Por la esperanza que gasta;
Tomó de arena un puñado,
Considerando su pena,
Y dixo; como esta arena,
Es el bien de mi cuidado.
Digo que quando procuro
Apretarle dentro el alma,
No me hallo mas que la palma,
Porque no hay amor seguro.
Alzando la voz Ines,
Dixo al agua suspirando;
Agua, no pases callando
Por do está mi Portugues.
Dále cuenta de mis duelos;

Díle que lloro, y no llora;
Que le adoro, y que él adora
A la causa de mis zelos.
Que si tus ondas no dan
Estas señas conocidas,
Irán lágrimas perdidas,
Donde palabras no van.
Constanza que no tenia
Colores de pensamiento
Dixo; mohina me siento
De escuchar vuestra agonía.
¿Por hombres teneis enojos?
¿De veras llorais por hombres
Traidores hasta en los nombres,
Y hasta el fin de sus antojos?
¡Qué donosa ceguedad!
Volved, amigas, la hoja,
Pues sebeis que es su congoja
Mudanza y facilidad.
Haciendo son con las palmas
Paula, que tendido habia,
Esta letrilla decia,
Que es el mote de sus almas.
Amor, quien no te cenoce,
Ese te compre.
Con vasallos te regalas,

Maltratas Reyes y Reynas,
Villanos cabellos peinas,
Desprecias rizos y gelas:
Para el mal te nacen alas,
Para el bien eres un monte,
Ese te compre.

Empeñas nuestras verdades,
Y con mentiras nos pagas,
Las voluntades estragas,
Destruyes las amistades;
Y para hacer crueldades
Traes un velo que te emboze.
Ese te compre.

Naciste en hora menguada,
Y en señal de mal agüero
Eres hijo de un herrero,
Y de una muger errada.
Haces la noche alborada,
Y alboreas á la noche,
Ese te compre.

¡O que donayre ha tenido,
Paula, tu copla donosa!
Dixo Constanza quejosa
Del lavandero Cupido.
Díme, si quieres ahora,
¿Cuyo es ese consonante?

De aquel señor estudiante
Que visita á mi señora?
Inés que está algo prendada
De amores de Don Gaspar,
Así comenzó á cantar
Muy zelosa y muy lavada:
Aquel pagecito de aquel plumage
Aguilica seria, quien le alcanzase.
Aquel pagecito de los ayrones
Que volando lleva los corazones,
Aguilica seria, quien lo alcanzase.
Francisca se desmayó,
Y á concierto la traian
Las amigas, que sabian
De su mal el sí y el nó.
Y asida su ropa blanca,
Puesto el sol que la secó
La esquadra en ala marchó
Camino de Salamanca.
Y mostrando que llevaban
Mas contento que truxéron,
Alegres se despidiéron,
Y esta letrilla cantaban:
Mas prende amor que la zarza,
Mas prende y mas mata.
Hace montes llanos,

Y poblados yermos;
Sana los enfermos;
Y enferma los sanos:
Humilla los vanos,
Y humildes ensalza,
Mas prende y mas mata.

Los finos amores
Que del sayo pasan,
Los yelos abrasan;
Doblan los ardores.
Son nuestros dolores
Sus perlas y plata,
Mas prende y mas mata.

X.

Espesas nubes cubrian
Los dos contrapuestos polos,
Amenazando á la tierra
Algun diluvio famoso.
En los montes los ganados,
Y las fieras en los sotos,
En los chaparros y peñas
Se abroquelan temerosos.
De las convecinas sierras
Los esteriles arroyos

Arrancando los sembrados
Atraviesan poderosos.
Y la tenebrosa noche
Con vientos y terremotos
En los ánimos mas recios
Pone miedo, y causa lloro.
No se topará un Christiano
En las calles, porque á todos
El ruido de las goteras
Los convidaba al reposo.
En medio de su rigor,
Yo que acaso estaba loco,
Saqué á la razon de madre,
Y dí conmigo en remojo.
Como soy del dios de amor
Paniaguado y fiel devoto,
La víctima de sus aras
Como de Júpiter toros.
El fuego de sus centellas,
Que me tiene caluroso,
Me llevó tras los nublados,
Como si fuera demonio.
Y no faltó un sacristan,
Que viéndome pasar solo,
Con mas de cien mil Jesuses
Me tiró con el hisopo.

En fin en medio las brasas
Deste virotero tonto
A poco rato me halle
Echo una esponja ó palomo.
Y sin ver por donde vine,
Enfrente del promontorio,
Donde aquella bella ingrata
Se rie de mis enojos,
Y hecho segundo Leandro,
Como pude, alcé mi tono,
Y enclavado en una esquina
Le dixe de aqueste modo:
Si duermes, Señora mia,
Despierta, y escucha un poco
A tu remojado amante,
Mas que barbecho en otoño.
Por tu respeto verasme
Hecho terrero gracioso
De las aguas, de las nubes,
Y del fuego de tus ojos.
Mas como el que me consume
Es diferente de esotro,
No es esta agua su contrario,
Y así me abraso y me ahogo.
Pensando en tus sinrazones
Estaba, quando furioso

Al aprieto de esta llama;
Toco á fuego á mis antojos.
Y de esta lástima grande
El alto cielo piadoso
Para matar tanta llama
Proveyó de tanto arroyo.
Pero nada me aprovecha,
Que aunque es verdad que me mojo,
Está el fuego dentro el alma,
Y ellos quedanse en los lomos.
¡Mal hayan tus sin razones,
Que me traen desde las ocho
Hasta las quatro del alba,
Hecho fantasma de bobos!
Con la humedad del sereno
Anda mi seso mohoso;
Y temome, que no brote
Entre col y col, pimpollos:
Que el andar como lechuza
Agüeros son prodigiosos
De zeladas enemigas
Contra mal logrados gozos.
Asomate pues, ingrata,
Porque á la luz de tu rostro
Te huelgues de ver mi cuerpo
Anegado entre estos lodos.

Pero ¿para qué me canso?
Pues á tu sueño sabroso
Soñarás si viene á mano,
Que le despedazan lobos.
Sueño será verdadero,
Que en mis humildes despojos
Cevas tu colera loca,
Y tus deseos rabiosos.
Tal rigor en tal belleza,
¿Quién negará que no es monstruo,
Que entre la gloria y la pena
Tiene eterno purgatorio?
Malas pulgas te despierten,
Plegue á Christo Poderoso
Como á mí los pensamientos,
Que desde el alma te arrojo.
Con tabardillo la tengo,
Y de lo mas peligroso
Mira, si es bien que al sereno,
Se muera solo de antojo.
¡O divina encubridora
De ladrones amorosos,
Que á la sombra de tus alas
Gozan su bien á lo sordo!
Poco le debo á tu industria,
Pues al tiempo que estos todos

En los brazos de quien aman
Pasan divinos retornos,
Quando de sus esperanzas
Gozan el fruto sabroso,
De infinitos alçanzado,
Y merecido de pocos;
Yo que porque lo merezco
Imagino, no lo como,
Que son milagros del tiempo
Andar los justos quejosos.
En los brazos tempestivos
Del alborotado Noto,
De paticas en la calle
Estoy dellos envidioso.
Esto dixe, quando el alba
Con dos nubes en los hombros
Asomo por el Oriente
Marchito su rostro hermoso.
Estaba tal á este tiempo,
Que qual mar á vela y tronco
Me pudiera navegar
Algun mediano piloto.
El dia me llevó á casa,
Que fuera dificultoso,
Aunque el cielo echara lanzas,
Recogerme de otro modo.

Y es mi necedad tan gruesa,
Y están mis cascos tan rotos,
Que no quiero escarmentar
En mi mal y daño propio.

XI.

Un grande tahur de amor
Y una jugadora tierna,
Por entretenerse un rato,
Tratan, Dios enhorabuena,
Jugar los dos mano á mano
Desafiados por tema:
Y que ella dentro en su casa
Dé el órden y la manera.
El juego es largo y tendido,
Al fin, de toda una siesta,
El es grande envidador,
Y gran queredora ella.
A la primera es el juego,
Porque esta es la vez primera;
Y él procura desquitarse
Lo que ha perdido y le cuesta.
De ántes jugaban papeles,
Promesas firmes y ciertas;
Mas ya moneda que corre,

Y pasa en toda la tierra.
El se abrasa de picado,
Y solo picarla espera,
Porque si una vez la pica,
Es imposible que pierda.
Ha de ser á resto abierto,
Pero cerrada la puerta,
Porque si pasase alguien,
No denuncie á quien lo sepa.
Por mesa toman la cama,
Por no querer mejor mesa:
A barajar comenzáron,
Y ella á dar la mano empieza.
El alzó por buena parte,
Do está la pandilla hecha;
Ella alcanzó á ver el juego,
Y al primer envite se echa.
Porque él es fullero y arma,
Mas ella alcanza esta treta:
Y á dos veces que baraja,
Lo armado se desconcierta.
Enciéndese el juego aprisa,
No hay envite sin revuelta,
Y lo que tienen delante,
A cada mano se mezcla.
Dan medios en las paradas,

Porque va á querer por fuerza;
Y una vez metido el resto,
Lo sacan y se conciertan.
A la Dama le entró el basto,
Estando puesta á primera;
Mas el hizo flor con todo
Haciendo mesa Gallega.
Quiso luego levantarse;
Mas que no se alce, le ruega,
Y que la mantenga mano,
Pues tan picada la dexa:
O que haga resto de nuevo,
Humilde le pide y ruega;
Pues ella pondrá otro tanto,
Que allí está su faltriquera.
Tanto pudo el ruego blando,
Y aun el juego dió tal vuelta,
Que él fué la bolsa vacía,
Y ella no quedó contenta.

XII.

Topáronse en una venta
La muerte y amor un dia
Ya despues de puesto el sol,
Al tiempo que anochecia.

A Madrid iba la muerte,
Y el ciego amor á Sevilla,
A pie llevando en los hombros
Sus caras mercaderías.
Yo pensé, que iban huyendo
Acaso de la justicia;
Porque ganan á dar muerte
Entrambos á dos la vida.
Y estando los dos sentados,
Amor á la muerte mira;
Y como la vió tan fea,
No pudo tener la risa.
Y al fin la dixo riendo;
Señora no sé que os diga,
Porque tan hermosa fea
Yo no la he visto en mi vida.
Corrida la muerte de esto,
Puso en el arco una vira,
Y otra en el suyo Cupido,
Y hácia fuera se retiran.
Con un lanzon el ventero
De por medio se metia,
Y haciendo las amistades
Cenáron en compañía.
Fuéles forzoso quedarse
A dormir en la cocina,

Que en la venta no habia cama,
Ni el ventero la tenia.
Los arcos, flechas y aljavas
Dan á guardar á Marina,
Una moza, que en la venta
A los huespedes servia.
Aun no ha bien amanecido,
Quando amor se despedia,
Sus armas al huesped pide,
Pagando lo que debia.
El huesped le da por ellas
Las que la muerte traia,
Amor se las echó al hombro,
Y sin mas mirar, camina.
Despertó despues la muerte,
Triste, flaca, y desabrida;
Tomó las armas de amor,
Y tambien hizo su guia.
Y desde entónces acá
Mata el amor con su vira
Mozos, que ninguno pasa
De los veinticinco arriba.
A los ancianos, á quien
Matar la muerte solia,
Ahora los enamora
Con las saetas que tira.

Mirad qual está ya el mundo;
Vuelto lo de abaxo arriba;
Amor por dar vida, mata,
Muerte por matar, da vida.

XIII.

Pues ya no como á mis horas,
Ni duermo, como solia;
Y traigo la casa al sesgo,
Agua abaxo y agua arriba;
Tristes y hundidos los ojos
En la mesma fantasía,
Que como el hombre no duerme,
Parece que adentro miran.
Y pues traigo la color
Quartanaria y amarilla,
Como rosano, la espalda,
Como laud, las costillas,
Un elemento en los ojos
Del agua en la mar nacida,
Con un bolcan en el pecho,
Y un Boreas en la barriga.
Pues todo es llorar verdades,
Y suspirar por mentiras,
Sepan todos, que sois vos

La causa, Señora mia.
Mal haya el mal regimiento,
Y mal hayan mis desdichas,
Pues en la convalecencia
He dado tal recaida.
Si yo guardára mis ojos,
No viera tanta bolina.
Mas ¿qué llave sin la muerte
Tendrá segura la vida?
¿De qué famosa hechicera,
De qué madre Celestina,
Para ser tan gran bellaca,
Aprendiste la cartilla?
Hoy hace quatro meriendas
Dadas mal y bien comidas,
Que os hicieran mal provecho
A vos y á vuestras vecinas.
Si estais mas enamorada,
Y ménos enternecida,
Pues os llevais mis deseos
Pegados á las vasquiñas.
Siempre merendais despacio,
Y siempre venis de prisa;
Pues si os llegan arrascar,
Pareceis mula mohina.
De todas estas desgracias

Tan lloradas y reidas,
Sepan todas, que soís vos
La causa, Señora mia.
Respondeisme unas tibiezas,
Y yo sé que no sois tibia;
Que pueden desesperar
Un animal de las Indias.
Haceisme rondar tras esto
De noche vuestras esquinas,
Para darme algun favor,
Que me sustente de dia.
Y entre las once y las doce,
Que pareceis estantigua,
A la ventana mas alta
Os asomais en camisa:
Y despues de haberos dicho
Mas ternezas que Macias,
Sin dexar historia en pie
De Cleopatra ó Sofonisba;
En una sera de nieve,
Envuelto un poco de risa
Me arrojais, un *¿no se acuesta?*
Mire que se arromadiza.
Yo entónces alzando el cuello,
Como avestruz que se empina,
Vuestras palabras me bebo,

Y del ayre tengo envidia.
Pero vienen tan heladas,
Que me dan dolor de tripas;
Y es oir vuestros requiebros
Sufrir una melecina.
Como besugo amanezco,
Quando vienen de Castilla,
Con quatro dedos de escarcha
Que Guadarrama les pinta.
Y si parase en aquesto,
Sufrirse á veces podia,
Que curar con lo contrario,
Quantos escriben, lo afirman.
Mas ¿qué manta empavesada,
Qué terrapleno á fagina
Resistirán las pedradas,
Que en vuestra calle me tiran?
Un ladrillo Toledano
Que no le rompe una pica,
Despedido de un perayle,
San Jorge que lo resista.
A un toro que entónces tope,
Volverá patas arriba,
Con mas furor que si fuera
Pelota de culebrina.
Hide puta, socarron,

¡Qué ladrillazos que tira,
Que de las piedras heladas,
Hace saltar lumbre viva!
Si algun Monserrate de esos
Alguna vez me lastima:
Sepan todos que sois vos
La causa, Señora mia.
Y quiero dar vuestras señas,
Porque os prenda la Justicia,
Si en alguna peña de estas
Diese al traves mi barquilla.
Vos vivís en lo mas alto,
Y sin ser cosa divina,
Junto á un Angel el mas fuerte
Asentasteis vuestra silla.
Ni os llamais Juana ni Antonia,
Gerónima, ni Francisca;
Mas teneis nombre de Aurora,
Porque es entre noche y dia.
Ni sois vieja, ni sois moza,
Y gustais que os llamen niña,
Y lo mas cierto de todo
Es, que estais medio marchita.
Sois blanca, y no lo valeis;
Y aunque rubia no de Tibar
Frente grande, y ojos negros,

Nariz roma, boca hundida.
Son vuestras manos tan buenas,
Que lo demas se adivina;
Y quizá fué aquesto parte
Para mis melancolías.
Hablais, quando vos quereis,
Ni muy necia, ni muy tibia:
Teniendo el donayre á tiempos,
Y la discrecion á dias.
No os vestis por no tenerlo;
Pero de unas mangas limpias
A serlo toda la pieza,
No hay valenciana tan linda.
Vuestros puños de azafran
Y manos descoloridas
Parecen por Navidad
Roscones y quesadillas.
Y si os mudais por Agosto,
Y tanto dura mi vida,
Yo haré segundo romance
De vuestras señas y mias.
Esto he dicho, y esto hecho,
Porque de tantas desdichas
Sepan todos, que sois vos
La causa, Señora mia.

XIV.

Ya estoy muy bien despachado
Al cabo de mis fortunas,
A gentil puerto llegóse
Mi destrozada chalupa.
Paréceme que del fuego,
Que formaban mis angustias,
Apelé para las brasas
De desdeñosas injurias.
Trás quince meses de ausencia,
Que he andado á mis aventuras,
Me atravesáron de nuevo
De amor las flechas agudas.
Por una niña me muero,
Aunque vieja en las astucias,
Por cuya negra madexa
He olvidado alguna rubia.
Pensé que haberse ausentado,
Quien por su dueño se juzga,
Para poder conquistalla,
Fuera de importancia mucha.
Pero mi amable tirana
Tan solamente se funda
En dar la vida á su ausente,

Y darme á mí muerte cruda.
Mil asperezas me dice,
Quando le digo dulzuras,
Y quando me ve mas tierno,
Entónces está mas dura.
Si me ha de dar un favor,
Tanto al dármele se turba,
Que parece que su ausente
O la amenaza, ó la escucha.
Si me ha de dar un abrazo,
Tan poco al darle se junta,
Que sospecho, que rezela,
Que tengo el cuerpo de puas.
Quando me ha de dar un beso,
Primero lo dificulta;
Y al dalle, cierra los ojos,
Como si tomase purga.
Si quiero tentar el vado,
Me aparta con mucha furia
Las manos, como si en ellas
Fueran de águila mis uñas.
Para cosas de mi gusto
Nunca la faltan escusas;
Pues siendo mi amor sin regla,
Contino está con la suya.
Aqueste en suma es mi amor,

Y esta en suma es mi ventura;
Y en suma si no se enmienda,
Habré de dexarla en suma.

XV.

Dueña, si habedes honor,
Mirad bien por mi facienda;
Que ya debria ser tiempo,
Que mi dolor vos empezca.
No pongais en al las mientes,
Que non es de buenas dueñas,
A quien tuerto non les face,
Facer injurias derechas.
Miembreos, Señora mia;
Que face esta primer fiesta
Seis años, non dende ayuso,
Que os fastidian mis resquestas.
Y en todos estos seis años
Non firiéron mis orejas
Razones de vuestra boca,
Que mis congojas desmientan.
En los dos años primeros
Me distedes por respuesta,
Que erades niña en cabello,
Para usar homes pequeña.

Los otros quatro, Señora,
Non remediastes mis penas,
Temiendo veros en cinta,
¡Ay Dios, quien en cinta os viera!
En los dos últimos meses
Partime á las lueñes tierras;
Volví, y hallevos casada:
¡Triste de quien fia en fembras!
Distedesme por escusa,
¡Triste de quién la creyera!
Que el viejo de vuestro padre
Vos fizo casar por fuerza:
Que bien sabe el de lo alto.
Quantas lágrimas vos cuesta:
Porque vuestra voluntade
Non es conmigo mañera.
Si ello es vero, ó non, yo fio,
Que esta vegada se vea:
Pues ya non podrá estorballo
Ser niña, ni estar doncella.
Faced, como vais, Señora,
Mañana á la Madalena
A ganar las perdonanzas
Con quien puridad vos tenga.
Venid vos á mis Palacios,
Donde tendremos la siesta,

Y folgaremos en uno
Sin que mis homes lo vean.
  Que si así satisfacedes
Mi aficion y vuestra deuda,
Veré que non es falsia,
Ni malquerencia la vuestra.
  Donde non, cuidad, casada,
Que tarde ó temprano sea,
Que destos desaguisados
Tengo de tomar emienda.
  Esto escribió Gerineldos,
Camarero de la Reyna
A la dueña Quintañona,
Estando en zelada puesta.

XVI.

  Quando me paro á pensar
Las costosas alegrías
Y el tesoro de desgracias,
Que saca amor de sus Indias.
  Me deshago de ocasiones,
Que causan melancolía;
Contrariando la razon,
Que el pesar melancoliza.
  Porque hallo que el que mas ama,

En fuego sus fuerzas fixa,
Sin echar de ver, que á todo
Lo consume y aniquila.
Vereis al viejo rapaz
Inventar cien mil enigmas,
Que apetecen á saberse,
Y entónce es quando cautiva.
A unos los hace Poetas,
De hacer octavas y liras,
Para cantar á su dama,
Aunque sea una mandinga.
Situa censos perpetuos,
Hace juros de por vida;
Que al que es mas rico de amores,
De su potencia derriba.
Y al otro rapaz, que apénas
Es salido de mantillas,
Le hace, que ciña la espada,
O busque á quien ame y sirva.
Hace á otros que en papeles
Contemplen sus fantasías,
Imaginando que son
Letras de su dama escritas.
Y otros que en ver unos ojos
De su propio ver se privan,
Diciendo que desesperan,

Si no los gozan, ó miran.

¿Quántos habrá que el cabello
De sus amarantas digan,
Que son los rayos del sol,
Que al mundo alegran de dia?

Dando á entender que quien aman
Los arcos del Polo pisa,
Y suele ser la fregona,
Que les lava la camisa.

¿Quántos habrá que en billetes
A su dama significan,
Que con remos de esperanzas
Navegan mar de desdichas?

Vereis unos sabios tontos,
Fundados en mil malicias;
Que porque digan que saben,
Falsamente alegorizan.

Vereis otros cabizbaxos,
Que muestran hipocresías,
Y á los que saben mas que ellos,
A media noche predican.

Y vereis unos Roldanes,
Que delante sus amigas
Dicen, que el mundo les tiembla,
Y ellos tiemblan de unas niñas.

Por ser mas blandas que cera,

Que qualquier cosa marchitan
Las brabatas que han echado
Entre parientas ó primas.

Y allende de tantas glorias
Vereis sus almas sucintas,
A padecer por sus damas
Muy de veras ofrecidas.

Algun tiempo fui del ampa,
Mas hanme puesto ya criba
Los ojos, que quando quise,
Cielo y gloria los hacia.

Y quando agora imagino,
Que tantos ojos me miran,
Y que me miden mis pasos
Algunas bárbaras Ninfas;

Vuelvo tambien á pensar
Las celebradas mentiras,
Que suelen fingir mugeres,
Quando con amor litigan.

Vereis mil damas de trapos
Compuestas de niñerías,
Hechas damas de sus gustos,
Por hablar cosas melifluas.

Conozco una Doña Juana,
Que me dixo esta letrilla;
De los que tiran, afloxan,

De los que vienen, estiran.

Y esta fué muy gran comadre
De otra Doña Luisa,
Que me dixo de su amado;
Que bien paga, como olvida.

Al fin sois hombres, me dixo;
Y respóndile con risa:
¡O muger, al fin muger!
¡O dulce enemiga mia!

Vereis algunas con toldo,
Con gran capote y basquiña,
Con arandela y con gasa,
Cuajadas de lagrimillas.

Buscan para su calzar
Alpargatas y pagizas;
Y por mostrar bien los baxos,
Chapin de entera ataugia.

Y cansado de melindres
Y de sus hechicerías,
Quiero descansar con gusto,
Porque lo demas es risa.

XVII.

Hizo calor una noche
Tan grande y tan insufrible,

Que me sacó de mi casa,
Despues de dados maytines:
Acompañóme un amigo
De amistad sincera y firme,
A quien para en paz ó en guerra
Yo no trocára por quince.
Ibamos los dos cantando
Con voz medrosa y humilde,
Porque entónces se estrenaba
Mi contrabajo y su tiple.
Quando al doblar una calle,
De repente nos embisten
Dos damas de muy buen garbo,
Con verdugado y chapines.
A dos agudas razones,
Que los diximos, se rinden;
Aunque un doblon que iba entre ellas,
De las razones se rie:
Estaba clara la luna,
Acabando al que la rige
Con luz mas clara y serena,
Que el sol de quien la recibe.
No habia con nuestras damas
Remedio de descubrirse;
Aunque entre muchos requiebros
Estas razones las dixe:

Quiere el cielo, que alabemos,
Divinos rostros gentiles,
La belleza con que os hizo
En la tierra serafines.
No está él ménos ofendido,
Que nosotros infelices,
En que querais, que en el manto
Dos soles suyos se eclipsen.
No debiéron entenderme,
Porque con risa increible
Preguntáron, si era zote,
Que les hablaba latines.
Así los tiernos requiebros
Que allí no podian servirme,
Las troqué en estas injurias
Lisonjeras convenibles:
Vuesas mercedes son tuertas,
Mas que el gigante de Ulises;
Si no mas tuertas, mas necias,
Si no necias, insufribles.
Si encubrirse es damería,
Desangáñolas que sirve;
Mas ha de un año en galera
Por otro tanto el melindre.
Entónces la de mi amigo,
Desenvuelta, alegre, y libre

Nos descubrió un rostro digno,
Que el mas hermoso lo envidie.
Mostróme unos ojos negros,
Graves en extremo, y libres,
De dulce contemplacion,
Hermosos y señoriles,
Una boca chica era,
Que con un piñon se mide,
Segura de que haya otra,
Que así en amores cautive.
Yo viéndola sin respeto,
De que era agena, la dixe:
Amor haga, que en mi cama
Siempre estas pulgas me piquen.
Volvíme para la mia,
Desecha en zelos de oirme,
Y de que en hora menguada
Por siempre me martirice.
Porque descubrió un cabello
Del color que el papel tiñe,
Con quien el mesmo azabache
De vencido no compite:
Unos ojos repulgados
Tan pequeños y tan ruines,
Que no viera si eran ojos,
No los teniendo de lince.

Daba á la sumida boca
Obscuro sepulcro y triste
La barba, que procuraba
Juntarse con las narices.
Los dientes tenian vergüenza,
Por ser pocos, de reirse,
Y por no tener mas blanco,
Que el blanco que los divide.
Perdí el color de soldado,
Y los humos juveniles;
Pegáronseme á la tierra
Los pies y los borceguies.
¡Que no me meneara un carro
Tirado de cien rocines!
Y así dixe, justo cielo,
Que tales caras permites?
Ella respondió diciendo:
Mi bien, no te escandalizes,
Ni se te atrevan congojas,
Ni con ellas te lastimes:
No hagas toda la cuenta
De las pasiones visibles,
Que partes tengo secretas,
Para que nunca me olvides.
La voz con que esto decia,
Era de gozque, que gime;

Y para que un hombre honrado
Se arrojára en un algibe.
Yo la respondí, mi zelo,
Señora, no os maraville;
Que no puede tener honra,
Quien de aquesto no se aflige.
No soy nacido entre sierras
Ni entre osos ó javalies,
Ni tigres me diéron leche,
Para que acometa á un tigre.
Nací entre padres christianos
Y entre regalos sutíles,
Y no he hecho al Rey traycion
Para que así me castigue.
Esto le dixe, y huyendo
La calle abaxo me vine,
Porque para responderme,
Comenzaba á apercibirse.

XVIII.

Decidme, recien casada,
¿En qué vos ofendo yo,
Que sin faltar justa causa,
Ausentades vuestro sol?
Maguer non viene la noche,

Que en guisa de peleador
Erguida la mi cabeza
Contemplo vuestro balcon.
Bendigo vuestras andanzas,
Para que vos logre Dios;
Y por vervos dos vegadas,
Hasta que el sol sale, estoy.
Mirovos con tierno pecho,
Y miraisme con rigor;
De que se aumentan mis males,
Y crece mas el mi amor.
Quando subides acaso
En el vueso mirador,
Non tenedes membramiento,
Como está el mi corazon.
Para encender mas mi fuego
Vos servides de eslabon,
Con que de mis fechorías
Está agostada la flor.
Las dueñas de vuestra casa
Me preguntan, si es amor,
O si en alguna batalla
Arrastráron mi pendon.
Y si vades á visita,
Porque yo presente estoy,
Para ausentar vos de mí,

Tomades de esto ocasion.
Tanto desden y desdicha,
Señora, causaislo vos,
Que ya non puedo llevallos,
Maguer porque muchos son.
Atended solo á decirme,
Para quitar mi aficion,
Si vos ofendo en mirar
Los rayos de vueso sol.
Que vos faré juramento
Por Señor San Salvador,
De non causarvos pesar
A costa de mi dolor.
Mis barraganes preguntan,
Quien es de mi mal autor;
Y porque non vos maldigan,
La respuesta non les doy.
Mal pagades mis andanzas,
Quiza que non son de pró;
Empero suple el deseo,
Donde mengua la razon.
Pasase el tiempo ligero,
Quando contemplo en los dos;
En mí la verde esperanza,
Y de ella la flor en vos.
Cerradesme las ventanas;

Empero bien sabe Dios,
Que vos me cerrais ventanas,
Yo vos abro el corazon.
Aquesto cantaba Celio,
De Marfisa cantador,
Mirando de sus mexillas
El trasparente arrebol.

XIX.

Al cabo de años mil
Vuelven las aguas, por do solian ir.
Señora, vuestro papel,
Como mandastes, leí,
Los ojos puestos en él,
Y el alma en un serafin.
Y aunque juez apasionado,
Aqueste descargo oid;
Que en vuestras injustas quejas
Vuelve la razon por mí.
Confieso, que vuestro amor,
Ha sido mas que decís,
Y que vos fuisteis el alma
De lo que en un tiempo fuí.
Confieso, que me ofrecisteis
De vuestra boca el rubí,

El marfil de vuestros dientes,
De vuestro rostro el jazmin.
A tantas obligaciones
Yo no sé que me decir;
Porque la culpa que tengo,
Es que á mi Celia ofendí.
Considerad sin pasion,
De lo que os informo aquí,
Y á vuestro Celio que canta
Un cantar, que dice así:
Al cabo de años mil &c.

Vuelve detras del invierno
El verde y vistoso Abril,
Y del campo las alfombras
Las matiza el alelí,
Los caños que un tiempo alegres
Bañaban el torongil,
Olvidando el nuevo curso,
Vuelven por do solian ir.
El miserable cautivo
Que casi vido su fin,
Vuelve á su querida patria
Por dinero ó por ardid.
El caminante que anduvo
Desde Vizcaya á Madrid,
Vuelve á ver su amada prenda,

De su esperanza adalid.
Suele el cazador astuto
Dar alcance al javalí,
Y vuelve de entre las redes
Suelto por el campo á huir.
Todo lo consume el tiempo,
Agosta al fresco jardin;
Mas como tiempo mudable
Lo vuelve Mayo á vestir:
Y al cabo de años mil &c.
De Celia en quien tengo el alma,
Que os dé el retrato, decís;
Y por no seros ingrato,
Os le entrego, veslo aquí.
Es su cabello oro fino;
Y esto, Señora, advertid,
Que borda con su madexa
Y entónces el oro es vil.
Es su frente marfil blanco,
Sus cejas arco sutil,
Cuyas flechas son los ojos
Remates de su nariz.
Su boca fino coral,
Que engasta el blanco marfil;
Y su pecho y su cintura
De la honestidad perfil.

Lo demas no lo retrato,
Por cubrillo un faldellin:
Y finalmente os respondo
Al papel, que me escrebis:
Que al cabo de años mil &c.
A vuestras aras ofrezco
Los sueños, que no dormí,
Aguardando hasta maytines
A la seña de un candil.
En paga de vuestro amor
Tambien podreis recibir
Tantas noches, que hasta el alba
Nos dió el sol á vos y á mí.
Perdonad, que de mi amor
No puedo ser San Martin,
Porque el alma entera tiene
La mesma, que vos decís.
Quatro inviernos la he querido,
Mas que á la mar el delfin;
Quiere dar paga á mi amor,
Y yo respondo que sí.
Confieso, que no os merezco;
Y tambien digo, que al fin,
Vos teneis mas plata y oro,
Que ha engendrado el potosí.
Ofrecedlo á vuestro esposo,

Que para libre nací,
Y soy un cuerpo sin alma,
Que solo os sabrá decir:
Al cabo de años mil,
Vuelven las aguas, por do solían ir.

ADVERTENCIA.

Hemos creido oportuno insertar en esta Coleccion los mejores Romances, que escribió el Príncipe de Esquilache. Este Poeta, que floreció ántes de mediarse el siglo pasado, tenia facilidad y soltura, pero poco nervio y espíritu. Escribió un Poema Epico, que ya nadie lee, y son raros los versos que conserva la memoria de sus Sonetos, sus Eglogas, sus Elegias y sus Epístolas. Su versificacion es generalmente amanerada y poco robusta, su estilo demasiado florido, y lleno de antitesis y contraposiciones. La única Poesía en que se distinguió fué en la de los Romances, donde aquellos defectos son mas disimulables, y donde la gracia, ingeniosidad y ligereza de que estaba dotado, pueden lucir mas felizmente. Hemos pues entresacado de ellos los que nos han parecido mas dignos de salvarse del olvido, en que van á pre-

cipitarse las demas obras suyas: suerte comun á todos los Poetas escasos de elevacion y de fuego.

ROMANCES DEL PRINCIPE DE ESQUILACHE.

I.

En los brazos del invierno
Alegre despierta el año,
Que ya con armas de flores
Aguarda Abril en el campo.
  Llorando triste su ausencia,
Acabó el invierno cano,
Que tan helado en Febrero,
No pudo pasar de Marzo.
  Sin las nieves aseguran
Vestidos los montes altos,
Con el parto de las flores
La verde herencia de Mayo.
  Ya sin grillos los arroyos,
Rompiendo baxan al prado
Las prisiones de los yelos,
La cárcel de los peñascos.
  Con mas aliento los dias
Alargan el breve paso
Por las jornadas del cielo

Hasta llegar el verano.
  Los alegres pajarillos
De la selva cortesanos,
Al nuevo Abril agradecen
El abrigo de los ramos.
  Entre sus defensas verdes,
Están las rosas guardando
Su vergonzosa hermorsura
De la injuria de las manos.
  En las dulces fuentecillas,
En que el rústico cansado
Puso en Diciembre las plantas,
En Abril pone los labios.
  Con tanta gala enloquecen
Los verdes campos del Tajo,
Y como ricos olvidan
La estrecheza que pasáron.
  Dormidos están los vientos,
Y del sueño dulce y blando,
Para lisonja del dia,
Apacibles despertáron.
  Y quando el campo y el cielo
Animan del sol los rayos,
A sus zelos y tristezas
Lloró un ausente cantando.
Miran con envidia los verdes campos,

Tristes de mis ojos llorando agravios.

El Abril se vuelva,
Que á pesar del tiempo,
Invierno del alma
Son tristeza y zelos.
Ven que están siendo
Fuentes y prados:
Tristes de mis ojos llorando agravios.
No quisiera triste
Ver los campos verdes,
Pues se alegran ellos
Para entristecerme.
Ni al Abril alegre
Pisar los prados:
Tristes de mis ojos llorando agravios.

II.

A coronarse de flores
Saliéron el alba y Menga,
La mañana de San Juan,
Por el prado de su aldea.
Y amaneciendo á los campos
Con nueva luz su belleza,
No recordáron al sol
Las aves que les despiertan.

A Menga cantan amores,
Y todas la lisonjean,
Porque otras veces al prado
Con su hermosura amanezca.
Pisaba la hermosa niña
En la yerba blancas perlas,
Que envidiosa de su cara
Lloró la mañana en ella.
Apriesa sale á los montes,
Por solo baxar á verla,
Y en descubriendo sus ojos,
Huyó medrosa á las peñas.
No lleva en grillos de cintas
Presa la rubia madexa,
Sino desatada y libre
De la prision de las trenzas.
Con sus hermosos cabellos
El viento apacible juega,
Haciendo sombra á la luz
Del Sol, que salió con ella.
Y viendo el risueño dia,
Que entre nubes de oro muestra
Al dulce son de las aves
Cantó Belilla esta letra:
Si durmiendo el sol, amanece Menga,
Quien tiene enemigos, no es bien que se duerma.

Quando enlazado dormia
De la luz el rubio dueño,
Entre los brazos del sueño,
A pesar del alba fria,
De Menga el hermoso dia
La negra noche destierra;
Quien tiene enemigos, no es bien que se duerma.

III.

Estaba la hermosa Filis
Una mañana de Mayo
Llamando al sol que saliese;
Y el Sol la estaba llamando.
Porque en esta diferencia
Amaneciesen entrambos,
Por el Sol estaba el monte,
Por Filis estaba el campo,
En este encuentro de luces
Pensaba el sol engañado,
Que los rayos eran suyos,
Y eran de Filis los rayos.
Del silencio de la noche,
Del soñoliento desmayo,
Al canto vuelven las aves,
Y á sus colores el prado.

Dexando el monte las aguas,
Se desataban quejando
A la piedad de las flores,
Del rigor de los peñascos.

Nadie duerme: porque vuelven
Con la muerte del descanso
A su trabajo el aldea,
Y la Corte á sus engaños.

Y viendo en el verde soto
Las aves que están cantando,
A la hermosura del dia,
Así les dixo Lisardo.

Ruyseñores alegres,
Lisonjeras aves,
Cantad y reid,
Saltad y volad.

Romped con las alas
Los dorados ayres,
Y llamad á Filis
Con voces suaves.

Dulces avecillas,
Que en olmos y sauces
Alegrais el dia,
Que por veros sale;

No les deis mas voces:
Mirad que en el valle

Otro Sol alumbra,
Que á los campos nace.
Ya la hermosa Filis
No quiere que os llamen
Testigos del sol,
Músicos del ayre.
Nò perdais el tiempo,
Ni os detenga nadie:
Ved que á la mañana
Sucede la tarde.
Ruyseñores alegres, &c.

IV.

Por poco ménos que zelos
Riñéron Gila y Pascual;
Y pueden vivir seguros,
Que no reñirán por mas.
El dice lo que sospecha,
Y Gila sin sospechar,
Por pedir lo que le piden,
Pidió lo que no le dan.
Si hablar la vió con Jacinto,
Con razon zeloso está;
Porque siempre el mal de olvido
Comienza por escuchar.

Los zelos le pone á pleito;
Y podrá la falsedad
Tenerla con quien los pide,
Pero no con quien los dá.
No sé que tienen los zelos,
Que no se encubren jamas;
Y sin faltarles disculpas
Las mas veces son verdad.
Ayer cantaba Belilla
En el soto del lugar
Esta letrilla, que presto
Su pueblo la cantará:
Esos zelos, Gila, si le quieres bien,
Y le guardas fe,
O no se los pidas, ó no se los des.
¿No sabes, Zagala,
Que es igual peligro
Engañar amantes
Y probar amigos?
Si es el yerro mismo
Apartarte de él:
Esos zelos, Gila, &c.

V.

Tan dormido pasa el Tajo
Entre unos álamos verdes,

Que ni los troncos le escuchan,
Ni las arenas le sienten.
En su silencio y descanso
Los Ruiseñores alegres,
A voces le están diciendo,
Que pues sale el sol, despierte.
En los juncos de su orilla
Daba la dulce corriente,
Sino de que está despierta,
Señales de que se mueve:
Hasta llegar á Toledo,
No es posible que recuerde,
Que solo despiertan peñas,
A quien sobre arenas duerme.
Junto á un peñasco, en que forma
El sol en su orilla siempre,
Al nacer sombra en las aguas,
Y en los campos al ponerse,
Estaba el Pastor Lisardo
Con las ovejas que tiene,
Que por ver la cara al sol,
Ni juegan, pacen, ni beben.
Y, templando el instrumento,
Que no fué poco el tenerle,
Dixo á las aguas del Tajo,
A quien cantó tantas veces:

Cristales del Tajo,
Que dormis al son
Del risueño viento,
De su alegre voz
Despertad, que os llaman
Las aves y el sol.
Aguas cristalinas,
Que baxais de Cuenca
A regar los campos,
Y á dexar las sierras;
Si en vuestras riberas
No os despierto yo,
Despertad, que os llaman
Las aves y el sol.

VI.

La hermosa Menga una tarde
Salió al bayle de su aldea;
Si baxó para desdichas,
¡O nunca al bayle saliera!
Sentóse cerca de Anton:
En mal parará la fiesta;
Que cerca está de sentirse,
La que tan cerca se sienta.
Aquella tan desdeñosa,

Que el cielo miraba apénas,
Hoy bayla, porque la miren,
Y mira, porque la quieran.
  De los peligros de amor
No hay amor que se defienda;
No hay rejas para un cuidado,
Ni para un descuido puertas.
  Bien pudiera la aldeana,
Tan presumida discreta,
Ver como sale á baylar
Entre mudanzas agenas.
  Reconociendo Pasqual
O su amor, ó su tristeza,
Así cantando le dixo,
Y ella le escucha suspensa.
Mira como empiezas, bella Aldeana,
Que al principio se pierden las mas que baylan.
  El bayle de amor,
Aldeana bella,
Es quien mas le estudia,
Quien ménos le acierta.
  La que mas se precia,
Tema, y no salga;
Que al principio se pierden las mas que baylan.

VII.

Oid á vuestro pastor
Riberas de Manzanares
Lo que lloró tanto tiempo,
Y agora quereis que cante.
No le obligueis á que temple;
Pues vuestros olmos y sauces
Bien sabe porque se queja;
Y pueden por él quejarse.
Mas si escucharle quereis,
Enmudezcan, y hagan paces,
El cristal con las orillas,
Y con las ramas el ayre.
Sabed, hermosas riberas,
Que despues que mis verdades
A ingrato dueño sirviéron,
Ni para contadas valen.
Yo bien quisiera deciros
La ocasion de mis pesares;
Mas no lo son; pues no hiciéron
Que con lisonjas engañe.
Mas quiero estar en mi aldea,
Aunque otros vivan delante,
Perdido por animoso,

Que premiado por cobarde.
 Enseñáronme los años,
Que donde pueden mudarse,
Donde no hay culpas, no hay miedos,
Donde no hay yerros, no hay males.
 No quiero tener ovejas;
Ni atalayas, que las guarden;
Ni engaños, que me desvelen;
Ni cuidados, que me cansen.
 En el monte con peligro,
Y con descuido en el valle,
Baxar descuidado quiero,
Quando á vuestras aguas baxe.
 Canté en mis años primeros
Al son de vuestros cristales
Mis engaños, no sintiendo,
Que otros quieran engañarme.
 Despues colgué el instrumento,
Y así pudiera colgarle
A quien dixo, que sus cuerdas
Sirviéron de destemplarme.
 Mucho mas deciros puedo;
Pero lo que he dicho baste:
Y si mas saber quereis,
Olmos y aguas, preguntadme.

VIII.

Por Gila, muere Pasqual,
Quando ella vive sin él;
El quiere que Gila quiera,
Y ella quiere no querer.
¿Quién los podrá conformar,
No siendo razon, ni ley,
Que solo porque uno quiere,
El otro quiera tambien?
Gila responde á sus quejas,
Que en la fe de querer bien,
No nace amor de otro amor;
De sí mismo ha de nacer.
Sin zelos vive Pasqual:
La dicha de entrambos es,
Porque no los sabe dar,
Quien no los quiere tener.
Gila es libre, y quiere solo
No guardar á nadie fe:
Hace bien de no tenerla,
Si la ha de perder despues.
Belilla una amiga suya,
Y amiga de su desden,
Le cantó á noche estos versos,

Que yo le compuse ayer.
Gila, no quieras amar;
Que mas facil ha de ser,
Siendo libre, no querer,
Que no lo siendo, olvidar.
Ningun amor la destruya,
Si gozàs tu libertad;
No fies de otra verdad;
Fia, Gila, de la tuya.
Si escusas, Gila, el penar,
Mas presto podrás vencer,
Siendo libre, no querer,
Que no lo siendo, olvidar.

IX.

Entre estas paredes tristes,
Donde yo me escucho solo,
Aunque son las penas mias,
Para que las sepan otros;
Las que otro tiempo pasaba,
Mal escritas en los olmos,
Las leyéron todo el año
Quantos baxaban al soto.
Y al son de los instrumentos,
Unos claros, y otros roncos,

A todos dixe mis males,
Porque los cantaban todos.
No quiero ya que me canten:
Silencio á mis quejas pongo;
Porque las dixe, las callo,
Porque las canté, las lloro.
No quiero velas, ni remos;
Que solo por bien conozco
Pisar las arenas libre
De los peligros del golfo.
Ni fiar el barco y redes
Entre vientos, y entre escollos,
Al furor de un enojado,
Y al desconcierto de un loco.
Y desta quietud el cielo
Ha puesto la dicha solo
En no pensar que hay agravios,
Callar mucho, y querer poco.
Muchos á un tiempo consiguen
Con viles medios impropios,
Que los desprecien por malos,
Y los busquen por dichosos.
La verdadera fortuna
Es entre tantos enojos,
Pasar la vida sin muchos,
Y saber vivir con pocos.

Bien hayan flores y frutos,
Y primavera, y otoño,
Que viven poco, y no mienten
Ni al provecho, ni al adorno.
Vé quien vive en soledades,
Que envuelven al sol hermoso
Volantes de oro al nacer,
Y al morir celaxes roxos.
¡O, si tan dichosos fueran
Que os viesen, montes, mis ojos,
Y con vosotros viviesen,
Como mueren por vosotros!

X.

Valle de Pisuerga,
Que entre verdes ramos
A sus claras aguas
Dais alegre paso.
Yo ví en sus riberas
Los meses pasados
Moverse las hojas
Con el ayre manso.
Rompiendo sus aguas
Con remos dorados,
Mejor que en Sevilla

De plata los barcos.
En huertas y orillas
Se oyéron cantando
Al son de los remos
Retumbar los campos.
Y en ellos, Fileno,
Mayoral del Tajo,
A pesar de muchos
Traer su ganado.
Lloró sus ausencias
Manzanares claro,
Que no es pobre de aguas
El que llora tanto.
Y en vuestra fortuna,
Que presto pasáron
Dichas sin fianzas
De imperio prestado.
Hoy á veros vuelvo,
Y ha ménos de un año,
Que os dexé tan rico,
Si tan pobre os hallo.
Al que os vió soberbio,
Y al que os ve humillado,
Si no sois envidia;
Sereis desengaño.
De los que se ausentan

No podeis quejaros,
Que os dexasen solo,
Si solo os halláron.

En vuestras riberas
Mis primeros años
Canté al instrumento
Zelos y cuidados.

Ya sin ellos vivo,
Porque al mismo paso,
Que los años vuelan;
Los zelos voláron.

XI.

De la aspereza de un monte
Huyendo baxa un arroyo
Que mas quiere despeñarse,
Que sufrirle sus enojos.

Porque se despeña y rie,
Dice el monte, que está loco,
Y quien huye de su agravio
Está mas cuerdo que todos.

De peña en peña corriendo
Camina libre y quejoso;
Y si ausentarse pudieran,
Tambien se quejaran otros.

Al valle callando baxa;
Porque el cristal mas sonoro,
Es, si vengarse no puede,
Murmurador y medroso.
Ronco llegaba á las flores,
Que con el cansancio propio
De dar voces á un soberbio,
No es mucho que venga ronco.
Porque le dexen pasar,
Besó los pies de los olmos,
Que pasa por tantos miedos,
Quien huye de un poderoso.
Miró el arroyo Lisardo
Al pie de un helado tronco,
Y templando el instrumento,
Cantó á las aguas y al soto.
¡Arroyo de cristal,
Que corres tan veloz,
Si así como tú huyes
Huir pudiera yo!
Arroyuelo de plata,
Que baxas de la sierra,
Descansas entre flores,
Y entre guijas te quejas,
Pues huyes la soberbia
De otro poder mayor,

¡Si así como tú huyes
Huir pudiera yo!

XII.

¿Qué pretendeis Caballero,
Que mi calle paseais?
Si es por mi amor, es morir,
Si por el vuestro, es matar.
Quando todas mis vecinas
Durmiendo y callando están,
Con músicas y suspiros,
Como á mí, las despertais.
En los brazos de mi esposo
No los escucho jamas,
Y aunque no les doy que oir,
Vos le dais que murmurar.
Quando de San Juan la fiesta
El alba madruga mas,
Gracias le doy porque viene,
Y muchas mas porque os vais.
¿Si es de solar conocido
Hidalga la libertad,
Y no la prenden por deudas,
Por suspiros qué será?
Para que yo corresponda

No basta que me querais;
Y para que os desengañe,
Que no os quiero bastará.
  Así Lucinda le dice
A un Caballero galan,
Que pasea á todas horas,
Y Celia empezó á cantar.
Caballero que esta calle
De dia y noche paseas,
O busca donde te sufran,
O quiere donde te quieran.
  ¿Para que te cansas,
Galan Caballero,
En querer desdenes,
Donde no dan zelos?
Si el amor y el tiempo
Tan mal los empleas:
O busca donde te sufran,
O quiere donde te quieran.

XIII.

  Entre dos montes soberbios
Está tan guardado un valle,
Que por él pregunta el sol,
Y donde vive no sabe.

Un solo manso arroyuelo
Su verde término parte;
Y riyendo no consiente
Que otras aguas por él pasen.
Tantas sombras le acompañan,
Tan mudas pasan las aves,
Que en sus peñascos parece
Que el miedo y la noche nacen.
Ni en ellos cantan ni anidan
O suspensas ó cobardes;
Que en las casas de los tristes
No hay quien se alegre ni cante.
La diferencia que siente
Quando las estrellas salen,
Es, que suenan en las guixas
Un poco mas los cristales.
De los árboles sombrios
El valle y los montes hacen,
Que para mas confusion
Las verdes ramas se abrazen.
Al verde horror, que se encubre
Con un silencio tan grande,
Ni las mañanas le alumbran,
Ni le escurecen las tardes.
Y aunque esté tan triste y solo,
Sin peligro de engañarme

Yo por las suyas trocara
Mi tristeza y soledades.
El parece que está triste,
Quando yo lloro pesares:
Si él parece, y yo padezco,
Diferentes son los males.
A verle voy; que es forzoso
Que un triste al otro acompañe,
Porque mis penas le alegren,
O sus tristezas me acaben.
¿Mas por qué pierdo pasos en buscalle,
Si es mi desdicha el mas confuso valle?

XIV.

Quando mas jura Menguilla,
Mas cerca está de engañar:
Jura mala en piedra caiga,
Y ella la piedra será.
Todo es burlar y fingir;
Y quando juráre mas,
De lo que no prometiere
Solo se puede fiar.
Que no se fiase della
Le dixe ayer á Pasqual,
Que para pagar engaños
Es siempre menor de edad.

Y quando baxa el dia santo
Al bayle de su lugar,
Desmintiendo el tamboril,
No dicen sus pies verdad.

Uno suena, y otro bayla,
Y tan diestra en todo está,
Que con él miente en la Villa
Como en el bayle á compas.

Estos versos le envié,
Que ahora le cantarán
Por el tono que compuso
Quien mejor le acertará.

Sin razon te quejas de su fe Pasqual,
Si juntando están
Su engaño lo ménos, y tu amor lo mas.

Pasqual no es posible
A un hombre, que sabe
Que tanto le mientan,
Y tanto le engañen,
Si te satisfacen,
Sufrir y penar;
Sin razon te quejas &c.

XV.

Tortolilla, ¿qué buscas
Sola de ramo en ramo,

Con plumas tu defensa,
Y á tu esposo con llanto?
Si ha un año que perdiste
Sus amorosos lazos,
Ya es tiempo que el olvido
Se atreva á tu cuidado.
Memorias y tristezas
Se acaban con los años;
Y con ellos se pierden
Las que mas se lloráron.
Alegre compañía
Hallarás entre tantos
Vecinos desta selva,
Galanes deste prado.
Tus penas no te engañen;
Pues vive sin reparo
Quien no le busca, y piensa
Que es su remedio el daño.
Juzgar que no es posible
Salir de un triste estado,
O es del valor flaqueza,
O tema del engaño.
Vuelve á tu dulce nido,
Desierto y solitario,
Al frio del invierno,
Y al calor del verano.

Y advierte á tu congoja,
Que no son ménos gratos
Los suspiros que vienen,
Que los que se pasáron.
Verás tu nuevo esposo,
Que en los rizos del árbol,
Al paso del aurora
Amanece á tu lado.
No vueles mas, procura tu descanso;
Que un firme amor no se buscó volando.

XVI.

Barquerito nuevo,
Que rompes y apartas
Del Tajo la espuma
Con remos de plata:
A la orilla llega;
Mira que te aguarda
Para hacer Lucinda
Cielo de tu barca.
Serán, si las corta,
De perlas y nacar,
Si hasta ahora fuéron
De cristal las aguas.
Verá el desengaño

Su belleza ingrata
En las aguas mismas
Que corren y pasan.
Y que llama el tiempo
A su edad gallarda,
Como al claro Tajo
Las del mar de España.
Y que su hermosura
Sigue la jornada,
Que todas rezelan
Y todas acaban.
Mira que niegas, si en llegar te tardas,
Luces al Tajo, y dichas á tu barca.

XVII.

No vienen como otras veces,
Apacible Manzanares,
A cantaros mis agravios,
Sus quejas, y mis verdades.
Ni pretendo repetiros
Las canciones que escuchastes,
Que con la voz de su dueño
Las llevó tambien al ayre.
Ni templo ya el instrumento,
Que á mí procuró templarme;

Y cuerdo quisiera ser,
Ya que las cuerdas me falten.
Mas ya que no sentis mis tristes males,
Razon será que os cante;
Va de cancion, riberas, escuchadme.

Yo verdes sauces, que un tiempo
De las quejas de las aves
Fuí galan competidor,
Y ménos dichoso amante.

Ya no me quejo de Lisis,
Ni de otro quiero quejarme,
Que mi voz y mis tristezas
No es bien que alegren á nadie.

Solo quiero que me escuchen
Estas mudas soledades,
Que no pretenden, ni engañan,
Y dellas puedo fiarme.
Mas ya que no sentis mis tristes males,
Razon será que os cante;
Va de cancion, riberas, escuchadme.

¡O quanto vencen los años!
¡O quantas mudanzas hacen
Las dichas, para no serlo,
Las penas, para acabarse!

Miraba en vuestras orillas
Desnudos los verdes sauces,

Y humilde el agua esperando,
Que sus arenas la alcancen.
Y agora de hojas vestidos,
Y de espumas los cristales,
O son del ayre instrumentos,
O prisiones de tu margen.
Mas ya que no sentis mis tristes males,
Razon será que os cante;
Va de cancion, riberas, escuchadme.

XVIII.

Truecanse los tiempos,
Mudanse las horas,
Unas de placeres,
De pesares otras.
Y en la primavera
De la mas hermosa,
Noche son los años,
La niñez, aurora.
El árbol florido,
Que el cierzo despoja,
Si Enero le agravia,
Mayo le corona.
La callada fuente,
Que murmura á solas,

En verano rie,
Y en invierno llora.
Si en prisiones duermen
Las aves sonoras,
Libertad del dia.
Por los ayres gozan.
Si los vientos braman,
Y la mar se enoja,
Quando el alba nace
Descansan las olas.
Si de nieve mira
Cubierta su choza
El pastor, que en ella
Guarda ovejas pocas.
Quando vuelve Mayo,
Que sus pajas dora,
Los copos de nieve
De plata son copas.
La viuda montaña
Sus nevadas tocas
Por las galas trueca
De lirios y rosas.
Y el sol, á quien prenden
Sus pasos las sombras,
Mas galan despierta
Por campos de aljofar.

Para todos sale
Desterrando á todas,
Que las sombras huyen
De su luz medrosas.
Silvia, tus cabellos,
Y mexillas roxas,
Si el tiempo las pinta
El mismo las borra.

XIX.

A las puertas del aurora
Las avecillas alegres
Dulcemente están cantando,
Llamándola que recuerde.
El que tiene amores, canta;
Quien tiene zelos, no duerme:
Y así el aurora reposa,
Que ni amor, ni zelos tiene.
Mucho duerme, y no es posible,
Que del sueño la despierten,
Ni las voces de las aves,
Ni las quejas de las fuentes.
Si reyna el alba en los campos,
No cumple con lo que debe,
En no escuchar á las flores,

Que de la noche se quejen.
  Si ha tanto que se acostó,
Ninguna disculpa tiene,
Pues solo en Junio madruga
Lo que ha dormido en Diciembre.
  El monte primer testigo
De que amanece su frente,
Ya se cansa de aguardarla,
Y á acallar las aves vuelve.
  Flores, campos, fuentes, aves
Para verla se previenen;
Que por salir de la noche
Qualquier tardanza consienten.
  Todos la llaman, y el alba
De sus quejas se defiende
Con acostarse temprano,
Y amanecer quando quiere.
  Con desiguales oficios
El claro sol amanece,
Si es de la noche verdugo,
Y del dia presidente.
  Que mal, el bien de los hombres
A sus rayos agradecen,
Pues todos ven porque sale,
Y ninguno sale á verle.

XX.

A la queda está tocando
La campana de mi aldea;
Para quien viene se toca,
Mas no para quien se queda.
Ya volviéron los zagales
De las parvas, y las heras:
Y aunque la noche ha llegado
Se queda Jacinto en ellas.
El que sabe que le quieren,
Y que con zelos le esperan;
No hay gusto que no le aparte,
Ni obligacion que le vuelva.
A nadie por él pregunto;
Porque temo la respuesta,
Y quando no de aguardarle,
De preguntar me arrepienta.
Mis vecinas no los guardan,
Ni sus esposos las zelan;
¡Triste de mí, que los zelos
Conmigo las manos truecan!
Mas ya que todas reposan,
Y han salido las estrellas,
Cantar le quiero estos versos,

Llorar le quiero estas quejas.
Mi amor en el campo duerme esta noche,
¡Ay de quien la desvelan zelos y amores¡
Aunque de su esposa
Le falte la cama,
Quien duerme sin zelos,
Sin ella descansa.
Si espera que el alba
En los campos llore:
¡Ay de quien la desvelan zelos y amores!

XXI.

Llamaban los pajarillos
Con dulces voces al sol,
Que por ver á quien le llama,
Mal dormido recordó.
Escuchaba entre las aves
De un arroyuelo la voz,
Que agradecido á su lumbre,
La bienvenida le dió.
Entre las ramas de un olmo
Le acompaña un ruiseñor,
Enamorado testigo
De quantas veces salió.
Yo sola triste al son

De todos lloro soledad y amor.

En el valle de mi aldea
Zelosa aguardando estoy,
Que salga un sol á mis ojos,
Que en otros brazos durmió.

Montes decidle, que siento
De los males el mayor,
Si como al padre del dia
Le veis primero que yo.

Aquí de la noche al alba
Llorando memorias, soy
De mis esperanzas sombra,
A que nunca amaneció.

Yo sola triste al son
De todos lloro soledad y amor.

Quantas veces con suspiros,
Durmiendo el sol, me llamó
Con mas lisonjas que al dia
El pajarillo cantor.

Desveladas noches tristes,
Zeloso al yelo pasó,
Y agora seguro duerme
Lo que rogando veló.

Por estos campos del Tajo
Ausente y perdida voy
A buscar agenos bienes,

Que mi desdicha perdió.
Yo sola triste al son
De todos lloro soledad y amor.
Así Amarilis se queja
Al primero resplandor,
Que del prado de su aldea
La muda sombra vistió.
Mirando está la cabaña,
Que de su ausente pastor
Fué lisonja, casa y sombra,
Que sus engaños cubrió.
Y viendo en las verdes ramas,
Que repiten la cancion
De los arroyos las aves,
Así dixo, y suspiró:
Yo sola triste al son
De todos lloro soledad y amor.

XXII.

A Menga casan por fuerza
Sus parientes, y su madre:
¿Qué zelos tendrá Pasqual?
No se los envidie nadie.
Todos dicen, que la engañan;
Porque su novio el Alcalde

No sabe mas que ser necio,
Tener zelos, y casarse.
Ella lo siente y lo llora;
Y ha sido desdicha grande,
Que todos yerren sin ella,
Y ella sin todos lo pague.
Del engaño de marido,
Siempre en las desdichas salen
Los remedios sin remedio,
Y las desdichas de valde.
Y aunque Menga lo procura,
¿Cómo es posible alcanzarle,
(Si es que un necio no lo sea)
El remedio de sus males?
No baxa al bayle del pueblo;
Porque siempre está en un bayle,
Donde la niña no puede,
Ni descansar, ni mudarse.
De lo que Menga cantaba
Son los suspiros el ayre,
Y á su madre, que la escucha,
Triste canta, y llora tarde.
Un velado me diéron necio y Alcalde;
No hayan miedo, que ruegue que Dios le
guarde.
Madre, la mi madre,

Contenta estareis,
Que me disteis novio,
Y á vuestro placer:
Con él pasaré
Llorando mis males:
No hayan miedo que ruegue, que Dios le guarde.

XXIII.

Quien te engaña Zagaleja
Son tus años y tus brios:
Los unos, Silvia, se pasan;
Los otros harán lo mismo.
¿Cómo puede ser briosa,
Quien á vista del peligro
Padece achaques de suegra,
Y enfermedad de marido?
No digo que le aborrezcas;
Pero que apliques te digo,
A los amores desdenes,
Y á los pesares olvidos.
Ni á Fabio digo que quieras;
Que no mejora el partido
Salir de manos de un necio,
Para dar en las de un lindo.

A toda ley, tu velado;
Que sin amor ni artificio,
El te tiene por esposa,
Y tú le tienes por grillos.
Esto, si mal no me acuerdo,
En las orillas del rio
A noche cantó Pasqual,
Por tí sin duda lo dixo.
A una bella casadilla
No tiene su novio amor;
Ella lo siente y se enoja,
¡Qué necios entrambos son!
A su ingrato dueño,
Pues que no le quiere,
Amarle no quiera,
Quiera no quererle.
Y aunque ser no puede
Su dicha mejor:
Ella lo siente y se enoja,
¡Qué necios entrambos son!

XXIV.

Escondido yace un valle
Entre dos soberbios montes,
Que solo ha visto un arroyo,

Que por él medroso corre.
Tan callado, y tan dormido,
Que ni el silencio interrompe
Al descuido de las hojas,
Ni al descanso de las flores.
En los ecos vuelve á veces
Los ladridos, y las voces
De los cuidadosos perros,
Y mal dormidos Pastores.
Y quando huyendo del alba
Con negros pasos veloces
La noche á buscarle viene,
En él encuentra otra noche.
Y como en tan corto espacio
La obscuridad se recoge,
El por noche, ella por valle,
Entrambos se desconocen.
Al sol no ha visto la cara,
Sino pocos resplandores
Mira de un monte en los pies,
Quando en Diciembre se pone.
A entrambos montes rendido
A sus peñascos y robles;
Pidiendo está que se tengan,
Y que sobre él no se arrojen.
No me espanto que los tema,

Pues siempre fuéron conformes,
Las amenazas del rico,
Y los rezelos del pobre.
Pierde del riesgo que temes,
Valle humilde, los temores,
Que en el monte mas vecino
Ha de ser mayor el golpe.
Entrambos montes compiten,
Y quando alguno se enoje,
Nunca lastíma al rendido,
Sino al igual que se opone.
Poco cielo te corona,
Y en tan breves horizontes
Te librará de las peñas,
Quien te guarda de los soles.
Y es dicha, escondido valle,
Pues no tienes pretensiones,
Que no te conozca el sol,
Si tú mismo te conoces.

XXV.

La mas gallarda Aldeana,
La que no teme ni debe,
Aunque la quieran los hombres,
Y la envidien las mugeres.

De los campos de Castilla
A matar la Corte viene,
Que en ella la novedad
Es la mas hermosa siempre.
Algo ha dexado en Pisuerga,
Que su beldad entristece:
¡Qué mal se cubre el amor!
¡Qué poco los ojos mienten!
Ayer la vió Manzanares
Al pie de un alamo verde,
Para tanto aplauso triste,
Para tanto amor alegre.
¡Qué poco se disimulan,
Que mal se encubren y entienden,
El placer que se imagina,
Y el dolor que se padece!
Y Pasqual á un instrumento,
Que por mas que Anton le temple,
No pudo quedar templado,
Cantó, ó burló de esta suerte.
Si á matarme vienes á Manzanares,
No es bien que te canses,
Que en villa no faltan ojos que maten,
Zagala del valle,
Que Pisuerga baña,
Gloria de sus campos,

Beldad Castellana,
Aunque á Guadarrama
La frente pisaste,
No es bien que te canses:
Que en villa no faltan ojos que maten.

XXVI.

Descuidada Zagaleja,
Vuelve el color á tu rostro;
Que no han menester descuidos
Los cuidados de tu novio.
No estés zelosa ni triste,
Ama mucho, y siente poco,
Que tristezas sin remedio
Son madrastas de los ojos.
Parece Anarda á los suyos:
Lo que pareces á todos;
Si tienen los ojos mismos
Los hombres y los dichosos.
¿Por qué, Zagala, pretendes
Con tu desprecio y tu enojo,
Ser envidia de los unos,
Y venganza de los otros?
Procura siempre agradarle,
Pues no hay corazon tan sordo,

Que se resista obligado,
Ni que se obligue quejoso.
Si olvidaste la cancion,
Que ayer te canté en el soto,
Repetiréla otra vez
En el instrumento propio.
Si te dá tu velado zelos, Anarda,
Huye, no los tomes, mira que abrasan.
Por tu gusto mira,
Que aunque mas te ofende,
No es razon que tomes
Lo que dar no quieres:
Quando mas te empeñe
Tu enojo y venganza:
Huye, no los tomes, mira que abrasan.

XXVII.

Ausentaránse los dias,
Que alegres fuéron huyendo;
Ya con las desdichas vivo,
Con las tristezas me alegro.
Si en la dicha fuéron breves,
Si largos en el tormento;
¿Quién llama iguales las horas?
¿Quién padre comun al tiempo?

Vivo en estas soledades,
Donde otros piensan que muero;
Que no son las horas mismas
Las del relox de los necios.
Ni me atrevo, ni me engaño;
Porque arrojarse al incendio,
Es despreciar el peligro,
O es tenerle mucho miedo.
Alguna vez á las selvas
De mis agravios me quejo;
Que canto de lo que lloro,
Y vivo de lo que siento.
Aquí me llaman las aves,
Quando á pesar del silencio
Huye la noche medrosa,
De haber enojado al cielo.
Si lisonjean callando
Algunas veces mi sueño,
Quien no pretende ni engaña,
No se llama lisonjero.
La verdad vive en los campos
A la inclemencia del cielo,
Quando los engaños tienen
La defensa de los techos.
¡Ay bien nacidas verdades!
No sirvais á ingrato dueño:

Que no es, faltando la dicha,
La Nobleza de provecho.
  Sin soberbia reconozco,
Que en los engaños del tiempo
Solo es honra no pedir,
Solo es dicha estar contento.
  En mas dichosas paredes
Pasé mis años primeros,
Donde era el mayor agravio,
A poco amor, pocos zelos.
  Ya de mayores ofensas
Ni me agravio, ni me ofendo:
¡O si acertase á sufrir,
Como en sufrirlas acierto!

XXVIII.

  Niñas de mi aldea,
Que vais á la fuente,
Por agua las ménos,
Las mas, porque quieren:
  Si el amor os lleva,
Y el pesar os vuelve;
El verdad os dice,
Y el amor os miente.
  No son buenas prendas

Plumas y papeles,
Para dar el gusto
Quien libre le tiene.
Mirad, que en la vida
Son quien mas defienden
De asaltos de amores,
Armas de desdenes.
Mirad el peligro;
Porque á las mugeres
Verdad y mentira
Dañan igualmente.
En las que se engañan,
Y en las que se pierden,
Mal los pocos años
Aconsejan siempre.
Mirad como el árbol,
Quando está mas verde,
En Abril un cierzo
Le burla y ofende.
No os engañen niñas
Los floridos meses,
Que pasado Mayo
Camina Diciembre.
¿No veis, que las manos
Del tiempo convierten
Las rubias espigas

En nevadas mieses?
Los alegres años
No espereis que vuelven,
Y los tristes vengan,
Que jamas se vuelven.
Pierde, quando túrbio
Con los años crece,
Del amor el rio
El vado y la puente.
De las mas gallardas,
Es quando envejece
Quien mejor se sienta,
Quien peor se siente.
Vistes las que hollando
Tiempos diferentes,
Causáron envidias,
Y á lástimas mueven.
Vuestro engaño vive,
Pues quando os desmiente,
Lo que lloran unas,
Otras no lo creen.
Son de las mas bellas
En su blanco Oriente,
Rostros quando salen,
Gestos al ponerse.
Oid mis consejos,

Mirad, que os advierten,
Pues los años vuelan,
Que el engaño vuele.

XXIX.

Ferias me pide por Mayo,
Y para pedirlas Menga,
Cada dia es San Miguel,
Y todo el año son ferias.
Si la replican, responde,
Que nada el pedirle cuesta:
Mas dichoso fuera yo,
Si hiciera la misma cuenta.
Que la quieren, dicen muchos,
Y puede ser que la quieran:
Mas lo cierto de mi engaño
Es, que me pierdo por ella.
Si todos dicen lo mismo,
Serán con pena, y sin penas
Perdidos; porque ella quiere,
Creyendo que es por quererla.
Y sabe tomar la niña,
Quando de ella mas se quejan,
Lo que le dicen de burlas,
Y lo que le dan de veras.

A sus puertas canté á noche
Al instrumento esta letra,
A tiempo que la escuchase
Una madre que la enseña.
Niña, que matando estás
A todo el lugar,
No me pidas mas;
Que si en tu casa te dan
Lecciones de no querer,
Yo las tomo de olvidar.
¿Para qué pretendes
(Si puedes mirando
Robar con los ojos)
Matar con las manos?
A sus negros rayos
Mal resistirán.
Niña, que matando estás &c.

XXX.

Los aspides en la mano,
Y el corazon en Antonio,
Mas libro para morir,
Que para rendirle á otro,
Está la Reyna de Egypto,
Mirando en un hombre solo

El Imperio de la tierra,
Y la libertad de todos.
Llora la suya perdida;
Y el amor osado y loco
Los aspides animaba
Contra sus brazos hermosos.
Aspides (dixo) á mi desdicha sordos,
¿Cómo vive Cleopatra sin Antonio?
Y aunque es grande el amor, y el dolor mucho,
Hacer podreis lo que ninguno pudo.
Yo perdí por mi desdicha
Entre las penas que lloro,
A un hombre que me estimaba,
Que es mas que perder mi esposo.
En Roma pensé triunfar,
Y á su lado vitorioso
Ver á mis pies humillado
El honor del Capitolio.
Y agora libro el nó ser
En vuestro oficio piadoso,
De la fortuna desprecio,
De su enemigo despojo.
Aspides (dixo) &c.
Llegad presto, si cobardes
De hallar no estais rezelosos,
En los brazos de Cleopatra

Mas veneno que en vosotros.
Aunque sus águilas ponga
En el de Idaspe remoto,
Como conmigo no sea,
Augusto quede con todo.
De este peligro y afrenta,
Librad el honor medroso
De Cleopatra, que os obliga
Con lágrimas de sus ojos.
Aspides (dixo) &c.

XXXI.

Llamando estaba Setiembre
A las puertas del verano;
Que con las aguas primeras
Pensó que volviera Mayo.
De verdes yerbas se cubren,
Entre los rastrojos blancos
Las reliquias de las heras,
Despojo inútil del campo.
Ya de amarillo se visten
Los álamos, que en el prado
No esperan verse galanes
Hasta la muerte de Marzo.
De la falta de los dias

Divierte su dulce engaño
Al labrador con las aguas,
Y á los campos con su agrado.
 A los frutos, que temiéron
De los árboles colgados
Las amenazas de Cctubre,
Toca á recoger el año.
 Baxan del monte los ayres,
Que el estio reposáron,
Con la humedad de las lluvias
Mas frescos, y mas templados.
 Dexan las blancas ovejas
De los álamos del Tajo,
Para lavar sus vellones,
La defensa de los ramos.
 Con las aguas de la sierra
Corren los arroyos mansos,
Mas soberbios que en Agosto,
Mas ricos, y ménos claros.
Y en mis quejas y agravios,
Ni se mudan las penas ni los años.

XXXII.

¿Para qué pide la niña
Sombrerito para el sol,

Si las mañanas de Mayo
A tomar yerros salió?
  Menguilla me dixo ayer,
Que en el soto con su amor,
Como si el sol la zelara,
Ella del sol se guardó.
  Bien hayan sus madrugadas;
Pues con ellas procuró
Cobrar, quando otras la pierden,
En Mayo la opilacion.
  Puede ser que engaño sea;
Que á la envidia, y al temor
Responden siempre los ojos,
Que es verdad la presuncion.
  Menguilla nació envidiosa,
Y hermosa Lisis nació;
No sé qual ha sido mas
Desdichada de las dos.
  Una mañana ya tarde,
Que la niña se durmió,
Antes que llegase al soto,
Riendo le dixo Anton:
Otro, hermosa niña, madrugó mejor:
Y ella le responde con alegre voz;
Hasta que yo salgo, no ha salido el sol.

XXXIII.

Las niñas al bayle
Y á la fuente van;
Unas á ser vistas,
Y otras á mirar.
Y aunque van alegres,
Ellas volverán,
Quien ama, con zelos,
Quien no, con amar.
Yo anoche les dixe,
Niñas, ¿dónde vais?
Y ellas me responden;
A herir y matar.
Mirad, les replico;
Que tanta crueldad,
Con olvido y zelos
Se suele pagar.
Y es de las heridas
Engañoso el mal;
Pues darles pensastes
Quando las tomais.
Mirad, que á Jacinta
La burló Pasqual;
Y la llama el pueblo

La de Colmenar.
  Para deshonrarla
No hay necesidad,
Como uno la pique,
Que la piquen mas.
  Niñas, de sus lenguas,
¿Quién os librará?
Pues hieren y matan
Sin volver atras.
  Y es del juego niñas,
De amor que jugais,
El mejor encuentro
El mayor azar.
  Las mudanzas todas
Del bayle mirad,
Y por las que hicieren,
Juzgad las que harán.
  Bayló Anton con Gila,
Y ella sacó á Bras;
Y es despues quererse
Lo que fué baylar.
  Quando vais por agua,
¿Para qué es mezclar,
La que da la fuente,
Con la que llorais?
  El que mas quisistes,

Quando fué galan,
En llegando á novio
No lo fué jamas.
  Gozad sin cuidados
La florida edad;
Que para pesares
Tiempo os sobrará.

XXXIV.

  Verdes orillas del Turia,
Donde otro tiempo canté
Tristezas de mi destierro,
Soledades de mi bien:
  De Manzanares ausente,
En vosotras vengo á ver
Las flores, que todo el año
Dan á Mayo el parabien.
  Y por la márgen del rio
Se están dibuxando en él
Con mas dilatado engaño
Entre morir y nacer.
  Y aquestas playas del mar,
Donde sus olas se ven,
Primero montes de espuma,
Y humildes aguas despues.

Con mi ganado y mi dueño,
Os ví campos otra vez,
Con mas aliño vosotros,
Mis ojos con mas placer.
¡Mas ay de quién se vé,
Mirando flores, donde vió su bien!
De los árboles tocaban
En el mas florido mes,
El fresco embate las frentes,
Las claras aguas los pies.
¡Qué hermosos me parecistes,
Si alegres me pareceis!
Que no es mudanza en los campos,
Lo que en mí lo pudo ser.
Al son del ayre y las cuerdas,
Si pudiere, os cantaré;
Procurad aguas y flores
Alegrarme, si podeis.
Verme alegre, no es posible,
Yo tristes os puedo ver;
Que la tristeza no sale
De una alma, que alegre fué.
Verdes campos, procuremos,
Que siempre vivas estén
En vosotros la hermosura,
Y en mis memorias la fe.

¡Mas ay de quién se vé,
Mirando flores, donde vió su bien!

XXXV.

Lisis, el alba se queja,
De que le rompen el sueño
Las aves, que te reciben
Quando amaneces primero.
¿Para qué madrugas tanto?
Dexa sus pasos al tiempo;
Que amanecer para envidias
Es costoso lucimiento.
A todas horas, Zagala,
Que en tus balcones te vemos,
Por tí se ausenta la noche,
Y en tí se rien los cielos.
Y suspensas las aves al son de las ramas,
Quando tardas lloran, quando sales cantan.
Dexa, Lisis, que otras penas
Alcancen algun sosiego,
Si en las que pasan por tí,
No hay descanso ni remedio.
A grande riesgo te pone
Tan peligroso trofeo;
Pues ser primero que el dia,

Hasta en el cielo son zelos.
No hay mas dicha, hermosa Lisis,
Que entre el peligro y el miedo
Amanecer sin cuidados,
Y anochecer sin deseos.
Y suspensas las aves al son de la ramas,
Quando tardas lloran, quando sales cantan.

XXXVI.

Con rayos de yelo y plata
Armado sale Diciembre,
A vengarse de los campos,
Que hospedáron á las mieses.
Las altas sierras descubren
Por el manto de las nieves,
Entre cabellos de vid ios,
De riza escarcha las sienes.
Ya prende las dulces aguas,
Porque al cielo no se quejen,
Que amenazan el poder,
Aun las quejas de las fuentes.
Los secos troncos murmuran
Del engaño de los meses,
A tanto rigor desnudos,
Y á tanta lisonja verdes.

Las humildes ovejuelas,
Por las dormidas corrientes
Descansan mudas y tristes,
Donde bebiéron alegres.
Ayrados braman los ayres,
Que son soberbios, valientes,
Y en los enojos del año
Los mas vengativos siempre.
Las aves que dán al sol
Naturales parabienes,
Con tiernas voces le llaman,
Porque sus nidos caliente.
Apénas comienza el dia,
Y al sol en distancia breve
A sus pies le ven los montes,
Que le viéron en sus frentes.
Y á las puertas de Amarilis
Lisardo, quando amanece,
De blanca nieve cubierto,
Así cantó lo que siente.
A tus puertas me abraso, mal casada bella,
Fuego son mis suspiros, quando mas yela.
Si tu ingrato dueño,
Quando mas te obliga,
Mi muerte procura,
Y ofende tu vida:

Siento tus desdichas,
Lloro mis penas;
Fuego son mis suspiros, quando mas yela.

XXXVII.

Junto á una peña del Tajo,
A quien sus blancos cristales
En el verano la cercan,
Y en el invierno la baten,
Sentado estaba Lisardo,
Esperando que la tarde
En los brazos de la noche,
Y del silencio descanse,
Para cantar á Lucinda
Sus quejas y sus verdades;
Siendo en su olvido lo mismo,
Que las llore, ó que las cante.
Y es en la bella casada
Imposible que se igualen
La posesion de un marido,
Y las quejas de un amante.
Un tiempo quiso á Lisardo,
Y despues quiso olvidarle;
Y á Silvio, que aborrecia,
Quiso querer y mudarse.
Así se pasan los años,

Y engañan las voluntades;
Y son bienes en un tiempo
Los que en otros fuéron males.
Ausentóse de su aldea;
Y es con zelos ausentarse,
No curár la enfermedad,
Y hacer que el remedio mate.
Apénas cubrió la noche
De los montes los umbrales,
Quando empezó su tristeza,
No á cantar, sino á quejarse.
Bella casadilla,
Mal haya tu amor;
Pues dicen mis zelos,
Que sufriendo estoy,
Que él tenga la dicha,
Y la envidia yo.
¡O que mal te acuerdas,
Quando oyó tu calle,
A tu fe mentiras,
A mi amor verdades!
Ya las olvidaste,
Sabiendo tu amor,
Que sufriendo estoy,
Que el tenga la dicha,
Y la envidia yo.

XXXVIII.

Huyendo viene la noche,
Como otras veces, del dia,
De los rayos que amanecen
En los ojos de Narcisa.
Ya se mira en los arroyos,
Y en las pintadas orillas,
A los cristales y flores,
La beldad restituida.
Ya ven los campos alegres
Lo que sucede á la vida,
Pasar de la noche el llanto,
Venir del alba la risa.
Y en mi larga desdicha,
Ni es sol Narcisa, ni remedio el dia.
Ni es mucho en prados y selvas,
Que la comun alegria
Tan pura y luciente baxe,
Si sale recien nacida.
Ya las primeras colores
Con nuevo aliento salian
En las flores, que dexó
Sin alma la noche fria.
Ya rien las claras fuentes,

Que entre arenas y entre guijas,
Porque durmiesen las aves,
Con mas silencio corrian.
Y en mi larga desdicha,
Ni es sol Narcisa, ni remedio el dia.

XXXIX.

Ya que dexaste, Menguilla,
Los campos de Manzanares,
Y sus riberas alegres
Por las del Betis trocaste:
Ya que fué desdicha tuya,
Que necio dueño te mande,
Y por la pena de todas
Tambien tu hermosura pase:
Ya que dexaste en la villa,
Quando la villa dexaste,
Vivas las envidias siempre,
Muertos siempre los amantes.
Hermosa Zagala, si á Castilla vuelves,
Cantarán las aves, reirán las fuentes;
Y si haber no volvieres á Manzanares,
Llorarán las fuentes, callarán las aves.
Vuelve á Castilla, Zagala,
Dexa á su arena y sus naves;

Que sin tus ojos no viven,
Los que con ellos mataste.
  Estos campos, que te viéron
Amanecer por la tarde,
Haciendo á tus rayos sombra
Los árboles de su márgen.
  Todos, Menguilla, te aguardan,
Y si alegre á verlos sales,
Un año el florido Abril
Será razon que descanse.
Hermosa Zagala, &c.

XL.

  Arroyo del Prado,
Que sus flores buscas,
Mira como corres,
Huye si murmuras.
  Tú que en esta sierra,
Si los vientos luchan,
Medras en cristales,
Que te dan sus lluvias.
  Quando mas alegres,
Si el tiempo se enxuga,
Hallan los que baxan
Solo piedras duras.

Arroyuelo, que corres cantando,
Y escucha la aurora riendo tu voz,
Corre con silencio, que asi corro yo.

Quando de este monte
Al valle te mudas,
Con flores te llaman,
Con piedras te escuchan.

Si callando vienes,
Ménos aventuras
En huir el daño,
Que en buscar disculpas.

Dirás, que otras aguas
Tuviéron ventura:
No lo niego, arroyo,
Pero corren turbias.

Arroyuelo, que corres, &c.

Las que se preciaren
De claras y puras,
Lograrán la dicha
Del Sol que madruga.

Si engañadas corren
Quando mas presuman,
Son las aguas pocas,
Y la arena mucha.

Si humilde y contento
En flores te ocultas,

Ni sabrán tu nombre,
Ni verán tu injuria.
Arroyuelo, que corres cantando,
Y escucha la aurora riendo tu voz
Corre con silencio, que así corro yo.

ROYAL ASIATIC SOCIETY OF THE BOMBAY BRANCH LIBRARY OF THE

XLI.

Quando repica el pandero
La novia de Pero Gil,
Para todas es el son,
Las mudanzas para sí.
Confuso la mira Anton;
Porque ayer la oyó decir:
Quien se muda, Dios le ayuda,
Y teme del bayle el fin.
Ella mide de una vuelta,
Sin oir el tamboril,
Lo que hay de Anton á Pasqual,
Y de olvidar á fingir.
Lograr quiere la casada
De su rosa y su jazmin,
Con mas revueltas que Hebrero,
Mas hermosura que Abril.
Por mudable, ó por hermosa
Pretenderla siempre ví,

Ser merced libre en su aldea,
Y aun del imperio de Gil.
Toda es mudanza Belilla;
Y aunque nunca las vi en mí,
Sé que muda de querer,
Como muda de vestir.
Quando todos la pasean,
Porque se olvide de mi,
Estos versos le canté
La noche de S. Martin.
Niña, si te mudas, no te ayude Dios,
Aunque ayuda siempre al que te perdió.
Serrana graciosa,
Tan mudable y bella,
Que jamás te halla
Donde amor te dexa;
Si tan mal le empleas,
No te ayude Dios,
Aunque ayuda siempre al que te perdió.

XLII.

Una Serrana del Tajo,
Que á Manzanares ayer
Truxo el galan de sus montes,
Y al Tajo dexó sin él:
Era la hermosa Lucinda,

Por quien se ven florecer
Los montes, que le resisten,
Y le coronan despues.
Quanto sus cristales bañan,
Desde el espino al clavel,
Primero que al verde Mayo,
Lo están debiendo á sus pies.
Partió la fiesta pasada
De aquella ciudad, que fué
Corona de España un tiempo,
Y aun no lo dexa de ser.
Y á la vista de su alcázar,
En quien del alba el pincel
Pinta en sus torres el dia,
Antes que el Tajo le ve;
Esta letra le cantó
Quien mas la supo querer,
Quien mas acierta á sentir,
Quien le guarda mayor fe.
Zagala hermosa del Tajo,
¿En la Corte adonde vas?
Prometen para mentir,
Y quieren para olvidar.
Mira no te burlen,
Serrana, los hombres,
Que hay en Manzanares,

Sin amor amores.
Y aunque mas blasonen,
Los que ofrecen mas;
Prometen para mentir,
Y quieren para olvidar.

XLIII.

Todos duermen en tu calle,
Yo solo, Lucinda, en ella
Con lágrimas y suspiros
Llamando estoy á tus puertas.
Si están para mí cerradas,
Entren, Señora, mis quejas;
Si las de un hombre sin dicha
Las pueden hallar abiertas.
No se que traigo en el alma,
Si es mas amor, que tristeza;
Sufrir á ninguno puedo,
Y á mí nadie en el aldea.
Y las claras lumbreras,
Como si fueras tú, corren y vuelan,
De mí se apartan, y morir me dexan.
En tus umbrales me escuchan
Como su dueño tus piedras,
Desde la noche hasta el sol,

Y del Alba á las Estrellas.
  Ojos del Cielo las llaman;
Y engañose quien lo piensa:
Yo sé bien, que pues no lloran,
No es posible que lo sean.
  Tristezas y confusiones
Me acompañan y me cercan;
Y se aconsejan las mias,
Con quien no sabe de penas.
Y las claras, &c.

XLIV.

Llamo con suspiros el bien que pierdo,
Y las galerillas baten los remos.
  De las playas, madre,
Donde rompe el mar,
Parten las galeras,
Con mi bien se van.
  Quanto mas las llamo,
Ellas huyen mas,
Si las lleva el viento,
¿Quién las detendrá?
  El de mis suspiros
Las hacen volar,
Quando mas pretenden

Que vuelvan atras.

Si forzados quedan,
Forzados irán,
Unos á partirse,
Y otros á quedar.
Llamo con suspiros el bien que pierdo,
Y las galerillas baten los remos.

De casas que huyen
¿Quién podrá fiar
Un amor de asiento,
Que tan firme está?

Si ligeras vuelan,
¿Dónde pararán?
Que quien tanto corre
Suele tropezar.

Los azules campos
Vuelven de cristal:
Todo quanto tocan,
Mudándose va.

No está el mar seguro,
Ni el viento jamas;
Mis suspiros solos
No se mudarán.
Llamo con suspiros el bien que pierdo,
Y las galerillas baten los remos.

XLV.

La Morena Sierra
Pasaste Lucinda,
Y habrá mas de un año
Que estás en la villa.
Con ninguna tratas,
A ninguno miras;
Si por nada mueres,
¿De qué vives niña?
No nació tu yelo
En la Andalucía,
Si no en los nevados
Campos de Castilla.
La cuna del Tormes,
Y sus nieves frias,
Son con tus desdenes
Una cosa misma.
Ni el cristal bebiste
Que parte á Sevilla,
Y al mar por sus puertas
Seguro encamina.
Dexa los rigores,
Dexa tus porfias;
Si de ver no gustas,

Huelga de ser vista.
Al son de unas cuerdas,
Esta mañanica
Te canté estos versos,
Pienso que dormias.
No retires tus ojos, niña del Betis;
Dexa que los quieran, ya que no quieres.

XLVI.

¿Por qué, Amarilis, pretendes
Ser el centro de tu aldea,
Y quieres tanto á Lisardo,
Que es un necio, y te desprecia?
¿Para qué sus alegrias
Acompañan tus tristezas?
Y pues por tí no es amante,
Tú por él necia no seas.
Sabe, niña, que en los hombres
Fuéron siempre las finezas,
En quien no quiere estimarlas,
Placeres hechos por fuerza.
No entiendo agora tu gusto;
Pues si del bayle en la fiesta
Por todas haces mudanzas,
¿Cómo á mudarte no aciertas?

Ayer Jacinta me dixo,
Que tiene mucho de tema;
Y si esta es siempre la tuya,
Mal con ella te aconsejas.
Será posible, Zagala,
Que olvidaste aquesta letra:
Á cantarla vuelvo, escucha;
Que es nueva si no te acuerdas.
Zelos á Lisardo pide Amarilis;
Y es señal que los quiere, pues que los pide.
Preguntarla quiero,
Si á quien tanto quiere,
Es mas que un dichoso,
Que su amor ofende:
Es fuerza, que pene
Quien con zelos vive.
Y es señal que los quiere, pues que los pide.

XLVII.

Mejor hiciera Pasqual,
Dichoso novio de Menga,
Como se pierde por otra,
Que se perdiera por ella.
Mejor merece la niña
De su esposo las finezas;

¿Mas quién no sabe estimarla,
Como ha de saber quererla?
Ayer le dixe burlando
En el bayle de la aldea:
Mas valen Menga en los zelos
Los desprecios, que las penas.
Si tu amor, y tu esposo te ofenden, Menga,
Dale niña tus penas; llore con ellas.
Mas ha de un año, que Fabio
Está llamando á tus puertas,
Con mas zelos y suspiros,
Que los que á tí te desvelan.
Y tienes por mas acierto
Que por no escuchar tus quejas,
Vengarte de quien te quiere,
Y querer á quien le venga.
Procura (así Dios te guarde)
Aunque mas tu agravio quieras,
Que cuidadoso despierte,
Quando mas dichoso duerma.
Si tu amor, y tu esposo te ofenden, Menga,
Dale niña tus penas, llore con ellas.

XLVIII.

Celia hermosa, á tus umbrales
Enamorado volví

A morir, porque en las penas
Volviese el cuerpo á vivir.
¿Cómo es posible, Zagala,
Que tenga mi agravio fin,
Si á penar vuelvo á tus puertas,
Tan cerradas para mí?
Si tus balcones abrieres,
Por ellos verán salir
Las aves la blanca aurora,
Los campos el verde Abril.
Si los brazos de tu esposo
Te llamáren á dormir;
Que mis agravios te buscan,
Y que no es posible, dí.
Si de mí no se doliere,
Muy bien le puedes decir,
Que se acuerde que es dichoso,
Con la dicha que perdí.
Escucha, Celia, estos versos;
Y bien los puedes oir,
Que á tu hermosura compuse,
Y á mi desdicha escribí.
Si á tus puertas me prendes, bella casada,
Quede el cuerpo preso, donde vive el alma.

XLIX.

Digasme tu la aldeana,
Así cuide amor de tí,
Y logres muchos Abriles
La hermosura de tu Abril,
¿Si estás contenta en tu aldea,
Si lo pasas bien sin mí,
Y si en amores y zelos
Puedes dar, y no pedir?
¿Y dime tambien, si acaso
Los que padecen por tí,
Tienen mucho que sufrirte,
Y tú nada que sufrir?
¿Si alegre baxas al bayle,
Como en él, Menga, te ví,
Tan gentil siempre en el cuerpo,
Como en el alma gentil?
Si te hablaren las envidias,
Contenta puedes oir,
Que digan lo que desean,
Ya que no lo que es así.
Oye cantar estos versos;
Que á tu hermosura escribí;
Consejos son de un amigo,

Bien lo podrás admitir.
Si eres aldeana tan bella y gentil,
No te pierdas por otro, pierdete por tí.
Hermosa Serrana,
Que estás en tu aldea,
A pesar de todos
Alegre y contenta.
Pues con tu belleza
No hay que competir:
No te pierdas por otro, pierdete por tí.

L.

Desvanecida está Menga,
Porque dicen que es hermosa:
Presto hará con su hermosura,
Lo que hace el tiempo con otras.
Que tenga será imposible,
Aunque le sobren lisonjas,
El año de su belleza
Siempre Abril, y siempre rosas.
¿Pues qué será, quando mire
Entre el cristal y las tocas,
De su rostro en la pintura
Poca luz y muchas sombras?
Que se case le aconsejo;

Y ella piensa ingrata y loca,
Que será imposible hallar
La pareja de sus bodas.
  Ella es muger, y engañada,
Y el mal que á nadie perdona;
Que serán todas con una,
Si una es lo mismo que todas.
  Los verdes años de Menga
No tienen belleza poca,
Y á su hermosura y sus años
Cantó Pasqual á la aurora.
O que mal se juntan años y bodas;
Y si los logras,
No dirán, que tu novio no vió la novia.
  Agora que el tiempo
Compone, Zagala,
De jazmin tus manos,
De rosa tu cara,
  ¿Para quando guardas
Jazmines y rosas?
Y si los logras,
No dirán, que tu novio no vió la novia.

LI.

Pastorcillo de nuestra aldea
Que llamas cantando los rayos del Sol,

Que tienes? R. *Amor;*
Pues si quieres, y penas,
Llamar á la noche, y llorar es mejór.

Pastorcillo triste,
¿Quién te aconsejó,
Que amante y zeloso
Llamases el sol?

Para quien padece
La noche es mejor;
Porque una tristeza
Otra la curó.

Mira como llora
Aquel ruyseñor,
Del monte y la selva
Dulce suspension.

No cantes, le dixe
En Mayo, tu amor;
Porfió en cantarle,
Mejor le lloró.

Pastorcillo de nuestra aldea, &c.

Vestida de perlas
La engañada flor,
En el sol que llama
Su muerte salió.

Un tiempo alumbráron,
Ya sus rayos son,

Testigos de faltas,
Que el amor calló.
¿Para que le quieres,
Dexale Pastor;
Que amigos tan claros
No son buenos hoy.
Escuchen ahora
La selva tu voz,
La noche tus quejas,
Menga tu dolor.
Pastorcillo de nuestra aldea, &c.

LII.

¡Qué triste y suspensa estuvo
Menguilla en el bayle ayer!
O quieren mal á la niña,
O quiere la niña bien.
Yo no entiendo sus amores;
Pues olvidada, y muger
Toma zelos de Pasqual;
¿No es mejor que se los dé?
Muere Pasqual por Jacinta;
¡O mal haya su querer!
Mas siendo Jacinta fea,
¿Para que es vengarse de él?

Todos la ruegan que bayle,
Y ella bayláre tambien,
Si al paso de las mudanzas
Mudarse pudiera ser.
¡Lo que hace un necio dichoso,
Conociendo que lo es!
Pues da zelos sin temor,
Que se los han de volver.
Esta letra le cantáron
A sus puertas á las diez;
El con trabajo de Anton,
Y la garganta de Ines.
Niña, pues te ofenden, y no te zelan,
Toma las venganzas, dexa las penas.
En zelos y agravios
Con tantos desdenes,
Dime; ¿por qué sufres,
Niña, por qué quieres?
Si tu gusto ofende
Quien tu amor desprecia,
Toma las venganzas, dexa las penas.

LIII.

Pastores de mi aldea,
Yo muero en este valle,

De un mal que llaman zelos;
No le padezca nadie.
Que me matais pastores,
Si pretendeis curarme;
Pues hacen las desdichas
Que los remedios maten.
Haced, que de Lucinda
Los ojos no me abrasen,
Que no me den mas zelos,
Y no os canseis en valde.
Si los veis en el soto,
Pastores, disculpadme;
Pues no hay amor, y penas,
Que su belleza igualen.
Y dan á quantos miran
Por este verde márgen,
La vida, quando huyen;
La muerte, quando salen.
Si al prado amanecieren;
Al mas osado amante,
Valiente y descuidado,
Decidle que se guarde.
Esta letra le dixe;
Y malogré, zagales,
Que la canté llorando,
Y la compuse en Mártes.

Quando al valle salen, niña, tus ojos;
Por no verlos huyan, ó mueran todos.

Tus ojos alégres:
Para tí lo son;
Pues á quantos miran
Los matan de amor.
Si ven la ocasion,
Donde mueren otros,
Por no verlos huyan, ó mueran todos.

LIV.

Quando del ayrado invierno
Las altas cumbres se quejan,
Y coronadas de nieve
Su helada vejez confiesan:
Quando soberbios los rios
Al mar presurosos llegan,
Y con su fuerza las olas
Se miden con las estrellas:
Y los inútiles troncos
Rendidos á su inclemencia,
Desnuda de hojas el tiempo,
Porque mas su injuria sientan:
Quando el yelo á los arroyos
Castiga con muda fuerza,

Que por lo que han murmurado,
Justamente los enfrena.
  Sobre la desierta orilla
De las aguas de Pisuerga,
Ausente un Pastor del Tajo
Cantaba al son de sus quejas.
Partí de unos ojos,
Que sin verme ausente,
Vivo me lloráron,
Matarme quieren.
  Su rigor ordena
En tan dura suerte,
Que causen mi muerte,
Y lloren mi pena.
  Y aunque en su cadena
Mi fe se defiende;
Vivo me lloráron,
Matarme quieren.
  Y si me han dexado
Vivo á la partida;
Partí de la vida,
Mas no del cuidado.
  En tan triste estado
Muere un ausente;
Vivo me lloráron,
Matarme quieren.

Dan al mal de ausencia
Los Médicos sabios,
Menores agravios
A mayor paciencia.
Y aunque su violencia
Rendida quede;
Vivo me lloráron,
Matarme quieren.

LV.

A la novia de Pasqual,
Aquella recien casada,
La que tiene mas donayres,
Que su hermosura desgracias,
Ayer la casó su madre,
Que ha sido hermosa, y se cansa
De mirar á todas horas
Otra mas hermosa en casa.
Llorosa vive la niña,
Y aunque con fiestas y galas
Ha sido Pasqual su novio,
No fué la boda de Pascua.
¡Qué presto se sabe todo!
¡O qué mal sus penas calla,
La que es por ageno gusto

Con la dicha desdichada!
  A las penas que padece,
Y á las tristezas que pasa,
Cantar le quiero lo mismo
Que todo el pueblo le canta.
Si miras, Lucinda, con desdicha y quejas,
Tus años cautivos de un necio por fuerza;
Responde, si dicen de tu nuevo amor,
Por mil años sea. No lo quiera Dios.
  Hermosa del valle,
Gloria de tu aldea,
De todas la gala,
De todos la bella.
  Al que mas te quiera,
Y á quien no te amó,
Responde, &c.

LVI.

  Salió á la fuente Jacinta,
Quando Pasqual, que se abrasa,
A buscarla va á la fuente,
Como ella á la fuente el agua.
  Las blancas perlas recoge,
Que en el nacar desatadas,
De su patria fugitivas,

Arenas y flores bañan.
Unos dicen, que zelosa,
Otros, que suspensa estaba:
Y al fin, en los ojos muestra,
Lo que Pasqual en el alma.
Y mirando como corren,
Mira tambien como pasan;
Y á su altivez y hermosura,
Riyendo las desengañan.
Cuidados tiene Jacinta,
Ni el ir, ni el venir la cansan;
En los testigos no advierte,
Ni en el cántaro repara.
Y dexándole en la fuente
Por escuchar lo que cantan,
Al son del agua en las guijas
Así Pasqual le cantaba.
Zagaleja, que vas á la fuente, dexala y vuelve;
Que si quieres agua que corra, de mis ojos corre siempre.
Hermosa Serrana,
Que de nuestra aldea,
Del pueblo á la fuente,
Tu cántaro llevas.
Si lleno deseas

De lágrimas verle;
Dexala y vuelve;
Que si quieres agua que corra, de mis ojos corre siempre.

LVII.

Miéntras que el mar ayrado
Compite con las rocas
De mi destierro triste
Quejarme quiero á solas.
Escucharán mis males,
Y las amargas horas,
Que la esperanza cuenta,
Y el sufrimiento llora.
Haré testigos mudos
De las confusas olas,
Que callan mis verdades,
Y sienten mis congojas.
Serán discursos tristes
De las pasadas glorias;
Que mal se acuerda de ellas
El alma que reposa.
Mas temo que me falte
El tiempo, porque acorta
Los plazos de la vida,

El mal de la memoria.
  Y el importuno viento
Lleva mis ansias locas,
Que en la desdicha imitan
Su mismo dueño ahora.
  Amada ausente mia,
Si de la luz hermosa
De tus divinos ojos,
Mi soledad es sombra.
  Quando llegare el dia,
Que el Tajo me responda
Tu nombre, que repitan
Sus aguas venturosas.
  Desterrará del alma
El nuevo sol que adora,
De mi llorada ausencia
La noche temerosa.
  Serás el que naciendo
Las altas cumbres toca,
Los baxos valles viste,
Los verdes campos dora.
  Ofreceráte entónces
Mi dicha vencedora,
Los desatados lazos,
Y las cadenas rotas.
  Y harán, si te acordares,

Seguras de lisonjas,
Palabras verdaderas,
Sospechas mentirosas.
Razones, que pudieran
Obligarte, Señora,
Me nacen en el pecho,
Y mueren en la boca.
Por esta inútil playa
Mis quejas lastimosas,
Lloradas de sus ecos,
El fiero mar arroja.
Si he de volver á verte,
¿Qué dudas me alborotan?
¿Qué miedos me atormentan?
¿Qué penas me congojan?

LVIII.

Quiera el cielo, Silvia ingrata,
Que el agravio, y el desprecio
De tanto amor, se conviertan
En dolor, venganza y zelos.
Y es tan injusto el rigor
De las ofensas que siento,
Que no rezelo que quieras,
Ni que me mates rezelo.

Y al que enemiga quisieres,
Mires en brazos agenos,
De tus quejas tan seguro,
Como lo estás de mi fuego.
Y entónces, Silvia zelosa,
En mas conocido espejo
Del rostro de mis agravios,
Verás mejor los defectos.
En él verás lo que ofenden
La fe y la verdad de un pecho,
Un desden tenido en mas,
Y un amor tenido en ménos.
¡Qué ufana estás, quando escuchas,
Que en tus umbrales me quejo,
Y tus lecciones aprenden
De las ventajas los yerros!
Teme, Silvia, que por ellas
Los rigores de su dueño,
En flaquezas convertidos
A la calle saque el tiempo.
Yo mis quejas le remito,
Que siempre sus brazos diéron
A las lágrimas venganzas,
Y á las desdichas remedio.
De tu soberbia y mi agravio,
Entrambas cosas espero;

Y que podré despreciar
Lo mismo que ahora temo.
No lo dudes, Silvia ingrata;
Porque ha de querer el cielo,
Que mueras del mismo mal
De que estoy aquí muriendo.

LIX.

Verdes álamos del Tajo,
Si en vuestras blancas cortezas
Escribí zeloso y triste
Mucho amor y muchas quejas.
Enamorado y quejoso,
A borrar vengo las letras;
Que ya mi engaño las forma
En un corazon de piedra.
Yo haré, si llorando puedo,
Que al son de tantas tristezas
Lo que borraren las manos,
En los suspiros se lea.
No os cansareis de escucharme
Verdes y apacibles selvas,
Si tambien como á llorarlas,
Acierto á cantar mis penas.
O que bien conocereis,

Lo que os dice amor en ellas,
Pues las tristezas del bosque
Son amigas lisonjeras.
No pienso, selvas, deciros,
Que las desdichas me alegran;
Que para engaño tan claro
Es el alma muy discreta.
Bien puedo cantar llorando,
Si en estas verdes riberas
Es mayoral de cuidados
El que fué Pastor de ovejas.
Y pudieran divertirle,
Selvas, desnudeces vuestras,
Quando en los campos del cielo
Se duerme la primavera.
Desnudas, ó bien vestidas,
Al ronco son de unas cuerdas
Canté hermosuras de Tajo
Con lisonjas de mi aldea.
A quien verdades cantó,
Razon será que le crean,
Si dice de sus agravios
Lo que de vuestra belleza.
Yo padezco en unos ojos
Los encantos de Medea;
Mal dixe si los comparo

Con los engaños de Celia:
Digo al fin, selvas hermosas,
Que mi vida en su dureza
Es la corriente del Tajo
Lastimada de las peñas.

LX.

Ha dado amor en vivir
En los ojuelos de Celia:
Todo descuido se guarde,
Toda beldad se defienda.
Porque nadie se resista
A la igualdad de sus fuerzas,
Ella le da su hermosura,
Y á Celia el amor sus flechas.
Mas ¡ay de mi! que entre el miedo
De tantas armas me dexan,
La oscura noche en su calle,
La blanca aurora á sus puertas.
En ellas me quejo á voces,
Perdiendo versos y quejas:
Que duerme en agenos brazos,
Y ellos solos la despiertan.
¡Que bien merece este agravio,
Quien, mirando sus ofensas,

Da la propia voluntad . . . .
Sobre amor de agena prenda!
El Disanto en sus umbrales
Le cantáron Lauso y Menga,
Por si acaso despertaba,
A media noche esta letra.
¿Por qué duermes tanto, bella casada?
Pues tiene en su casa
Esposo y amores, y madruga el alba.
Quando bien dormido
De tus brazos goza,
Quien no lo merece,
Tu desdicha llora.
De tu mal se enoja,
De su amor te cansa;
Pues tiene en su casa
Esposo y amores, y madruga el alba.

LXI.

¿No me dirás, Amarilis,
De que padece Lucinda?
¿Y si olvidada y zelosa,
Está la hermosura misma?
Si son de su amante zelos,
Es sinrazon y desdicha,

Que quien darla puede á todas,
Muera á manos de una envidia.
Ella sabe de sus penas
Lo que se dice en la villa;
Y es sufrir, que la murmuren
Mucho amor; ó gran porfia.
Yo sé qué Fabio la quiso;
Y sé tambien que la niña
Aborreció sus finezas,
Y no creyó sus mentiras.
Triste baxa ahora al bayle,
Y triste ve sus amigas;
Su tristeza la acompaña
Entre agenas alegrias.
Volvió Amarilis el rostro;
Y entre su agrado y su risa,
El instrumento templó,
Y cantando respondia.
Zelos tiene Lucinda: mal haya su amor;
Que hoy llorando pide, lo que ayer negó.
¡Lo que amor engaña!
¡Lo qué el tiempo puede!
¡Si el que quiere ahora
Despues aborrece!
Esta pena tiene
Tan loca aficion,

Que hoy llorando pide lo que ayer negó.

LXII.

Las Zagalas de su aldea
Todas en el valle están;
Mucho saben de envidiarse,
Harto mas que de baylar.
Todas aman, todas penan,
Y Belilla siente mas,
Que es sobre achaque de zelos
El peligro de su mal.
Con los mancebos del pueblo
Murmurando está Pasqual;
Que el remedio sabe Anton,
Y no la quiere curar.
Con la hija del Alcalde
La mañana de San Juan,
Tantas mudanzas bayló,
Que al fin se vino á mudar.
¡Qué triste y zelosa vive!
¡Qué desengañada está!
Que del que ofende y olvida
No tiene amor que esperar.
No divierte sus tristezas
El ver, que de su lugar,

Dexando alegres los campos,
Quiere Abril partirse ya.
  Por ellos baxaba Menga,
Y tantas galas les dá,
Que el bayle dexó Belilla,
Sin poder disimular.
  Y mirando cuidadoso
La que viene y la que va,
Al son del agua y del bayle,
Pasqual comenzó á cantar.
Entra Mayo, y sale Abril
Quan floridito le ví venir.
  Venga el Mayo verde,
Váyase el Abril,
Que dexó los campos
A medio vestir.
  Sus prisiones rompan
La rosa y jazmin,
Que el soplo agradecen
Del viento sutil.
  Vístanse las flores
Blanco y carmesí,
Manto de esmeralda,
Y de oro el perfil.
Entra Mayo, y sale Abril
Quan floridito le ví venir.

Enlace amorosa
Al olmo la vid,
Que en sus brazos quiere
Medrar y subir.
Risueñas las fuentes
Conozcan en sí,
Lo que en todos puede
Callar y sufrir.
El año comienze
A volver por sí,
A cantar las aves,
Y el alba á reir.
Entra Mayo, y sale Abril
Quan floridito le ví venir.

LXIII.

Sentado estaba Lisardo
A la orilla de un arroyo,
En quien alegres se miran
Las verdes plantas del soto.
Vió los dormidos cristales
A la sombra de los olmos,
Sin bañar las secas hojas,
Que se desnuda el otoño.
Y de las manos del tiempo

Galanes, ramas y troncos,
Que tardáron en vestirse
Temiendo el Febrero loco.
Si en los fines del invierno
Su fuerza amenaza á todos,
¿Cómo no temeis, les dice
Las locuras de un zeloso?
Pues no consienten mis zelos,
Que con lazos amorosos,
Ni entre vides, que lo encubran,
Os abraceis con los otros.
Yo, verde selva, os cantara
La ocasion de mis enojos,
A no temer que os parezca
Mucho el mal, y el furor poco.
Contado, dice quien siente,
Que es menor el daño propio:
Yo sé que estoy ménos triste,
Quando mas dexado y solo.
Vivo entre estas soledades
De las tristezas que lloro,
Tan contento, que en mi aldea
De ver alegres me corro.
¡Qué hay quien bayle, que hay quien cante!
Dixe, mirando en el corro,

Mas que en los años del tiempo,
En amor y engaño mozos.
Conmigo quiero vivir
Mas triste, y ménos quejoso;
Que no es cuerdo para nadie,
Quien tiene seso entre locos.
Y despues de haber cantado
En un instrumento ronco,
Volvió á decir á sus penas,
Y á repetir á sus ojos.
¡O qué bien me quejo, Zagales!
¡O qué mal escuchan mis males!
Zagales del Tajo,
Que oisteis mis quejas
Al son de las hojas
De vuestra ribera.
Quando mas suspensas
Las dexe el ayre;
¡O qué bien me quejo, Zagales!
¡O qué mal escuchan mis males!

LXIV.

Corona la blanca luna
De los montes los estremos,
Y su silencio acompañan,

Las turbias aguas del Duero.
La muda noche medrosa
Abraza el comun sosiego,
Para tener compañía
En la inclemencia del miedo.
Quando un ausente en sus brazos
Ofendido y satisfecho,
Por importuna y pesada
Arroja la voz el viento.
Tu obscura sombra ¡ó noche! está en mi pecho,
Pues juzgo por verdad quanto sospecho.
Muy mal tu rigor me ofrece
El fin que procuro y temo;
Pues siendo la ausencia nieve,
Es el remedio de yelo.
Claras y hermosas estrellas,
Pues que sois ojos del cielo,
Ya que no podeis llorarlo,
Mirad el mal que padezco.
Parad, presurosas aguas,
Que todo lo puede el tiempo;
Si me temeis como á loco,
Desdichas me hiciéron cuerdo.
Tu obscura sombra &c.
Escuchad mis soledades,
Asperos montes soberbios,

Si no sentis que os ablanda
Lo que digo, y lo que siento.
Despierta, fiera homicida,
Aunque te llaman de léjos
Los suspiros de un ausente,
Ofendidos de tu sueño.
¡Qué lloro males de ausencia!
¿A quién me quejo, pues tengo
De mi mal testigos mudos,
Y á mi enemiga durmiendo?
Tu obscura sombra &c.

LXV.

Pastores de Manzanares,
Que os juntais en sus riberas
A cantar versos y amores
A la hermosura de Celia.
¡Qué bien haceis en cantar!
¡O qué bien suenan las cuerdas
De los dulces instrumentos,
Que tanta beldad celebran!
Si estais contentos de ver,
Que dormido en sus arenas
Manzanares se detiene,
Las claras aguas suspensas:

Escuchad las avecillas,
Que con el agua recuerdan
A competir con vosotros,
Y á despertar su belleza.
Yo sé, Pastores, que fuéron,
Por alegrar á las selvas,
Y divertir á las flores,
Sus canciones las primeras.
Y sé tambien, que saliendo
Celia hermosa de su aldea,
Por ver á quien la llamaba,
Le cantó Gil esta letra.
Oye Celia el amor, oye las quejas,
Con que tristes las aves lloran tu ausencia.

LXVI.

De blancas mieses armaba
Agosto erizados montes,
Sin esperar que el invierno
De escarcha y nieve los forme.
Los campos que resistiéron
Al sol, armados de flores,
De secas yerbas se visten
Contra el rigor de las hoces.
Los árboles arrojáron

Sus vestidos de colores;
Y como ricos soberbios
Con los frutos se componen.
Que donde el tiempo corre,
No hay campo alegre, ni seguro monte.
Si al curso de pocos dias
Da fuerzas para que robe,
A los campos su hermosura,
Y su dureza á los bronces,
¿Qué harán los humildes brazos,
Y las desdichas de un hombre,
Entre las manos del tiempo,
Que los montes descomponen?
Ni me espantan, verdes campos,
Que vuestra pintura borre,
Si en sus mudanzas confuso,
El mismo no se conoce:
Que donde el tiempo &c.
Altos montes no temais,
Por mas que el tiempo se enoge,
Quando el helado Diciembre
De blanca nieve os corone.
Si en vuestras faldas Abril
Los duros troncos compone,
Las mudas aguas desata,
Los verdes lienzos descoge.

Alegraos, esperanzas,
Que vivis en triste noche;
Pues amanece á los cielos
El mismo sol que se pone;
Que donde el tiempo corre,
No hay campo alegre, ni seguro monte.

LXVII.

Iba dexando á pedazos
Repartidos sus cristales,
Sobre la yerba y la arena
El cansado Manzanares.
Esperando que las nieves
De los montes se desaten,
Y hasta llegar á Xarama,
Su soledad acompañen.
Ni las crecientes de Octubre
Le diéron fuerzas que basten,
Para que corran las aguas,
Que de humildes fuentes salen.
Aquí verán mis males,
Que en vano corre el que sin dicha nace.
Los montes de Guadarrama
Por blancas venas reparten
La sangre de sus arroyos,

Para que á darsela baxen.
  Las encinas, que solian
En su corriente mirarse,
La plata del yelo truecan
En agua para ayudarle.
  Y apénas llevarle pueden
Á que los álamos bañe
De los campos de Madrid;
Donde pretende quedarse.
Aquí verán &c.
  Si esperais, humilde rio,
Que el Abril desembarace
De las escarchas los montes,
Y de las nieblas el ayre.
  Reposareis á las sombras
De alisos, olmos y sauces,
Tendido en arenas de oro,
Sin aguas, y sin contrastes.
  Y quien pobre corre al mar,
No es poca dicha que halle,
Cansado de correr poco,
Arenas en que descanse.
Aquí verán &c.

LXVIII.

Dorados campos del Ebro,
Que de las manos de Abril
A dar principio al verano
Con nueva vida salis;
Si me ausento, quando estais
Tan alegres para mí,
Y quereis que á veros vuelva,
De mi tristeza os vestid.
Lo que os pido, verdes campos,
Es que aprendais á fingir,
Y ahora engañeis á Mayo,
Como al Agosto mentis.
De lo que lloro partiendo
Jurara que os vi reir;
Que los alegres se burlan
De los tristes siempre así.
No os engañe la lisonja
Del blando viento sutil;
Que en sus bramidos la selva
Desnuda suele gemir.
Si estais ahora contentos,
Despues sentireis aquí
Insolencias de Diciembre,

Y soledades de Abril.
  Y vosotras, claras aguas,
Que sois con nuevo matiz
Lisonja eterna del cielo,
Vestidas de su zafir,
  Imitad á Manzanares,
Que en los campos de Madrid,
Por escuchar mis tristezas
Parar sus cristales ví.
  Esto les dice á los campos,
Y á las aguas, al partir
Un Serrano de Castilla,
Y volvió á cantar así:
Si dexo en tus campos el bien que perdí,
¿Si sabré ausentarme? ¿Si podré vivir?
  ¡Arboles sombrios,
Que las dulces aguas
Os prenden alegres
Con grillos de plata!
  Pues dexando el alma,
Sin ella partí:
¿Si sabré ausentarme? &c.
  Cristalinas fuentes,
Que pagais al Ebro,
Por tributo el agua,
La vida por censo;

Yo parto muriendo;
Si á morir partis:
¿Si sabré ausentarme? &c.

Aves, que en las ramas,
Al despierto dia
Con alegres voces
Dais la bien venida.

Llorar mis desdichas
Al partir os ví;
¿Si sabré ausentarme? &c.

LXIX.

Cansada noche enemiga,
Que con la fuerza del sueño
Los ojos cierras al mundo,
Quando los abres al cielo;

Si descuidada presumes,
Porque te miran de léjos,
No es mas que trocar testigos
De lo que encubre tu velo.

Engañóse quien te llama
Descanso comun del tiempo,
Si eres madre y compañera
De engaños y atrevimientos.
¡Ay noche obscura! ¡Ay sombras! ¡Ay silencio!

Aves, llamad al sol que alegre el cielo;
Que si para vencer á las tinieblas
Sus rayos duermen, moriré de penas.

¡O quántos perdidos saben,
Que siempre tus sombras diéron
La libertad al amor,
Y la ocasion á los zelos!

Muda te llama el engaño,
Y eres mintiendo al rezelo,
Callada por escuchar,
Y no por guardar secreto.

¿De qué sirve disculparte,
Si en la fuerza de tu imperio
Tiene lo mas la osadía,
Y la vergüenza lo ménos?
¡Ay noche obscura! &c.

LXX.

Una Zagaleja,
Que nació en la Sagra,
Y dexó su pueblo
De matar cansada;

Vino á Manzanares
La fiesta de Pascua,
A probar venturas,

Y á traer desgracias.
  Como si faltasen,
Quando todo falta,
Pesares sin cuenta,
Desdichas sin tasa.
  Yo la ví en el bayle,
Que Anton la miraba,
Aun con mas cuidado
Del con que ella bayla.
  De estar tan torcidos,
Dicen que es la causa,
Que Anton se la jura,
Y ella se la guarda.
  Quando sueltos corren
Zelos en el alma,
No hay humo tan fuerte,
Ni muger tan brava.
  Y una condicion
Tan libre y tan vana,
Dexada se ofende,
Querida se cansa.
  Y Anton que lo siente,
Una noche helada
Esto á los umbrales
Cantó de su casa.
No me mates con zelos, bella Aldeana;

Porque á zelos muere, quien á zelos mata.
Niña que dexaste
Abrasado el pueblo,
Y harás con tus ojos
Lo mismo del nuestro.
Mas penoso fuego
Sentirás Anarda:
Porque á zelos muere,
Quien á zelos mata.

LXXI.

Enamorado en Medina
El Caballero de Olmedo,
Galan se parte á las fiestas,
La víspera de San Pedro.
No repara en su peligro;
Porque el amante mas cuerdo,
Si es valiente con amor,
Es temerario con zelos.
La noche le acompañaba
En tan oscuro silencio,
Que hasta las hojas y flores
Guardó en prisiones el sueño.
Un criado le acompaña,
Segundo galan del pueblo,

En sus amores testigo,
Y en su muerte compañero.
Que fuera está de pensar
De su jornada el suceso;
Que son desdichas mayores,
Las que no se previniéron.
Del Cancionero repite,
Cantando los tristes versos,
Si por vos pierdo la vida,
¡O qué bien, Señora muero!
Solo en el monte escuchaba
Silvos, y voces de léjos,
De los perros el cuidado;
De las ovejas el miedo.
Llegó primero á Medina;
Que al monte dixo el lucero,
Que dormir quiere la noche,
Y salir el sol despierto.
Llegó apénas, quando vino
De su Dama un escudero,
A darle la bienvenida
Al desdichado mancebo.
Y á decirle, que esta noche,
Mas seguro y mas secreto,
Por el jardin como suele,
Entrar podrá en su aposento.

¡Qué largo rezela el dia!
Y agradecido, y suspenso,
Con mil anuncios se viste
De las fiestas quadrillero.
Quedó deshecho en pedazos
En sus manos el espejo,
Y el caballo de la entrada
Cayó de repente muerto.
Todo le anima y le enoja;
Que siempre son los agüeros
Espuelas de los amantes,
Y enfados de los discretos.
¡Qué galan salió á la plaza,
Vestido de azul y negro,
Para muestra de su amor,
Para galas de su entierro!
Con las Damas apacible,
Con los toros bravo y fiero,
Robó á Doña Ana los ojos,
Quando llevó los del pueblo.
Todo es enojo y ofensa,
A su marido y sus deudos,
A quien descubrió el criado
De aquella noche el concierto.
Acabáronse las fiestas
Aquella tarde mas presto;

Que anochece mas temprano
Para desdichas el tiempo.
Apénas salió vestido
De sus lumbreras el cielo,
Quando Don Juan desdichado
Acudió galan al puesto.
En él armado le espera
Con sus parientes Don Diego,
Caballeros de Medina,
No en el valor Caballeros.
¿Tantos aceros se juntan,
Contra un amoroso yerro?
¿Tan gran valor es vengarse?
¿Matarle, tan gran trofeo?
¡Qué bien se miran y escuchan
Entre el rumor y el estruendo,
De las espadas los golpes,
De las centellas el fuego!
¡O que bien riñe Don Juan:
O que bizarro y que diestro!
Mas son los contrarios muchos,
Y yace el criado muerto.
Ni voces, ni luces sirven
A su vida de remedio;
Que entre ofensas y venganzas
El y otros dos la perdiéron.

Desde entónces le cantáron
Las Zagalas al pandero,
Los mancebos por las calles,
Las Damas al instrumento.
Esta noche le matáron al Caballero,
A la gala de Medina, la flor de Olmedo.

LXXII.

A los quatro tiempos del año.

Pasaban por Diciembre
En sus calientes nidos
Las soñolientas horas
Los mudos paxarillos.
El viento solo hablaba
Sin miedo del castigo:
Que enmudece los hombres
Y las aves el frio.
Del yelo el campo inútil
Sintió el agravio mismo,
Que padecio en las manos
Del abrasado estio.
De los riscos del monte,
Tan exêntos y altivos,
Las frentes le humillaban
De yelo, y nieve riscos.

Pasó el invierno helado,
Volvió el Abril florido,
Que despertó las fuentes,
Y desató los rios.
Los troncos de la selva
Pudiéron dar abrigo,
Y al verde campo sombras
Sus ramos ya vestidos.
Las aves que calláron,
Llaman al sol divino,
Al nacer con lisonjas,
Y al morir con suspiros.
En la verde corona
Del monte mas sombrio,
Los rayos son de flores,
Si ántes fuéron de vidros.
Despues de Julio sigue
Por el ardor estivo
Al robo de las flores,
El logro de los trigos.
Del cristal, que corria,
A nadie fugitivo
No corre ya, y parece
Que alguno le ha bebido.
Del labrador sediento
El sol es enemigo;

Pues le dobló el cansancio,
Y le agostó el alivio.
El segador reposa,
La cara al sol dormido;
Que tenerle y no verle,
Mayor hace el peligro.
Por las lluvias de Octubre
Baxaban con ruido
Los turbios arroyuelos,
Que fuéron cristalinos.
Quien agua agena lleva,
No corre puro y limpio,
Aunque naciese claro
Cristal en su principio.
Entre villanas plantas,
Los maduros racimos
Mejoran con la afrenta,
Y son precioso vino.
El tributario vuelve
Lo que cogió ofrecido
A la fe de los meses,
De quien burlar se ha visto.
Si así los años pasan, y los siglos,
¿Qué espera un loco olvido
De tanto tiempo sin razon perdido?

LXXIII.

A los yelos del mes de Mayo.

Yo, verde Mayo, me acuerdo,
Quando fuistes bien venido,
Y con auroras y flores
Tan galan como vos mismo.
De vuestros zelos se queja
El campo inútil y frio,
No hagais Mayo novedades,
Y no tendreis enemigos.
Yo ví quando conocian
Montes y campos floridos
En vuestros ardientes soles
La vecindad del estío.
Y ahora encogido y triste,
Quando os toca por oficio
Vestir de flores las selvas,
Vestir de nieves los riscos.
Y vuestro rigor obliga,
Que busquen los paxarillos
Mas defensas para el ayre,
Mas plumas para los nidos.
¡O qué burlados quedáron,
Los que buscan ofendidos

De las injurias del año
El reparo y el abrigo!
Ni es razon que á los arroyos
Humildes y fugitivos,
Despues de prision tan larga
Les pongan segundos grillos.
¡O qué bien entre las aves
Sonáron en los oidos
Las canciones de las fuentes
Y las voces de los rios!
Del mas dulce ruiseñor,
Que alegre á buscar os vino,
Las mas amorosas voces
Ya son apénas suspiros.
Campos, arroyos y selvas,
Altos montes y sombrios,
Os desconocen presente,
Y os buscan como perdido.
Volved, Mayo, á lo que fuistes
En vuestros verdes principios;
Dexad á los meses locos
Nieves, furias y peligros.
Estos versos sin cantarlos,
Lisardo á Mayo le dixo,
Mirando montes de plata,
De escarcha y nieve texidos.

Quereis ver de Mayo galan florido,
O matar con yelos, ó morir con frios.
Vos que tantos tiempos
En vestir los campos
Liberal pusistes
La postrera mano;
Mirad que es engaño
Y error conocido.
O matar con yelos, &c.

INDICE DE ESTE TOMO.

A coger el trebol Damas. Pág. 149
A coronarse de flores. 161
A la feria, Galanes. 167
A la novia Pasqual. 347
Alamos del prado. 131
A la queda está tocando. 292
A las puertas de la aurora. 290
Al cabo de años mil. 252
Al cielo piden justicia. 35
A los pies de Don Henrique. 78
Amarrado al duro banco. 84
A Menga casan por fuerza. 295
Años hace, Rey Alfonso. 38
Aquí gozaba Medoro. 76
Arroyo del prado. 325
Asida está del estribo. 41
Aunque con semblante ayrado. 164
Ausentáranse los dias. 303
¡Ay Dios de mi alma! 158
¡Ay ojuelos verdes! 159
Barquerito nuevo. 104
Blanca, y bella niña. 285
Cansada noche enemiga. 372
Caracoles me pide la niña. 152

Celia hermosa, á tus umbrales. 336
Ceñid los membrudos brazos. 33
Cierta Dama cortesana. 194
Como estoy alegre. 129
Con el viento murmuran. 140
Con rayos de yerro y plata. 319
Corona la blanca luna. 363
Cortesanas de balcon. 206
Criábase el Albanes. 73
Cuidando Diego Lainez. 1
De blancas mieses armaba. 366
De Castilla iba marchando. 46
Decidme, recien casada. 249
Dexa las flores del huerto, niña. 148
Dexad los libros ahora. 180
Dexad que me alegre, madre. 146
De la aspereza de un monte. 277
Del tiempo infinito. 96
Descuidada Zagaleja. 302
Desde una soberbia torre. 50
Despues del lamento triste. 18
Desvanecida está Menga. 339
Detente, buen mensagero. 71
De tu vista me privas. 139
Digasme tu la aldeana. 338
Dorados campos del Ebro. 307

Dos exemplos de fortuna. 63
Dueña, si habedes honor. 238
Ebro caudaloso. 137
El alba nos mira. 172
El invencible Frances. 69
Elisa dichosa. 116
Enamorado en Medina. 375
Entre dos montes soberbios. 280
Entre estas paredes tristes. 273
En un pastoral alvergue. 88
Eran dos Pastoras. 118
Erguios, no esteis postrado. 43
Escondido yace un valle. 298
Espesas nubes cubrian. 219
Estaba la hermosa Filis. 263
En Búrgos nació el valor. 45
En el almoneda. 154
En la alborotada Roma. 61
En la cumbre, madre. 128
En los brazos del invierno. 289
En los solares de Búrgos. 13
Fablando estaba en el claustro. 21
Ferias me pide por Mayo. 308
Fertiliza tu vega. 126
Galeritas de España. 124
Grande rumor se levanta. 8

Bb 2

Ha dado amor en vivir. 356
Hermosa Serrana. 349
Hizo calor una noche. 344
Hubo un cierto mercader. 178
Huyendo viene la noche. 323
Iba dexando á pedazos. 368
Junto á una peña de Tajo. 132
La desgracia del forzado. 84
La hermosa Menga una tarde. 268
Lágrimas que no pudiéron. 165
La moza gallega. 110
La mas gallarda Aldeana. 300
La Morena Sierra. 333
La muger que tal sueño sueña. 165
La niña Morena. 99
Las niñas al bayle. 314
Las Zagalas de su aldea. 359
Levantando blanca espuma. 82
Lisis, el alba se queja. 318
Llamaban los paxarillos. 293
Llamando estaba Setiembre. 311
Llamo con suspiros el bien que pierdo. 331
Llegó á una venta Cupido. 186
Lloraba Doña Ximena. 40
Lo que me quise, me quise, me tengo. 127
Los aspides en la mano. 309

Madre, un Caballero.	134
Mal hayan mis ojos.	101
Mariana, Francisca, Paula.	214
Mejor hiciera Pasqual.	335
Mentirosos adalides.	30
Miéntras que el mar ayrado.	350
Miéntras duerme mi niña.	127
Miraba el famoso Aquiles.	56
Morenica, no seas boba.	150
Niña de mis ojos.	108
Niñas de mi aldea.	305
No lloreis casada.	121
¿No me dirás, Amarilis?	357
Non es de sesudos homes.	6
Non vienen como otras veces.	286
Oid á otro pastor.	270
Ojos bellos no os fieis.	170
Para que pide la niña.	312
Pasaban por Diciembre.	379
Pastores de Manzanares.	365
Paseándome una noche.	209
Pastores de mi aldea.	343
Pastorcillo de nuestra aldea.	340
Pensamientos me quitan.	130
Pensativo estaba el Cid.	4
Pidiendo á las diez del dia.	16

Por Gila, muere Pasqual. 272
Por poco ménos que zelos. 265
¿Por qué, Amarilis, pretendes. 334
Pues ya no como á mis horas. 230
Pues vuesa merced se casa. 198
Quando del ayrado invierno. 345
Quando las pintadas aves. 65
Quando me paro á pensar. 240
Quando mas jura Menguilla. 282
Quando repica el pandero. 327
Que me maten, la dixe. 141
Que no quiero amores. 156
¿Qué pretendeis, Caballero. 279
¡Qué triste, y suspensa estuvo. 342
Quien te engaña, Zagaleja. 297
Quiera el cielo, Silvia ingrata. 352
Regalando el tierno bello. 75
Riñó con Juanilla. 113
Romped, pensamientos. 132
Salió á la fuente Jacinta. 348
Sentado está el Señor Rey. 10
Sentado estaba Lisardo. 36
Si atendeis que de los brazos. 25
Si muero en tierras agenas. 161
Sol resplandeciente. 93
Tan dormido pasa el Tajo. 266

Topáronse en una venta.	227
Ten, amor, al arco quedo.	163
Tórtolilla ¿qué buscas.	283
Todos duermen en tu calle.	330
Truécanse los tiempos.	288
Trújome á la muerte.	145
Turbados los ojos bellos.	5
Valle de Pisuerga.	275
Ventecico murmurador.	162
Ventanazo para mí.	202
Verdes orillas del Turia.	316
Verdes álamos del Tajo.	354
Un grande tahur de amor.	225
Una Serrana del Tajo.	328
Una Zagaleja.	373
Una niña hermosa.	143
Ya las mayores estrellas.	57
Ya estoy muy bien despachado.	236
Ya que dexaste, Menguilla.	324
Yo, verde Mayo, me acuerdo.	382

POESÍAS INÉDITAS

DE FRANCISCO DE RIOJA,

Y OTROS POETAS ANDALUCES.

TOMO XVIII.

DE LA COLECCION DE D. RAMON FERNANDEZ.

MDCCXCVII.

EN MADRID EN LA IMPRENTA REAL.

Las Poesías que comprehende este tomo han sido sacadas de varios códices comunicados al editor. Las primeras son de Francisco de Rioja, Sevillano, que floreció á principios del siglo XVII. Se sabe que este Poeta fue contemporáneo de Herrera y otros hombres de mérito: que estimado y favorecido del Conde Duque fue perseguido y acusado por sus émulos, y encerrado largo tiempo en una prision estrecha: que libre de esta borrasca se retiró á Sevilla, donde vivia lo mas del tiempo en el campo, lejos del trato humano que tan funesto le habia sido; y en fin que volvió á Madrid, donde murió de edad muy avanzada en 1659.

Su talento poético se distingue mucho de los demas ingenios de su siglo, por la belleza de su diccion magestuosa y de su versificacion, por la regularidad de sus composiciones, por

la vehemencia en fin de imaginacion, y la fuerza y severidad de pensamientos que en casi todas ellas centellean. Ninguno ha manifestado un carácter tan respetable y filosófico: ninguno una sensibilidad tan interesante: ninguno el acierto de variar el tono tan á propósito, segun los diferentes objetos que se le presentaban á la vista: él sabia enternecerse sobre las flores, llorar con entusiasmo los estragos del tiempo y las ruinas de los pueblos, llamar con voz irresistible al exercicio y estudio de la sabiduría. El es el primero de nuestros Poetas antiguos, que sin lamentarse de ella, ha saludado á la desgracia como el crisol de la virtud; y él es en fin el que ha dicho que valia mas plegar la frente á la adversidad, que la rodilla al poder.

Por desgracia no poseemos de este Poeta mas que un corto número de composiciones que ahora se publican; y aun de estas podrian omitirse algu-

nas si se hubiera de consultar, estrechamente á la gloria de Rioja. El deschara ahora una gran parte de sus sonetos,* y algunas de sus silvas; corrigiera muchos versos floxos y prosaycos que vician la belleza de los demas, y se exercitára en asuntos dignos de la energía de su pluma. Pudieramos justificar con exemplos estas advertencias; pero deseamos excusar la prolixidad, fuera de que, comparando á Rioja con él mismo, se advierten al instante sus desigualdades. Sus defectos no son de naturaleza contagiosa: hijos los unos del descuido, los otros del vicio de las copias que han llegado á nosotros, no pueden servir de prueba contra su buen gusto, ni contra sus talentos. Estos se han de medir por la cancion á Italica, por la epístola á

* ¿Quándo se acabará de desterrar este género de Poesía artificioso y pueril, donde la imaginacion encadenada ni puede volar ni extenderse, y donde apenas hay otro mérito que el de la dificultad vencida? Jamas un soneto ha podido compensar con sus bellezas, el tiempo y el trabajo que se malgasta en componerle.

Fabio, y por muchos rasgos de sus silvas. Al contemplar las bellezas que brillan en estas composiciones, se siente la pérdida de las que no han sobrevivido al tiempo, y se desea que Rioja hubiese vivido en circunstancias menos infelices. Ellas lo hacen todo: hay épocas, hay paises, cuya maligna influencia corrompe la aficion, el estudio y los talentos; y Homero entonces, ó no haria versos, ó seria un coplero.

Herrera, anterior á Rioja, y tal vez su Maestro, es superior á todos nuestros Poetas en el cuidado y aliño de la elocucion. El se creó un lenguage poético desconocido hasta entonces; y él fue quien empezó á descubrir algunas centellas de la armonía imitativa, que todos los demas descuidáron en mengua eterna de nuestra hermosa lengua. Se quisiera que este escritor no se hubiera contagiado tanto de la manía petrarquesca: que hubiera escrito menos sonetos y elegías

amorosas; y que en estas mismas composiciones se notára menos la falta de facilidad, de soltura, y sobre todo de gracia que es el alma de los amores. Sus Poesías fuéron publicadas los años pasados por uno de nuestros mas acreditados literatos; pero se omitió la Egloga que se publica ahora, impresa por la primera vez en el libro de versos que el mismo Herrera dió á luz en su vida. Esta composicion está llena de pensamientos graciosos, de imágenes agradables, de sentimientos muy bien expresados, y á pesar del artificio y pompa que se dexa ver en su diccion menos natural y sencilla que lo que conviene á una Egloga, á pesar de algunos versos desiguales, se lee con muchísimo placer; y los hombres de gusto se alegraran seguramente de conocerla.

En fin acompañamos algunos sonetos, una carta, y dos canciones de Don Juan de Arguijo, Caballero de Sevilla, protector de los Poetas de

su tiempo, y buen Poeta él tambien: los fragmentos del Poema sobre la Pintura del Cordobes Céspedes, donde se ven á veces octavas tan robustas: y varias composiciones festivas del Sevillano Alcazar. Podrá conocerse por los versos que van en este tomo, que el genio de los Poetas Andaluces era entonces mas ardiente y vigoroso que el de los Castellanos y Aragoneses. En ellos se descubren siempre mas luces de la verdadera Poesía; y Leon, Herrera, Rioja, Arguijo, Jáuregui, y Góngora quando no se pierde, se leen siempre con placer y con fruto.

Sus obras, sin embargo, están muy lejos de la perfeccion; y quando se leen los Poetas de la antigüedad, y se contempla á la naturaleza, se advierte fácilmente quanto falta á los nuestros para llegar al término á que otros grandes hombres han arribado. Es preciso repetir todavía lo que tantas veces se ha dicho: para escribir

bien es preciso saber; porque la sabiduría es la que engrandece la imaginacion, purifica el gusto, concibe los grandes planes, y los dirige á grandes miras. Entonces no se sabia, ó por lo menos no eran nuestros Poetas los que mas se distinguian en esta parte. ¿Qué pensar de Garcilaso, que para quejarse de los males ideales que sufre, dice que quiere morir confesado? ¿Qué pensar de Herrera, que empleaba en quejas, suspiros y lamentos un espíritu tan elevado y una diccion tan severa? ¿Qué en fin decir de todos ellos, envueltos casi siempre en asuntos frívolos ó extravagantes, sin hacer jamas servir la Poesía, ó no acertarla á aplicar á los grandes objetos á que debe destinarse?

Es preciso decirlo, aunque se nos tache de parcialidad y de encono. Se puede componer infinitamente mejor que nuestros antiguos: se puede dar mas imaginacion al estilo, mas armonía á la versificacion, mas vivacidad

á los afectos; y á la invencion mas regularidad y grandeza: se puede estudiar á la naturaleza con ojos mas penetrantes, tomar de ella misma el colorido, variar mas los tonos y retratarla en formas mas grandiosas. Meléndez es un exemplo de la perfeccion á que pueden alcanzar los talentos unidos al buen gusto y al estudio: él ha cultivado casi todos los géneros cortos de la Poesía con un éxito prodigioso; y en la coleccion de sus versos acaba de levantar á nuestra lengua y á su gloria un monumento inmortal. Que lo que él ha hecho en la Oda, en la Egloga y en la Poesía descriptiva se emprenda en los demas ramos por otros escritores. La comedia, la tragedia, el melodrama y la didáctica son campos inmensos abiertos á sus esfuerzos.

RIMAS
DE FRANCISCO DE RIOJA.

SONETOS AMOROSOS.

I.

Corre con albos pies al espacioso
Océano, veloz Tarteso rio:
Así no ciña el abrasado estío
Tu dilatado curso glorioso.
  Y dí á mi ardor, que crece tu espumoso
Seno á las muchas lágrimas que envío;
O esparza la dudosa luz rocío,
O muestre Cintia lustre generoso.
  Que viendo en mústio són mi afan ardiente
De tí con crespa lengua resonado
En verde prado, ó en sedienta arena;
  Será que blandas luces al herviente
Humor muestre (ya en vano derramado)
Mi acerba, y dulce, y clara luz serena.

II.

Sube, frondosa vid, y en estendido
Ramo corona la desnuda frente
De este infelice pobo, que al corriente
Cristal yace, de honor destituido.
Sube, así no amancille el aterido
Invierno en duro yelo tu excelente
Cima, ni Febo, quando mas ardiente
Muestra á tu gloria el rayo embravecido.
Que pues quando en su lustre florecia,
Te dió el áspero tronco, y dilatado
Seno, donde luciese tu ufanía;
Es razon, sacra vid, que el despojado
Leño, de verde y fresca lozanía
Ornes agora en su funesto estado.

III.

Ya del sañudo Boreas el nevoso
Soplo cesó, y el triste ivierno helado
Dando paso al divino ardor templado
Huyó al profundo centro tenebroso,
Y vuelve el verde honor al espacioso
Seno vuestro, del yelo despojado,

Sacros pobos, que ornais el intrincado
Curso del claro Guadiamar ondoso.
¡Felices vos, que ufanos al suave
Rayo de Febo, coronais la frente,
Libres del yerto humor que os oprimia!
Mas ¡triste yo! que de importuno y grave
Yelo siento oprimir la frente mia,
Lejos de ver mi altiva luz ardiente.

IV.

Ménova, que con turbia y alta frente
Vuelas veloz al gran Tartesio rio,
Horrible á fuerza del pluvioso y frio
Austro la selva oprime tu corriente.
Y ví yo quando en la sazon ardiente,
Corriendo apena de cristal vacío,
Ella te defendió del cano estío,
De tu ceñudo humor mústia y doliente.
No des al ayre, pues, ó rio sagrado,
Raices de tan fiel y generosa
Selva, que te asombró al estivo fuego.
Templa la saña, y el confuso y ciego
Hervir de tu profunda agua espumosa:
¡Así discurras puro y dilatado!

V.

Marchite, ¡oh! nunca frio y cano yelo,
De tus labios la dulce y blanda rosa,
Do la gracia de amor siempre reposa;
Ni otro sitio envidiando, ni otro cielo.
De ellos nunca á herir levanta el vuelo,
Ni hacha cruda, ó flecha rigurosa,
Que una blanda palabra generosa
Arma y enciende en el purpúreo velo.
De estos pues blandos, roxos y suaves
Labios, do se arma amor, y que encendiéron
Mi pecho en llama y rosa dulcemente,
Nunca ¡ó tiempo! permitas que los graves
Yelos de edad la púrpura ardiente
Amortigüen, y llama, en que me ardiéron.

VI.

Salve ¡ó mancebo! flor de la hermosa
Llama, que enciende y cerca el puro cielo,
Quanto menos que Cintia generosa,
Tanto luces mas cándido en el suelo.
Apacible destierra en la sombrosa
Noche el horror de su medroso velo,

Que aun no vibra su hacha luminosa
Venus mirando al gran Señor de Delo.
 Luce en su vez ¡ó Hespero dichoso!
En su silencio; y con tu luz me invia
A mi dulce esplendor y mi cuidado.
 Y si tal vez sentiste el amoroso
Fuego, que ansí encendió mi pecho helado,
Dame no errar por tenebrosa via.

VII.

 Otro tiempo profundo y dilatado
Te ví correr ¡ó sacro Hesperio rio!
Y ya te ciñe el abrasado estío,
Y tu luciente mármol seca ayrado.
 Triste pensaba yo, nunca sobrado,
Sentir tal vez el ardimiento mio,
O helase el Tanais el invierno frio,
O regalase el sol su curso helado.
 Pero si tú, gran lustre de Occidente,
Betis, siendo deidad del inhumano
Tiempo la vez, y sientes la crueza,
 No desespero de mi ardor insano:
Vuelta veré en ceniza la grandeza,
Mientras Febo rayare en Oriente.

VIII.

Lánguida flor de Venus, que escondida
Yaces, y en triste sombra y tenebrosa
Verte impiden la faz del sol hermosa
Hojas y espinas, de que estás ceñida;
Y ellas, el puro lustre, y la vistosa
Púrpura, en que apuntar te ví teñida
Te arrebatan, y á par la dulce vida
Del verdor que descubre, ardiente rosa.
Igual es, mústia flor, tu mal al mio;
Que si nieve tu frente descolora,
Por no sentir el vivo rayo ardiente,
A mí en profunda obscuridad, y frio
Yelo tambien de muerte me colora
La ausencia de mi luz resplandeciente.

IX.

Ya la hoja, que verde ornó la frente
Desta selva, Don Juan, en el verano,
Tiende amarilla por el suelo cano
Fuerza de helado espíritu inclemente.
Y la ova, que en agua ví pendiente
De un hueco risco con verdor lozano,

Mústio ya, y sin color, despojo vano,
Betis esplaya con mayor corriente.
Y yo así bien no desigual mudanza,
Siento en mi mal; que ya mi ardor intenso
Cambia el yelo en ceniza vana y fria.
¿Quién esperó igual bien? ¡ó grata usanza
Del tiempo! pues fallece á par del dia,
Si un hermoso verdor, un fuego inmenso.

X.

Aunque pisaras, Layda, la sedienta
Arena, que en la Libia Apolo enciende,
Sintieras ¡ay! que el Aquilon me ofende,
Y del yelo y rigor la pluvia lenta.
Oye con qué ruido la violenta
Furia del viento en el jardin se estiende;
Y que apena aun la puerta se defiende
Del soplo que en mi daño se acrecienta.
Pon la soberbia ¡ó Layda! y blandos ojos
Muestra, pues ves en lágrimas bañado
El umbral que adorné de blanda rosa.
Que no siempre tu ceño y tus enojos
Podré sufrir, ni el mústio invierno helado,
Ni de Boreas la saña impetuosa.

XI.

Claro y tranquilo el mar me conducia
A que sulcara su profundo seno;
Y apena entré, quando el color sereno
Huyó de Boreas con la saña fria.
Crespos montes de humor al cielo via
Subir, y el mar de obscura sombra lleno
Cambiar varias semblantes; y el terreno
Asiento entre las olas parecia.
Entonce ¡ay! ¡ó mezquino! un mortal yelo
Me cubria; y el hueco leño roto
Luchaba con las aguas fatigado.
En tanto afan con voz ya incierta, al cielo
Moví á piedad: libróme, é hice voto
De fiar nunca en Ponto sosegado.

XII.

Quando entre luz y púrpura aparece
La alba, y despierto ¡ay triste! y miro el dia,
Y no hallo la dulce Layda mia,
Alba, y púrpura y luz se me obscurece.
Lloro, y crece mi llanto, quanto crece
Mas la lumbre, y la sombra se desvia,

Y un torpe yelo así me ata y resfria,
Que aun la voz para alivio me fallece.
   Y á un tiempo apura amor con alto fuego
En este ancho desierto el pecho mio,
Donde el pesar lo aviva mas y enciende,
   Lloro, pues, y ardo: así mi amor se estiende
Tanto, que á luz, y á sombra y á rocío
Muero en llamas, y en lágrimas me anego.

XIII.

   ¡Ay, amarilla selva, que desnuda
Yaces, y en cano y yerto humor cubierta!
¡Cómo tu hórrida faz en mí despierta
Nuevo mal á mi incendio y llama cruda!
   Siéntome ¡ay triste! arder quando se muda
Tu frente, y se descubre blanca y yerta:
Y quando el alma tierra mas desierta
Se ve de luz, mi llama es mas aguda.
   Pero ¡qué mucho, ó selva, si la ardiente
Hacha con que te alienta el claro dia
Declina tanto al Austro pluvioso!
   Y yo estoy tan cercano al refulgente
rayo, que de sus luces siempre envia
Mi dulce ardor, Aglaya, y glorioso.

XIV.

No esperes, no, perpetua en tu alba frente,
¡O Aglaya! lisa tez; ni que tu boca,
Que al mas helado á blando amor provoca,
Bañe siempre la rosa dulcemente.
¿Ves el sol, que nació resplandeciente,
Qual con luz desvanece, tibia y poca,
Y tú sorda á mis ruegos como roca
Estás, en quien se rompe alta corriente?
Goza la nieve y rosa que los años
Te ofrecen: mira, Aglaya, que los dias
Llevan tras sí la flor y la belleza.
Que quando de la edad sientas los daños,
Has de envidiar el lustre que tenias,
Y has de llorar en vano tu dureza.

XV.

Quando te miro, ¡ó fresno! así al helado
Soplo del Aquilon calvo la frente,
Y altivo y blando soplo de Occidente
De purpúreo verdor la cima ornado,
Alegre vuelvo á mi infelice estado,
Y esfuerzo así mi corazon doliente:

» Espera, no importunes al luciente
» Cielo con voces y con llanto airado.
» Tiempo será que tan crecida pena
» acabe, y tú luz goces, si oprimido
» Yaces ahora en tan profundo yelo.
» Y si el volver del incansable cielo
» Da á un mudo tronco el verde honor perdido,
» ¿Cómo á tí nó tu pura luz serena?"

XVI.

Yo acabaré infelice en el ondoso
Golfo, que ensaña y turba el viento ayrado,
Pues en nevoso invierno sulqué osado
Piélago así profundo y proceloso.
Ya me arrebata el ponto furioso,
Y miro el leño en piezas desatado
Entre la espuma errar (¡ay yo cuitado!)
Y no el cielo á mis lágrimas piadoso.
Yo acabaré, pues me reí imprudente
Del manso mar, que inmenso me rodea,
Y volverá en sus olas mis desnudos
Huesos. No fie de cristal luciente,
Tome exemplo en mi mal, quien no desea
Ser, qual yo, pasto de nadantes mudos.

XVII.

Onda náufraga, ¡ó quál tu leda frente,
Mientras el ócio fácil poseia,
Otra vez me ha engañado, que creia
Siempre tranquilo tu cristal luciente!
Ya no miro encresparse dulcemente
El mar con la aura que Occidente invia:
Mas espumosos montes, que á porfia
Levanta al cielo el Euro furiente.
Tres veces fuéron ya, que el hondo Egeo
Rompí mal cauto con aguda prora
Náufrago, y tantas lo sulqué animoso.
Debiera escarmentar, porque no ahora,
Opuesto en vano al mar impetuoso,
Llorara el cierto fin en que me veo.

XVIII.

Este sediento campo, que abundoso
De roxa mies contemplo en el estío,
Ví cubierto de humor luciente y frio
En el hórrido invierno y proceloso.
Y este de luengos cuernos caudaloso,
Betis, correr con nuevo orgullo y brio

Ví ya; y descrece, y con angosto rio
Entra en el ancho piélago espumoso.
Mas nunca ¡ay! ¡ó dolor! mi incendio veo
Menguarme un punto, ó robe soplo helado
Honra á la selva, ó tibio la corone.
Y el hado aun en tal grave mal dispone
Que muera en mi importuno devaneo
En lágrimas y en fuego desatado.

XIX.

¿En qué excelso lugar, Lesbia, formada
La nieve fué de tu hermosa frente?
La que á Moncayo coronó luciente
No es blanca á su pureza comparada.
¿Con quál purpurea llama retocada
Fue á partes su belleza floreciente,
Que desmaya y abrasa ocultamente
A la alma mas soberbia y mas helada?
Tus puras luces, dulcemente atroces,
¿Qué rayo celestial cerca y enciende?
¿Cómo suspende tu razon divina?
Mas ¡ó necio, quán poco las veloces
Palabras pueden! Lesbia peregrina,
Quien menos habla en tí menos te ofende.

XX.

Donde con presto paso y frente leda,
Fedro amigo, caminas diligente,
Llevas ¡ó quán en vano! la hacha ardiente,
Que esparce de la cumbre el humo en rueda.
¿Ignoras, por ventura, quánto pueda
Mas estender su luz resplandeciente
La llama que en mi pecho acerbamente,
Y dulce el engañoso amor hospeda?
Esa puede apagar fuerza de viento,
Y la lluvia que ya se precipita
Con ímpetu del cielo y con ruido.
Pero de Venus el ardor que siento,
Si la misma deidad no le marchita,
Nunca será de otro poder rendido.

XXI.

Fabio tú viste, y luego á la amorosa
Hacha ardiste: no culpo la presteza,
Que es nueva admiracion la alma, belleza
De la en ti dulcemente poderosa.
Los cándidos jazmines, y la rosa
Que en su frente esparció naturaleza

¿Quién vió jamas? y ¿quién la alta belleza,
Y llama de sus luces gloriosa?
  Y tú, prudente, que el correr no ignoras
Del puro sol, á escura noche fria,
Ardes en viendo lumbre soberana.
  Arde, que huyen las veloces horas,
Y no se sabe si al presente dia,
Fabio, podrá añadirse el de mañana.

XXII.

  ¡O cómo quando ví tu blanca frente,
Lesbia, yo parecí! Como encendido
Con nueva llama el pecho endurecido
Ya siento regalar sabrosamente.
  Mas ¿quál admiracion, si á un excelente
Y peregrino amor se ve rendido
De altivas luces quien miró atrevido
Resplandor que vibráron refulgente?
  Pero que en transparente tersa y pura
Nieve se asconda del helado ciego
La no vencida hacha abrasadora.
  Y que muera en incendios cada hora
Quien de nieve tocó humana figura.
¡O admiracion! ¡ó no entendido fuego!

XXIII.

No canses el ingenio ni la mano
En imitar las luces á la nieve,
Lelio, de aquella faz, con que se atreve
Arte sublime á competir en vano.
Que ni el negro cabello simple y vano,
Que tal vez por la frente el aura mueve,
Imitará la tinta, aunque mas pruebe
Sobrar en fuerzas al saber humano.
¿Y podrá las palabras y el aliento
Mentir temple ingenioso de colores?
¡O! no hagas tan grave injuria al arte:
Quando el color me pintes á las flores,
Y la llama del sol y el movimiento;
De Egle podrás la mas dificil parte.

XXIV.

Manlio, las pocas horas que solia
Contar del suelo, al ocio y el engaño,
Dolor tuyo y tu incendio con extraño
Sentimiento á mi mente les debia.
Y ni en la sombra, ni en la luz del dia
Me da apenas alguna desengaño,

Ni la piedad lo ofrece de tu daño,
Llama que no será ceniza fria.
Pues érame escarmiento, peregrina
Forma de padecer, porque temiera
Errar, qual tú, por un vesuvio ciego.
¿Mas cómo ¡ay! si es la causa tan divina?
¡O bien dichoso, aunque abrasado muera!
¿Quién pudo arder en tan ilustre fuego!

XXV.

Sin razon contra el cielo, Aglaya mia,
Mueves airada el labio, porque ha dado
Veloz fin ya á tu lustre, y al dorado
Pelo que en tu alba frente relucia:
Si la flor, que aparece al mediodia
El crespo seno en púrpura bañado
Con color se ve en tierra desmayado,
Antes que él mismo al mar tuerza la via.
Porque el fuego y la nieve dulcemente
En tu rostro mezclados, ¿qué otra cosa
Son que una breve flor? Templa la saña,
Que la fatal disposicion no engaña,
Si á quien alta belleza floreciente
La edad le da de la purpurea rosa.

XXVI.

Ardo en la llama mas hermosa y pura
Que amante generoso arder pudiera:
Y necia envidia, no piedad severa,
Tan dulce incendio en mí apagar procura.
¡O, cómo vanamente se aventura
Quien con violencia y con rigor espera
Que un alto fuego en la ceniza muera,
Mientras un alma á sabor en él se apura!
Si yo entre vagas luces de alba frente
Me abráso, y entre blanda nieve y roxa,
Es culpa de tu amor no hacer caso.
No es la lumbre del sol mas poderosa,
Y agrada mas naciendo en el oriente,
Que quando se nos muere en el ocaso.

XXVII.

De los rosados cercos donde suena
Dulcemente ofendido el puro aliento
Pendes ufano ¡ó búcaro sangriento!
Dando á envidioso amante acerba pena.
Mas que á la mano de artificio llena,
Tanto bien debes al ardor violento;

Y mas que á su primero nacimiento,
Aunque de rara fue y purpurea arena.
No así de amor sucede al rayo airado,
Que alto, encendido en mi alma se eterniza:
Ardo sin dicha entre la llama ciego.
Mas ¡ay! que sientes tanta gloria helado:
Y si el favor no se comprehende al fuego,
Filis, yo no lo envidio en la ceniza.

XXVIII.

Prende sutil metal entre la seda,
Que el pelo envuelve, y ciñe ilustremente
El rico lazo, que de excelsa frente
Sobre el puro alabastro en punta queda.
O prende la vistosa pompa y rueda
Del traslucido velo refulgente
Debaxo el cuello tierno y floreciente,
En quien, ó ni el pesar, ni el tiempo pueda.
Que en mí será tu aguda punta ociosa,
Y de nuevo herir ó dar favores,
No puede otra virtud en tí escondida
Mientras hay viva nieve y blanda rosa,
Y en desmayados ojos resplandores
Arbitros de la muerte y de la vida.

XXIX.

Filis, la destemplanza con que suena
Tu voz á mi desden siempre me advierte,
Que tambien para tí guardó la suerte
El fuego á que severa me condena.
A tratar nueva injuria como agena,
Filis, mal puede ser que el arte acierte;
Que no hay remedio á no prevista muerte,
Ni prevencion en no advertida pena.
En vano á persuadirme te dispones
Con forzada razon tus falsos yelos,
Si tus alientos no te son propicios.
¿Sabes que diéron próvidos los cielos
Al humano secreto las acciones
Solas de su verdad fieles indicios?

XXX.

Rompo con lisa frente las prisiones,
Filis, que tus engaños fabricáron:
Lágrimas tu mentir acreditáron
Contra hábitos de fieles presunciones.
¡O quántas veces, Fili, á tus acciones,
Que mal ardiente llama en mí apagáron,

En mis yelos piedad solicitáron,
Y turbáron prudentes prevenciones!
Pero ya de tu llanto la eloqüencia,
Y de tus modos el silencio, el arte
No podrá introducir nuevos engaños.
Y yo mas quiero á solas envidiarte,
Que ver siempre obstinada la prudencia
Al persuadir de tantos desengaños.

XXXI.

¿Qué secretos no vistos en mis males
Inventas, Cloe? Miro las acciones
Que fabricáron á mi paz prisiones,
Como quando en tus gracias siempre iguales:
Tambien las puras luces celestiales,
Contra quien no hay humanas prevenciones.
Mas ¿qué oculto veneno en ellas pones,
Pues las siento, muriendo, desiguales?
¡O modos eficaces y eloqüentes,
Cómo hablais en las injurias mias
Lo que niegan palabras y favores!
Que no entendida fuerza de temores
Descubrís en silencio ¡ay! florecientes
Mis glorias llevan los veloces dias.

XXXII.

Movió mi fuego á compasion los dias,
Y lleváron veloces y severos,
Fili, á tus ojos dulcemente fieros,
La flor que perturbó las paces mias.
Y á los que en competencias y en porfias
De pretender vió tu verdor primeros,
Aun la piedad no hace lisonjeros
De las cenizas que contemplan frias.
Como si fuera al tiempo permitido
Volver, y por las luces de tu frente
Rayo de risa centellando ardiera.
Fueras con tu belleza mas prudente,
Y el hermoso color nunca se viera
Con tanto aplauso á sombras reducido.

XXXIII.

Hiere con saña el mar y con porfia
La seca arena á su crueldad desnuda,
Y el agua siempre en el herir mas cruda,
Temblor envuelto en su furor le envia.
Pero nunca á sus ímpetus desvia
La frente el polvo numeroso, ó duda

Permanecer en su constancia muda,
Por mas que oculto se repare el dia,
  Solo ofendiendo el Ponto entre sus iras,
Suspira en el silencio del arena,
Como si alguna vez fuera ofendido:
  Tal, Lisi, entre las lágrimas suspiras,
Y el repetido aliento en mi mal suena,
Mudo yo á tu furor y endurecido.

SONETOS MORALES.

I.

  Pasa, Tirsis, qual sombra incierta y vana
Este nuestro vivir, y como nieve
Al tibio rayo desvanece en breve,
Todo apacible bien, y gloria humana.
  Mira quanto en color, quanto en lozana
Juventud confiar el hombre debe,
¿Si así acabó Medrano en vuelo leve,
Subido ya á la estanza soberana?
  Siento tu fin veloz (aunque no incierto
Triste imagino á aquel que nos aguarda)
Solo por no avenirle en pena, en lloro.
  Tirsis, dexa este mar, vuelve ya al puerto
La nave, y busca el celestial tesoro,
Que á nos quizá tan triste fin no tarda.

II.

Este que ves, ó huesped, vasto pino,
Util solo á la llama ya en el puerto,
Selva frondosa un tiempo en descubierto
Cielo dió amiga sombra al peregrino.
De la cumbre citoria al ponto vino
Por la mordaz segur el tronco abierto,
Y despues, alta máquina, el incierto
Golfo abrió siempre con hinchado lino.
Vientos, agua sufrió: llegó al aurora,
Veloz nave, rompió luengos caminos,
Y á su patria volvió soberbia y rica.
Mas no firme á sufrir del mar ahora
Los ímpetus, por voto á los marinos
Dioses Castor y Polux se dedica.

III.

Almo, divino sol, que en refulgente
Carro sacas, y escondes siempre el dia
Y otro, y el mismo naces tras la fria
Sombra, que huye la alba luz ardiente.
Pura y cándida Ilitia, que luciente
Eres del cielo honor, si se desvia

El aureo rayo, que tu hermano envia
A tu hermosa faz resplandeciente.
Venid ámbos, venid lustre del cielo
Fáciles á mis ruegos: tu Lucina
Seas blanda á Celia en la cercana hora.
Y, pues, te honra, ó Febo, con divina
Voz, da al infante, quando sienta el yelo
Del ayre, ingenio y dulce voz sonora.

IV.

Este ambicioso mar, que leño alado
Sulcas hoy, pesadumbre peregrina
De fundacion en otra edad divina,
Ha entre soberbias olas sepultado.
Quando se ve ceñido y retirado,
Aparece admirable alta ruina,
Y la llaman ¡ó Manlio! Salmedina,
Que sombra de su nombre aun no ha quedado.
¿Quién creyera, que envidia de grandeza
En lisongero ponto se hallara?
¡O mal segura fe de agua inconstante!
Borró de esta Ciudad la ilustre alteza,
Por dilatarse, como ya borrara
El ancho Imperio, y el poder de Atlante.

V.

Date en que exercitar el sufrimiento,
Y la grandeza de ánimo fortuna;
¿Y desmayas así? ocasion alguna
Menospreciar debieras de tormento.
¿Sabes que es infelice el siempre exênto
De padecer debaxo de la luna,
Que un mal sufrido, y aspereza una
Número da entre Dioses y alto asiento?
Mira como del hierro, y la herida
La mal derecha vid orna su frente
Con verde veste, y con purpurea gloria.
Pues la ínclita Sagunto, por sufrida,
Mas que á sus fuertes muros, y á su gente
Debe á la adversidad su alta memoria.

VI.

Manlio, si alguna vez la igualdad mia,
De la fortuna en el mayor aprieto,
Te causó admiracion, verme sujeto
A tan fácil rigor, risa podria.
Pero si sabes bien de valentía,
No engañe lo exterior tu alto concepto,

Que ¿quién sabe si mas violento efecto
Hizo este mal en mí que en otro haria?
  Nave, que pudo al mar embravecido
Firme sufrir, y al viento mas airado,
Ya ví perder un arenoso asiento.
  Y el vidrio, á luenga edad nunca rendido,
Ni del agua y la llama sojuzgado,
Lo vence y lo consume el blando aliento.

VII.

En vano del incendio que te inflama,
Eternidad presumes, aunque estienda
Su fuerza mas, y el pecho tuyo exciendа,
Que fin breve, y veloz tiene quien ama.
  Si furioso y violento se derrama
Por tus venas en áspera contienda,
Por mas que el roxo humor se le defienda,
Pasto será de su ambiciosa llama.
  No temas, pues, del inconstante y ciego
Vulgo ser habla un poco, que alterado
Subito, como el mar su furia dexa.
  Que si soberbio ardor así te aqueja,
Serás en breve al no sonante fuego
En humo y en cenizas desatado.

VIII.

Este mar, que de Atlante se apellida,
En inmensas llanuras estendido,
Que á la tierra amenaza embravecido,
Y ella tiembla á sus olas impelida.
Cubre, Antonio, la parte mas lucida
Del orbe, y yace envuelta en alto olvido:
Vivir el hombre apénas ha podido,
Y fué mayor que el Africa encendida.
En un sol, y una sombra esta grandeza
La agua cubrió: dí ¿y temes alterado
De tus males eterna la aspereza?
¡O quán cerca te juzgo de engañado,
Si imaginas en ánimos firmezas!
Que todo huye qual sombra, ó viento ayrado.

IX.

¿Es esta vez, ó Manlio, la primera
Que sentiste las iras temeroso
Del agua, y del vulturno proceloso,
O que llegaste á ver la muerte fiera?
¿Por qué la frente con la paz severa
Turbas hora con llanto vergonzoso?

De estas olas, y viento impetuoso
En vano acusas la celeste esfera.
  Que no ignorabas tú, quan mal seguras
Son del mar las lisonjas, y quan ciertas
A deslizarse sus tranquilas horas.
  Llora la humana condicion; si lloras,
Manlio, y que al mar de ayer nunca despiertas
Las mientes, con que hoy mides tus venturas.

X.

  Temes en vano al rayo que te ofende,
Ser en polvo, y en humo convertido,
Aunque del pecho tuyo en lo escondido,
Tanto con ambicioso ardor se estiende.
  El regalo ¿á quál ánimo defiende?
Antes lo tiene débil y oprimido,
Solo constante te hará, y sufrido
A padecer el fuego, que te enciende.
  Como el barro, que diestra mano informa
De la impelida rueda al movimiento,
Apena estable en su primer figura.
  Que mientra al agua y viento se conforma
Yace frágil, y firme sufrimiento
Le dé la llama con que eterno dura.

XI.

¿Sabes quán raro bien sigue á las horas,
Y que podrás apénas en el dia
Contar alguno, y la tristeza mia
Ya admiras, y ya culpas y ya lloras?
Engañaste, si piensas que mejoras,
O borras así el mal que el cielo envia:
¿No ves que al sol, como á la sombra fria,
Siempre acompañan penas voladoras?
Juzgó, Manlio, tu mente, que sin duda
El ánimo y el tiempo se mudara,
Si otro el lugar, y si otro el ayre fuera.
Mas ¿qué hizo el que mares mil sulcara,
E incognitas naciones anduviera?
¡Qué el cielo ay, y no el ánimo se muda!

XII.

Vime del adria en la soberbia fiera
El vigor, y el aliento desmayado,
Fuego ya de las olas arrojado,
Soy naufrago despojo en la ribera.
Don Juan, en mi ventura ¿quién creyera
Tan súbita piedad de ponto ayrado?

Temime entre sus iras sepultado,
Y salvo aun tiempo me contemplo fuera.
Colgare humida veste en sacro templo
Al eterno, y comun Señor por voto:
Seré acaso escarmiento al atrevido.
Mas como á mí, inconstante, si al sentido
No asiste en viva imágen para exemplo,
Viento y turbado mar y pino roto.

XIII.

Levanto el cuerpo, que sustento apena,
De esta playa, que el ponto hiere y baña,
Libre ya de los ímpetus y saña,
Que teme y tiembla la azotada arena.
Y miro la agua de piedad agena,
Que entre montes de espuma con extraña
Crueza me volvió, como ahora engaña,
Que mansamente por la playa suena.
Pero yo que me ví en el trance extremo
Tantas veces, y sé quanta distancia
Hay de su alegre á su turbada frente,
Huyo su imágen; aunque vanamente,
Que si conozco su mudanza, temo
Como igual á sus olas mi constancia.

XIV.

No viste, siempre, en firme lazo atadas
La piedad y la fe á la mansedumbre,
Ya en líquida y sonante pesadumbre,
Son con freqüente exemplo desatadas.
Mira quantas Ciudades fabricadas,
Que al cielo amenazaran con su cumbre,
Y arriba fuéron por su excelsa lumbre,
Callan entre la aguas sepultadas.
Este, pues, tan cruel, tan ambicioso
Humor, que lame fiero altas ruinas,
Es fiel, y pio á la tierra un tronco helado;
¡O afectos! ¡ó piedad! que al proceloso
Ponto ilustran tus obras peregrinas,
Y á mí ni aun sombra fria no haya tocado.

XV.

¿Cómo será de vuestro sacro aliento
Depósito, Señor, el barro mio?
Llama á polvo fiar mojado y frio,
Fué dar leve ceniza en guarda al viento.
Que superior, que puro movimiento
Habrá en ardor, á quien el peso impio

De esta tierra mortal apaga el brio,
Y los esfuerzos á su ilustre asiento.
Piedad este encendido soplo aguarda,
Que en mí se halla duramente atado,
Mientra el postrer desmayo se difiere:
Y si entre tanta oposicion dexado
Fuere de vos, mi eterno fin no tarda,
Que un breve fuego, aun sin contrarios muere.

XVI.

Estas ya, de la edad, canas ruinas,
Que aparecen en puntas desiguales,
Fuéron anfiteatro, y son señales
Apénas de sus fábricas divinas.
¡O á quan misero fin, tiempo, destinas
Obras que nos parecen inmortales!
Y temo, y no presumo, que mis males
Así á igual fenecer los encaminas.
A este barro que llama endureciera,
Y blanco polvo humedecido atara:
¡Quanto admiró, y pisó número humano!
Y ya el fausto, y la pompa lisonjera
De pesadumbre tan ilustre y rara
Cubre yerba, y silencio y horror vano.

XVII.

En mi prision, y en mi profunda pena,
Solo el llanto me hace compañía;
Y el horrendo metal, que noche y dia
En torno al pié molestamente suena.
No vine á este rigor por culpa agena,
Yo dexé el ocio y paz en que vivia,
Y corrí al mal, corrí á la llama mia,
Y muero ardiendo en áspera cadena.
Así del manso mar en la llanura
Levantando la frente onda lozana,
La tierra al agua, en que nació prefiere:
Mueve su pompa á la ribera ufana,
Y quanto mas sus cercos apresura,
Rota mas presto en las arenas muere.

XVIII.

No se acredita el dia, ántes se infama
Con la injuria que hace á la belleza;
Húyenos con oculta ligereza,
Y va tras él la mas ilustre llama.
¿Qué breve fin no temerá quien ama?
Clori, la dulce flor, y la pureza

De tus luces y nieve, con presteza
Desvaneció, y enmudeció la fama.
Así en el ayre discurrir lucientes
Ví de la tierra alientos estivales,
Y morir quando mas resplandecientes:
Y así á importunas pluvias celestiales
Formarse en la agua cercos trasparentes,
Sin dexar de su pompa aun las señales.

XIX.

¡Cómo se van la aguas de este rio
Para nunca volver! así los años,
Y solo dexan infalibles daños,
Que reparar, no puede voto pio.
Fundamos esperanzas al estio
Desde el invierno, ¡ó ciego error! ¡ó engaños!
Y nos huyen los tiempos por extraños
Modos, y huye el floreciente brio.
La dulce atrocidad de aquellos ojos,
Ante quien ya perdí color y aliento,
Tras sí la lleva á mas andar el dia.
Vive tú á la opinion de honor sediento,
Que yo al ocio plebeyo viviria,
Si apénas hay de lo que fuí despojos.

XX.

Si mides tu ambicion con tu fortuna,
Miéntras la edad sin detenerse vuela,
Sin causa, Fabio, tu razon desvela,
Que haya á tu suerte oposicion alguna.
En lo interior del orbe de la luna,
No esperes paz al bien que el alma anhela,
Antes, ó Fabio, al sufrimiento vela
Alegre al que contrario lo importuna.
Como la siempre floreciente llama,
Por quien renace, y por quien muere el dia,
Que igual raya en el cielo, y resplandece,
Ya montañas de nubes á porfia
En su mayor oposicion parece,
Que de hermosas luces las inflama.

XXI.

¡Cómo á ser inmortal, Manlio, caminas!
Pues quando el orbe en piezas dividido,
Cae con ímpetu horrendo, y con ruido
Intrépido te hieren sus ruinas.
Emulas, Manlio, son de las divinas
Tus acciones, del número embestido

Ni pasas á sus voces advertido,
Ni á sus injurias aun la frente inclinas.
Así al luciente cerco de la luna,
Rayando en muda noche el Oriente,
Furioso can latiendo va erizado.
Y ella igual y segura, y refulgente
Sube, mal advertida á la importuna
Voz del can simple, en daño suyo airado.

XXII.

¡O rotos leños, y mojado lino,
Horror á la ambicion más lisonjera,
Que mal fundado error tu luz primera
En la selva turbó robusto pino!
Y tú, atrevida yerba, que camino
Á fábrica naval diste en la fiera
Agua, ya por su injuria en la ribera
Eres triste escarmiento al peregrino.
¡O mil veces dichoso el que igual cuenta
Largas horas en ocio entre sus lares,
Superior á vulgares opiniones!
Que ni la suerte envidiará sedienta,
Ni (inútil peso) temerá en los mares
Escudriñar sus íntimas regiones.

XXIII.

Cánsome en fabricar lenta fortuna
Con el error que á los humanos lleva;
Mas la experiencia á mi razon le prueva,
Que igual me ha de seguir la de la cuna.
Esta luz (para mí nunca oportuna)
Solamente en mi daño se renueva,
Ni sé que mas á sus orientes deba,
Que la vez de los casos importuna.
Y estoy ya tan de parte del engaño,
Que fabulosas glorias me propone,
Que accion no acuso de funesta suerte.
Así á sus leyes ambicion dispone
El ánimo, y en tanto errar no advierte
La verdad que le avisa el desengaño.

SILVAS.

I.

A la Rosa.

Pura encendida rosa,
Emula de la llama,
Que sale con el dia,
¿Cómo naces tan llena de alegría,
Si sabes que la edad que te da el cielo,
Es apénas un breve y veloz vuelo?
Y ni valdrán las puntas de tu rama,
Ni tu púrpura hermosa,
A detener un punto
La execucion del hado presurosa.
El mismo cerco alado,
Que estoy viendo riente,
Ya temo amortiguado,
Presto despojo de la llama ardiente.
Para las hojas de tu crespo seno
Te dió amor de sus alas blandas plumas,
Y oro de su cabello dió á tu frente.
¡O fiel imágen suya peregrina!
Bañóte en su color, sangre divina,

De la deidad que diéron las espumas.
¿Y esto, purpúrea flor, y esto no pudo
Hacer ménos violento el rayo agudo?
Róbate en una hora,
Róbate licencioso su ardimiento
El color y el aliento:
Tiendes aun no las alas abrasadas,
Y ya vuelan al suelo desmayadas:
Tan cerca, tan unida
Está al morir tu vida,
Que dudo si en sus lágrimas la aurora
Mustia tu nacimiento ó muerte llora.

II.

Al Clavel.

A tí, clavel ardiente,
Envidia de la llama y de la aurora,
Miró al nacer mas blandamente Flora:
Color te dió excelente,
Y del año las horas mas suaves.
Quando á la excelsa cumbre de Moncayo
Rompe luciente sol las canas nieves,
Con mas caliente rayo
Tiendes igual las hojas abrasadas;

¿Mas quién sabe, si á Flora el color debes,
Quando debas las horas mas templadas?
Amor, amor sin duda dulcemente
Te bañó de su llama refulgente;
Y te dió el puro aliento soberano,
Que eres, flor encendida;
Pública admiracion de la belleza,
Lustre y ornato á pura y blanca mano,
Y ornato, lustre y vida
Al mas hermoso pelo,
Que corona nevada y tersa frente:
Sola merced de amor, no de suprema
Otra deidad alguna.
¡O flor de alta fortuna!
Quantas veces te miro
Entre los admirables lazos de oro,
Por quien lloro y supiro,
Por quien suspiro y lloro;
En envidia y amor junto me enciendo.
Si forman por la pura nieve y rosa,
Diré mejor por el luciente cielo
Las dulces hebras amoroso velo,
Quedas, clavel, en cárcel amorosa
Con gloria peregrina aprisionado.
Si al dulce labio llegas, que provoca
A suave deleyte al mas helado;

Luego que tu encendido seno toca,
A tu color sangriento
Vuelves ¡ay ó dolor! mas abrasado.
¿Dióte naturaleza sentimiento?
¡O yo dichoso á haberseme negado!
Hable mas de tu olor y de tu fuego
Aquel, á quien envidias de favores,
No alteran el sosiego.

III.

A la Rosa amarilla.

¿Quál suprema piedad, rosa divina,
De alta belleza transformó colores
En tu flor peregrina
Teñida del color de los amores?
Quando en tí floreció el aliento humano,
Sin duda fué soberbio, amante y necio;
Cuidado tuyo y llama;
Y tú descuido suyo y su desprecio:
Diste voces al ayre, fiel en vano.
¡O triste, y quantas veces,
Y quántas ¡ay! tu lengua enmudeciéron
Lágrimas que copiosas la ciñéron!
Mas tal hubo deidad, que conmovida

(Fuese al rigor del amoroso fuego;
O al pio afecto del humilde ruego)
Borró tus luces bellas,
Y apagó de tu incendio las centellas:
Desvaneció la púrpura y la nieve
De tu belleza pura
En corteza y en hojas y astil breve:
El oro solamente,
Que en crespos lazos coronó tu frente,
En igual copia dura,
Sombra de la belleza,
Que pródiga te dió naturaleza.
Para que seas, ó flor resplandeciente,
Exemplo eterno, y solo de amadores,
Sola eterna amarilla entre las flores.

IV.

Al Jazmin.

¡O en pura nieve y púrpura bañado
Jazmin, gloria y honor del cano estío!
¿Quál habrá tan ilustre entre las flores,
Hermosa flor, que competir presuma
Con tu fragante espíritu y colores?
Tuyo es el principado

Entre el copioso número que pinta
Con su pincel y con su varia tinta
El florido verano.
Naciste entre la espuma
De las ondas sonantes,
Que blandas rompe y tiende el Ponto en Chio;
Y quizá te formó suprema mano,
Como á Venus tambien de su rocío:
O si no es rumor vano
La misma blanca diosa de Citera,
Quando del mar salió la vez primera,
Por dó en la espuma el blando pié estampaba
De la playa arenosa,
Albos jazmines daba.
Y de la tersa nieve y de la rosa,
Que el tierno pié ocupaba,
Fiel copia apareció en tan breves hojas.
La dulce flor de su divino aliento
Liberal escondió en su cerco alado:
Hizo inmortal en el verdor tu planta,
El soplo la respeta mas violento;
Que impele vuelto en nieve el cierzo frio,
Y la luz mas flamante,
Que Apolo esparce altivo y arrogante.
Si de suave olor despoja ardiente
La blanca flor divina,

Y amenaza á su cuello y á su frente
Cierta y veloz ruina,
Nunca tan licenciosa se adelanta,
Que al incansable suceder se opone
De la nevada copia,
Que siempre al mayor sol igual florece,
E igual al mayor yelo resplandece.
¡O jazmin glorioso!
Tú solo eres cuidado deleytoso
De la sin par hermosa Citerea,
Y tú tambien su imágen peregrina.
Tu cándida pureza
Es mas de mí estimada,
Por nueva emulacion de la belleza
De la altiva luz mia,
Que por obra sagrada
De la rosada planta de Dione:
A tu excelsa blancura
Admiracion se debe,
Por imitar de su color la nieve,
Y á tus perfiles roxos,
Por emular los cercos de sus ojos.
Quando renace el dia
Fogoso en oriente,
Y con color medroso en occidente,
De la espantable sombra se desvia,

Y el dulce olor te vuelve,
Que apaga el frio, y que el calor resuelve;
Al espíritu tuyo
Ninguno habrá que iguale;
Porque entonces imitas
Al puro olor que de sus labios sale.
¡Oh! corona mis sienes,
Flor, que al olvido de mi luz previenes.

V.

A la Arrebolera.

Tristes horas y pocas
Dió á tu vivir el cielo;
Y tú á su eterna ley mal obediente
A no fáciles iras lo provocas:
Alzas la tierna frente,
(¿Diré en llama ó en púrpura bañada?)
De la gran sombra en el obscuro velo;
Y mústia y encogida y desmayada
Llegas á ver del dia
La blanca luz rosada:
¡Tan poco se desvia
De tu nacer la muerte arrebatada!
Si es, pues, de alto decreto,

Que el tiempo breve de tu edad incluyas
En solo el cerco de una noche fria,
¿Qué te valdrá que huyas
Con ambicioso afecto
De acrecentarle instantes á la vida?
No inquietes atrevida
El cano seno á los profundos mares,
Que por ventura negarán camino
En daño tuyo á tu serrado pino:
Y en vez de la acogida,
Que en las pardas entrañas
Hallaste siempre de la tierra dura,
Hallarás en sus aguas sepultura.
Dime: ¿quál necio ardor te solicita
Por ver de Apolo el refulgente rayo?
¿Qué flor de las que en la larga copia el Mayo
Vierte, su grave incendio no marchita?
¡O, como es error vano
Fatigarse por ver los resplandores
De un ardiente tirano,
Que impio roba á las flores
El lustre y el aliento y los colores!
Y tú admirable y vaga
Dulce honor, y cuidado de la noche,
Si la llama y color el sol se apaga,
¿Quál mayor dicha tuya,

Que el tiempo de tu edad tan veloz huya?
No es mas el luengo curso de los años
Que un espacioso número de daños.
Si vives breves horas,
¡O, quántas glorias tienes!
Tú las divinas sienes
Ciñes de la callada noche obscura,
Y no una vez ofrece á las auroras
La soñolienta Diosa
De tus colores bellos
Tintas para su frente y sus cabellos.
Dexa el mar ambiciosa,
Que por tu errar inmenso y dilatado,
No añadirá fortuna
Hora á tu edad alguna;
Ni por mudar lugar tan apartado,
Que otro sol lo visite y otra luna:
Y pasa en ocio y paz aventurada
De tu vivir el tiempo obscuro y breve,
Esperando aquel último desmayo
A quien tu luz y púrpura se debe.

VI.

Al Verano.

Fonseca, ya las horas
Del invierno aterido,
Aunque tarde, se fuéron,
Y su vez agradable permitiéron
Al céfiro florido.
Ya el verano risueño
Nos descubre su frente,
De rosas y de púrpura ceñido:
Remite el ayre el desabrido ceño,
Y el sol libra sus rayos
De las nubes obscuras;
Y con luces mas vivas y mas puras,
Regalando la nieve
Al blando pie de los parados rios,
Las prisiones de yelo alegre quita,
Y su antiguo correr les solicita.
Viste de yerva el suelo,
Y de verdor lozano
Frentes que desnudara el Cierzo cano:
En la copia de flores que aparece
Por los troncos desnudos,

Que rara y breve hoja cubre apenas,
Esperanzas ofrece
Del rústico al sudor, premio mal cierto,
Bien que sabroso engaño,
De los frutos que espera
En el copioso ramo, y en la era.
La pesadumbre líquida no crece
Con el sudor de los obscuros vientos,
Que ásperos la levantan y remueven
De sus hondos asientos;
Mas antes ya serena y clara gime,
Con el peso de máquinas aladas,
Que su tranquila y lisa frente oprime.
Filomena con voces acordadas,
Se oye sonar en los confusos senos
De ramas intrincadas,
Y en los prados amenos.
¡O, como es el verano
tiempo el mas genial y mas humano
Que otro alguno que da el volver del cielo!
¡O quál número y quánto trae de flores!
¡O quál admiracion en sus colores!
De la imagen de amor, ardiente rosa,
Las encendidas alas
Que fuéron ya de sus espinas galas,
Con el color, con el olor divino

Son lustre y ornamento al blanco lino,
Do al gusto se ministra coronando
La mesa regalada
Y fruta sazonada
Con el puro rocío blanqueando.
Pues ¿quál parece el búcaro sangriento,
De flores esparcido,
Y el cristal Veneciano,
A quien la agua de helada
La tersa frente le dexó empañada!
¿A quál vaga lazada de oro crespo,
A quál púrpura y nieve,
Por do las gracias y el amor se mueve,
No aumentó hermosura peregrina
Alguna flor divina?
¡O florido verano!
Si á mi afecto se debe,
Camina á lento paso;
Dexa el volar, dexa el volar ligero
Para tiempo mas triste y mas severo.
Tú cándido, y suave y blando espira,
Y tarde te retira;
Pero sordo y dificil á mi ruego,
Veloz pasas volando
Al humano linage amonestando,
Viendo las rosas que su aliento cria

Como nacen y mueren en un dia:
Que las humanas cosas,
Quanto con mas belleza resplandecen,
Mas presto desvanecen.
¿Y tú la edad no miras de las rosas?
Arde, Fonseca, en el divino fuego,
Que dulcemente engaña tu cuidado:
Toma exemplo del tiempo, que nos huye,
Y en sus flores de tardos nos arguye,
Y no dexes pasar en ócio un punto;
Que tan excelsa llama
A nueva gloria y resplandor te llama.
¿Y sabes si á este dia claro y puro
Otro podrás contar ledo y seguro,
O si del bello incendio que te apura
Ha de lucir eterna la hermosura?

VII.

A un Pintor que no acertaba á pintar á Apolo en una tabla de laurel.

Manchó el pincel con el color en vano
Para imitar ¡ó Febo! tu figura
En tabla de laurel: ó los colores
No obedecen la mente ni la mano,

O huye tambien, Dafne, tu pintura,
Arbol aun no olvidando tus amores.
Perdió la grana y nieve que solia
Teñir su boca y frente;
El casto afecto no, con que vivia,
Pues aun lo guarda en la corteza dura.
Sí: perdió solamente
El color y hermosura,
Y anima el duro tronco, Dafne esquiva,
En tu desden aun á tu imagen viva.
A la aurora pinté en el horizonte,
Entre inflamadas nubes y distintas
Con puras luces y rosado arreo.
De la Ninfa, que habita el hueco monte
Mentí con los pinceles el deseo,
Cuerpo dando á la voz con varias tintas.
Y tú, Marte soberbio, aunque guerrero,
Contra mí no vibraste el limpio acero;
Porque con los colores te mostrara
Espirando fiereza.
Sola esta virgen prueba su dureza
En mí, porque intentara,
Que leño informe Apolo la abrazara.
Dafne al arte ha vencido:
Venció ya Dafne al arte,
¡O Cintio! culpa es tuya.

¿Do está el arco, do está el divino aliento?
A tan flaco poder mengua es que huya,
Y que de él se remita alguna parte.
Dime: ¿la antigua llama
Con imperio en tu sangre se derrama?
Que el desden solo puede en un rendido.
Ya tu desprecio, y no el del arte siento,
Que si queda sin gloria (ilustre Apolo),
Tú fábula, y sin lustre al mundo solo.

VIII.

A la Tranquilidad.

IMITACION DE HORACIO.

Ocio á los Dioses pide
Pálido, con helada voz é incierta,
El que en mal firme nave
Áspero mira el campo del Egeo:
Y aquel, que apenas con el peso grave
De las armas respira,
Quando el metal horrendo envuelto en humo,
Hierro ó plomo despide;
Y el que entre el fuego y el furor no acierta
A hacer en el ocio de sí empleo,

Lo huelga freqüentar con el deseo.
Yo, pues, ¡ quánto me engaño, si presumo
Entre el polvo, que vuelto en llama espira
El hueco bronce, ó entre turbias olas,
Ocio hallar en frágil leño ¡ó Mario!
No venal por la púrpura ni el oro!
En vano me aconsejas que sulquemos
Mares, que en breve ayrados temeremos.
Mas doy que vuelen nuestras naves solas,
No con alas de lino, el Ponto vario,
Y que lleguen al puerto, y las arenas
Ya pisemos de playas peregrinas;
Y doy que luego las profundas minas,
No como siempre, avaras, el tesoro
Nos ofrezcan, que esconden en sus venas,
Por los montes de oro levantados.
¡Ay! que no libra el oro, y la grandeza
Do alborotos la mente,
Ni la region con otro sol caliente.
Daste al agua atrevido y su aspereza,
Y huyes esta patria, este elemento,
Que primero espiraste,
Y en quien primeras lágrimas vertiste.
No huyas, que aunque huyas al abismo,
No podrás de tí mismo;
Y todos los pesares

Que en la tierra tuviste,
Tambien te han de seguir por altos mares.
No dexes por un pino el firme asiento,
Donde mas de una vez el ócio hallaste.
¿Sabes que los cuidados voladores
Suben ligeros, mas que airado viento
A las naves mayores?
Sabeslo, y la codicia
Tu alta razon pervierte.
Mira que la avaricia
A nadie quita la debida muerte,
O le aumenta al vivir un solo dia.
Yo, aunque mas obstinado me aconsejes,
No he de huir de mi nativo suelo;
Y aunque de mí te alejes,
Como dices, á mas benigno cielo,
(Que es lo que mas de tí sentir podria,)
Que ya en segura paz y en descuidado,
Ocio alegre desprecio,
El diverso sentir de vulgo necio,
Sin esperanza alguna
De mas blanda fortuna:
Y aguardo sosegado el dia postrero,
Que verá poco alegre mi heredero.

IX.

A la Constancia.

¿Ves como las riberas permanecen
Firmes, Pacheco, al Ponto embravecido,
Que aunque al horrendo golpe se estremecen
Con el temor quizá del gran ruido,
Despues de roto un mar con igual frente,
Animosas aguardan el siguiente?
Tal juzga mi firmeza,
Aunque cambio semblante
A los golpes del vulgo enfurecido:
Que el ánimo constante
No ostenta su grandeza
En negar á los males sentimiento,
Mas solo en no abatirse á su aspereza.
Armense ciento á ciento
Los que muerden con rabia envidiosa,
Y furiosos en mí su fuerza prueben,
Que en lo adverso constancia se acredita.
¡Oh, exercite yo siempre el sufrimiento
Con frente no marchita!
Que los valientes animos mas deben
A la acerba ocasion, que á la dichosa;

Porque en el daño su valor se aumenta.
Como el estéril campo que acrecienta
Su virtud abrasado,
En incendio sonante y dilatado:
Su vicio se destierra,
Y la copia de frutos producida,
Debe mas á la llama que á la tierra.
¡O, quánto es infelice quien la vida
Breve pasa olvidado!
Siempre igual, quando nace y quando muere,
Yace en alto silencio sepultado.
¡Y quánto aquel dichoso,
Que la comun envidia mereciere!
Pues que vive envidiado, no envidioso,
De quanto bien reparte la fortuna
Debaxo el arco de la blanca luna.
Presente la virtud no resplandece
Como debe, con honra no manchada;
Antes es perseguida y denostada;
Mas descúbrese ausente, y aparece
El puro lustre suyo,
Y entónce aun del contrario es deseada.
Con este fundamento nunca huyo
Miéntras vivo, Pacheco peregrino,
Del enemigo el diente mas agudo;
Ni formó queja alguna

Del mas amigo en mi alabanza mudo:
Que en el último dia
Comenzará á vivir la gloria mia.
Tú, pues, que en la pintura con destreza,
A la naturaleza
Ya vences, y ya igualas;
No temas de enemiga
Pluma, ó de acerva lengua lo que diga:
Que tu nombre divino
El tiempo llevara sobre sus alas,
Y por tu ingenio y arte
Dirá del orbe en la escondida parte,
Nunca en tus alabanzas importuno,
Que ántes te envidia, que te imita alguno.

X.

A la Riqueza.

¡O mal seguro bien! ¡ó cuidadosa
Riqueza, y cómo á sombra de alegria,
Y de sosiego engañas!
El que vela en tu alcance, y se desvia
Del pobre estado, y la quietud dichosa,
Ocio y seguridad pretende en vano.
Pues tras el luengo errar de agua y montañas,

Quando el metal precioso coja á mano,
No ha de ver sin cuidado abrir el dia.
No sin causa los Dioses te escondiéron
En las entrañas de la tierra dura:
¿Mas qué halló difícil y encubierto
La sedienta codicia?
Turbó la paz segura,
Con que en la antigua selva floreciéron
El abeto y el pino,
Y tráxolos al puerto,
Y por campos de mar les dió camino.
Abrióse el mar, y abrióse
Altamente la tierra,
Y saliste del centro al ayre claro,
Hija de la avaricia,
A hacer á los hombres cruda guerra.
Saliste tú, y perdióse
La piedad que no habita en pecho avaro.
Tantos daños, riqueza,
Han venido contigo á los mortales,
Que aun quando nos pagamos á la muerte,
No cesan nuestros males:
Pues el cadáver que acompaña el oro,
O el costoso vestido,
Solo por opulento es perseguido.
Y el último descanso y el reposo,

Que tuviera en pobreza, le es negado,
Siendo de su sepulcro conmovido.
¡A quántos armó el oro de crueza!
¡Y á quántos ha dexado
En el último trance, ó dura suerte!
Pierde su flor la virginal pureza
Por tí, y vése manchado
Con adulterio el lecho no esperado.
Al ménos animoso,
Para que te posea,
Das, riqueza, ardimiento licencioso.
Ninguno hay que se vea
Por tí tan abastado y poderoso,
Que carezca de miedo.
¿Qué cosa habrá de males tan cercada,
Pues ora pretendida, ora alcanzada,
Y aun estando en deseos,
Pena ocultan tus ciegos devaneos?
Pero cansome en vano, decir puedo,
Que si sombras de bien, en tí se vieran,
Los inmortales Dioses te tuvieran.

XI.

A la Pobreza.

Desde el infausto dia,
Que visité con lágrimas primeras,
Me tienes ¡ó pobreza! compañía:
Aunque tan buena, como dicen, fueras,
Por ser tanto de mí comunicada,
Me vinieras á ser menospreciada.
Diré tus males, sin que mucho ahonde
En ellos, que es muy raro
Lo que por glorias tuyas contar puedes;
Tal vez el que en su casa un monte asconde,
De Numidia y de Paro,
En aras y paredes,
Quando entre el blando lino se rodea,
Puesto de los cuidados en el fuego,
Sin conocerte alaba tu sosiego,
Y nunca, aunque lo alaba, lo desea:
Llegas á ser de alguno al fin loada,
Mas de ninguno apénas deseada:
Si eres tú de los males
El que nos trata con mayor crueza,
¿Cómo podrá ninguno codiciarte?

Despues que nació el oro,
Y con él la grandeza,
Murió tu ser, murió tu igual decoro,
En otra edad divino:
Si, por eso, pobreza, en toda parte,
Con enfermo color andas contino.
Con preciosos metales,
Siempre veo levantado
Lo que tienes tú sola derribado.
¿Qué ciudad populosa
Se sabe, que por tí se haya fundado?
¿Qué fuerza inexpugnable y espantosa
Por tí se ha fabricado?
El suave color, la hermosura,
Solo en tu ausencia con su lustre dura.
Píntame la belleza
Mayor que imaginares,
Compuesta de jazmines y de grana,
Si con vestido tuyo la adornares,
Su lustre pierde y gracia soberana;
Pues quando el agro invierno,
Hijo tuyo sin duda,
Que como tú tambien, siempre desnudo,
Roba al bosque el verdor, y lo despoja,
Pobre por tí su frente,
Ni su sombra codicia ya la gente,

Ni sus ramas las aves.
Y si yo vanamente no discierno,
¿Quando armarse pudiéron vastas naves,
Dónde se vió tu sombra?
¿Quándo exércitos gruesos?
El número infinito de sucesos,
Que por tí han avenido ¿á quién no asombra?
Hablen los nunca sepultados huesos,
Que en las playas blanquean,
De tantos, que por falta de sustento
Al mar rindiéron el vital aliento.
¿Quántos has escondido
En los anchos desiertos,
Para que al mal seguro cominante
Asalten encubiertos?
¿O en quántas partes se verá teñido
El campo con la sangre de los muertos?
No hay voz, aunque de hierro, que bastante
Sea á decir los males que acarrean
Duras necesidades.
Los que pobres habitan las Ciudades,
¿Qué afrenta no padecen?
Lo que por sus ingenios mereciéron,
¡O pobreza! por tí lo desmerecen.
¿Qué pobre hubo discreto?
¿Quándo tuvo amistades,

Que aun con pequeño honor correspondiéron?
¿Quando con la pobreza algun respeto
Jamas se tuvo á las tendidas canas,
Que tú de blanca nieve, edad, coloras?
¡O de la humana gente mentes vanas!
No cuideis á despecho
De vuestra pobre y mísera fortuna,
Levantaros al cerco de la luna.
Mirad que quantos hijos van saliendo
Del nunca en vano freqüentado lecho,
Tantos esclavos hoy os van creciendo,
Que ocupeis en mezquina servidumbre,
No sin tormento vuestro, no sin llanto:
¿Qué vale, ó pobres, levantaros tanto?
Mirad que es necio error, necia costumbre
Soltar á la soberbia así la rienda:
Que yo apénas humilde y sin contienda,
Puedo contar en paz algunas horas,
De las que paso en el silencio obscuro,
Olvidado en pobreza, y no seguro.

XII.

* Herviente ardor en los primeros años
Así rigió tu acero,
Que su furor temblaba Marte fiero,
Llorando al mismo tiempo los engaños
De Lais y Flora á Venus obediente.
Luego en edad mas alta y floreciente
Al Britano pirata, al enemigo
Belga, que con ayrada y fuerte mano
Infestaba la paz del Océano,
Fuiste horror y castigo.
Ya fiel á la natura que te llama
Con las Musas al templo de la Fama,
Tan culto el plectro suena,
Que iguala, si no vence tu camena
La de Minturno y Taso,
Y es esplendor del Español Parnaso.
Así lebrel valiente y generoso,
De la ira llevado

* Este fragmento y el siguiente se han sacado del códice donde estan las Poesías y borradores de Rioja. Parecen semejantes á las cosas que él hacia, y por eso los hemos colocado aquí, sin que nos atrevamos asegurar que sean efectivameute suyos.

Indómito y furioso,
Rompe los hierros á que estaba atado.
Y á la primera voz del dueño ausente,
Confuso la prision dura consiente,
Venciendo con leal naturaleza,
La llama juvenil de su fiereza.

XIII.

El fuego que emprendió leves materias
Ligeras y atrevidas,
Quanto fuéron mas fáciles y aerias,
Quanto mas estorbadas y oprimidas,
Tanto con mas espíritu se esfuerza
A levantar en sus ardientes alas
Los palacios augustos,
Y los montes mas altos y robustos.
Mas apénas tonante,
De los cóncavos senos de la mina,
El ayre se arrebata,
Y en círculos de humo se dilata;
Quando no se ve mas que la rüina,
Rotas columnas, y deshechas vasas,
Ceniza, y polvo obscuro
Del alta mole, y del trabado muro.
Impía hazaña, y fiera

Por conseguir el natural intento
Resolver la firmeza al grave asiento
De inmudable montaña:
Impía y atroz hazáña,
Y cruda condicion; dar al deseo
Imperio de tirano,
Y al vano afecto poderosa mano.
No así, vagante llama,
Tiende el cabello sobre antigua selva,
Y rompe y se derrama
Por los hojosos senos, ambiciosa
De conservar su luz maravillosa;
Y esforzada del viento,
Discurre por el bosque á paso lento.
Esplende y arde en el silencio obscuro,
Emula de los astros:
Arde y esplende al rutilante y puro
Cándido aparecer de la mañana;
Y sobra y vence al sol siempre segura.
Abrasadora del verdor del pino
Levanta entre sus ramas
Globos de fuego y máquinas de llamas.
Y en el sólido tronco y mas secreto
Del laurel y el abeto
Estalla y gime y luce,
Nunca del Euro ó Noto escurecida,

Ni de la inmensa pluvia destruida.
Tal en mi pecho inapagable incendio
Eterno se sustenta,
Y tal como violenta
Y vana y leve exhalacion huyéron
Las llamas, Clori, que en tu pecho ardiéron.

CANCION

A las ruinas de Itálica.

Estos, Fabio, ¡ay dolor! que ves ahora
Campos de soledad, mustio collado,
Fuéron un tiempo Itálica famosa.
Aquí de Cipion la vencedora
Colonia fue: por tierra derribado
Yace el temido honor de la espantosa
Muralla, y lastimosa
Reliquia es solamente
De su invencible gente:
Solo quedan memorias funerales,
Donde erráron ya sombras de alto exemplo;
Este llano fue plaza, allí fue templo;
De todo apénas quedan las señales:
Del gymnasio, y las thermas regaladas
Leves vuelan cenizas desdichadas;

Las torres que desprecio al ayre fuéron
A su gran pesadumbre se rindiéron.
Este despedazado anfiteatro,
Impio honor de los Dioses, cuya afrenta
Publica el amarillo xaramago,
Ya reducido á trágico teatro,
¡O fábula del tiempo! representa
Quanta fue su grandeza, y es su estrago.
¿Cómo en el cerco vago
De su desierta arena
El gran pueblo no suena?
¿Dónde, pues fieras hay, está el desnudo
Luchador? ¿Dónde está el atleta fuerte?
Todo despareció; cambió la suerte
Voces alegres en silencio mudo:
Mas aun el tiempo da en estos despojos
Espectáculos fieros á los ojos;
Y miran tan confusos lo presente,
Que voces de dolor el alma siente.
Aquí nació aquel rayo de la guerra,
Gran padre de la patria, honor de España,
Pio, felice, triunfador Trajano,
Ante quien muda se postró la tierra,
Que ve del sol la cuna, y la que baña
El mar tambien vencido gaditano.
Aquí de Elio Adriano,

De Teodosio divino,
De Silio peregrino
Rodáron de marfil y oro las cunas.
Aquí ya de laurel, ya de jazmines
Coronados los viéron los jardines,
Que ahora son zarzales y lagunas.
La casa para el César fabricada,
¡Ay! yace de lagartos vil morada:
Casas, jardines, Césares muriéron,
Y aun las piedras que de ellos se escribiéron.
Fabio, si tú no lloras, pon atenta
La vista en lenguas calles destruídas,
Mira mármoles y arcos destrozados,
Mira estatuas soberbias que violenta
Nemesis derribó, yacer tendidas;
Y ya en alto silencio sepultados
Sus dueños celebrados.
Así á Troya figuro,
Así á su antiguo muro,
Y á tí, Roma, á quien queda el nombre apénas,
¡O patria de los Dioses y los Reyes!
Y á tí, á quien no valiéron justas leyes,
Fábrica de Minerva, sabia Atenas:
Emulacion ayer de las edades,
Hoy cenizas, hoy vastas soledades:
Que no os respetó el hado, no la muerte,

¡Ay! ni por sabia á ti, ni á tí por fuerte.
¿Mas para qué la mente se derrama
En buscar al dolor nuevo argumento?
Basta exemplo menor, basta el presente,
Que aun se ve el humo aquí, se ve la llama,
Aun se oyen llantos hoy, hoy ronco acento;
Tal genio ó religion fuerza la mente
De la vecina gente,
Que refiere admirada,
Que en la noche callada
Una voz triste se oye, que llorando,
Cayó Itálica, dice; y lastimosa
Eco reclama *Itálica* en la hojosa
Selva, que se le opone resonando
Itálica; y el claro nombre oido
De *Itálica*, renuevan el gemido
Mil sombras nobles de su gran ruina:
¡Tanto aun la pleble á sentimiento inclina! *

* No se ha querido desfigurar esta bellísima Cancion con la última estancia, indigna enteramente de lo demas; y Rioja, ó no la escribió, ó no debió escribirla.

EPISTOLA MORAL.

Fabio, las esperanzas cortesanas
Prisiones son, dó el ambicioso muere,
Y donde al mas activo nacen canas.
El que no las limare ó las rompiere,
Ni el nombre de varon ha merecido,
Ni subir al honor que pretendiere.
El ánimo plebeyo y abatido
Elija en sus intentos temeroso
Primero estar suspenso que caido:
Que el corazon entero y generoso,
Al caso adverso inclinará la frente,
Antes que la rodilla al poderoso.
Mas triunfos, mas coronas dió al prudente,
Que supo retirarse, la fortuna,
Que al que esperó obstinada y locamente.
Esta invasion terrible é importuna
De contrarios sucesos nos espera,
Desde el primer sollozo de la cuna.
Dexémosla pasar, como á la fiera
Corriente del gran Betis, quando airado
Dilata hasta los montes su ribera.
Aquel entre los héroes es contado,
Que el prémio mereció, no quien le alcanza;

Por vanas conseqüencias del Estado.
Peculio propio es ya de la privanza,
Quanto de Astrea fué, quanto regia
Con su temida espada y su balanza.
El oro, la maldad, la tiranía
Del iniquo procede, y pasa al bueno;
¿Qué espera la virtud, ó qué confia?
Ven y reposa en el materno seno
De la antigua Romulea, cuyo clima
Te será mas humano y mas sereno:
A donde por lo ménos, quando oprima
Nuestro cuerpo la tierra, dirá alguno,
Blanda le sea, al derramarla encima:
Donde no dexarás la mesa ayuno,
Quando te falte en ella el pece raro,
O quando su pavon nos niegue Juno.
Busca, pues, el sosiego dulce y caro,
Como en la obscura noche del Egeo
Busca el piloto el eminente faro:
Que si acortas y ciñes tu deseo,
Dirás, lo que desprecio he conseguido,
Que la opinion vulgar es devaneo.
Mas precia el ruiseñor su pobre nido,
De pluma y leves pajas, mas sus quejas
En el bosque repuesto y escondido,
Que agradar lisonjero las orejas

De algun Príncipe insigne, aprisionado
En el metal de las doradas rejas.
Triste de aquel, que vive destinado
A esa antigua colonia de los vicios,
Augur de los semblantes del privado.
Cese el ansia y la sed de los oficios;
Que acepta el don, y burla del intento
El ídolo á quien haces sacrificios.
Iguala con la vida el pensamiento,
Y no le pasarás de hoy á mañana,
Ni quizá de un momento á otro momento.
Casi no tienes ni una sombra vana
De nuestra antigua Italica: ¿y esperas?
¡O error perpetuo de la suerte humana!
Las enseñas Grecianas, las banderas
Del Senado, y Romana Monarquía
Muriéron, y pasáron sus carreras.
¿Qué es nuestra vida mas que un breve dia,
Dó apena sale el sol, quando se pierde
En las tinieblas de la noche fria?
¿Qué mas que el heno, á la mañana verde,
Seco á la tarde? ¡ó ciego desvario!
¿Será que de este sueño se recuerde?
¿Será que pueda ver que me desvio
De la vida viviendo, y que está unida
La cauta muerte al simple vivir mio?

Como los rios que en veloz corrida
Se llevan á la mar, tal soy llevado
Al último suspiro de mi vida.
¿De la pasada edad, qué me ha quedado?
¿O qué tengo yo, á dicha, en la que espero,
Sin ninguna noticia de mi hado?
¡O si acabase, viendo como muero,
De aprender á morir, ántes que llegue
Aquel forzoso término postrero!
¡Antes que aquesta mies inútil siegue
De la severa muerte dura mano,
Y á la comun materia se la entregue!
Pasáronse las flores del verano,
El otoño pasó con sus racimos,
Pasó el invierno con sus nieves cano:
Las hojas que en las altas selvas vimos,
Cayéron: ¡y nosotros á porfía
En nuestro engaño inmóviles vivimos!
Temamos al Señor que nos envia
Las espigas del año y la hartura,
Y la temprana pluvia y la tardia;
No imitemos la tierra siempre dura
A las aguas del cielo y al arado,
Ni la vid cuyo fruto no madura.
¿Piensas, acaso, tú que fué criado
El varon para el rayo de la guerra,

Para sulcar el piélago salado,
Para medir el orbe de la tierra,
Y el cerco, donde el sol siempre camina?
¡O! ¡quien así lo entiende, quanto yerra!
Esta nuestra porcion, alta y divina,
A mayores acciones es llamada;
Y en mas nobles objetos se termina.
Así aquella, que al hombre solo es dada,
Sacra razon y pura me despierta,
De esplendor y de rayos coronada;
Y en la fria region dura y desierta
De aqueste pecho enciende nueva llama,
Y la luz vuelve á arder que estaba muerta.
Quiero, Fabio, seguir á quien me llama,
Y callado pasar entre la gente,
Que no afecto los nombres ni la fama.
El soberbio tirano del Oriente,
Que naciza las torres de cien codos
Del cándido metal, puro y luciente,
Apénas puede ya comprar los modos
Del pecar; la virtud es mas barata,
Ella consigo mesma ruega á todos.
Pobre de aquel que corre y se dilata,
Por quantos son los climas y los mares,
Perseguidor del oro y de la plata.
Un ángulo me basta entre mis lares,

Un libro y un amigo, un sueño breve,
Que no perturben deudas ni pesares.
  Esto tan solamente es quanto debe
Naturaleza al parco y al discreto;
Y algun manjar comun, honesto y leve.
  No, porque así te escribo, hagas conceto,
Que pongo la virtud en exercicio,
Que aun esto fué difícil á Epiteto.
  Basta, al que empieza, aborrecer el vicio,
Y el ánimo enseñar á ser modesto,
Despues le será el cielo mas propicio.
  Despreciar el deleyte no es supuesto
De sólida virtud, que aun el vicioso
En sí propio le nota de molesto.
  Mas no podrás negarme quan forzoso
Este camino sea al alto asiento,
Morada de la paz y del reposo.
  No sazona la fruta en un momento
Aquella inteligencia, que mensura
La duracion de todo á su talento:
  Flor la vimos primero, hermosa y pura,
Luego materia acerba y desabrida,
Y perfecta despues, dulce y madura.
  Tal la humana prudencia, es bien que mida,
Y dispense y comparta las acciones,
Que han de ser compañeras de la vida.

No quiera Dios que imite estos varones,
Que moran nuestras plazas macilentos,
De la virtud infames histriones:
Esos inmundos, trágicos, atentos
Al aplauso comun, cuyas entrañas
Son infaustos y obscuros monumentos.
¡Quán callada, que pasa las montañas
El aura respirando mansamente!
¡Qué gárrula y sonante por las cañas!
¡Qué muda la virtud por el prudente!
¡Qué redundante y llena de ruido
Por el vano, ambicioso y aparente!
Quiero imitar al pueblo en el vestido,
En las costumbres solo á los mejores,
Sin presumir de roto y mal ceñido.
No resplandezca el oro y los colores
En nuestro trage, ni tampoco sea
Igual al de los dóricos cantores.
Una mediana vida yo posea,
Un estilo comun y moderado,
Que no lo note nadie que lo vea.
En el plebeyo barro mal tostado,
Hubo ya quien bebió tan ambicioso,
Como en el vaso Murino preciado:
Y alguno tan ilustre y generoso,
Que usó, como si fuera plata neta,

Del cristal transparente y luminoso.

¿Sin la templaza viste tú perfecta
Alguna cosa? ¡ó muerte! ven callada,
Como sueles venir en la saeta.

No en la tonante máquina preñada
De fuego y de rumor, que no es mi puerta
De doblados metales fabricada.

Así, Fabio, me muestra descubierta
Su esencia la verdad, y mi albedrio
Con ella se compone y se concierta.

No te burles de ver quanto confio;
Ni al arte de decir vana y pomposa
El ardor atribuyas de este brio.

¿Es por ventura menos poderosa,
Que el vicio, la virtud? ¿es menos fuerte?
No la arguyas de flaca y temerosa.

La codicia en las manos de la suerte
Se arroja al mar; la ira á las espadas,
Y la ambicion se rie de la muerte.

¿Y no serán siquiera tan osadas
Las opuestas acciones, si las miro
De mas ilustres genios ayudadas?

Ya dulce amigo, huyo y me retiro
De quanto simple amé: rompí los lazos:
Ven y verás al alto fin que aspiro,
Antes que el tiempo muera en nuestros brazos.

EGLOGA VENATORIA

DE FERNANDO DE HERRERA.

BOMBAY

De aljaba y arco, tú Diana armada,
Que por el monte umbroso y extendido
Fatigas á las fieras presurosa,
Huye del alto Ladmo desdichada,
Donde tu cazador duerme ascondido;
Que ya otra cazadora mas hermosa
Persigue impetuosa
Al jabalí espumoso y enojado;
Que ya otra mas hermosa cazadora
Al ciervo sigue ahora.
Si Endimion la viere, tu cuidado,
Venciendo de la fiera la braveza,
Te dexará por ella con tristeza.
A Endimion no dexes tú, Diana,
Queda con él, no siga al amor mio.
Tu amor, Endimion, esté contigo;
En la callada noche, en la mañana,
Al sol ardiente, al importuno frio
Mi dulce cazadora esté conmigo.
Este bosque es testigo,
Quantas veces la llamo, y busco en vano;

La aurora me oye sola sin su amante,
Y se ofrece delante,
Quando espera las fieras en lo llano,
Suspira ella su amor, yo lloro el mio,
Si al monte mira, yo á mi valle y rio.
Hermosa cazadora, que has llevado
Del frio bosque mi herido pecho,
Con el cabello de oro suelto al viento,
Y de flores y rosas coronado:
¿Eres Napea de este valle estrecho,
Que alcanza con ligero movimiento
Al javalı sediento,
Y del ciervo la planta voladora?
Que tu paso, tu voz y tu belleza,
Mas que mortal grandeza
Descubre á tu Menalio que te adora:
Tal va Cintia con trage soberano,
Y enciende en fuego al amador Silvano.
¿Qué Dios, ó Clearista, te ha ofrecido
A mis ojos, corriendo yo una fiera
Sin cuidado de amor, y vista luego
Te me llevó, dexándome perdido;
Porque en llama inmortal ardiendo muera?
De tus luces probó el tirano ciego
Con mi daño su fuego;
Mas tú habites el bosque obscuro y prado,

O la tendida selva de este rio,
Jamas del pecho mio
Se apartará el amor que me ha abrasado;
El bosque y prado del amor testigo,
A amarte aprenderá tambien conmigo.
   O la ligera garza levantando
Mire al alcon veloce y atrevido,
O espere al javalí cerdoso y fiero,
O la aura entre los árboles gozando,
Con silencio y voz muda en lo ascondido
Del pecho, solo lloraré primero
El dolor en que muero.
Sin tí el feroz caballo, el rayo ardiente
Del imitado trueno, y la sabrosa
Caza me es enojosa,
Pues tú me dexas mísero y doliente:
Todo me agradará, y será mi gloria
Si vuelves, y de mí tienes memoria.
   ¿Por qué huyes, y quieres que sin lumbre
En estas breñas muera con tormento,
Y no miras tu amante que te llama?
Baxa de esa fragosa y alta cumbre,
Que segun el ruido grave siento
Por entre una y otra espesa rama,
Que las hojas derrama,
Un feroz javalí se ha recogido:

Con el arco en la blanca y tierna mano
Baxa, que antes que al llano
Llegues, atravesado y extendido
De mi venablo y muerto, la espumosa
Cabeza llevarás victoriosa.
No fies, Clearista, en tu belleza,
Que vendrá el dia en que las hebras de oro
Mude la edad ligera en blanca plata,
Antes muera que vea tu tristeza.
¿Mas para qué suspiro triste y lloro,
Por quien á mis querellas es ingrata?
Si tu dureza mata,
A quien te sigue, aquel que te aborrece,
¿Qué pena habrá que iguale con su culpa?
¿Pero quién no te culpa,
Pues sigo solo el mal que se me ofrece?
Suspenso en el amor y en el deseo,
Al fin doy en un ciego devaneo.
Mas vos, amores roxos, dulcemente
Dexad las ondas claras de Citera,
Y á mi Ninfa herid con vuestra llama;
Que su hermosa flor perder no siente
Sin fruto, inútil en la edad primera.
Y tú, Latonia, pues amor te inflama,
Quando el monte te llama
Por el dormido amante, y ya el tormento

Conoces del amor; si he venerado
Tus aras, y colgado
Del jabalí terrible y violento
La alta frente, y del ciervo la ramosa,
Muéstrate á mis dolores piadosa.
Si contigo viviera, Ninfa mia,
En esta selva, tu sutil cabello
Adornara de rosas, y cogiera
Las frutas varias en el nuevo dia;
Las blancas plumas del gallardo cuello
De la garza ofreciendo, y te traxera
De la silvestre fiera
Los despojos, contigo recostado,
Y en la sombra cantando tu belleza;
Y en la verde corteza
De la frondosa encina, mi cuidado
Entendiendo conmigo lo leyeras,
Y sobre mí las flores esparcieras.
¡Ah quántas veces entre aqueste juego
A tu cuello los brazos rodeara!
Y en tus ojos mis ojos encendiendo,
Quando mas descuidada de mi fuego
A tu boca el espíritu robara,
Mi espíritu en el tuyo convirtiendo,
Dulcemente muriendo;
Esto preciara mas que ver el vuelo

Del halcon, mas que dar de un golpe muerte
Al javalí mas fuerte,
O alcanzar por el ancho y largo suelo
Junto al agua herido, y sin aliento
El ciervo, que atrás dexa el presto viento.
No dudes, ven conmigo Ninfa mia,
Yo no soy feo, aunque mi altiva frente
No se muestra á la tuya semejante,
Mas tengo amor y fuerza y osadía,
Y tengo parecer de hombre valiente,
Que al cazador conviene este semblante
Robusto y arrogante:
Iremos á la fuente, al dulce frio,
Y en blando sueño puestos al ruido
Del murmurio esparcido
Del agua, tú en mis brazos, amor mio,
Y yo en los tuyos blancos y hermosos,
A los Faunos haria invidiosos.
Mas si te agrada, y ¡ ó ! ¡ si te agradase!
Ven conmigo á esta sombra, do resuena
La aura en los ciclamores revestidos
De yedra, do se vió jamas que entrase
Alzado el sol con luz ardiente y llena;
Aquí hay álamos verdes y crecidos,
Y los pobos floridos,
Y el fresco prado riega la alta fuente

Con murmurio suave y sosegado,
Aquí el tiempo templado
Te convida á huir el sol caliente:
Ven Clearista, ven ya Ninfa mia,
Este prado te llama, y fuente fria.

VERSOS

DE DON JUAN DE ARGUIJO.

SONETO I.

Dido y Eneas.

De la Fenisa Reyna importunado
El Teucro huesped le contaba el duro
Estrago, que asoló el Troyano muro,
Y echó por tierra el Ilion sagrado.
Contaba la traicion, y no esperado
Engaño de Sinon falso y perjuro,
El derramado fuego, el humo obscuro,
Y Anquises en sus hombros reservado.
Contó la tempestad, que embravecida
Causó á sus naves lamentable daño,
Y de Juno el rigor no satisfecho:
Y mientras Dido escucha enternecida
Las Griegas armas y el incendio extraño,
Otro nuevo y mayor le abrasa el pecho.

II.

Troya.

El que soberbio á no temer se atreve
La fuerza oculta del violento hado,
Y en alegre fortuna confiado
De los Dioses creyó el aplauso leve;
Exemplo tome de mi gloria breve,
En cuyo fin dexó el Egipcio armado
El turbio Nilo, y vino el Scita osado,
Que el puro Tanais y el Oronta bebe.
Troya fui, de los Dioses obra ilustre,
Honor del Asia hermosa, rica y fuerte,
Madre de Reynos, y del mundo espanto.
Cayó mi gloria, y de su antiguo lustre
Solo han quedado (¡ó miserable suerte!)
Cenizas viles, y afrentoso llanto.

III.

La Constancia.

Aunque en soberbias olas se revuelva
El mar, y conmovida en sus cimientos

Gima la tierra, y los contrarios vientos
Talen la cumbre en la robusta selva;
Aunque la ciega confusion envuelva
En discordia mortal los elementos,
Y con nuevas señales y portentos
La máquina estrellada se disuelva;
No desfallece, ni se ve oprimido
Del varon fuerte el corazon constante,
Que su mal como ageno considera:
Y en la mayor adversidad sufrido
La ayrada suerte con igual semblante
Mira seguro, y alentado espera.

IV.

A Baco.

A tí de alegres vides coronado,
Baco, gran padre domador de Oriente,
He de cantar, á tí que blandamente
Tiemplas la fuerza del mayor cuidado:
Ora castigues á Licurgo ayrado,
O á Penteo en tus aras insolente;
Ora te mire la festiva gente
En sus convites dulce y regalado.
O ya de tu Ariadna al alto asiento

Subas ufano la mortal corona;
Ven fácil, ven humano al canto mio:
  Que si no desmerezco el sacro aliento,
Mi voz quebrantará la opuesta zona,
Y al Tibre inundará el Hispalio rio.

V.

A la muerte de Ciceron.

  Deten un poco la cobarde espada,
Cruel Popilio ingrato, y considera
La injusta empresa que á tu brazo espera,
Y largos siglos ha de ser llorada.
  ¿Posible es que se ve tu mano armada
Contra el gran Tulio, á quien librar debiera
En igual recompensa de la fiera
Muerte, á tu ingratitud recomendada?
  ¡O quán poco aprovecha la memoria
Del recibido bien, que al obstinado
Ninguna cosa de su error le muda!
  Deciende el golpe sobre la alta gloria
De la latina lengua, derribado,
Dexa el valor, y la eloqüencia muda.

VI.

Júpiter á Ganimedes.

No temas ¡ó bellísimo Troyano!
Viendo que arrebatado en nuevo vuelo
Con corvas uñas te levanta al cielo
La feroz ave por el ayre vano.
¿Nunca has oido el nombre soberano
Del alto Olimpo? ¿la piedad y el zelo
De Júpiter, que da la pluvia al suelo,
Y arma con rayos la tonante mano,
A cuyas sacras aras humillado
Gruesos toros ofrece el Teucro en Ida,
Implorando remedio á sus querellas?
El mismo soy; no al Aguila eres dado
En despojo; mi amor te trae; olvida
Tu amada Troya, y sube á las estrellas.

VII.

Psique á Cupido.

A tu divina frente (ó poderoso
Niño) una venda con trabajo y arte

Texí de oro y colores, donde parte
Dibuxé de tu triunfo glorioso:
En ella se ve atado al vitorioso
Carro el gran Febo que la luz reparte,
Preso Mercurio, encadenado Marte,
Y Vulçano con muestras de zeloso.
No se pudo librar con las Reales
Insignias Jove, mal pudiera Psique
Resistir si á estos ríndes la fiereza:
Agravan mi prision mayores males,
Pues es fuerza que á un niño sacrifique
Mi firme amor, y á un ciego mi belleza.

VIII.

Del Tiempo.

Mira con quanta priesa se desvia
De nosotros el sol al mar vecino,
Y aprovecha, Fernando, en tu camino
La luz pequeña de este breve dia,
Antes que en tenebrosa noche fria
Pierdas la senda, y de buscarla el tino,
Y aventurado en manos del destino
Vagues errando por incierta via.
Hágante agenos casos enseñado,

Y el miserable fin de tantos pueda
Con fuerte exemplo apercibir tu olvido.
Larga carrera, plazo limitado
Tienes, veloz el tiempo corre; y queda
Solo el dolor de haberlo mal perdido.

IX.

Al Guadalquivir en una avenida.

Tú, á quien ofrece el apartado Polo,
(Hasta donde tu nombre se dilata)
Preciosos dones de luciente plata,
Que invidia el rico Tajo y el Pactolo;
Para cuya corona, como á solo
Rey de los rios entretexe y ata
Palas su oliva con la rama ingrata,
Que contempla en tus márgenes Apolo;
Claro Guadalquivir, si impetuoso
Con crespas ondas y mayor corriente
Cubrieres nuestros campos mal seguros;
De la mejor Ciudad por quien famoso
Alzas igual al mar la altiva frente,
Respeta humilde los antiguos muros.

X.

De la astuta Licori á los umbrales
Te vió saliendo el sol, ó Fabio amigo;
Creció en su luz el dia, y fué testigo
De tu lamento y quejas desiguales.
Oyó tambien el Hespero tus males,
La blanca luna se dolió contigo,
Mas el ingrato dueño, tu enemigo,
Ni aun de corta piedad mostró señales.
¿Quál otro galardon en tal porfia
Inútil yedra de su puerta esperas?
¿Hasta quando tu propio engaño adoras?
Huye la fiera Circe y cruel Harpia,
Que alegre en ver que por su causa mueras,
Riyendo está lo mismo que tú lloras.

XI.

Venus en la muerte de Adonis.

Despues que en tierno llanto desordena
Citerea la voz por el violento
Fin de su Adonis, y con triste acento
El bosque Idalio á su dolor resuena,

Y en flor sobre el acanto y azucena
Hermosa, trueca el mísero y sangriento
Jóven, modera el grave sentimiento,
Y el ímpetu á sus lágrimas enfrena:
Y no hallando en su tristeza medio,
Vuelve al usado ornato, y reflorece
Del ya sereno rostro la luz pura:
Así el pesar con la razon descrece
Desesperado el bien: que tal vez cura
A un grande mal la falta de remedio.

XII.

Las Estaciones.

Vierte alegre la copia en que atesora
Tienes la primavera, da colores
Al campo, y esperanza á los pastores
Del premio de su fe la bella Flora:
Pasa ligero el sol á donde mora
El cancro abrasador, que en sus ardores
Destruye campos y marchita flores,
Y el orbe de su lustre descolora.
Sigue el humedo otoño, cuya puerta
Adornar Baco de sus dones quiere,
Luego el invierno en su rigor se extrema.

¡O variedad comun! ¡mudanza cierta!
¿Quién habrá que en sus males no te espere?
¿Quién habrá que en sus bienes no te tema?

XIII.

Apolo á Dafne.

Victorioso laurel, Dafnes esquiva,
En cuyas verdes hojas la memoria
De tu rigor, y de mi triste historia
Quiere el amor que eternamente viva:
La antigua palma y abundante oliva,
A tí de hoy mas inclinarán su gloria;
Tú ceñirás en premio de vitoria
Del fuerte vencedor la frente altiva.
Dixo el burladò Cintio, y á la dura
Corteza asido la contempla, y luego
Repite: ¡Dafne fiera! ¡mármol frio!
Del rayo ardiente vivirás segura,
Que no es bien que consienta ageno fuego,
Quien pudo resistir al fuego mio.

XIV.

Sisifo.

Sube gimiendo con mortal fatiga
El grave peso que en sus hombros lleva
Sisifo al alto monte, y quando prueba
Pisar la cumbre, á mayor mal se obliga.
Cae el fiero peñasco, y la enemiga
Suerte cruel su nuevo afan renueva;
Vuelve otra vez á la dificil prueba,
Sin que de su trabajo el fin consiga.
No iguala aquella á la desdicha mia;
Pues algun tiempo alivia en su tormento
Los hombros á tal carga desiguales.
Sufro peso mayor con tal porfia,
Que un punto no perdona al pensamiento
La importuña memoria de mis males.

XV.

Lucrecia.

Baña llorando el ofendido lecho
De Colatino la consorte amada,

Y en la tirana fuerza disculpada,
Si no la voluntad castiga el hecho.
   Rompe con hierro agudo el casto pecho,
Y abre camino al alma, que indignada
Baxa á la obscura sombra, do vengada
Aun duda si su agravio ha satisfecho.
   Venció al paterno llanto endurecida,
Y de su esposo el ruego, que no basta,
Menospreció con un fatal desvío.
   Ceda el debido honor la dulce vida,
Que no es bien, dixo, que otra menos casta
Ose vivir con el exemplo mio.

XVI.

Casandra.

   Quando en horror medroso, y ciego espanto,
Por los Teucros discurre Alecto ayrada,
Y el ímpio acero de la Griega espada
Hace crecer con Frigia sangre el Xanto;
   Entre los gritos y confuso llanto
De la mísera gente descuidada,
Alza la voz Casandra, arrebatada
De profético aliento y furor santo:
   En tus cenizas (dice) ¡ó patria cara!

Se guarda el fuego, cuya llama ardiente
Hará costosa á Grecia esta vitoria:
Otra renacerá de tí mas clara,
Troya, por quien tu nombre eternamente
Vuelva á vivir en mas dichosa historia.

XVII.

La Avaricia.

Castiga el cielo á Tantalo inhumano
Que en ímpia mesa su rigor provoca,
Medir queriendo en competencia loca
Saber divino con engaño humano:
Agua en las aguas busca, y con la mano
El árbol fugitivo casi toca;
Huye el copioso Eridano á su boca,
Y en vez de fruta aprieta el ayre vano.
Tú que espantado de su pena admiras,
Que el cercano manjar en largo ayuno
Al gusto falte y á la vista sobre;
¿Cómo de muchos Tantalos no miras
Exemplo igual? y si codicias uno,
Mira el avaro en sus riquezas pobre.

XVIII.

Ulises.

El Griego vencedor que tantos años
Vió contra sí constante la fortuna,
El que pudo, sagaz de la importuna
Circe, vencer los mágicos engaños;
El que en nuevas regiones, y en extraños
Mares, temer no supo vez alguna;
El que baxando á la infernal laguna
Libre volvió de los eternos daños;
Los ojos cubre, y cierra los oidos
De las sirenas á la vista y canto,
Y se manda ligar á un mástil duro:
Y negando el objeto los sentidos,
La engañosa belleza y fuerte encanto
Huyendo vence, y corta el mar seguro.

XIX.

Piramo.

Tú de la noche, gloria y ornamento,
Errante luna, que oyes mis querellas,

Y vosotras clarísimas estrellas
Luciente honor del alto firmamento;
Pues ha subido allá de mi lamento
El son, y de mi fuego las centellas;
Sienta vuestra piedad ¡ó luces bellas!
Si la merece mi amoroso intento.
Esto diciendo dexa el patrio muro
El desdichado Píramo, y de Nino
Parte al sepulcro, donde Tisbe espera:
¡Pronóstico infeliz! ¡presagio duro
De infaustas bodas! si ordenó el destino,
Que un túmulo por tálamo escogiera.

XX.

Al mismo asunto.

El triste fin, la suerte infortunada
(Ageno premio de la fe constante)
Del uno y otro miserable amante,
A quien perdió una noche y una espada,
Oculta en sombra obscura esta labrada
Piedra: tú peregrino caminante,
Repara el grave caso, y con semblante
Pio suspende el curso á tu jornada.
Que darás tiernas lágrimas no dudo.

A estas cenizas, donde aun dura ardiente
El fuego, en que cayó desdicha tanta:
Debida compasion al mal que pudo
Mudar color en la cercana fuente,
Y el de su fruto en la insensible planta.

XXI.

Artemisa.

Labra Artemisa el grande mausoleo,
Que los altos pirámides afrenta
Del Egipcio soberbio, y no contenta,
Busca á su ilustre fe mayor trofeo.
Del tierno y casto pecho en nuevo empleo
Hacer sepulcro al nuevo esposo intenta
Cuyas cenizas de su amor sedienta
Bebe con ansias de inmortal deseo.
En vano, dice, pretendió la muerte
De tí, dulce Mausolo, dividirme,
Y en largo olvido sepultar tu gloria.
Que de su injuria puede defenderte
Mi pecho mas que el bronce y mármol firme,
Y eternizar mi amor y tu memoria.

XXII.

Ariadna.

¿A quién me quejaré del cruel engaño,
Arboles mudos, en mi triste duelo?
¡Sordo mar! ¡tierra extraña¡ ¡nuevo cielo!
¡Fingido amor! ¡costoso desengaño!
Huye el pérfido autor de tanto daño,
Y quedo sola en peregrino suelo,
Dó no espero á mis lágrimas consuelo,
Pues no permite alivio mal tamaño.
Dioses, si entre vosotros hizo alguno
De un desamor ingrato amarga prueba,
Vengadme os ruego del traidor Theseo.
Tal se quejaba Ariadna en importuno
Lamento al cielo, y entre tanto lleva
El mar su llanto, el viento su deseo.

XXIII.

Narciso.

Crece el insano amor, crece el engaño
Del que en las aguas vió su imágen bella,

Y él, sola causa en su mortal querella,
Busca el remedio y acrecienta el daño:
Vuelve á verse en la fuente (¡caso extraño!)
Del agua sale el fuego; mas en ella
Templarlo piensa, y la enemiga estrella
Sus ojos cierra al fragil desengaño.
Falleciéron las fuerzas y el sentido
Al ciego amante amado, que á su suerte
La costosa beldad cayó rendida:
Y ahora en flor purpurea convertida
La agua que fué principio de su muerte,
Hace que crezca, y prueba á darle vida.

XXIV.

Orfeo.

Desiertas selvas, monte yerto y frio,
Rodope que en el cielo tocar osas,
Vosotras de Estrimon ondas hermosas,
A quien vencer presume el llanto mio:
Sereis testigos largo tiempo, fio
De mi dolor, y quejas lastimosas
Que en vano esparzo al ayre, y con piadosas
Voces al Rey del lago obscuro envio.
Así cantando llora el Tracio amante,

Y á sus blandos acentos enmudece
El viento, y la agua su corriente enfrena.
Y enternecidas truecan el semblante
Las fieras, ¡corto alivio! mientras crece
Del ya perdido bien la justa pena.

XXV.

Al mismo.

A tí en los versos dulce y numeroso,
O primer padre de la lira Orfeo,
Lloró por largo tiempo de Nereo,
Quanto contiene el término espacioso.
A tí lloró Estrimon, á tí el fragoso
Rodope y altas cumbres de Pangeo,
A tí las Ninfas del sagrado Alfeo,
Obligadas del canto generoso.
Tus divididos miembros, no estimados
Del Bacanal furor, que osadamente
Los esparció por el ingrato suelo;
Como á precioso don en sus sagrados
Senos Ebro recoge, y la prudente
Cabeza Lesbos, y la lira el cielo.

XXVI

Andrómeda y Perseo.

Expuesta en firme escollo al mar insano
La no culpada hija de Cefeo,
Mueve á piedad el Reyno de Nereo,
Remedio á su dolor pidiendo en vano.
Quando rompiendo el ayre con liviano
Vuelo se muestra el vencedor Perseo,
Que con el gran despojo Meduseo
Orna glorioso la triunfante mano.
De la doncella el llanto y la hermosura
Enviáron á un tiempo al pecho fuerte
De lástima y amor agudas flechas:
Del mar la libra, y de la bestia dura;
Trocando en vida la temida muerte,
Y en nupciales cantares las endechas.

XXVII.

La Tempestad y la Calma.

Yo vi del roxo sol la luz serena
Turbarse; y que en un punto desfallece

Su alegre faz, y en torno se obscurece
El cielo con tiniebla de horror llena:
  El austro proceloso airado suena,
Crece su furia; y la tormenta crece,
Y en los hombros de Atlante se estremece
El alto Olimpo, y con espanto truena.
  Mas luego ví romperse el negro velo
Desecho en agua, y á su luz primera
Restituirse alegre el claro dia;
  Y de nuevo explendor ornado el cielo
Miré, y dixe, ¿quién sabe si le espera
Igual mudanza á la fortuna mia?

XXVIII.

La recaida.

  Otras dos veces del furioso Noto
Probé las iras en el mar turbado,
Y no volver jamas á tal estado
Arrepentido prometí y devoto.
  De la desecha xarcia y leño roto,
Dí los despojos al altar sagrado;
Y apenas pisé el puerto deseado,
Quando olvidé el peligro y rompí el voto.
  Y ahora que continua y fiera lucha

Mar y vientos se esfuerzan en mi daño,
Y sus enojos aplacar porfió;
Mis sordas voces sin piedad escucha
El justo cielo ¡ó inútil desengaño!
¡Quán tarde llegas al remedio mio!

XXIX.

Horacio Cocles.

Con prodigioso exemplo de osadia
Un hombre miro en el Romano puente,
Resistir solo de la Etrusca gente
El grueso campo que pasar porfia.
Ni la enemiga fuerza le desvia,
Ni de su vida el cierto fin presente,
Que su valor dexar no le consiente
La dificil empresa en que insistia.
Oigo del roto puente el son fragoso,
Quando al Tibre el varon se precipita
Armado, y sale de él con nueva gloria;
Y al mismo punto escucho del gozoso
Pueblo las voces que aclamando grita,
Viva Horacio, de Horacio es la vitoria.

CANCION

En la fiesta que la Ciudad de Xerez hizo á los Mártires Eutichío y Estéban.

Celebra ufana el venturoso dia,
¡O Cesarea Ciudad! en que levantas
A divinos honores la memoria
De aquellos sacros Heroes por quien cantas,
Llena de pio afecto y alegria,
Los ínclitos trofeos y alta gloria:
Y con clara victoria
Contra el olvido avaro, que pretende
Sus nombres esconder, sus nombres lleva,
Y con ellos tu fama á la mas nueva
Region, por donde el mar su curso extiende,
Y en quanto de su luz Febo enriquece
Del roxo Toro el argentado pece.

Las suntuosas aras, que dedicas
A los nuevos Patronos, ya obligados
De tu amor noble y generoso zelo,
Ornen á su firmeza dedicados
Claros diamantes, esmeraldas ricas,
Y el safiro que imita al puro cielo.

Ante el devoto suelo
Tiendan sus hojas los olivos sacros,
Humíllense las palmas vitoriosas:
Blancos jazmines, encendidas rosas
Coronen sus ilustres simulacros,
Y el mas precioso olor entre el incienso
Pague á los ayres agradable censo.

Plectro dorado en acordada lira,
Resuene dulcemente los gloriosos
Hechos que exceden al valor humano:
Blandas canciones, versos numerosos,
Que del sagrado monte Cintio inspira
Canten aquel esfuerzo soberano,
Que al soberbio tirano
Burló de sus intentos la esperanza.
Y tú, divina Euterpe, pues segura
Con tu favor á tanto se aventura
Mi voz esfuerza, que á subir no alcanza
Loca osadía, si á tan alto empleo
Es desigual la lira y voz de Orfeo.

Mas enfrene mi vuelo en su carrera
La memoria del jóven imprudente,
Y flacas alas en su mal rendidas:
Vosotros que de Betis dignamente

Ilustrais, blancos cisnes, la ribera,
Alzad las voces largo espacio oidas;
Cantad las ofrecidas
Víctimas al cuchillo, el zelo ardiente
Religiosa piedad, y fe sincera
De Honorio, Eutichîo, Esteban: ved que espera
Vuestras canciones la festiva gente:
Suene, suene el dulcísimo contento,
Que enfrena el agua, y enmudece al viento.

Qual canta el triste fin y estrago de Asta,
De Asta cruel las míseras ruinas,
Fabricas, templos, máquinas desechas:
Los Reales alcazares, la vasta
Mole de sus murallas peregrinas,
Inútil polvo, y vil ceniza hechas.
Y las tristes endechas
Trueque anunciando venturosa suerte
A tí, Xerez, que alegre te apercibes
A la celebridad con que recibes
Los hijos, á quien Asta dió la muerte.
Honor, felicidad, corona ilustre
Te pronostique con eterno lustre.

Qual celébre el afecto poderoso,
Y al devoto espectáculo presentes

Junte en grata concordia las edades:
Diga como sus diestras las lucientes
Antorchas ornan, como ante el precioso
Altar con nuevo exemplo á las Ciudades
Rendidas voluntades,
Entre espléndidos dones sacrifican,
Y con humilde ruego confiados
El firme patrocinio á sus cuidados
Como remedio mas seguro aplican:
Y vos, lumbres clarísimas del cielo,
Mirad propicias el Vandalio suelo.

Huya medroso el esquadron de males,
Que furioso amenaza, y asegure
Tan alta proteccion nuestro deseo:
La dulce paz eternos años dure,
Ofrezcan ya con manos liberales
Copiosos frutos Ceres y Lieo;
Por sus ondas Nereo
Seguro paso muestre al conducido
Tesoro que el Americo apartado
A nuestras playas rinde, y el nombrado
Guadalete perdiendo de su olvido
El nombre de este dia, y de su gloria
Conserve eternamente la memoria.

Epístola.

Aquí, donde el rigor del hado mísero
Me conduce á vivir entre los árboles,
Léjos á mi pesar de los domésticos
Lares, mi pensamiento melancólico
Corre á veces por sendas tan difíciles,
Llenas de espinas y de abrojos ásperos,
De ponzoñosas y revueltas víboras;
Que acobardan el paso al mas intrépido:
Donde no encuentra sino casos flébiles,
Historias tristes, y sucesos trágicos,
Que causan la memoria. Como Sísifo
La grave carga del peñasco hórrido,
Discurre por su mal con priesa súbita,
Que excede el curso del ligero Hipómenes;
Y ve de males un inmenso número:
Mas como no descubre fin ni límite
Del incierto viage, teme viéndose
De desventuras en un ancho piélago,
Y arrepentido busca otros mas fáciles
Caminos, que le vuelvan al pacífico
Puerto, de do partiera tan impróvido.

Mas tarde lo procura, y un exército

De daños hace á su demanda obstáculo:
Hoy con duros martirios, como en Líppara
La membruda quadrilla de los Cálibes,
Le combaten con una fuerza indómita,
Y le deshacen en pequeños atómos.
Otras veces levanto el flaco espíritu
Al corto arrimo de consuelos débiles,
Y á mí mismo me engaño, prometiéndome
Como si fuese cierto un fin fantástico,
Y sobre tanto mal sucesos prósperos,
Una salud segura, y tiempos fértiles:
Pues no da lluvias siempre el austro húmedo,
Que tal vez se convierte en blando zéfiro;
Y el fiero mar que amenazó colérico
Al cielo con sus ondas, reprimiéndolas
Serena sesgo sus cristales plácidos,
Y ofrece paso á la ambicion hidrópica.

¿Mas qué aprovechan esperanzas frágiles
Con que me alienta el mentiroso oráculo
De la imaginacion con falsa máscara,
Que á sus bienes soñados, como fábula,
Quiere que preste entendimiento crédulo?
Salgo de aqueste error, y qual frenético
Al tema usado vuelvo, y de propósito
Hago segunda vez nuevo catálogo.

¿Quál gente vió jamas de la pretérita
Edad, desde do vive el Scita frigido
Hasta do quema el sol á los Etiopes,
De desventuras tan crecido cúmulo?
¿Quándo tan fiero se mostró el beligero
Marte, vestido de acerada túnica,
Como despues que del furor Británico
Se vió ofendida la ribera Bética
Con gruesas naves que sostiene el Támesis?
¿En qué siglo se viéron los maléficos
Planetas á la vida tan opósitos?
¿O quándo mas apriesa de Proserpina
Pobló los tenebrosos Regnos Atropos?
¿Qué bien nos queda, ó quál infausto género
De males no acrecienta justas lágrimas?

Entre estos pensamientos tan inútiles,
Por dar si puedo algun alivio al ánimo,
Determiné escribiros esta epístola
Con el divino aliento de Melpomene,
Que inspira las camenas elegiacas:
Perdonadme si en vez de alegre plática
Os entristece mi afligido cántico;
Que no permite el tiempo versos líricos:
Este el exôrdió fué, y este el epílogo
Tambien habrá de ser de mis esdrújulos.

Digo, pues, que el rigor del mal pestífero
Muestra en esta Ciudad su fuerza indomita,
Con no menor estrago que vió Nápoles
En nuestra edad; cuya ruina insólita
Aun no ha acabado de llorar Parténope.
¿Pero qué fuerza oculta de malévolas
Estrellas hiere á las Ciudades ínclitas
Con semejante plaga castigándolas?
Qual en su daño vé la region Bélgica,
Y de la antigua Grecia la Metrópolis,
Y la que mira el fin del Tajo aurífero,
A quien hizo famosa el Señor de Itaca.
Mas sobre todas de este suelo Vándalo
La mejor parte con dolor legítimo,
(Poderoso á mover en las Eumenides
Del no visto contagio nueva lástima)
Confusa atiende de sus hijos únicos
El grave mal y enfermedad mortífera,
Sin que les pueda socorrer la Física.

Discurren presurosos con Tesífone
Sus dos hermanas de la muerte pálida,
Fieros Ministros, y su ardiente cólera
Hace mil suertes en robustos jóvenes,
En tiernos niños, y en hermosas vírgenes,
Sin reservar la senectud flemática,

Que todos son sus obedientes súbditos,
Baten la humilde casa del mecánico,
Y con igual denuedo los alcázares,
Y aun desprecian la estimada púrpura,
Como el tosco sayal y vasto cáñamo:
Y hacen en medio de las plazas públicas
Los despojos del mal (duro espectáculo)
Que aun á los Nobles no permite Némesis
La pompa funeral y honroso túmulo.
Todo es suspiros y dolor acérrimo;
Y de llanto materia abundantísima.

Bien predixéron esto los Astrólogos
Atentos á mirar el curso rápido
De ayrados astros, y la madre próvida
Naturaleza con señales lúgubres
No se abstuvo en mostrar el daño próxîmo.
Largo tiempo corriéron vientos Africos,
Que del vapor confuso y nubes tétricas
Pobláron la region del ayre lúcido.
Armó de rayos el Tonante Júpiter
La fuerte diestra, y con estruendo horrísono
Hizo temblar ayrado el orbe esférico,
Y al peso estremecióse el hombro Atlántico,
Bramó Orion, y las llorosas Hiadas,
Que la Ciudad volviéron largo Occéano,

Salió soberbio el Betis por sus márgenes,
Y acometió á romper la fuerte fábrica,
Que ciñe en torno el edificio de Hércules.
Resonó por el ayre en son tristísimo
El endechoso canto de aves fúnebres;
Y el pico anunciador, y los murciélagos
Infaustos discurriéron como atónitos
Dexando sus nocturnas casas lóbregas,
Sin extrañar el resplandor olímpico.
Y las fieras que habitan en las cóncavas
Cavernas de los montes, y las rústicas
Y humildes chozas se volviéron pávidas.
Y ahora el sol de los planetas Príncipe,
Su luz vital á los mortales pródiga
Doliente nos la muestra escasa y trémula,
Y al levantarse del dorado tálamo
Parece que rehusa del Zodiaco
La sabida carrera; y los alígeros
Caballos con un paso lento y tímido
Del carro tiran la luciente máquina:
Triste portento, que llegando á Géminis
Su alegre faz nos representa túrbida,
Como si viera en el Diciembre rígido
Del Capricornio las estancias húmidas.

Tal canta quien se vió del campo Tésalo

En el contorno y extendidos términos
El heroyco escritor de la Farsálica
Ni á tí, Ciudad antigua del gran Príamo,
Sobre quien se mostró la fuerza Argólica,
Faltó en su acerbo fin igual pronóstico.
Mas ¡ay dolor cruel! que quando el ímpetu
De males que amenazan el fin último,
Debiera á cada qual de su propósito
Reducir con razon á mejor método;
Con loco frenesí se están inmóviles,
Sin sentimiento, duros mas que mármoles,
Y tan soberbios como el alto Lívano,
Se prometen vivir años nestóricos,
Siguiendo de sus gustos falsos ídolos.

¡Dichoso vos que del antigua Iléberis
Gozais los campos, y vistosos cármenes
Aventajados al Romano Tívoli,
Y mas de estima que los huertos Pénsiles
Con que á la Babilonia ornó Semíramis!
Veis correr del Genil el agua líquida,
Que del nevado risco despeñándose
Al canto se acomoda de los páxaros
Con apacible y no aprendida música.
Y retirado del bullicio y tráfago
Gastais el tiempo en los estudios útiles:

Vuestra suerte gozad con beneplácito
Del cielo que se os muestra tan benévolo;
Y no olvideis á quien por justo título
Debeis amor y voluntad recíproca.

SILVA

A la Vihuela.

En vano os apercibo,
Dulce instrumento mio,
Si templar mi dolor con vos pretendo;
Y la grandeza de mi mal ofendo,
Si alentado confio
Que pueda el corto alivio que recibo
Con vuestro blando acento,
De mi antiguo tormento
En la memoria introducir olvido.
O como en vano tanto bien os pido;
¿Sois por ventura la famosa Lira,
Del que al mar arrojado
Supo aplacar su ira?
¿O la que pudo en número acordado
Ceñir de muro á Tebas? ¿sois acaso
Aquel plectro divino,
Que por nuevo camino

A las ondas Estigias halló paso
Para baxar seguro
De la infelice gente al Reyno obscuro?

Mayor hazaña fuera
Suspender mi dolor y pena fiera:
Respondereis, que no desprecie ahora
La antigua compañía,
Que en soledad tan larga me habeis hecho,
Ya quando huye de la noche el dia,
O ya quando el aurora
Le anuncia, y dexa de Titan el lecho:
O quando el sol en la mitad del cielo
Piadoso de mi mal oye mi duelo.
El comun beneficio
De la dulce armonía
Alegareis, y aquel piadoso oficio
Con que á sufrir esfuerza
Su cautiverio aquel, su prision este:
Apenas hay trabajo, á quien no preste
Algun alivio: el que con remo á fuerza
Hiere la blanca espuma,
Su desventura suma
Cuida olvidar, y al son de la cadena
Cantando intenta mitigar su pena.
Así lo experimento

En medio de mis males,
¡O suave instrumento!
Pero cuéstanme caro alivios tales;
Quando el discurso un rato suspendido,
Con el grato sonido
Cobra para afligirme fuerza nueva
Con que despues mis lágrimas renueva.
Y de la amarga historia
Mi enemiga memoria
Vuelve al usado empleo,
Y relucha mas fuerte como Anteo.
Ya me tiene enseñado
La continua miseria de mi estado,
Que es socorro engañoso, corto y leve
El que me dais, y que admitir no debe
La música sonora,
Quien sus desdichas sin remedio llora.

Traduccion de unos versos de San Gregorio Nacianceno.

Fácil al blando ruego,
Y en vil precio obligada
A ser víctima impura de amor ciego,
Codiciosa ramera,
Corria apresurada

A los profanos lares
Del impúdico jóven que la espera.
Mas apenas pisó de la primera
Puerta el umbral, quando ocupó sus ojos
La imágen venerable, y fue trasunto
Del grande Palemon, que al mismo punto
Con eficaz modestia (bien que mudo)
Sin culpa usurpar pudo,
Y usurpándole á Venus los despojos.
Enfrenó el libre pasto,
Reprimió el torpe afecto;
Venció al ardor lascivo.
¡Qué otro mayor efecto
Esperarse debiera,
Si presente le viera,
Si le mirara vivo!

FRAGMENTOS

SOBRE EL ARTE DE PINTAR

DE PABLO DE CESPEDES.

Mueve el alma un deseo que la inclina
A seguir desigual atrevimiento:
Ardor que nos parece ser divina
Inspiracion de pretendido intento:
Si el desierto vigor donde se afina,
En mí avivase el fugitivo aliento,
Diria al artificio soberano
Sin par, dó llegar pudo estudio humano.

Qual principio conviene á la noble arte
Del dibuxo, que él solo representa
Con vivas líneas que redobla y parte,
Quanto el ayre, la tierra y mar sustenta,
El concierto de músculos, y parte
Que á la invencion las fuerzas acrecienta,
El bello colorido, y los mejores
Modos con que florece, y los colores.

Comenzaré de aquí: Pintor del mundo,

Que del confuso caos tenebroso
Sacaste en el primero y el segundo
Hasta el último dia del reposo
A luz la faz alegre del profundo;
Y el celestial asiento luminoso,
Con tanto resplandor y hermosura,
De varia, y perfectísima pintura,

Con que tan léjos del concierto humano
Se adorna el cielo de purpureas tintas,
Y el traslucido esmalte soberano
Con inflamadas luces y distintas:
Muestras tu diestra y poderosa mano,
Quando con tanta maravilla pintas
Los grandes signos del Etereo claustro,
De la parte del Elice y del Austro;

Al ufano pavon alas, y falda
De oro bordaste, y de matiz divino,
Do vive el rosicler, do la esmeralda
Reluce, y el zafiro alegre y fino:
Al fiero pardo la listada espalda,
La piel al tigre en modo peregrino;
Y la tierra amenísima que esmalta
El lirio y rosa, el amaranto y calta.

Todo fiero animal por tí vestido
Va diverso en color del vario velo:
Todo volante género atrevido,
Que al ayre, y niebla hiende en presto vuelo:
Los que cortan el mar, y el que tendido
Su cuerpo arrastra en el materno suelo.
De tí mi inculto ingenio, enfermo y poco,
Fuerzas alcance, yo á tí solo invoco.

De la formacion del hombre.

Un mundo en breve forma reducido,
Propio retrato de la mente eterna,
Hizo Dios, que es el hombre, ya escogido
Morador de su regia sempiterna;
Y el aura simple de inmortal sentido
Inspiró dentro en la mansion interna,
Que la parte exterior avive, y mueva
Los miembros frios de la imágen nueva.

Vistióle de una ropa que compuso,
En extremo bien hecha y ajustada,
De un color hermosísimo, confuso,
Que entre blanco se muestre colorada,
Como si alguno entre azucenas puso
La rosa en bella confusion mezclada,

O del Indio marfil trasflora, y pinta
La limpia tez con la Sidonia tinta.

De la duracion de la tinta.

Una ampolla de vidrio cristalina,
Que el perfecto barniz guarde, distinta
De otra dó se conserva, y dó se afina
Olio con que mas cómoda se pinta:
Con estas otras, que á la par destina
A la letra, y dibuxo obscura tinta,
De caparrosa hecha, agalla y goma,
Con el licor que da la fertil Soma.

Tiene la eternidad ilustre asiento
En este humor por siglos infinitos;
No en el oro, ó el bronce, ni ornamento
Pario, ni en los colores exquisitos:
La vaga fama con robusto aliento
En él esparce los sonoros gritos,
Con que celebra las famosas lides,
Desde la India á la Ciudad de Alcides.

¿Qué fuera (si bien fué segura estrella,
Y el hado en su favor constante y cierto)
Con la soberbia sepultura bella

De las cenizas del esposo muerto
La magnánima Reyna, si en aquella
Noche obscura de olvido y desconcierto
La tinta la dexára, y los colores
De versos y eruditos escritores?

Los soberbios alcázares alzados
En los latinos montes hasta el cielo:
Anfiteatros, y arcos levantados
De poderosa mano y noble zelo,
Por tierra, desparcidos, y asolados,
Son polvo ya que cubre el yermo suelo:
De su grandeza apenas la memoria
Vive, y el nombre de pasada gloria.

De Priamo infelice solo un dia
Deshizo el Reyno tan temido y fuerte;
Crece la inculta yerba do crecia
La gran Ciudad, gobierno y alta suerte:
Viene espantosa con igual porfia
A los hombres y mármoles la muerte:
Llega el fin postrimero, y el olvido
Cubre en obscuro seno quanto ha sido.

Todo se anega en el estigio lago,
Oro esquivo, nobleza, ilustres hechos:

El ancho Imperio de la gran Cartago
Tuvo su fin con los soberbios techos:
Sus fuertes muros de espantoso estrago
Sepultados encierra en sí y desechos
El espacioso puerto, donde suena
Ahora el mar en la desierta arena.

Espantoso su nombre fue, espantoso
El hierro agudo á la Ciudad de Marte:
Ella lo sabe, y Trasimeno ondoso,
Que en su sangre hervió de parte á parte:
Caverna ahora del leon velloso,
Do Aspe sorda y Cerasta se reparte,
A do no humano acento, mas bramidos
De fieras resonantes son oidos.

Vos sentisteis tambien ménos amigos,
Los tristes hados con discurso extraño,
No tanto por los golpes enemigos,
Mas por vuestro valor ó último daño;
¡O Numancia! ¡ó Sagunto! que testigos
Ahora sois de humano desengaño:
Caisteis; mas quitó vuestra venganza
Al vencedor la palma y la esperanza:

¡Qué si el tiempo, y la edad hambrienta lleva

Las peñas enriscadas y subidas,
El fiero diente, y su crueza ceba
De piedras arrancadas y esparcidas:
Las altas torres con extraña prueba
Al tiempo rinden las eternas vidas:
Hiéndese, y abre el duro lado en tanto
El mármol liso, el simulacro santo!

Del gran Señor la omnipotente mano,
Que las ruedas formó del ancho mundo,
Y quanto adorna el pavimento humano
Y el mar, y quanto esconde en el profundo,
No vemos que refrena, ó vá á la mano
De la natura el gran poder segundo:
Pues todo quanto á luz sacar le place
Acaba, y con morir su curso hace.

¿Quántas obras la tierra avara esconde,
Que ya ceniza y polvo las contemplo?
¿Dónde el bronce labrado y oro? ¿y dónde
Atrios, y gradas del Asirio Templo,
Al qual de otro gran Rey nunca responde
De alta memoria peregrino exemplo?
Solo el decoro que el ingenio adquiere
Se libra del morir, ó se difiere.

No creo que otro fuese el sacro rio,
Que al vencedor Aquiles y ligero,
Le hizo el cuerpo con fatal rocío,
Impenetrable al homicida acero,
Que aquella trompa y sonoro brio
Del claro verso del eterno Homero,
Que viviendo en la boca de la gente
Ataja de los siglos la corriente.

Como se opuso con igual aliento
El verso grande de Maron divino,
Quando con paso audaz de ilustre intento
Del aura eternidad halló el camino:
Puso en el trono del purpureo asiento
La noble tinta del Poeta Andino
Al magnánimo Eneas; no el inico
Pasage, y la creciente de Numico.

Principios para adestrar la mano.

Primero romperás lo menos duro
Deste arte poco á poco conquistando:
Procura un órden, por el qual seguro
Por sus términos vayas caminando:
Comienza de un perfil sencillo y puro,
Por los ojos y partes figurando

La faz; ni me desplugo deste modo
Un tiempo linear el cuerpo todo.

Un dia, y otro dia, y el contino
Trabajo hace practico y despierto;
Y despues que tendrás seguro el tino,
Con el estilo firme y pulso cierto,
No cures atajar luengo camino,
Ni por allí te engañe cerca el puerto:
Vedan que el deseado fin consigas
Pereza y confianzas enemigas.

Así la universal naturaleza,
Quantos produce al esplendor del cielo,
No primero los arma de firmeza,
Ni con osado pié huellan el suelo:
Que el sabor de la leche la terneza
Funda, y condensa en el corporeo velo;
Y como va creciendo el alimento,
Refuerza con igual mantenimiento.

Hasta que ya crecida allega al punto
Adulta edad de mas perfecto estado:
El sustento dispone, y dalo junto
Al cuerpo, y al vigor acomodado:
No quieras adornar mas tu trasunto

De lo que conviniere al primer grado,
Que quanto mas en él te detuvieres,
Irás mas pronto al otro á que subieres.

Ya que el aura segunda de la suerte
Descubre en tu favor felice agüero,
No puede segun esto sucederte
Ménos el resto que el sudor primero:
Por ende con ahinco anteponerte
Pretende entre los otros delantero,
Llevando siempre, y vencerás, por guia
La libre obstinacion de tu porfia.

La elegancia, y la suerte graciosa
Con que el diseño sube al sumo grado,
No pienses descubrirla en otra cosa,
Aunque industria acrecientes y cuidado,
Que en aquella excelente obra espantosa,
Mayor de quantas se han jamas pintado,
Que hizo el Bonarrota de su mano
Divina en el Etrusco Baticano.

Qual nuevo Prometeo en alto vuelo
Alzándose extendió las alas tanto,
Que puesto encima el estrellado cielo
Una parte alcanzó del fuego santo,

Con que tornando enriquecido al suelo,
Con nueva maravilla, y nuevo espanto
Dió vida con eternos resplandores
A mármoles, á bronces, á colores.

Era perpetua noche y sombra obscura
La ignorancia que tanto ocupa y tiene,
Quando con llama relumbrante, y pura
Esta luz clara se aparece y viene:
Vistióse de no vista hermosura
El siglo inculto y rudo, á quien conviene
Con título vencer debido y justo,
La fortunada edad del grande Augusto.

¡O mas que mortal hombre, Ángel divino!
¿O quál te nombraré? no humano cierto
Es tu ser, que del cerco impireo vino
Al estilo, y pincel vida y concierto:
Tú mostraste á los hombres el camino
Por mil edades escondido, incierto
De la reyna virtud: á tí se debe
Honra, que en cierto dia el sol renueve.

De la proporcion de los hombres.

Y aunque en la proporcion generalmente,

De los antiguos muchos definiéron,
Una intento seguir, la mas corriente
Que en las mayores obras eligiéron;
Yo la ví, y observé en aquella fuente
De perenne saber, de do saliéron
Nobles memorias de valiente mano,
Que ornan la alta Tarpeya y Baticano.

Del alto de la frente, do el cabello
Se comienza á espesar obscurecido,
Hasta donde adornado de su bello
El perfil de la barba es mas crecido,
Y do mas baxo se avecina al cuello,
En tres partes iguales dividido,
La medida será con que midieres
Grande ó pequeña imágen que hicieres.

De la proporcion de los animales.

El estudio, no menos, y el cuidado
Que pusiste en humanas proporciones,
A qualquier animal representado
Aplicarás por partes y razones:
Al corzo ligerísimo, al venado;
Pero en particular á los leones
Con fuerte garra, y con lanudas crines,
Y cierta ley de rigurosos fines.

El hermoso lebrel, el crudo alano
Pintado; ser de grande ornato bello:
El jabalí espantoso, el tigre hircano,
Y otros en grande número que callo;
Mas sobre todos ten siempre á la mano
El bizarro dibuxo del caballo,
Con que tanto enriquece la pintura,
El aliento, el caudal y la hermosura.

Pintura de un caballo.

Muchos hay que la fama ilustre y nombre,
Por estudio mas alto enobleciera
Con obras famosísimas, do el hombre
Explica el artificio y la manera:
Solo el caballo les dará renombre
Y gloria en la presente y venidera
Edad, pasando del dibuxo esquivo
A descubrirnos quanto muestra el vivo.

Que parezca en el ayre y movimiento
La generosa raza do ha venido
Salga con altivez y atrevimiento
Vivo en la vista, en la cerviz erguido:
Estribe firme el brazo en duro asiento
Con el pié resonante y atrevido,

Animoso, insolente, libre, ufano,
Sin temer el horror de estruendo vano:

Brioso el alto cuello y enarcado,
Con la cabeza descarnada y viva:
Llenas las cuencas, ancho y dilatado
El bello espacio de la frente altiva:
Breve el vientre rollizo, no pesado
Ni caido de lados, y que aviva
Los ojos eminentes: las orejas
Altas sin derramarlas, y parejas.

Bulla hinchado el fervoroso pecho
Con los músculos fuertes y carnosos:
Hondo el canal dividirá derecho
Los gruesos quartos limpios y hermosos:
Llena el anca y crecida, largo el trecho
De la cola, y cabellos desdeñosos:
Ancho el hueso del brazo, y descarnado:
El casco negro, liso y acopado.

Parezca que desdeña ser postrero,
Si acaso caminando, ignora puente
Se le opone al encuentro; y delantero
Preceda á todo el esquadron siguiente:
Seguro, osado, denodado y fiero,

No dude de arrojarse á la corriente
Raudal, que con las ondas retorcidas
Resuena en las riberas combatidas.

Si de lejos al arma dió el aliento
Ronco la trompa militar de Marte,
De repente estremece un movimiento
Los miembros, sin parar en una parte:
Crece el resuello, y recogido el viento
Por la abierta nariz ardiendo parte:
Arroja por el cuello levantado
El cerdoso cabello al diestro lado.

Tal las sueltas madejas extendidas
De la fiera cerviz, con fiero asalto
Quando con los relinchos encendidas
El ayre, y blanca nieve á Pelio alto,
Las matas mas cerradas esparcidas
Al vago viento igual de salto en salto,
En el encuentro de su Ninfa bella,
Saturno volador delante della.

Tal el gallardo Cilaro iba en suma,
Y los de Marte atroz iban y tales:
Fuego espiraba la albicante espuma,
De los sangrientos frenos y bozales:

Tal con el tremolar de Libia pluma,
Volaban por los campos desiguales
Con animos, y pechos varoniles
Las del carro feroz del grande Aquiles;

A los quales excede en hermosura
El cisne volador del Señor mio:
Que la vitoria cierta se asegura
De otro qualquiera en gentileza y brio:
Va delante á la nieve helada, y pura
En color, y en correr al auro frio;
Y á quantos en su verso culto admira
La ronca voz de la Pelasga lira.

Salve, gran madre, á quien dichoso parto
Digno engrandece de corona y cetro;
Cuyo esplendor se extiende, y cree harto
Mas vivo y puro que el diurno Eletro;
Rendido el Persa, el Agareno y Parto,
A su valor con sonoroso pletro,
Si: el suelo tiene aún quien venza y quiebre
De Esmirna y Roma el presumir celebre.

Quales en torno el carro levantado
De uncidos ferocísimos leones,
Van al abrigo del materno lado

De estrellas los ardientes esquadrones:
No menor gozo sienta el pecho amado
Ver tú salir de tí tales varones,
Cuya virtud, qual el celeste fuego
Reluce, y mas el gran Marques de Priego.

Este, por quien de gloria coronada
Viste de eterno honor mil ornamentos
Córdoba, de laureles adornada,
Y de palma sus altos fundamentos.
Luz de su ilustre patria, levantada
Encima á qualesquier merecimientos;
Y es bien razon que en serlo della sea
De quanto alumbra el sol, y el mar rodea.

Y si tú, grave cítara, pretendes
Seguir este subido heroyco intento,
Y el valor celebrar donde te enciendes
Tanto, y alzar tu voz al claro asiento;
No consienten tus fuerzas lo que emprendes,
Que pocas son, y el ya cansado aliento:
Vuelve, vuelve y conoce la carrera,
Que ya tomaste á preseguir primera.

De la Perspectiva.

Si enseñarte pudiese los conceptos
Escritos, y la voz presente y viva,
Los primores abriera, y los rectos
Que encierra en sí la docta Perspectiva;
Como extendidos por el ayre, y rectos
Los rayos salen de la vista esquiva;
Como al término llegan de su intento,
Do paran como en basa y fundamento.

Osaré confesar que alguna parte
El continuo trabajo alcanzar puede,
Por gastar largo tiempo en aquesta arte,
Y la esperanza audaz, que al fin sucede,
De mirar donde acaba, y donde parte
El corte de las líneas, y do quede
Señalado el escorzo con certeza
En breve forma, y con mayor belleza.

Del Escorzo.

Acórtase por esto, y se retira
El perfil que á los miembros ciñe y parte,
Y asimismo escondiéndose á la mira,

Y desmiente á la vista una gran parte,
Donde una gracia se descubre, y mira
Tan alta que parece que allí el arte,
O no alcanza de corta, ó se adelanta
Sobre todo artificio, ó se levanta.

Esto llaman Escorzo introducido,
Que en la habla comun se entienda y nombre:
De tierras extrangeras conducido
Traxo con la arte misma el mismo nombre:
Ora pues, ni el trabajo conocido
Tal vez te haga acobardar ni asombre,
Ni la dificultad severa pueda
Romperte el paso á la sublime rueda.

La pintura de Alexandro por Apeles.

¿Qué diré de la tabla que desvia
El fulminante brazo y los colores?
Vivo parece, y viva fuerza envia
Al golpe entre fingidos resplandores,
Al qual se rindió el Asia, y la porfia
De los Partos huyendo vencedores:
¿Y la pintura tan subida y nueva,
Que con relinchos su caballo aprueba?

De la Quadrícula.

Bien hay donde extender la blanca vela
Por ancho campo, donde el fin es cierto,
Y traer mil preceptos, que la escuela
Tuvo de los antiguos y el concierto;
Mas mientras la intencion mas se desvela,
Mas cerca pide el deseado puerto:
Con todo, descubrir el fin se debe
Del camino mas fácil y mas breve.

Y para mayor luz sabrás que hay una
Industria con que muchos han obrado;
Y acudiendo el favor en la fortuna,
Y el suceso al estudio y al cuidado:
Sus pinturas ilustres una á una
Las colocáron en tan alto grado,
Tan firmes que la fuerza no ha podido
Del tiempo obscurecerlos, ni el olvido.

Harás de quatro listas bien labradas,
Que entre sí puedan encajarse un quadro
Y por iguales trechos señaladas,
A la redonda sean del requadro;
De señal á señal atravesadas

Vayan las ebras á encontrarse en quadro:
Qual el vario ajedrez suele mostrarse,
Y de ébano y marfil diferenciarse.

Pondrás como quisieres la figura
En tabla, ó en papel representarla,
En la qual se descubre en la escultura
Un movimiento vivo en que mirarla:
De suerte la acomoda en la postura,
Que habrás despues con tintas de pintarla,
Si aspira el noble pecho á la alta gloria,
Que da de siglo á siglo la memoria.

El ya dicho instrumento en medio puesto
De esta figura, y de tu opuesta vista,
La membrana ó papel tendrás dispuesto,
Do tu dibuxo con razon consista:
Un trazo subas por derecho enhiesto,
Y corta por traves la ciega lista
Con otros tantos quadros y señales,
Todas al justo, ó todas desiguales;

Y luego mirarás por donde pasa
Cierto el contorno de la bella idea,
De rincon en rincon, de casa en casa,
De aquella red que contrapuesta sea:

A tus quadrados los perfiles casa
Con obscura ematiste, do se vea
El escorzo tan justo con efeto
Igual en todo al imitado objeto.

De la imitacion de la naturaleza.

Y pues ya sale y resplandece, y dora
Con belleza de luz de nuevo dia
El cielo obscuro la florida aurora,
Y alza la faz rosada la aura fria;
A vos llamo, y á vos convoco ahora,
Ilustre y animosa compañía,
Que conmigo entendido aquella parte
Habeis de los principios de aquesta arte.

¿Mas qué me canso de pintar, si al vivo
Desfallece el matiz, y apenas llega?
¿Si con humilde ingenio lo que escribo
Mal el verso declara, ó mal despliega?
Del natural pretende alto motivo
Seguir que á solo estudio no se entrega:
Del natural recoge los despojos
De lo que pueden alcanzar sus ojos.

Busca en el natural, y (si supieres

Buscarlo) hallarás quanto buscares:
No te canse mirarlo, y lo que vieres
Conserva en los diseños que sacares:
En la honrosa ocasion y menesteres
Te alegrará el provecho que hallares;
Y con vivos colores resucita
El vivo que el pincel, é ingenio imita.

No me atrevo á decir, ni me prometo
Todas las bellas partes requeridas
Hallarse de continuo en un sugeto,
Todas veces sin falta recogidas:
Aunque las cria sin ningun defeto
(A todas en belleza preferidas)
Naturaleza, tú entresaca el modo,
Y de partes perfectas haz un todo.

De las imágenes de la fantasia.

En el silencio obscuro su belleza
Desnuda de afectadas fantasías,
Le descubre al pintor naturaleza
Por tantos modos, y por tantas vias,
Para que el arte atienda á su lindeza
Con nuevo ardor, quando en las cumbres frias
La luna embiste blanca y en cabello
Al pastorcillo desdeñoso y bello.

Las frescas espeluncas escondidas
De arboredos silvestres y sombrios:
Los sacros bosques, selvas extendidas,
Entre corrientes de cerúleos rios:
Vivos lagos, y perlas esparcidas
Entre esmeraldas, y jacintos frios
Contemple, y la memoria entretenida
De varias cosas quede enriquecida.

Prediccion de sí mismo.

Si dispusiese el soberano cielo,
Cuyo imperio corrige, y ley gobierna
Quanto á luz manifiesta el ancho suelo,
Y el estado mortal siguiendo alterna,
Que despues que dé vuelta el leve vuelo
Del tiempo que consume, y desgobierna
Quanto produce, y cria el universo,
Viviese la memoria de mi verso:

Será quizá que entre otros desvaríos,
En que dan los que aquesta humana senda
Huellan, mirase en los precetos mios
Uno que alzarse á la virtud pretenda;
Y añadiendo al cuidado nuevos brios,
Levantar á su antiguo honor emprenda

Esta arte ya perdida y desechada,
Sin honra en el olvido sepultada.

¿Cómo? ¿no puede ser? un tiempo estuvo
(Y pasáron mil años) escondida,
En tanto que la niebla obscura tuvo
De la ignorancia la virtud sin vida,
Hasta que aventajadamente hubo
Quien la ensalzó do ahora está subida;
Mas (como todas cosas) nunca puede
Firmarse donde permanezca y quede.

No asienta en nada el pié, ni permanece
Cosa jamas criada en un estado:
Este hermoso sol que resplandece,
Y el coro de los astros levantado,
El vago ayre y sonante, y quanto crece
En la tierra, y el mar de grado en grado
Mueven, como ellos cambian vez y asientos,
Y revuelven los grandes elementos.

Los instrumentos necesarios para la pintura.

Será entre todos el pincel primero
En su cañon atado y recogido,
Del blanco pelo del silvestre vero;

(El Bélgico es mejor, y en mas tenido)
Sedas el jabalí cerdoso y fiero
Parejas ha de dar al mas crecido:
Será grande, ó mayor, segun que fuere
Formado á la ocasion que se ofreciere.

Un junco que tendrá ligero y firme,
Entre los dedos la siniestra mano,
Do el pulso incierto en el pintar se afirme,
Y el teñido pincel vacile en vano;
De aquellas que cargó de tierra firme,
Entre oro y perlas navegante ufano,
De ébano, ó de marfil, hasta que se entre
Por el cañon, y con el pelo encuentre.

Demas un tabloncillo relumbrante
Del árbol bello de la tierna pera;
O de aquel otro, que del triste amante
Imitare el color en su madera,
Abierto por la parte de delante,
Do salga el grueso dedo por defuera:
En él asentarás por sus tenores
La variedad y mezcla de colores.

Un pórfido quadrado, llano y liso,
Tal que en su tez te mires limpia y clara,

Donde podrás con no pequeño aviso
Trillarlos con sutil mixtura y rara
De tres piernas la máquina de aliso;
De una á otra poco mas que vara;
Las clavijas pondrás en sus encaxes,
Donde á tu mano el quadro alces, ó baxes.

De macizo nogal y sazonado
Derecha regla que el perfil requadra:
Tendrás tambien de acero bien labrado
(No faltará ocasion) la justa esquadra:
El compas del redondo fiel trabado,
A quien el propio nombre al justo quadra,
Que abriéndose, ó cerrando no se sienta
El salto, donde el paso mas se aumenta.

Demas de esto un cuchillo acomodado
De sus pérfidos filos ya desnudo,
Que incórpore el color, y otro delgado
Que corte sin sentir frio y agudo:
Los despojos del páxaro sagrado,
Cuya voz oportuna tanto pudo
De la Tarpea roca en la defensa,
Quando tenerla el fiero Galo piensa.

Sea argentada concha, do el tesoro
Creció del mar en el extremo seno,
La que guarde el carmin, y guarde el oro;
El verde, el blanco, y el azul sereno;
Un ancho vaso de metal sonoro,
De frescas ondas transparentes lleno;
Do molidos al olio en blando frio,
Del calor los defienda y del estio.

VARIAS COMPOSICIONES FESTIVAS DE BALTASAR DE ALCAZAR.

Su modo de vivir en la vejez.

Deseais, Señor Sarmiento,
Saber en estos mis años
Sujetos á tantos daños;
Como me porto y sustento.
Yo os lo diré en brevedad,
Porque la historia es bien breve,
Y el daros gusto se os debe
Con toda puntualidad.
Salido el sol por Oriente
De rayos acompañado,
Me dan un huevo pasado
Por agua, blando, y caliente.
Con dos tragos del que suelo
Llamar yo nectar divino,
Y á quien otros llaman vino,
Porque nos vino del cielo.
Quando el luminoso vaso
Toca en la meridional,

Distando por un igual
Del Oriente y del Ocaso;
Me dan asada y cocida
De una gruesa y gentil ave,
Con tres veces del suave
Licor que alegra la vida.
Despues que cayendo viene
A dar en el mar Esperio,
Desamparando el imperio
Que en este horizonte tiene;
Me suelen dar á comer
Tostadas en vino mulso,
Que el enflaquecido pulso
Restituyen á su ser.
Luego me cierran la puerta,
Yo me entrego al dulce sueño:
Dormido soy de otro dueño;
No sé de mi nueva cierta.
Hasta que habiendo sol nuevo
Me cuentan cómo he dormido,
Y así de nuevo les pido
Que me den nectar y huevo.
Ser vieja la casa es esto;
Veo que se va cayendo,
Voyle puntales poniendo,
Porque no caiga tan presto.

Mas todo es vano artificio:
Presto me dicen mis males,
Que han de faltar los puntales,
Y allanarse el edificio.

Secreto para conciliar y sacudir el sueño.

No es el sueño cierto lance:
Variedades tiene el sueño,
Ya lo alcanza presto el dueño,
Ya no puede dalle alcance.
Este tan vario accidente
Suele á veces dar disgusto,
Yo le corrijo y ajusto
Con el aviso siguiente:
Quando el sueño se detiene
Rezo por poder pasar,
Y en comenzando á rezar
En el mismo punto viene.
Si carga mas que debia
Pienso en las deudas que debo,
Y el sueño huye de nuevo,
Como la sombra del dia.
Ved el áspero y cruel
Quan manso vuelve al oficio,
Y con gran poco artificio
Hago lo que quiero de él.

Con tanta puntualidad,
Que como galan y dama
Tenemos á mesa y cama
Perpetua conformidad.
Revelóme este secreto
Una vieja de Antequera,
Que desde la vez primera
Hizo verdadero efeto.
Y así por larga experiencia
He venido á conocer,
Que con rezar y deber
Se repara esta dolencia.

Epigrama.

En un muladar un dia
Cierta vieja Sevillana
Buscando trapos y lana,
Su ordinaria grangería,
Acaso vino á hallarse
Un pedazo de un espejo,
Y con un trapillo viejo
Lo limpió para mirarse.
Viendo en él aquellas feas
Quixadas de desconsuelo,
Dando con él en el suelo
Le dixo, *maldito seas.*

Una Cena *.

En Jaen, donde resido,
Vive Don Lope de Sosa,
Y dirète, Ines, la cosa
Mas brava de él que has oido.
Tenia este Caballero
Un criado Portugues....
Pero cenemos, Ines,
Si te parece primero.
La mesa tenemos puesta,
Lo que se ha de cenar junto,
Las tazas del vino á punto;
Falta comenzar la fiesta.
Comienza el vinillo nuevo,
Y échale la bendicion,
Yo tengo por devocion
De santiguar lo que bebo.
Franco fue, Ines, este toque;
Pero arrojame la bota:
Vale un florin cada gota

* Esta composicion se encuentra en el tomo IX del Parnaso; pero muy defectuosa, y diferente de la que ahora se publica. Faltan á aquella las ocurrencias mas felices.

De aqueste vinillo aloque.
¿De qué taberna se traxo?
Ma ya... de la del Castillo:
Diez y seis vale el quartillo:
No tiene vino mas baxo.
Por nuestro Señor que es mina
La taberna de Alcocer:
Grande consuelo es tener
La taberna por vecina....
Si es ó no invencion moderna,
Vive Dios que no lo sé,
Pero delicada fue
La invencion de la taberna.
Porque allí llego sediento,
Pido vino de lo nuevo,
Mídenlo, dánmelo, bebo,
Págolo, y voyme contento.
Esto, Ines, ello se alaba,
No es menester alaballo:
Solo una falta le hallo,
Que con la priesa se acaba.
La ensalada y salpicon
Hizo fin, ¿qué viene ahora?
La morcilla, ¡ó gran señora,
Digna de veneracion!
¡Qué oronda viene y que bella!

¡Qué través y enjundia tiene!
Paréceme, Ines, que viene
Para que demos en ella.

Pues sus, encójase y entre;
Que es algo estrecho el camino:
No eches água, Ines, al vino,
No se escandalice el vientre.

Echa de lo tras añejo,
Porque con mas gusto comas:
Dios te guarde, que así tomas,
Como sabia, mi consejo.

Mas dí ¿no adoras y precias
La morcilla ilustre y rica?
¡Cómo la traidora pica!
Tal debe tener especias.

¡Qué llena está de piñones!
Morcilla de cortesanos,
Y asada por esas manos
Echas á cebar lechones.

El corazon me rebienta
De placer: no sé de tí,
¿Cómo te va? yo por mí
Sospecho que estás contenta.

Alegre estoy vive Dios:
Mas oye un punto sutil;
¿No pusiste allí un candil?

¿Cómo me parecen dos?
Pero son preguntas viles,
Ya se lo que puede ser:
Con este negro beber
Se acrecientan los candiles.
Probemos lo del pichel,
Alto licor celestial,
No es el aloquillo tal,
Ni tiene que ver con él.
¡Qué suavidad! ¡qué clareza!
¡Qué rancio gusto y olor!
¡Qué paladar! ¡qué color!
¡Todo con tanta fineza!
Mas el queso sale á plaza,
La moradilla va entrando,
Y ámbos vienen preguntando
Por el pichel y la taza.
Prueba el queso que es extremo,
El de Pinto no le iguala,
Pues la aceytuna no es mala,
Bien puede vogar su remo.
Haz pues, Ines, lo que sueles,
Daca de la bota llena
Seis tragos; hecha es la cena,
Levántense los manteles.
Ya que, Ines, hemos cenado

Tan bien, y con tanto gusto,
Parece que será justo
Volver al cuento pasado.
  Pues sabrás, Ines hermana,
Que el Portugues cayó enfermo,
Las once dan, yo me duermo,
Quédese para mañana.

Diálogo entre un Galan y el Eco.

G. En este lugar me vide,
Quando de mi amor partí:
Quisiera saber de mí
Si mi suerte no lo impide.
E. Pide.
G. Temo novedad ó trueco,
Que es fruto de una partida:
¿Mas quién me dice que pida
Con un término tan seco?
E. Eco.
G. ¿La que siguió con tal priesa
Las pisadas de Narciso?
¿La que por Júpiter quiso
Ser contra Juno traviesa?
E. Esa.
G. ¿Qué andas por aquí buscando,

Bella Ninfa, es á tu amor?
O vencida del dolor
¿Andas tus males llorando?
E. Ando.
G. Así, Narciso, te vea
Con mas piedad que solia,
Que informes al alma mia
De las cosas que desea.
E. Sea.
G. Respóndeme pues del cerro
Cavernoso: ¿haberme ido
Fué yerro, no habiendo sido
Necesario mi destierro?
E. Yerro.
G. Hora debió ser menguada,
Donde reynó el interes:
¿La lealtad y fe de Ines,
Qué han medrado en mi jornada?
E. Nada.
G. El caso va descubierto,
Algun desconcierto ha hecho:
¿Es cierto lo que sospecho
De haber hecho desconcierto?
E. Cierto.
G. ¿Vístele romper el hilo,
Que anudó nuestra amistad?

No quieras con liviandad
Hacerme cera y pavílo.
Æ. Vílo.
G. A vílo no hay que dudarse,
Yo te doy entera fe:
¿Mas lo que viste qué fue?
¿Fué olvidarme, ó fue mudarse?
Æ. Darse.
G. ¡Qué en tales trances y puntos,
Ines, con otro se halla!
Dí cómo los viste, y calla
Las circunstancias y adjuntos.
Æ. Juntos.
G. Ella fue nave sin lastre,
Que dió conmigo al través:
¿Y de qué calidad es
El autor de mi desastre?
Æ. Sastre.
G. Mira no se lo levantes:
Antes que la conociese
Pudo ser que sastre fuese,
Mas no en tiempos semejantes.
Æ. Antes.
G. Pues ya no usando el oficio,
Que mucho es que se engañase:
¿Quién la obligó á que olvidase

Mi tierno amor y servicio.
E. Vicio.
G. Acaba de resumirte:
De este vicio y perdicion
¿Quál fue la cierta ocasion?
Que tenga yo que servirte.
E. Irte.
G. Pues presto vine: mas tarde
Para corazon tan vario,
¿Quiere bien á mi contrario?
Dímelo, así Dios te guarde.
E. Arde.
G. Arda, pues tan poco valgo,
Que dexo arder esos fuegos:
¿Resistió mucho á los ruegos
De ese venturoso hidalgo?
E. Algo.
G. ¿Las amorosas porfias,
Y recaudos importunos
Duráron meses algunos?
Dilo, pues que lo entendias.
E. Dias.
G. La paga parece breve,
Y pues que lo reduxéron
A dias, dí quantos fuéron,
Aunque mi mal se renueve.
E. Nueve.

G. Corta en palabras anduvo,
Propiedad de Vizcainos:
¿Y hubo acaso en los vecinos
Quien tanta ventura tuvo?
E. Hubo.
G. Pues á propósito llega,
Dime el nombre sin tardanza
De aquel, que el mar en bonanza,
Y el viento á popa navega.
E. Vega.
G. Primero que me partiese
Tuve yo del mal espina:
No es Vega, junto á la esquina,
Con quien tuve el interese.
E. Ese.
G. Que cometió aquel delito,
Que todos saben del trigo,
Por quien le vino el castigo,
Que en flor lo dexó marchito.
E. Chito.
G. ¿Qué calle? donosa estás;
¿No fue público el engaño?
¿Y él no me ha hecho mas daño,
Que yo le haré jamas?
E. Mas.
G. Al fin su amor fue al desgayre:

Debió ser porque en efeto
Quanto le dí fue un soneto,
Y otros versos de donayre.
E. Ayre.
G. Yo se los dí por dinero
De mas valor y provecho:
¿Mas qué son versos en pecho
Sin amor, hecho de acero?
E. Cero.
G. Por experiencia lo ví,
Que realmente en mis amores
Codició fruto y no flores:
¿Tú no lo entendiste así?
E. Si.
G. ¡Cómo la ingrata olvidó
Lo que mostraba estimar!
¿Y él de qué ardid supo usar,
Que tan presto la rindió?
E. Dió.
G. Acertó: y es el decoro,
Que ha de guardar el que ama:
¿Pero qué le dió á la dama,
Que tan sin término adoro?
E. Oro.
G. Artillería es que espugna
La mayor fuerza de amor;

¿Y hubo á caso en su favor
Del galan tercera alguna?
E. Una.
G. Dígolo porque esta allana
Qualquier duda y la atropella;
Bien sé que fue hermana de ella,
Pero no se qual hermana:
E. Ana.
G. Si alguna tercera hubiere
Esa ha de ser, y otra no:
¿La madre cómo calló
Visto el deshonor que adquiere?
E. Quiere.
G. Mis versos quisiera solos
Cobrar, pero no me atrevo;
¿Diólos al amante nuevo,
O por ventura escondiólos?
E. Diólos.
G. ¡Que á tal cosa se dispuso
La desenvuelta muchacha!
¿Y él puso en los versos tacha
Sabiendo quien los compuso?
E. Puso.
G. Hallarialos obscuros
Versos inútiles, coxos,
Duros, baxos, y tan floxos,

Que se caen de maduros.
E. Duros.
G. Bien sabe de cortesano:
¿No está llano que en blandura
Son sin igual, y en lisura
Y en estilo castellano?
E. Llano.
G. Pero el sugeto fue indigno,
No me espanto: ¿y la infiel
Vino á mormurar con él
Tambien del verso divino?
E. Vino.
G. ¿Quién tan gran maldad hiciera
Por un amante segundo?
¿Cómo ha de llamalla el mundo
Quando el caso se refiera?
E. Fiera.
G. Poco es fiera, yo lo hallo
Mejor nombre que le den:
Mas calla, que yo tambien
Me corro de publicallo.
E. Callo.
G. Que sufra yo una querella
Tan justa, no quiera Dios,
Muera el uno de los dos:
¿Quál será, dí, Ninfa bella?
E. Ella.

G. ¿La palomilla sin hiel
Ha de morir? ¡ay dolor!
¿Quál hallas tú que fue autor
De este delito cruel?
E. El.
G. Pues muera, que yo no soy
De quien es bien que se alabe:
¿Quándo quieres que le acabe?
Porque resoluto estoy.
E. Hoy.
G. Mucha priesa es para mí;
Pero hoy no me determino:
Oye otro nuevo camino
Mejor del que yo entendí.
E. Dí.
G. Rematar este debate
Con muerte, hay Dios que lo vede,
Pues mátele Dios que puede,
Y asegúrase el remate.
E. Mate.
G. Si yo lo mato me pierdo,
Porque no hay caso escondido:
¿Qué te parece que hà sido
Todo este mi nuevo acuerdo?
E. Cuerdo.
G. Viva lo que Dios mandare:

Solo me dí lo que haga
Del sexô que así me estraga,
Para que mi mal repare.
E. Pare.
G. ¿Cómo ha de parar un potro
Cerrero y desenfrenado?
¿Y quál amor hay criado,
Que me haga olvidar este otro?
E. Otro.
G. Ya te entiendo, y es exceso:
¿Quiéres decir que procure
Nuevo amor, que el viejo cure
Por haber salido avieso?
E. Eso.
G. No osaré intentar tal cosa,
Porque quizá es escapar
De una desventura, y dar
En otra mas peligrosa.
E. Osa.
G. Y quando me aventurara,
¿Qué dama fuera mejor
Para servir, sin temor
Que con otro se mezclara?
E. Clara:
G. De su madrasta he sabido,
Que es bellísima y honrada,

Blanda, humilde y avisada;
Pero tiene un mal marido.
E. Ido.
G. Ya se que se fue á la guerra:
Mas hay quien lo profetice
(Si no yerra el que lo dice)
Que será presto en la tierra.
E. Yerra.
G. Quieres decir que mintió:
¿Al fin fin no ha de volver
A su casa y su muger,
Como al partir lo ordenó?
E. No.
G. Pues el mayor sobresalto
Me allanas, yo he de probar
Por tu consejo asaltar
Ese peligroso salto.
E. Alto.
G. Que ya entiendo que lo manda
Quien la rueda mueve y guia:
Y siendo así, Ninfa mia,
Yo me parto en la demanda.
E. Anda.

Imitacion de un Apólogo.

Quiso Mercurio saber,
Juzgándose sin segundo,
La estimacion que en el mundo
Su deidad pudo tener.
Y halló ser necesario
Para enterarse del hecho,
Irse á la tienda derecho
De un insigne estatuario.
En esto, pues, resumido
Hizo al punto su viage,
Mudando el divino trage
Para no ser conocido.
Sin mirar quan fácil es
Al escarbar la gallina
Descubrir la aguda espina,
Que le lastima los pies.
Vido llena la oficina
De tablas artificiosas
Todas de Dioses y Diosas
De belleza peregrina.
Tambien vió la suya entre ellas,
Que á su parecer ultraja
Las demas con la ventaja,

Que al sol hace á las estrellas.
  Hallóse á todo presente
El artífice discreto,
Con quien el Dios inquieto
Tuvo el coloquio siguiente:
  Esta tabla principal
De Júpiter, ¿quánto vale?
Esa de ordinario sale
Vendida en medio real.
  ¿Y esta de la Diosa Juno,
En que se suele vender?
Esta por ser de muger
Suele venderse por uno.
  ¿Y esta del famoso Dios
Mercurio en que sueles dalla?
De valde suele llevalla
Quien me compra esotras dos.
  Amargóle esta verdad,
Pero juzgo sin pasion,
Que la propia estimacion
No suele dar calidad:
  Y que los que mas estan
Con su estimacion casados,
Solo tienen de estimados
Lo que las otras les dan

Cancion.

Pues el pago de mi fe,
Juana, es verme qual estoy;
Al Rey de Francia me voy,
No me preguntes á qué.
Sufriendo las sinrazones;
Que me hiciste me han salido
Dos bultos tras el oido;
Que parecen lamparones.
Si lo son, yo no lo sé:
Mas por la duda en que estoy,
Al Rey de Francia me voy,
No me preguntes á qué.
Si no fueras melindrosa
Pasara con buen gobierno,
Sin intentar sobre invierno
Jornada tan trabajosa:
Pero como en ella esté
Tan cursado como estoy,
Al Rey de Francia me voy,
No me preguntes á qué.

Cancion.

Tres cosas me tienen preso
De amores el corazon,
La bella Ines, el jamon,
Y berengenas con queso.
Esta Ines, amantes, es
Quien tuvo en mí tal poder,
Que me hizo aborrecer
Todo lo que no era Ines.
Traxóme un año sin seso,
Hasta que en una ocasion
Me dió á merendar jamon,
Y berengenas con queso.
Fue de Ines la primer palma,
Pero ya júzgase á mal
Entre todos ellos qual
Tiene mas parte en mi alma.
En gusto, medida y peso
No le hallo distincion,
Ya quiero, Ines, ya jamon,
Ya berengenas con queso.
Alega Ines su beldad,
Y el jamon que es de Aracena:
El queso y la berengena

La Española antigüedad.
Y está tan en fiel el peso,
Que juzgado sin pasion,
Todo es uno, Ines, jamon,
Y berengenas con queso.
A lo menos este trato
De estos mis nuevos amores,
Hará que Ines sus favores
Me los venda mas barato.
Pues tendrá por contrapeso
Si no hiciere la razon
Una lonja de jamon,
Y berengenas con queso.

Sobre los consonantes.

Quisiera la pena mia
Contentarla, Juana, en verso,
Pero temo el fin diverso
De como yo lo queria.
Porque si en versos refiero
Mis cosas mas importantes,
Me fuerzan los consonantes
A decir lo que no quiero.
Exemplo: Ines me provoca
A decir mil bienes de ella:

Si en verso la llamo bella,
Dice el consonante *loca*.
Y así vengo á descubrir
Con término descompuesto,
Que es una loca, y no es esto
Lo que yo quiero decir.
Y si la alabo de aguda,
Presta, ardiente como fuego;
A la aguda dice luego
Su consonante *picuda*.
Y así la llamo en sustancia
Picuda quizá sin sello,
A lo menos sin querello,
Por solo la consonancia.
Y es detrimento que impide,
Pues podrás hacerme cargo,
Que en la relacion me alargo
Mas de lo que el cuento pide.
Aunque puede haber descuento
Si el mentir no es excesivo,
Pues si miento en lo que escribo
Por los consonantes miento.
Demas de esto tengo duda,
Que mi verso te contente,
Mirado menudamente,
Porque despuntas de aguda.

Y no siendo qual deseas,
Tú aborreces versos malos;
Y será darte de palos
Obligarte á que lo leas.
Pues, Juana, si hago fiucia
De relatartela en prosa,
Tú eres limpia y melindrosa,
Y es mi prosa un poco sucia.
Porque por ser tan añejo
Ya en los años, suelo usar
En escribir y en hablar
Palabras del tiempo viejo.
Y la experiencia me avisa,
Que no será maravilla,
Que la esperada mancilla
La conviertas toda en risa.
Y así si yo no me engaño
Parecerá menos feo
Desamparar mi deseo,
Que seguillo con mi daño.
Pues de estas dificultades
Descubrirás si lo miras;
Que en el verso irán mentiras,
Y en la prosa necedades:

Consejos á una viuda.

Dexa el llanto y la tristeza
Gloria de las Isabeles,
Que son verdugos crueles
De tus años y belleza.
La pérdida del marido
Considera que pasó,
Y el pasar no reparó
Cosa de lo ya perdido.
Y sustentar la herida
Siempre abierta del dolor,
No promete bien mayor
Del que le das á tu vida.
Porque la tienen de suerte
Tus lágrimas y crueldad,
Que la luz de tu beldad
Se ha vuelto sombra de muerte.
Si quieres ver manifiesto
El ciego error en que estás,
Toma el espejo, y verás
El estado en que te ha puesto.
Porque visto el daño espero,
Compadecida de tí;
Que recibirás de mí

Lo que aconsejarte quiero.
Dexa el triste luto á parte,
Pon los alegres doseles,
Y arma la cama en que sueles
Con tu Adonis recrearte.
Ardan los ricos pebetes,
Que en tus regalos consumes,
Y usa de nuevos perfumes,
Y de varios ramilletes.
Cubre de perlas el cuello,
Da lustre á la tez hermosa,
Cobra tu color de rosa,
Y esparce al viento el cabello.
Ponte la rica cintura
Con los curiosos zarcillos,
Los brazaletes y anillos
Adornen tu hermosura.
Haz ventana para ver
Los ratos desocupados,
Desvanece á los mirados
Si lo merecieren ser.
Tus ojos cojan y lleven
Las banderas y despojos
De las almas y los ojos
De los que á verte se atreven.
La arpa ya olvidada encuerda;

Tañe y canta letra mia,
Pues que tu dulce armonía
Con la del cielo concuerda.

Bebe clarete, que quita
Melancolías y alegra;
Dí luego mal de tu suegra,
Y ande la risa y la grita.

Recibe á brazos abiertos
Qualquier placer que viniere,
Si Venus algo pidiere
No te acuerdes de los muertos.

Porque en qualquiera razon
Que madama se declara,
Mas vale vergüenza en cara,
Que mancilla en corazon.

Tus afligidas doncellas,
Que ya no se lo desean,
Ten por bien que no lo sean,
Serás adorada de ellas.

Y en satisfaccion y á cuenta
De un hecho tan cortesano,
Te darán ripio á la mano
Para que vivas contenta.

Ande pues, tu planta bella
Siempre verde y regalada,
De contentos cultivada

Por el fruto que habrás de ella.
Y así vivirás ufana
Largo tiempo, y al fin de él
Podrás usar, Isabel,
El oficio de Diana.

Epigrama.

Magdalena me picó
Con un alfiler un dedo,
Díxela, picado quedo,
Pero ya lo estaba yo.
Ríose, y con su cordura
Acudió al remedio presto,
Chupóme el dedo, y con esto
Sané de la picadura.

00101845

Digitized with financial assistance from the
Government of Maharashtra
on 26 June, 2018